

FERNANDO VILLEGAS

APOKALYPSIS

notas desde el fin de los tiempos

SUDAMERICANA

FERNANDO VILLEGAS

APOKALYPSIS

NOTAS DESDE EL FIN DE LOS TIEMPOS

SUDAMERICANA

Índice

Cubierta

Prólogo. ¿Por qué Apokalypsis?

Parte I

The big picture
«Acabo de mundo»
Pánico
Rabia
Hartazgo
Preguntas al paso

Parte II

Exija su Apokalypsis

Parte III

Empieza el jaleo
África y Medio Oriente, 2011
Chile 2011: el estreno
Piñera y el «bonapartismo»
El movimiento estudiantil
La hidra

Parte IV

Nubes en el horizonte
Temas valóricos
Sexo y otros
Conectados
Los inflamables
El tema mapuche

Parte V

Creadores y sembradores
Intelectuales en Chile
Un caso clínico
Ladridos en la madrugada
Un poco de historia
Gasfíteres locales
¿Y los amateurs?
La chispa

Parte VI

¡Revolución!
¿De dónde vienen?
De individuo asocial a grupo político
Crane Brinton
Empoderamiento
Ortega y Gasset + J. M. Roberts

La otra cara
Lava a la chilena
Felipe Portales
Modelo «correcto»
Oleadas o maremotos
Coyunturas
Zalagardas históricas
Ciudades y revueltas
Las masas despiertan
Lo mismo, pero hoy
Tiempos normales
Parte VII
¿Cómo gobernar?
Panem et circenses
Una desagradable digresión
«Los de abajo»
Leche descremada
Mayorías al fin y al cabo
Emoción y pensamiento
Parte VIII
Cisma
Evaluando resultados
Terribles adivinanzas
Un mundo feliz
Parte IX
Lo que viene
Crujideras en el sótano
Resistencia multimedia
Nuevo orden
Barbarización
Hesíodo y las edades
Gemeinschaft y Gesellschaft
Las caras de Jano
Marcha de la locura
En fin, ¿qué viene?
Parte X
¿Un Chile mejor?
Sociedad de masas
Algo de caos
Anexos
Anexo 1: Nostradamus
Anexo 2: Los «pisos» de la causalidad
Anexo 3: Lecturas recomendadas
Créditos
Acerca de Random House Mondadori CHILE

Prólogo

¿Por qué Apokalypsis?

¿Por qué Apokalypsis en vez de Apocalipsis? Y cualquiera sea su ortografía, ¿por qué hemos titulado de modo tan espeluznante? ¿No es exagerado, un poco bíblico, incluso algo ridículo? ¿Qué es eso del «fin de los tiempos»? ¿Se acaba el mundo acaso? ¿No estaremos perpetrando solo un estridente ejercicio de marketing? ¿Nos estará faltando únicamente decir «bienvenido, apocalipsis»? Les tengo una noticia: tal vez el mundo no se esté acabando estrepitosamente al modo como pintan ese desagradable suceso las infinitas variedades de creyentes que pululan en la Internet, o más literariamente, como lo describen las teogonías hindúes, donde el entero universo desaparece a manos de Shiva el destructor, una de las divinidades o manifestaciones de la Trimurti. Aun así, se acaba todos los días aunque sea en cámara lenta y al menudeo. Incluso en los períodos históricos aparentemente estables rige con plena vigencia la famosa frase del poeta romano Lucrecio, «el tiempo todo lo corroe». ¡Qué cierto! El tiempo es inexorable. En incesante trabajo, casi siempre invisible e imperceptible, socava las bases de lo establecido hasta que de súbito todo se derrumba bajo nuestros pies. Y en períodos como el nuestro, cuando la inestabilidad es lo único estable que experimentamos, esa acción demoledora se presenta desnuda y a la vista y entonces nos llena de angustia porque pone en duda nuestros planes, a veces los destruye por completo y de mil maneras nos amenaza o insinúa peligros para acabar con todo lo que somos o lo que deseábamos ser.

Estos, los más movidos, son los lapsos cuando sentimos que cuatro horrorosos jinetes atropellan el mundo en calamitosa galopada sembrando el caos, la muerte y la destrucción; entonces hablamos del «fin de los tiempos», del «acabo de mundo», del «día del juicio final». O del Apokalypsis. El planeta, mientras tanto, se mantiene impávido.

Sigue en lo suyo como todos los días; rota y se traslada en las vacías llanuras del silencioso y frío cosmos y persevera sujeto a sus leyes casi eternas, impersonales y distantes, pero como nosotros somos una especie egocéntrica, basta que se perturbe o se nos arrebate el tranquilo goce de nuestros microscópicos bienes o ambiciones y de inmediato imaginamos que el universo entero se está desplomando.

Apokalypsis es también «revelación». Por eso la presentamos así, en una escritura levemente más parecida al griego y un poco más lejos del significado convencional, que asimila el término a la destrucción. El Apokalypsis no solo derrumba lo que parecía en ocasiones eterno, sino que además anuncia lo que está por venir. El Apokalypsis trae desgracia para algunos y buenas nuevas para otros, para quienes es señal de tiempos venideros en los que serán colmadas sus esperanzas. Se revela lo que será y también lo frágil, descompuesto y hasta corrupto de lo que es. Cada Apokalypsis es un juicio final y simultáneamente una inauguración. Al lado de esa significación doble y hasta ambigua, Apocalipsis, en cambio, suena tan solo a una nueva producción hollywoodense con trama apocalíptica.

Este libro no es el primero cuyo propósito sea comprender y explicar por qué hoy, en Chile y en todas partes, muchos se sientes amenazados o entusiasmados por lo que creen ser eventos de gran calibre, derrumbes inmensos, revelaciones únicas, en suma, por el Apokalypsis. Y si acaso este libro no es el primero sobre este tema, tampoco los tiempos actuales son los únicos que se han considerado a sí mismos en estado de agitación, ni serán los últimos. ¿Cuáles tiempos no son, para sus contemporáneos, merecedores de toda laya de pronósticos, profecías, advertencias, pavores y de vez en cuando esperanzas locas, delirantes, angelicales? ¿Cuántas veces no se ha esperado el Juicio Final y la redención de las almas y la llegada del mesías? Aun las épocas que retrospectivamente dan la impresión de haber sido un «remanso de paz», un lapso aburrido que los libros de historia despachan en dos páginas, para quienes las vivieron estuvieron llenas de amenazas, conflictos e inquietudes. Si se echa un vistazo no ya a un libro de historia, sino a las memorias y a la correspondencia, a la escrita por famosos o personas corrientes, casi

siempre se encontrarán con que sus protagonistas experimentaban sus días con gran inquietud, a veces con pánico, con la sensación de que hay amenazas por todos lados o cuando menos de estar viviendo tiempos calamitosos en comparación con el de generaciones anteriores, las de sus padres o abuelos. Toda era histórica mira hacia atrás y cree ver una «edad dorada» desvaneciéndose en el horizonte.

Nosotros, contemporáneos, no escapamos a ese sentimiento. De los libros escritos para dilucidar el presente y el futuro inmediato, la mayoría son muy sombríos y a veces hasta lúgubres. Y en cualquier caso, ya sea con ánimo optimista o pesimista, la ansiedad por adivinar qué nos depara el futuro es, en verdad, enorme. Es la base de la industria astrológica, a la cual la Internet le ha suministrado un nuevo e inmenso territorio por explotar. Innumerables volúmenes se han publicado en todas partes y en todas las épocas sin otro propósito que arrojarse de cabeza a las procelosas aguas del pronóstico y el diagnóstico. Se llaman cartas astrológicas o se llaman futurologías, pero si además traen recetas entonces se llaman el *Manifiesto comunista*. Hay también «documentos de inteligencia estratégica» escritos por bien pagados consultores para informar lo que ocurrirá y normalmente nunca ocurre, y/o lo que no sucederá, pero sucede.

De todo eso, insisto, no se priva nuestro país; mientras escribo estas líneas ya no hay sociólogo ni politólogo que no esté haciendo o ya haya hecho advertencias tenebrosas si acaso se reemplaza el binominal e igualmente ominosas si no se lo reemplaza, oscuras si se reforma el sistema tributario y muy negras si no se reforma, alarmantes tanto si se lleva a cabo como si no tal o cual reforma educacional. Se anuncia el fin del sistema, se anuncia que ya se derrumbó o se afirma que no se ha caído ni caerá nada. El año 2012 ha sido un gran magneto y pretexto para todo eso y no menos lo fue 2011, tan repleto de acontecimientos mayúsculos. Desde hace años el 2012 es motivo de especulaciones apocalípticas y se ha prestado maravillosamente para despertar el interés e incentivar la escritura y venta de profecías, así como el turismo a territorio maya. Hay quienes afirmaban, incluso, que sería el del fin de la humanidad y hasta le pusieron una fecha exacta a ese acontecimiento: el 21 de diciembre,

hora según localidad.

Pero aunque ya debiera estar claro hasta para el ciudadano más ingenuo que el mundo no se va a acabar porque alguien así lo vaticine, ya sea que lo haga desde un púlpito o desde la academia o desde YouTube, lugar este último repleto de sitios de «Doomsday», no cabe duda de que otras cosas se van a acabar o podrían acabarse porque ya muchas se están acabando o amenazan hacerlo al menos desde 2011 y en verdad, aunque con menos estruendo o con uno que ya olvidamos, desde bastante antes. Sin duda el 2011 será registrado en la historia —al igual que 1789, 1830, 1848, 1914, 1917, 1929, etc. — como un año asociado a grandes cataclismos sociales. De 2007 o 1996 o 1987 es difícil recordar eventos o puntos críticos de escala planetaria; de 2011, varios. Demasiados. Y esta vez Chile, remota isla, no se escapó.

Este libro trata de todo eso e intentará contestar las siguientes preguntas: ¿qué hay de nuevo en los eventos que ahora vivimos? ¿O de extraordinariamente viejo? ¿O ambas cosas? ¿Y cuáles son los factores que desatan estas épocas «apocalípticas»? ¿En qué resultan? ¿Qué cambios traen, si acaso los traen? E intentará hacerlo desde todos los puntos de vista posibles al alcance de nuestra mirada. Ha sido a partir de reflexiones y/o cavilaciones hechas a lo largo de años, pero también de algunas bastante recientes; no lo creerán, pero al autor, viejón y todo, acaba de caerle la teja sobre un par de cosas acerca de las sociedades y sus intríngulis. Para todo eso hemos hecho uso de nuestra intuición, percepción y sentido común, pero no de una masiva erudición ni de inmensas masas de «datos duros» ni metodología académica, virtudes que este autor nunca poseyó o disfruta la bendición de haber olvidado. Mis lecturas de toda una vida —sobre la base de las cuales, en el Anexo Tres, hago algunas recomendaciones— pueden calificarse de abundantes y quizás hasta de excesivas, pero nunca de eruditas porque han sido desordenadas, misceláneas, variadas hasta el extremo y, por tanto, me ubican en el polo opuesto de lo que hace un auténtico académico, quien básicamente se concentra en el tópico de su especialidad. Pero según creo eso no me inhabilita: cuando lo que interesa es captar la esencia

del movimiento, su dirección general y su velocidad promedio, pero NO sus derivadas punto por punto de la trayectoria, tal vez no sea necesaria tanta exhaustividad.

Es lo acotado de ese propósito lo que me ha permitido el atrevimiento de ofrecer este libro desde mi condición de eso que antes solía llamarse un «autodidacta», la cual declaro pese al deterioro en imagen que ha sufrido últimamente. El término tiene su propia *petit histoire*. En otros tiempos merecía cierto respeto y hasta alabanza, pero hoy es visto como el desdoroso nombre de una condición obsoleta propia de veteranos jubilados sin otra cosa por hacer que dedicarse a la lectura; un lector de ese tipo es considerado como alguien apenas un escalón por encima del analfabeto. Solo importan, en estos días, las especialidades que brindan o suponen los grados y posgrados académicos. Sin ellas no se tiene derecho a abrir la boca. Sin ellas se es un inválido. Sin ellas las personas capaces de ejercer el arte de sintonizar su mente en todo el ancho de la banda para hacer y entender lecturas varias, a quienes por ese motivo se llamaba «cultas», no valen nada y se las considera artículos de museo, tipos excéntricos como los que en las comedias de Hollywood hacen del literato distraído acarreando un viejo maletín de cuero repleto de libros, o peor, del abuelo cucú.

Me permito aquí una breve y autodidacta reflexión: ¿qué son esos posgrados que tanto se reverencian? Lo pregunto porque como «calificaciones» académicas dejaron de significar lo que antes automáticamente significaban. En tiempos pretéritos el título de «doctor» o de «máster» era un reconocimiento por logros notables obtenidos luego de años de ardua labor, la culminación de una ilustre carrera; hoy, al contrario, se han convertido en un modo más conveniente de comenzar dicha carrera, el pasaporte para asegurarse un mejor currículum cuando llegue el momento de presentar una solicitud de trabajo. En la base de ese propósito puramente laboral, sino comercial, se ha erigido una entera industria, la de las universidades creando posgrados al vapor que a menudo nada significan ni valen pero que, por un *fee* cuantioso, entregan al cliente —no digamos «candidato» a un grado— una chapa de latón académico

que puede servirle para conseguir pega. Por eso, de excelencia, muchos posgrados dicen muy poco e incluso su sola abundancia inspira sospechas porque, seamos francos, el talento es y siempre ha sido escaso. Hoy levanta usted una piedra y salen reptando diez másteres y cinco doctores acerca de toda laya de materias, algunas al borde de la ridiculez. ¿Acaso pululan las mentes brillantes? Nunca en tal abundancia, ni siquiera durante el Renacimiento. Y no olvidemos la sabia y bíblica frase: «Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos». Y esta otra, de viejo cuño: «Lo que naturaleza no da, Salamanca no presta».

Y hay más: los hechos que vivimos fueron y siguen siendo tan intrusivos que no se necesita una pericia especial para encontrarlos, pues son ellos los que nos han encontrado; nos han caído en la cabeza de un día para otro sin necesidad de que los busquemos en el archivo histórico nacional. En fin, he sido y soy, como ustedes, testigo presencial, lo quiera o no. Y he sido y sigo siendo lector. Es apasionante —y a menudo risible— seguir a lo largo de la lastimosa crónica de la historia humana los recurrentes temores, pasiones y locuras de la especie. Hasta mí, hasta todos nosotros, han llegado los ventarrones que hoy se desatan y el eco de los que se desataron y los pánicos de los apocalípticos que profetizan «acabo de mundo». De todo eso trata este libro.

PARTE I

THE BIG PICTURE

The big picture es una expresión que significa «el panorama completo» de una situación, pero haciendo énfasis en lo que es medular e importante, no en los detalles. Es lo que un viejo y astuto director de diarios llamaba, cuando era necesario titular una portada, «ir al buque madre». Hemos escogido esta expresión yanqui porque tiene esa segunda connotación. En castellano no la tiene. Además en este último lenguaje suena aburrido, pedestre: «el cuadro completo». Hasta Pablo Neruda decía que el nuestro era fatal como idioma literario; demasiados verbos, adverbios, pronombres, auxiliares, preposiciones, etc., para decir lo que en inglés suena bien y rotundo con dos o tres palabras. «El cuadro completo» también tiene solo tres palabras, pero a costa de precisión: no da el cuadro completo de lo que queremos significar.

El *big picture* no es una suma de cosas cualesquiera arrojadas descuidadamente al mismo saco porque no nos hemos dado la molestia de examinarlas y clasificarlas. No es un cajón de sastre. Tampoco es una reducción analítica como la del concepto matemático «mínimo común denominador». Ni una «abstracción», la cual resulta cuando ciertos elementos que se consideran secundarios son dejados de lado a favor de una «esencia». El *big picture* es una representación concreta —como la pintura de un paisaje— de todas las cosas que realmente importan, pero no vistas de a una, sino en conjunto, aprehendiendo de una sola mirada sus mutuas relaciones; ver el *big picture* es como ver un gran retrato al óleo en una galería de arte.

Retrato, dijimos, no «cuadro estadístico». Los personajes de aquel no son números. El *big picture* al que nosotros nos referimos no es un panorama numérico de tal o cual sociedad de la manera como lo ofrecen esos almanaques repletos de datos demográficos, económicos, políticos, etc. Nuestro *big picture* se refiere al talante y textura básicos de la vida humana en cualquier sociedad, a su colorido y cualidad predominante, a su «bajo continuo», sin importar cuáles sean las

cantidades y su forma específica. Hablamos entonces de ciertas constantes cualitativas, no de variables cuantitativas en una tabla matemática. Afirmamos que dicha universalidad hecha de constantes deriva de una raíz común y permanente de la existencia humana, de los rasgos propios de nuestra raza. Por eso me atrevo a pensar que el *big picture* está presente en toda época y lugar; por lo mismo es que podemos entender los actos de personas que vivieron en remotos tiempos y lejanas regiones.

Permítanme un ejemplo: cuando contemplamos una pintura, digamos un Rembrandt o un Renoir, lo primero que nos impresiona como propio del artista, aun antes de distinguir claramente las figuras de ese cuadro en particular, es el tono de color predominante, su luz o sus sombras. En Rembrandt son las penumbras, los claroscuros; en Renoir es una luminosidad propia de día soleado al aire libre. Cualquier pintura de esos artistas comparte dichos rasgos básicos. En gran parte es por eso que los reconocemos de inmediato. Lo mismo sucede con el *big picture*. Hay en él un colorido básico que aparece en todos los «cuadros» particulares que nos ofrece la ya larga historia humana. Es un tono básico enormemente dependiente, en primer lugar, de lo que Charles Darwin consideraba la emoción más poderosa de todas: el MIEDO y sus variantes.

Miedo. Vivimos en el miedo, nos demos cuenta o no. Es con eso que principalmente —no únicamente— se crea el tono de fondo del *big picture*.

«Acabo de mundo»

El miedo reina sobre la vida.
Albert Schweitzer (1875-1965)

Lo primero que se me viene a la mente cuando me pongo a reflexionar sobre la naturaleza del miedo, emoción muy invasiva, como lo afirma la tersa y lúgubre afirmación de Schweitzer, es una frase de mi abuela Leonides Porta, fallecida a los 93 años con su mente tan lúcida, cínica, realista y afrancesada como siempre. Sin embargo y pese a tal lucidez y realismo, Leonides, cada vez que se enteraba de algo siquiera un poco desusado que estuviera ocurriendo, en el acto soltaba la frase «¡esto es acabo de mundo!». Un modesto temblor haciendo tintinear la tradicional lámpara de lágrimas que colgaba en el living de mi casa, como colgaba en los livings de casi toda la clase media chilena de los años cincuenta, esas aparatosas armazones que de noche lucían muy bien pero que de día solo servían de letrinas para infinitas generaciones de moscas, eso bastaba, digo, para que lo exclamara. Una marcha de la CUT acompañada de demasiadas trifulcas era acabo de mundo. Acabo de mundo fue el asesinato de Kennedy. La elección de Allende fue un completo acabo de mundo. Y si no usaba esa expresión, echaba mano de una parecida: «¡Esto es el acabose!».

Por entonces, siendo primero niño y luego adolescente, esa frase espetada con la debida expresión de alarma me parecía sencillamente una exageración de vieja alaraca, inadecuada evaluación de los hechos o quizás una mera costumbre verbal, un modo de comentar sin ninguna carga emocional a la rastra, en fin, algo que no estaba en el meollo de la vida mental ni visceral de mi abuela. Con los años, ya adulto, me di cuenta de que la cosa tenía más fondo; Leonides no se limitaba a soltar una frase cliché, sino que expresaba un auténtico sentimiento de ansiedad y hasta de miedo frente a ciertos hechos que

dislocaban su rutina; comprendí que mientras la gente joven ansía las novedades, las espera todo el tiempo y hasta va a buscarlas allí donde cree podrían encontrarse, los mayores, al contrario, rehúyen los cambios y les molestan las salidas de madre, las turbulencias. El viejo, pensé, no solo es un animal de costumbres arraigadas tras larga práctica, sino además, siendo criatura ya amaestrada por la vida, sabe por larga experiencia que las novedades suelen ser menos auspiciosas de lo que parecen cuando recién llegan. Alguna vez leí en una de las obras de Schopenhauer, debe haber sido en *Parerga y Paralipomena*, que cuando los niños oyen llamar a la puerta de la casa, de inmediato, excitados, corren a abrirla a la espera de apasionantes novedades; en cambio el viejo, dice el filósofo, más bien se molesta o fastidia y piensa «¿quién diablos viene a molestar ahora, posiblemente con una mala noticia…?».

Mi conclusión fue, entonces, la siguiente: el viejo o vieja es quien ya ha recibido demasiadas malas noticias y por lo mismo no espera ni maravillas ni súbitos regalos de Pascua, sino que intenta administrar del modo más previsible y regular su vida cotidiana. Su única aspiración es que la vida, siempre peligrosa, lo deje en paz. En suma, el anciano y anciana no es amigo de las novedades, es receloso de los cambios y tiende a morirse de miedo.

Como conclusión me parece certera, pero incompleta. Cuando pasaron aun más años, se acumularon más experiencias, más pensamientos y más lecturas, en otras palabras, cuando llegué a ser lo que soy ahora, no simplemente «adulto» sino adulto entrando ya a la tercera edad, me di cuenta de que dicha condición intrínsecamente conservadora, temerosa, cautelosa y desconfiada de la vida no es solo patrimonio de los ancianos y los paranoicos, sino del entero mundo adulto, si bien no es ni tan exagerada ni tan dolorosamente consciente como en aquellos; me di cuenta de que solo la gente muy joven se mueve con verdadera desaprensión y confianza, con esperanza y hasta temeridad; me di cuenta de que en el centro mismo del corazón del hombre entendido como especie, esto es, incluyendo a machos y hembras por igual —hoy en día hay que hacer estas tontas precisiones para no ser uno acusado de sexista, fascista, machista, misógino, etc.

—, el sentimiento básico es el temor. Un temor casi siempre olvidado por las capas de rutina, cotidianeidad y costumbre que lo cubren y por la necesidad de andar por la vida con un mínimo de confianza y tranquilidad, pero no por eso menos real y siempre al acecho, listo para saltar a la luz y al primer plano apenas algo estremece esas rutinas, esas costumbres.

Y es razonable que así sea. Del total de la historia y prehistoria humana a la fecha, casi toda ella se ha vivido en las más extremas condiciones de precariedad; durante ese inmenso lapso de tiempo a la totalidad de la especie —a unos más que a otros, claro— la amenazaba constantemente el hambre, las enfermedades, el clima, los accidentes, las fieras salvajes, las pestes y los enfrentamientos. Hombres y mujeres morían como moscas y vivían a salto de mata. Todo o casi todo era fuente de peligro mortal. Todo o casi todo era ignorado y por tanto temido. No había nada seguro, salvo la muerte, la cual podía llegar en cualquier momento. Aun hoy, en el siglo XXI, hay partes de la humanidad —y no poco numerosas— que viven en esas condiciones. Las hambrunas son todavía habituales en regiones del África, y en el conjunto del llamado Tercer Mundo la pobreza limita, asfixia y acorta la vida de cientos de millones, si no acaso de miles de millones de personas.

Pero hay más: incluso en el alma de gente acomodada, que con sus recursos puede sortear muchos de esos peligros y morir en cama y de viejos, ese temor ancestral también subsiste. Subsiste porque es atávico, cableado en nuestro ADN como factor de supervivencia en épocas de supremo peligro, y también lo mantiene y alimenta la desagradable circunstancia de que la vida es peligrosa aun hoy y aun para los afortunados. En otras palabras, no se trata únicamente de temores basados en una reliquia emocional heredada de la época cuando nuestros antepasados vivían en las cavernas. Es un peligro real y muy vigente. Y si acaso sentimos o creemos que nosotros no encaramos peligros, entonces nos inquietamos por los que puedan agobiar a nuestros seres amados. Tememos por nuestros familiares, amigos y compadres y la ansiedad de perderlos nos atenaza el alma al menos de vez en cuando, porque de cuando en cuando los perdemos y

a menudo del modo más imprevisto. Y eso no es todo: también tememos por las amenazas que se ciernen o pueden cernir no sobre nuestro pellejo, pero sí sobre el modo de vida al que nos hemos acostumbrado, sobre nuestro trabajo, nuestra tranquilidad, fondos de pensiones, ahorros o bienes inmobiliarios. Y a veces vamos más lejos y nos inquietan las amenazas a la paz mundial o la supervivencia de la especie; dirán que exagero, pero esas amenazas globales también nos afectan. Tan solo un poco por debajo de la conciencia de todos los días nos preocupa —como en sordina, a *sotto voce*— que pueda ocurrir otro terremoto, el mar se salga de madre y nos ahogue mientras estamos en cama o un aerolito destruya la humanidad o una guerra atómica sepulte la civilización o una plaga mortífera salida de un laboratorio militar nos mate a todos o lleguen los extraterrestres o Dios decrete el día del juicio final; si acaso eso no nos inquieta, entonces lo hace el que pueda haber guerra con los vecinos o un bandido nos asalte y nos mate o muramos en un choque o un ataque al cerebro nos deje postrados en una silla de ruedas, convertidos en idiotas. ¡Son incontables las causas de temor o siquiera inquietud, de ansiedad, de preocupación!

De ahí lo del «acabo de mundo» de mi abuela Leonides. Ya sea que se pronuncie o no la frase, está en mente de la entera humanidad, excepto quizás en la de esos púberes que corren desalados en la noche del viernes, en el auto de papá, creyéndose inmortales. TODOS sentimos que vivimos en peligro y no solo este año, sino cada año. Si acaso no el planeta, al menos nuestro mundo, ese que comenzamos a construir el día que nacimos, de seguro se acabará un día. Incluso si vivimos muchos años, y en verdad precisamente si vivimos muchos años, la muerte se nos presenta a diario aunque con distintas vestimentas. ¿No es cierto que ese mundo donde nacimos, nos criamos y desarrollamos se desvanece constantemente ante nuestros ojos? Fallecen nuestros parientes, amigos y vecinos, desaparecen los barrios que conocimos, cierran la botica y la panadería de la esquina, cortan el árbol que nos daba sombra, pierden vigencia costumbres y valores que eran los nuestros, vemos desaparecer los paisajes que conocimos de niños, se van nuestros amores y nuestros enemigos, en resumen, el

mundo se nos muere en incómodas cuotas mensuales y así se nos hace extraño día a día y sucede a la larga lo que le sucede a todos los viejos, la llegada de una profunda melancolía, un creciente disgusto por lo que nos rodea, el deseo al principio escondido y luego cada vez más evidente de morir, de descansar, de no ver más…

Así pues, no solo en mi abuela Leonides sino en cada uno de nosotros alienta la frase que ella pronunciaba, aunque no la pronunciemos. Y «nosotros» son todas las generaciones que jamás hayan puesto un pie en la superficie de la Tierra. Ese pobre cavernícola medio muerto de hambre, aterrado por el viento, los rayos, el trueno, el fuego y las bestias, ese pobre hombre cagado de frío y con los nervios de punta sin saber de dónde saltaría la próxima amenaza a su vida, ese cavernícola, ahora con traje sastre y celular en la mano, somos nosotros. De ahí que junto al miedo prospere el pánico…

Pánico

Los miedos, los de mi abuelita y los de todo el mundo, tienen algo muy importante en común: son miedos de entidades conocibles o imaginables, miedos de objetos de precisa forma o siquiera con siluetas aproximadas. El miedo es siempre miedo a tal o cual cosa. Aun los terrores que suscita lo sobrenatural tienen un objeto, como lo es el fantasma, el muerto que se levanta de la tumba, el vampiro, el monstruo hecho de cadáveres, en fin, cualquier ítem del completo arsenal del pavor industrializado por la literatura de terror y el cine, apunta a seres determinados: el fantasma es eso, tal o cual fantasma, el monstruo es ese monstruo. Etcétera.

Pero hay otra fuente del miedo o más precisamente de una emoción que se emparenta con el miedo pero es de otro talante, más ambigua que determinada, más inquietante, profunda y angustiosa, pues la ausencia de objeto impide rehuirla ni hace posible atacar la causa; es el pánico. La Enciclopedia Británica inicia su artículo sobre el pánico precisamente definiéndolo como «un súbito acceso de intensa aprehensión, temor o terror que sucede sin una causa aparente». Esto último es lo definitorio del pánico y lo que lo distingue del simple miedo: sin causa aparente significa sin un objeto determinado que sea su origen; significa entonces lo que no vemos ni oímos, lo que no sabemos de dónde viene o podría venir ni tampoco la naturaleza de eso que vendrá, lo que se oculta en la oscuridad y el silencio; por ende, potencialmente resulta siendo todo lo que escapa a nuestra inmediata esfera de percepción y conocimiento. Por lo mismo es posible fuente de pánico el entero universo que se extiende más allá de esa diminuta esfera nuestra que conocemos o creemos conocer.

En el ataque de pánico psicótico ese temor innominado estalla de manera muy clara. No habiendo, para quien lo observa, motivo para su aparición, suscita una especie de horror en segundo grado, el pánico del pánico ajeno que no se sabe a qué teme y que, por lo mismo, no nos deja saber a nosotros, sus espectadores, a qué

podríamos o deberíamos temer. Nos preguntamos qué suscita ese horror para enseguida ponernos a buen recaudo, pero no lo sabemos y quedamos inermes; ¿no habrá acaso sobrada justificación en ese arrebato? El pánico extremo del psicótico despierta, por así decirlo, el que nosotros mismos llevamos dentro, pero domesticado, dormido. Lo echamos a dormir cuando dejamos atrás la niñez, pero sigue estando ahí y hay todavía ocasiones cuando la simple oscuridad nos crispa los nervios o nos eriza la piel.

En su forma más suave ni siquiera notamos la existencia, dentro de nosotros, de ese horror del entorno desconocido, del total de las amenazas posibles que por el cosmos pueden saltar como un tigre salta de súbito desde la espesura. Está ahí, sin embargo. Es el difuso fondo sobre el cual construimos nuestras vidas; es la base del suave, diluido miedo que tal vez fundamenta las liturgias mágicas, las religiones, todas las conductas que intentan propiciar lo desconocido o convertir lo desconocido en una figura poderosa y potencialmente aplastante, pero al menos conocida: los dioses.

De todos los miedos, angustias e inquietudes que pueden atormentar o sobresaltar el alma humana, este, la sospecha de un peligro incierto, la sensación de que algo nos amenaza sin saber qué y de dónde o cuándo, es tal vez el más racional de todos, aunque parezca exactamente lo contrario. Porque, ¿no es acaso cierto que la esfera que conocemos y controlamos es imperceptible ante la vastedad de lo desconocido, ante las fuerzas de la entera maquinaria de la vida en la que flotamos como una brizna en el océano? Por eso, si examinamos de cerca la naturaleza de aquello que llamamos «accidente» o «accidental», bien pronto nos damos cuenta de que no es sino la súbita irrupción, a menudo destructiva, trágica, de esa vasta maquinaria de infinitos engranajes tropezándose con los simples y previsibles mecanismos de nuestra vida cotidiana.

Lo sabemos. De ahí esa aprehensión, por desvanecida, por sepultada que se encuentre o adormecida o enceguecida y ensordecida por ese capullo que son las rutinas diarias. Nuestras vidas diminutas son como los diminutos personajes que vagan en los vastos espacios cerrados de las más oscuras visiones de Piranesi.

Rabia

Pero no solo con miedo y su horrible variante, el pánico, están constituidos los tonos básicos del *big picture*. Hay también otro gran y persistente color de fondo, uno que es complementario a miedo y a pánico, uno que los acompaña a menudo: la rabia o siquiera su versión más suave, *diet*, el descontento. Ya veremos a lo largo de este libro cuán importante es en la dinámica de la vida en sociedad.

¡Ah, sí, somos bestias de mal genio y muy descontentadizas! Es una irascibilidad que se manifiesta de mil maneras en toda fase de la historia humana, individual y colectivamente, a veces dando lugar a horribles carnicerías y desastres. La que en los animales aparece solo en ocasiones puntuales y por motivos de sobra justificados, es, en nuestra especie, una emoción muy frecuente y a menudo gratuita, a veces casi un estado de permanente irritabilidad. La rabia nos acompaña siempre: aparece ya en la feroz pataleta del bebé cuyo biberón ha demorado unos segundos más de lo debido en llegar a su boca y desde ese momento en adelante dura toda la vida, en ocasiones controlada o disimulada, a menudo tan en sordina que apenas la notamos o solo como ese fondo estable de desagrado o incomodidad que nos arruina siquiera una parte de la jornada. En otras ese fondo es del todo inconsciente, hasta que estalla. En todos los casos es un componente inevitable de la experiencia humana.

En efecto, ¿no es propio de nuestra condición actuar a base de ambiciones y deseos que van más allá de la necesidad de alimentarnos y reproducirnos, lo cual nos condena a tropezarnos a cada paso con innumerables obstáculos, incluyendo la barrera impuesta por la mera presencia del prójimo? De eso deriva la frustración que detona la rabia y su frecuente compañero, la violencia. Aunque nuestro intelecto sea bastante superior al de los demás mamíferos superiores, no lo es tanto como para dominar el muchísimo más vasto rango de deseos, ambiciones y metas que despierta esa mirada más amplia. Y de tan grande disparidad entre deseos y capacidades nace una contradicción

que nos carcome noche y día, aunque logremos adormecerla. Lo cierto es que casi siempre queremos más de lo que podemos y entonces nuestra vida cotidiana nos obliga a una sistemática resignación, a poseer solo lo poco —a nuestro juicio— que logramos, resignación que aumenta y se perfecciona con el paso del tiempo y la consiguiente disminución de nuestras energías; al final, con suerte y paciencia, aprendemos a vivir en condiciones que nos parecieron intolerables la primera vez que las experimentamos.

Rabia, miedo y pánico son los componentes básicos o colores primarios de la vida humana y su explosiva mezcla da siempre origen a momentos de extrema violencia. Por separado también pueden darla. Y cuando no la dan, cuando esa mezcla no estalla explosivamente, al menos mantiene al hombre en un estado de vaga incomodidad e incapacidad para yacer verdaderamente en paz, en ese estado al que llamamos «tedio», siempre tan pegajoso y con el cual flotamos en medio de un océano de ansiedad.

Rabia, miedo y pánico son los colores primarios; el tedio, la ansiedad y la violencia son los secundarios. En conjunto es como dan su tonalidad al *big picture*. Allí donde una buena documentación histórica nos permite tener un atisbo de la vida diaria de cualquier sociedad, de inmediato se hace evidente hasta qué enorme grado determinan la tonalidad del cuadro. ¿Podría, entonces, llamar la atención que en toda descripción religiosa o filosófica de la vida humana, desde el Eclesiastés en adelante, esta sea descrita como cosa miserable, valle de lágrimas, lugar de incesante trabajo y penalidades y repleto de sufrimientos y que, por lo mismo, esa condición haya llevado a la escritura de cientos de libros cuyo tema es, literalmente, «cómo sobrevivir a la vida»? O a los Apokalypsis…

Hartazgo

Hay todavía otro componente del tono de fondo del *big picture*, algo inesperado quizás, poco frecuente pero no pocas veces muy a la vista. Nos referimos al hartazgo. Si acaso la rabia y frustración suponen ambiciones y/o deseos incumplidos, el hartazgo opera desde la vereda opuesta. Aun así socava la tranquilidad y felicidad. ¡Pareciera que no hay estado material y/o espiritual que convenga al ser humano!

El hartazgo resulta de estarse lleno, completamente satisfecho, saciado. Se experimenta cuando no hay ya placer físico o mental que no se haya conseguido. Por lo mismo, disipa la necesidad, pero también la excitación de estar en camino de conseguir lo que se quiere. Con eso se evapora el placer de la anticipación, de estarse a punto de lograrlo. ¿Qué queda entonces? Sin carencias pero además sin deseos, ¿qué le queda a la mente humana normal? El lapso de contentamiento que sigue a la satisfacción del deseo es de corta duración. Muy pronto viene otro deseo a destruirlo. Pero si esos nuevos deseos son rápidamente satisfechos, si no hay dificultad en ir dando cumplimiento a cada uno de ellos, entonces un estado aun más lastimoso que el de la frustración viene a instalarse en el alma humana. Bien decía Schopenhauer: si los pollos volaran ya asados y al alcance de la mano, nos moriríamos de aburrimiento y terminaríamos colgándonos de un árbol. Es, dicho mal, esa saciedad y enervamiento de tenerlo todo al instante, infalible fuente del tedio, del disgusto de vivir, de la falta de Norte al cual dirigirse, todo lo cual causa una sensación de horrendo vacío. Es la que asalta por un rato a quien acaba de darse una comilona y/u orgía absoluta. Es algo parecido a lo que alude la expresión «tristeza post coitum».

Hay, para describir este estado de cosas, no poca literatura. Los historiadores antiguos achacaban al «enervamiento» derivado de satisfacciones excesivas la «decadencia» que llevaba al derrumbe de las sociedades. En cierto sentido no erraban tanto el blanco porque los enervados son gente de la élite, personas con riquezas y poder,

condición indispensable para alcanzar dicha saciedad. Uno adivina en muchos de los personajes de G*uerra y paz* el tormento del tedio nacido de una fortuna derivada sin esfuerzo de su condición de herederos y rentistas. No teniendo mucho que hacer, provistos de todos los bienes materiales deseables, sencillamente se aburrían. No han tenido, esas clases parasitarias de rentistas, otro panorama que sumirse en pequeñas intrigas amorosas y de poder, en fruslerías, en el alcohol, la excitación del juego, los duelos y finalmente la guerra. *Oblómov*, de Goncharov, es otro retrato del ocio y la pasividad cociéndose en sus jugos.

Preguntas al paso

A la vista de esos cuadros de disipación estéril, inmenso tedio y hartazgo, todo lo cual hace la vida insoportable, me he preguntado —pero seguro que no soy el primero en hacerse esta pregunta— cuántas aventuras bélicas de una nación o reino, iniciativas privadas no menos absurdas, acciones disparatadas, peligrosas, ruinosas y finalmente letales no han sido el fruto de la desesperación surgida de ese tedio, del cansancio de prolongar los placeres y privilegios de una posición destacada.

Y al mismo tiempo y al contrario, ¿cuántos hombres comunes y corrientes que en absoluto nadaban en la abundancia pero que, de todos modos, eran consumidos por el aburrimiento, no se dejaron enganchar para campañas militares en lejanos países, abordaron naves para peligrosas exploraciones, siguieron a Alejandro Magno a lo desconocido a cambio de vagas promesas, se fueron a las Cruzadas o se encaramaron a una diligencia hacia el Far West no solo por eludir la miseria sino por cansancio de la vida cotidiana? Miles. Millones. No todos los participantes fueron enganchados a la fuerza o presionados por necesidad extrema. No pocos tuvieron otra opción, pero se asociaba al tedio intolerable de la rutina. Y prefirieron correr un excitante albur.

¿Puede entonces, siquiera por un lapso, vivirse en paz? ¿Vivirse sin motines ni guerras ni revoluciones, sin sobresaltos, revueltas, protestas, rezongos, delincuencia, locuras, extravíos, tedio desesperante, demencia apenas mantenida a raya, envidias venenosas, maledicencia, crímenes, odiosidad y todo el repertorio de la mala leche, de la insatisfacción, de la frustración, del aburrimiento y la saciedad, de la desesperación?

Es de dudarse.

Y es de dudarse también que todo lo que veremos a partir de aquí sería inteligible sin tener en cuenta esta coloración de base del *big picture*. De hecho, es solo teniendo en mente su permanencia porfiada

en el curso de la historia humana que podemos colocar en su debida ubicación y contexto lo que haya de nuevo o lo que haya de viejo en la crisis que vivimos. Y como prueba de dicha permanencia miraremos brevemente un tema que aparece en casi todas las sociedades, tal como los árboles aparecen en casi todas las pinturas campestres. Nos referimos a los anuncios de Apokalypsis —en todos sus sabores—, en los que el miedo ha alcanzado su más elevada, intensa y dramática expresión.

PARTE II

Exija su Apokalypsis

Debido a la omnipresencia del miedo no solo hoy, en esta década repleta de oscuras predicciones, sino en todos los años y siglos de la historia humana, muchos de los terrores y aprehensiones de la vida alcanzaron tal paroxismo de intensidad y amplitud que dieron lugar a la sensación colectiva de cambios globales inminentes, inmensos, catastróficos, planetarios, místicos, terribles; la famosa expresión Apokalypsis es una síntesis de dicho sentimiento. ¿No se ha hablado estos últimos años de acabo del mundo porque así lo habrían profetizado, se dice, los mayas con su siniestro calendario?

Esto del Apokalypsis no es solo cosa antigua y obsoleta y/o mamada y creída por gente fanáticamente religiosa y trabajada por mercaderes del *bestseller*; el miedo y la ansiedad por lo que viene, a veces una paralizante angustia, también afecta en el presente a muchas personas comunes y corrientes, incluso a las no religiosas. Y por eso y además de la versión bíblica y de la versión maya del Apokalypsis hay muchas otras levantando cabeza una y otra vez. ¿Olvidaron la conmoción producida por la advertencia de que el 2000 las computadoras enloquecerían o se detendrían y nuestra civilización tendría serios problemas, con bancos cerrando sus puertas, aviones cayendo del cielo y comunicaciones interrumpidas? Todo un Apokalypsis digital. Y no hace mucho, en 2010, algunos grupos de Internet presagiaron que la puesta en operaciones del acelerador de partículas gigante construido en Europa —el Gran Colisionador de Hadrones— causaría uno o varios hoyos negros que acabarían con el planeta, sino acaso con todo el sistema solar. Si eso no es Apokalypsis, ¿qué es?

Pero como si la realidad cotidiana y los avisos estridentes de los agoreros de turno no fueran suficientes para alimentar el presentimiento de un Apokalypsis a la vuelta de la esquina, entonces lo hace el cine y la televisión con nutridas variaciones de un fin del mundo. Para esos efectos Hollywood recluta los servicios de alienígenas hostiles o echa mano de una peste que convierte a casi

toda la humanidad en zombies a quienes gusta comer carne, nuestra carne, o saca del arcón de los horrores un desastre natural de envergadura planetaria o simplemente recicla la ya vieja y tradicional pesadilla, muy de moda en los cincuenta y sesenta, de una guerra nuclear poniendo fin a casi todo. Una y otra vez la negra fantasía del fin ha sido puesta en celuloide y/o en el fantasmagórico universo de fotones de una pantalla de televisión. Y si así ha sido pese al gusto de los públicos por un final feliz, ¿no será que sucede precisamente por la fuerza y persistencia de ese negro presentimiento que nos pena desde el principio de los tiempos y desde el principio de toda vida, desde la niñez misma de cada uno de nosotros?

Y no olvidemos el Apokalypsis bíblico, el producto original, madre o al menos padre onomástico de todos los Apokalypsis, este último libro del Nuevo Testamento donde se nos cuenta de manera tremebunda cómo ocurrirá el fin de los tiempos. Claro que lo del inminente fin del mundo se predicaba desde mucho antes. Lo mismo o algo parecido ha sido expresado desde el principio de la historia humana. Las más antiguas culturas tuvieron el suyo. Todas tuvieron miedo. Nuestros antepasados se morían de miedo. Insisto; una porfiada y oscura sensación de pánico en cámara lenta agobia a la especie humana desde siempre. Vivimos en el miedo, vivíamos en el miedo, viviremos en el miedo. Nos lo pasamos esperando catástrofes, castigos colosales, desastres inabarcables. De vez en cuando la naturaleza se encarga de revivir dicho pavor y estalla un Krakatoa, desaparece una isla entera, llega el diluvio universal. Innumerables pestes, plagas, terremotos, maremotos, incendios, hambrunas, guerras, desastres naturales nos asolan. A eso se suman las colectividades religiosas que, cada año o al menos cada década, hacen sus propios anuncios y también contribuyen los autores de *bestsellers* en el ahora profuso género editorial del ocultismo, magia y revelaciones de secretos hasta ahora no sacados a la luz por una supuesta conspiración de los gobiernos. Hay también una versión académica del sentimiento y pensamiento de «acabo de mundo», una que no profetiza el fin del planeta y de toda la humanidad, pero que tiende a ver los fenómenos que observa como marcados por un destino intrínseco a llegar a un final más o menos

preciso, visible, perceptible, a veces hasta dramático. Es lo que algunos filósofos llaman «finalismo». Historiadores, cientistas —¿o cuentistas?— políticos y otros académicos con un ojo puesto en el mercado, la fama y el dinero se han dignado a descender a este abarrotado campo y hacer predicciones sociológicas cuyos sujetos son, esta vez, no la humanidad sino las civilizaciones. ¿Cuántas veces no se ha anunciado ya el «fin de la civilización occidental», del «Imperio americano» y de Europa? ¿Incluso el fin de la historia?

Ahora se suman a las profecías apocalípticas las amenazas del espacio exterior, las cuales poco a poco han permeado la conciencia del hombre común con otra dosis de fragilidad y ansiedad. Se nos habla de planetas misteriosos —Nibiru— que vienen a destruirnos, asteroides enormes que podrían estar en curso de colisión. Las tranquilas «esferas celestes» de antaño, gobernadas en perpetuo reposo por los dioses, cedieron lugar a una visión del universo como infinito sitio repleto de cambios amenazantes: cambian las estrellas porque se convierten en enanas o en gigantes y explotan y arrojan materia, nuevos cuerpos se forman, oscilan los campos gravitacionales, las galaxias corren despavoridas quién sabe adónde, los hoyos negros se tragan planetas completos, la antimateria anda por ahí, cada día se descubren nuevas partículas, etc. Y en la escala reducida de nuestro sistema solar tampoco se carece de novedades. Por eso un asteroide moviéndose a lo largo de una órbita no está ciento por ciento sometido a la vieja ley newtoniana de la inercia según la cual, si ninguna fuerza o factor externo actúa sobre un cuerpo, este mantiene su estado, ya sea el de inmovilidad —¿inmovilidad?— o de movimiento. Al contrario, navegan en medio de un montón de eventos, del polvo estelar, de la radiación cósmica, del efecto de los «vientos solares», sufren perturbaciones gravitacionales si pierden o ganan materia, se tropiezan con miles de partículas a veces considerables y pasan por cien mil episodios más. Todo eso afecta. ¿Cuánto? Quizá lo suficiente para que alguno de ellos nos caiga un día en el plato de sopa. En fin, las precariedades de la vida, de las que hablamos desde el comienzo de este libro, operan también a distancias siderales, desde la profundidad del espacio estelar, desde rincones

invisibles para el ojo humano, en trayectorias sordas y mudas, en el vacío silencioso del cosmos; allí pueden suscitarse amenazas globales de las que tal vez no tendremos idea sino hasta casi la hora 25. Y de eso ahora, con el Hubble, con los satélites, con los radiotelescopios, tenemos conciencia. Tan cierto es esto que existen ya programas de vigilancia de los cuerpos sueltos dando vueltas por el vecindario del sistema solar y que pudieran ser peligrosos.

Y por si todo eso no fuera suficiente, si no nos bastaran los posibles asteroides surcando el negro espacio hacia nosotros, los Apokalypsis anunciados semana por medio, los terrores propios de nuestra sobresaltada psiquis, el temor de morir imprevistamente o de perder la pega o que mañana mismo la tragedia nos golpee, he aquí que en los últimos veinte años se ha sumado otro de esos pánicos que tienen su origen en la ciencia y la tecnología, fuentes eximias de esa desconfianza de fondo y casi nunca reconocida que alentamos por nuestras propias obras, como si ellas pudieran adquirir vida propia y volverse contra nosotros, lo cual a veces sucede. No es otra la raíz del perenne atractivo del monstruo del doctor Frankenstein y la pérdida del *Titanic*. El temor de más reciente data, intensamente explotado por el cine y la literatura, es la posibilidad de que suframos una súbita y devastadora infección planetaria a cargo de un virus o bacteria letal, miedo al que subyace el conocimiento siquiera superficial de la humanidad común y corriente acerca de dichas entidades. Sabemos que pueden matar a millones y sabemos también que los laboratorios militares han desarrollado armas biológicas cuya capacidad de destrucción y espanto supera en mucho las capacidades de los primitivos gases antipersonales usados en la primera guerra mundial. Imaginamos que los accidentes pueden ocurrir y los stocks de terribles cepas virales liberarse y esparcirse. Tememos además que científicos de organizaciones terroristas desarrollen sus propias cepas letales. En breve, tememos que el conocimiento científico y tecnológico, no siendo ya cosa encerrada en los límites de uno o dos laboratorios estrechamente vigilados, esté en todas partes, en cualquier parte, disponible. Y a eso podríamos agregar el solo efecto de la mecánica de la selección natural tal como la planteó Darwin hace más de un siglo;

cepas bacterianas cada vez más resistentes al ataque de antibióticos. Cada vez es más difícil destruir las nuevas cepas por una simple razón: son poblaciones originadas precisamente de la reproducción acelerada de los pocos ejemplares que sobrevivieron el ataque anterior. Sume usted varias de estas iteraciones y tenemos bacterias súper resistentes a las que no hay modo de matar.

En el siglo XIV Europa perdió, según la zona, entre un tercio y la mitad de su población a manos de la peste negra. En 1830 el cólera liquidó a miles de europeos, entre ellos al filósofo Hegel. Y antes, en el siglo XVI, las pestes y enfermedades traídas por los conquistadores mataron a posiblemente al 90 por ciento de la población indígena de América. ¡90 por ciento! La gripe de 1918 mató a millones de personas.

En Chile debemos agregar un ítem más, los seísmos. Nunca es posible descartar, como ya nos ha sucedido, que nuestras vidas o al menos nuestros bienes sean víctimas de un sacudón. El grado en que esta perspectiva latente —nunca del todo olvidada, siempre presente aunque sea en el último rincón de nuestra conciencia y que despierta al menor remezón— afecta nuestro sentimiento de la vida y sus fragilidades es difícil de medir, pero no cabe duda de que es uno de los componentes de nuestra particular versión del Apokalypsis. Siquiera de vez en cuando el chileno y chilena mira sus pertenencias, su casa, sus muebles, su entorno y se imagina que el día menos pensado todo eso puede desaparecer en medio de un cataclismo aun más terrible que el peor que hayamos jamás vivido.

Ese temor ha estado siempre presente en la mente del chileno porque ya muchas veces ha sido golpeado por seísmos pavorosos, para no contar los cientos de temblores al año, los tiritones de la tierra que ponen a bailar las lámparas sobre nuestras cabezas, pero en el presente, con una más aguda percepción y conocimiento de cuán frágil y delgada es la corteza terrestre en comparación con los volúmenes inmensamente superiores de magma y fuego y fuerzas indescriptibles que anidan unos pocos kilómetros bajo nuestros pies, ese miedo en sordina es aun más poderoso.

¿Será previsible, previsto, anunciado todo esto? Esa es otra rama de

la industria de la catástrofe y uno de sus padres fue Nostradamus. Si le interesa algo acerca de eso, vaya a nuestro Anexo 1.

PARTE III

EMPIEZA EL JALEO

> Cuando el pueblo se rebela no sabemos cómo podrá volver a la calma y cuando está tranquilo no comprendemos cómo pueden sobrevenir las revoluciones.
>
> JEAN DE LA BRUYÈRE

No sé exactamente si Nostradamus —lean sobre él, si lo desean, en el Anexo 1 ya mencionado— dijo algo específico sobre estos años, los nuestros, pero sí puedo imaginar cómo podría haber iniciado el primer capítulo de un texto de Historia para escolares del presente. «Todo comenzó —creo que diría— con una revuelta en una pequeña nación africana en 2011…» Y aunque eso suene algo simplista, dicho improbable texto no dejaría de tener razón, porque es verdad que la figura central de la *big picture* de hoy, casi diríamos el tema principal de la época, en lo que están todos de acuerdo, son las revueltas. Lo es del mismo modo como la figura central del *big picture* de Delacroix sobre los eventos revolucionarios en Francia de 1830 es la figura de *La libertad guiando al pueblo* —así se llama la pintura—, una joven mal vestida avanzando en medio de las trincheras con una bandera en la mano. Sí, han sido las revueltas… ¡y qué revueltas!

África y Medio Oriente, 2011

Si eventos bizarros y posiblemente falsos, como la vaca de cinco patas o la estatua que lloró a gritos o que amaneció sin cabeza —hits típicos de la Antigüedad—, pueden dar lugar a predicciones catastrofistas, irónicamente suele suceder, al contrario, que hechos minúsculos y por cierto menos extraordinarios den lugar a cambios, revueltas, revoluciones y eventos de gran envergadura que nadie había previsto ni siquiera el día antes de que ocurrieran. Es lo que sucedió en Túnez. En diciembre de 2010, en ese país enteramente dedicado al turismo, a un vendedor callejero la policía le quitó el carrito con su mercancía de fruta y verdura. ¿Puede haber algo más banal? Tal vez el tipo no tenía el correspondiente permiso y/o no había cancelado la coima debida. Cosas como esas deben haber sucedido miles de veces en Túnez y sin duda pasan millones de veces en el mundo. Pero, de esas millones de veces, esta, la que afectó a Mohamed Bouazizi, tendría consecuencias inmensas. Mohamed, sin su carrito y abofeteado en público por la policía, se quemó a lo bonzo en acto de protesta. Ese fuego, fatal para él, lo fue también para el régimen de Zine El Abidine Ben Ali. Las llamas que consumieron a Mohamed se esparcieron e inflamaron los ánimos de la juventud de todo Túnez. De súbito se hizo ostensible que bajo la superficie de orden y tranquilidad, de paraíso turístico para occidentales sexagenarios en busca de color local y oriental, de exóticas putas y alfombras, habían poderosas fuerzas contrarias al régimen, quejas que no habían sido oídas, sentimientos que no encontraban ni expresión ni satisfacción, frustración por el desempleo, falta de oportunidades, opresión política y cero futuro.

Y hablamos de un país moderno, al menos en comparación con el resto de las naciones donde predomina la religión de Mahoma, Bendito sea Su Nombre. A partir de 1956, cuando dejó de ser colonia francesa, Túnez fue gobernada por Habib Bourguiba, un antiislamista que le dio a las mujeres derechos que nunca han tenido en el seno del Islam hasta el día de hoy, creó una educación obligatoria, eliminó la

poligamia, etc. Todo un progresista, pero en 1987 perdió sus capacidades mentales y lo reemplazó Zine El Abidine Ben Ali, quien gobernó hasta febrero de 2011, cuando debió salir pitando como resultado de las protestas y disturbios contra su régimen producidas por la ya narrada muerte del joven vendedor callejero.

¿Por qué pasó tanto en ese breve lapso entre diciembre y febrero? ¿Por qué ese incidente con el vendedor callejero produjo solo en ese momento, pero no antes, la explosión social y política que barrió con el dictador tunecino? ¿Acaso no había desde siempre desigualdad, opresión, falta de oportunidades y vendedores abofeteados? Respuesta: todo tiene SU tiempo, nunca antes o después; en Túnez, como en otras partes y como en otros ámbitos, los factores que hacen posible los días de las explosiones deben llegar a su madurez, acumular su combustible, alcanzar sus masas críticas.

¿Qué factores? Demográficos en primer lugar. Un país que se moderniza, como lo hizo Túnez bajo el gobierno de Habib Bourguiba, es un país que rebaja sustancialmente su tasa de mortalidad infantil y además educa, aunque sea a medias, a los niños sobrevivientes; por tanto, al cabo de dos décadas hay una sustancial población joven, sana y con aspiraciones, una gran masa de gente en busca de trabajo y oportunidades. Y responder a eso es mucho más difícil que suministrar los a veces muy simples cuidados de salud que permiten salvar a los bebés. La educación es también un poderoso factor; gente alfabetizada y conectada al mundo por medios de comunicación de uso universal y cobertura planetaria alimenta aspiraciones que inevitablemente erosionan cualquier sistema de valores y costumbres de raigambre local; el alfabetismo es en todos los sentidos un agente de disolución. No hay país que haya pasado de la extrema pobreza a un estado intermedio de desarrollo donde no se hayan presentado estos mismos fenómenos. Nada más estable que la pobreza extrema, con un 90 por ciento o más de la gente sumida en tal debilidad física y mental que carece de energía para agitarse, rebelarse ni aspirar a algo mejor.

Pero sigamos con los efectos de esa chispa que en Túnez terminó en devoradora llamarada. Las llamas de Túnez lanzaron metástasis incandescentes por todo el norte de África, en la costa oriental del

Mediterráneo y en la península arábiga. Revueltas masivas se iniciaron y desarrollaron en Egipto, Yemen, Siria, Arabia Saudita, Libia, Omán, Jordania, Argelia y Marruecos. No en todas partes fue igual. En Marruecos y en Arabia rápidas ofertas y desembolsos de los jerarcas ahogaron *in vitro* los comienzos de la agitación; en Egipto, en cambio, la revuelta terminó con el régimen de Hosni Mubarak; también sucedió en Libia tras una guerra librada por los rebeldes y la OTAN contra las fuerzas de Gadafi; en Siria ha habido hasta la fecha un largo período de guerra entre la población civil y las Fuerzas Armadas de Bashar Al-Assad. En otras partes la revuelta no logró derrocar al régimen imperante, pero tampoco fue asfixiada en la cuna, y la situación se ha mantenido inestable hasta el día de hoy.

Todo eso, desde lo de Túnez en adelante, lo que ahora se llama la «primavera árabe», fue completa y totalmente inesperado. Nadie lo había previsto. Y sin embargo, ¿acaso no sabíamos de la gradual acumulación de los factores que hemos mencionado, el demográfico principalmente, el hecho de que esas sociedades estaban desarrollando una pirámide de edad enorme y peligrosamente cargada hacia gente en extremo joven? ¿Del extendido uso de las llamadas «redes sociales»? ¿No hubo mil y un signos de descontento?

¡Ah, pero qué miope suele ser la raza humana en todas sus variedades! El hombre de la calle, el gobernante y el académico por igual. A veces huelen que hay algo en el aire, pero enseguida los adormece la rutina, ese ilusorio sentimiento de que los envuelve una eternidad, que siempre ocurre lo mismo o como dicen los gringos, *business as usual*. Sólido e indestructible les parece el mundo tal como lo conocen por la acción del siguiente y simple hecho: todos los días se levantan a hacer las mismas cosas y los rodean millones de personas también inmersas en sus rutinas, repetitivamente, interminablemente. O al menos «interminables» es como nos parecen los actos del prójimo por haberlos vistos tantas veces en el pasado. De ahí que aun lo que el análisis racional nos advierte como posible, nuestros reflejos condicionados y nuestro profundo deseo de que nada perturbe nuestra vida lo decretan como imposible, inverosímil. Ya sea observando nuestra diminuta vida y su microscópico horizonte u observando los

acontecimientos de la humanidad en su conjunto, sencillamente no podemos, no queremos creer en eso que el sentido común y hasta las implacables matemáticas nos advierten; en breve, no creemos que una predicción desagradable vaya «realmente» a pasar. Porque «realmente» no es para nosotros la REALIDAD, el inmenso conjunto de todas las cosas del universo —o siquiera del planeta donde vivimos— y sus interacciones, sino solo la cotidianeidad, el limitado conjunto de eventos que circunscriben nuestra vida personal. «Realmente», entonces, solo es lo que es y pasa en ese estrecho ámbito de todos los días desde el momento que nos calzamos las pantuflas para ir al baño. Lo demás nos parece una fantasía de novela.

Otras veces sucede lo siguiente: incluso teniendo la certeza de que un desastre descomunal se nos viene encima, nos paraliza el pánico y/o nos demora la pereza, una dificultad enorme para movilizar energía y entrar en acción para enfrentar los hechos cuando estos aún no están maduros y podrían ser manejados. No nos decidimos a hacer algo al respecto o hacemos solo el mínimo; nos decimos «mañana será otro día» y alentamos la ilusión de que tal vez el problema se desvanecerá por sí solo. Y así, día tras día, semana tras semana, año tras año, a veces siglo tras siglo, hasta que todo explota.

CHILE 2011: EL ESTRENO

Ubicado a miles de kilómetros del norte de África y el Medio Oriente y aun más distante de esos parajes en términos de cultura, religión, valores, historia y todo lo que hace la naturaleza de una sociedad y de sus componentes, he aquí que Chile, hasta principios del 2010, sin otro ítem de discusión política seria que el ritmo de la reconstrucción luego del terremoto, entró de súbito en un período de enorme agitación. Su fase inaugural fue menos trágica que la de Túnez, pero, como allí, estuvo a cargo de algo completamente inesperado, de un tema de muy distinta naturaleza al hasta entonces propio de las grandes protestas masivas. La ciudadanía salió a las calles en grandes números y con apabullante cobertura mediática en pos de —quién lo hubiera imaginado— el medio ambiente…

Con el «medio ambiente» se alzaron las cortinas del primer acto de lo que se convertiría en una seguidilla de protestas, hoy ya tan frecuentes por toda y cualquier razón que parecen formar parte del paisaje y del calendario. El tema ambiental no era una novedad sino un tópico ya instalado en las agendas, pero se trataba solo de una instalación verbal. Generaba pocos compromisos de acción y muchos de alocución; era, para la población en general, una cuestión de frases, de posturas, de guiños, de calcomanías en los autos y de gestos y nada más. Se hizo popular como se hace popular una moda de vestuario. Se convirtió en un catálogo de clichés de buen tono, especialmente la relamida frase «crecimiento respetando el medio ambiente». Expresiones similares aparecieron a granel aun en las costosas Memorias Anuales corporativas, esos gruesos libros en papel couché que nadie lee. Quienes sí lo han hecho, de seguro notaron que a partir de cierto momento ya no hubo empresa sin dedicar siquiera un capítulo, al menos un par de párrafos, para acreditar sus laureles ambientales. Se crearon muchas expresiones piadosas: «desarrollo económico sustentable», «medidas de mitigación ambiental», «evaluación ambiental», «cuidado con la ecología». Se comenzó a

hablar de autos ecológicos, buses ecológicos, de «respetar la naturaleza», de ser «amigables con el medio ambiente».

Seamos justos: hablar no fue todo. No totalmente todo. En un «emblemático» episodio cierta empresa papelera sufrió ingentes pérdidas económicas por causa de unos cisnes fallecidos. Pero, como dice el refrán, una golondrina no hace verano y menos un par de cisnes. Por eso y pese a eso, el medio ambiente seguía siendo tema de segunda o tercera línea en la agenda. «Preocupaba», pero no ocupaba mucho. Se «respetaba el medio ambiente» solo después de haberse respetado la rentabilidad. Se respetaba el medio ambiente como se respeta a las señoras de edad, sin intentarse nada serio con ellas. El asunto no generaba demasiado compromiso ni menos una sensación de urgencia. Era un tema público en el peor sentido de la palabra, cuando se refiere a algo que nadie está dispuesto a emprender por su cuenta, privadamente. El ciudadano común esperaba todo del Estado y el Estado esperaba casi todo del ciudadano; esperaba piadosamente que se convirtiera en sus usos y costumbres y «respetara el medio ambiente».

En ese pie estábamos, con Sebastián Piñera recién instalado en La Moneda, cuando vino y saltó al primer plano de la noticia y al debate público el tema «Barrancones». Su irrupción fue tan estruendosa que dejó a todo el mundo atónito. Después de todo, Barrancones era un meganegocio, el tipo de emprendimientos y la clase de inversiones que, supuestamente, el nuevo régimen alentaría y protegería aun más de lo que ya las había protegido y alentado amorosamente el régimen de la Concertación. ¿Qué importaba, deben haber pensado algunos, que se tratara de una planta termoeléctrica a carbón pretendiendo instalarse justo en una sección del litoral chileno situado en una latitud de gran interés biológico y ambiental? Hubo, como era de esperarse, cuando dicha planta se aprobó, una inmediata reacción de la comunidad ambientalista, pero lo que nadie esperó fue la masividad del apoyo que concitó por parte del resto de la nación. Sería el preludio a las indignaciones que vendrían después. Tal vez sucedió que precisamente en ese momento la lenta y gradual acumulación de una conciencia ecológica, permeando poco a poco muchas mentes y

corazones, alcanzó al fin el nivel de «masa crítica». O sencillamente ocurrió que oponerse a ese proyecto no implicaba un claro e inmediato costo para el ciudadano medio. O la gente linda de la televisión, siempre presta para reclutarse en las causas progresistas, atrajo irresistiblemente a las multitudes. Como sea, la causa prendió —según dice la anciana metáfora— como el fuego en una pradera reseca. Y como resultado de la oleada de protestas el propio presidente se hizo parte del rechazo y volteó la iniciativa.

Eso por sí solo fue rarísimo, inédito, inesperado. ¡El presidente apoyando una causa ambiental! Así se reveló que quizá la conciencia ecologista había realmente, aunque invisiblemente hasta ese momento, llegado a su punto crítico. O al menos esa es la apariencia; otras voces sugieren que la subida del presidente Piñera y de alguno de sus ministros al carro ambientalista tuvo otros motivos, menos piadosos y más en efectivo. Esas voces apuntan a un principio económico fundamental: donde menos oferta hay, más altos serán los precios.

Luego vino lo de HidroAysén y lo que ya se había visto durante el episodio Barrancones reapareció multiplicado por diez. Por diez el volumen de las marchas, por diez el efecto de la protesta, por diez la resonancia en los medios de comunicación. Fue inesperado porque las organizaciones ambientalistas llevaban meses publicando a página completa su llamado «Patagonia sin Represas» sin que se produjera eco ninguno; no contestaba HidroAysén, no intervenía el gobierno, no había sino silencio. La población, por su parte, parecía absorta solo en el tema de la reconstrucción. Aun más, ni antes ni ahora hay muchos chilenos que hayan puesto un pie en la Patagonia. Probablemente el número de visitantes extranjeros dados al turismo aventura en esa zona sea mucho mayor. Poco poblada, lejos del centro y aun del sur del país, ni es zona que abunde en acomodaciones ni tampoco es sencillo llegar a ella. El chileno medio, poltrón como es, nunca ha participado mucho del espíritu necesario para viajar a esas latitudes. Esa actitud ha cambiado con el paso de los años, pero todavía hoy somos en promedio extraordinariamente ignorantes acerca de la geografía de nuestro país, de sus increíbles bellezas, sus parajes

únicos, la magnificencia de sus soledades, la majestad de cerros, montañas, desiertos, mares y bosques; nada de eso es muy familiar ni tampoco importa mucho. Probablemente dicho ciudadano ni siquiera hojea los libros de fotografías paisajísticas que de vez en cuando caen en sus manos. Y demos gracias al Señor que sea de esa manera, porque el chileno medio no manifiesta respeto ninguno por la naturaleza y habitualmente solo deja, como huella de su paso, una estela de depredación, negligencia, ciega explotación y una cola de basura y desechos tan larga como la de un cometa.

Tal descuido e indiferencia, asociada a hábitos depredadores, no es pecado exclusivo de los chilenos. El ambientalismo ha crecido y se ha difundido, es piadoso devocionario en muchos veladores y está en todas las agendas y bocas del globo, pero no ha producido efectos muy decisivos. Hay convicciones y conversaciones, pero no tantas conversiones. Hay también, es cierto, excepciones muy notables. Excepciones, no la regla. Existen iniciativas públicas y privadas que tienden a descontaminar determinadas localidades, mejorar la calidad de los combustibles, diseñar motores menos contaminantes, recuperar sitios o zonas de gran interés forestal y biológico y sin duda muchas organizaciones se han arrojado a la a veces extremadamente difícil tarea de la conservación: conservación de lo valioso, de lo bello, de recursos únicos de nuestro planeta, etc. Pero pese a todo, el corazón y el alma del modo de vida imperante en todo el planeta siguen estando asociados a una práctica diaria de despilfarro y depredación, contaminación y destrucción. Por eso fracasan las cumbres ambientales, en las que se hace notorio que ningún país desea sacrificar lo que llaman el «desarrollo económico». Esta resistencia incluye también a casi todos los ambientalistas, ecologistas y conservacionistas. Son, por igual, miembros de un modelo de vida intrínsecamente nocivo y devastador del medio ambiente; es más, todas o casi todas las iniciativas ambientales exitosas lo han sido NO porque eran contrarias a ese modelo, sino complementarias del modelo, porque no obstaculizaban el modo de vida del modelo, porque no entrañaban sacrificios, porque no negaban la satisfacción de las necesidades estimuladas por nuestra cultura.

Por eso cuesta creer que muchos de los opositores al proyecto HidroAysén hayan pensado seriamente en los costos de no llevarlo a cabo, que verdaderamente estaban y están dispuestos a sacrificar su modo de vida. El tema ambiental carece aún de la fuerza necesaria para vencer la inercia de las costumbres y los apetitos convencionales de la inmensa mayoría de la especie humana. Dichos apetitos son un incesante afán por consumir, por apropiarse, por acumular, por devorar, tragar, llenarse la panza, rodearse de objetos y asociar a ellos la identidad y el éxito. ¡No se crea ni por un instante que es solo un rasgo del actual sistema capitalista! Ese impulso está presente en toda clase de sociedades sin otra variación que los impuestos por la tecnología, las capacidades, las disponibilidades y las definiciones culturales de qué es eso que debe obtenerse y/o consumirse. La idea repetitiva —y siempre fallida cuando se ha intentado— de que es posible y deseable un estilo de vida austero, espartano, más bien mental que material, único modo de reducir sustantivamente tanto la expoliación de los recursos naturales como también las montañas de desechos nocivos que la actividad productiva vuelca sobre el entorno, choca frontalmente con nuestras más profundas apetencias e instintos y en el caso nuestro, además, choca con la manera como han sido moldeadas nuestras almas por la máquina ideológica y publicitaria del sistema en que vivimos.

Y hay más: las plataformas institucionales y materiales de nuestra sociedad están erigidas sobre la base de la premisa del consumo y el lucro y por lo mismo nuestras vidas dependen de su existencia: nuestro trabajo, valores, metas y seguridades se apoyan en el continuado funcionamiento de la sociedad tal como es, nos guste o no su perfil y sustancia. Podemos ser enemigos del consumo y vivir una vida espartana, pero para vivir dicha vida de no consumo dependemos de otros que sí lo hagan y mantengan vigente nuestra pega. Bien decía mi padre, medio en serio y medio en broma: «Hay que ser muy rico para darse el lujo de jurar votos de pobreza». Por eso una y otra vez un razonamiento de *realpolitik* nos detiene a mitad de camino: si tales o cuales cosas dejan de consumirse y producirse, la mitad de la humanidad se queda sin trabajo, vienen guerras y nos morimos de

hambre. No es ni siquiera necesario hacer consciente ese raciocinio; la convicción o al menos sospecha de que así sería está ahí, apenas bajo la superficie. Solo una minoría reducidísima se siente preparada para echar todo abajo; son los «fundamentalistas ambientales», a quienes anima una idea o más bien una emoción distinta de cómo debiera ser la sociedad, pero nunca es lo suficientemente atractiva para las masas.

Por todo eso, el caso HidroAysén, uno de los temas importante de la revuelta Made in Chile, no era ni pudo ser el nervio fundamental de aquella. Para eso tendremos que examinar el movimiento estudiantil. Pero antes veamos algo de Piñera y el gobierno que encabezaría en medio de la tormenta.

Piñera y el «bonapartismo»

La inesperada intervención del presidente Sebastián Piñera en el caso Barrancones inauguró, simultáneamente a la mencionada sucesión de movimientos sociales, un muy distinto estilo de hacer gobierno, novedad que había sido anunciada en el curso de la campaña electoral pero que terminó siendo algo muy distinto a lo que sus partidarios esperaban. En ningún caso sería el estilo de hacer las cosas que imaginaban. Vuestro Servidor tempranamente bautizó dicho inédito estilo como «bonapartismo». Nadie nos siguió en el uso del término, pese a que no era simplemente de mi invención, lo que hubiera ampliamente justificado que lo ningunearan. Cientistas políticos de otrora lo usaban a menudo para caracterizar un régimen que se conducía como lo hizo Luis Napoleón Bonaparte, el sobrino del Gran Napoleón. Este sobrino gobernó Francia desde 1851 a 1870, período ambiguo en el cual dicho país hizo grandes progresos industriales y tecnológicos y al mismo tiempo se sumió en una atmósfera de corruptela, hedonismo e irresponsabilidad que sirvió de material para innumerables novelistas y ensayistas. Fue la era de las *cocottes*, los escándalos financieros, las prostitutas de alto rango, la bohemia parisina, el vodevil, el impresionismo, las operetas de Offenbach y la *débâcle* de 1870 frente a las tropas alemanas en la guerra maquinada por el canciller Bismarck.

El estilo de gobierno de ese Napoleón de segunda clase —como Luis Napoleón ha sido siempre evaluado un poco injustamente por los críticos e historiadores de todos los tiempos— se caracterizó por su rumbo zigzagueante, oportunista; llegó al poder por obra y gracia de un golpe de Estado, nunca contó con el apoyo de un grupo político en particular, hizo frecuente uso de los plebiscitos para darse sustento popular y por esas y otras razones, el único modo que tenía de ir saliendo adelante con su obra y sus planes era dicho zigzagueo, buscando agua y viento para la navegación allí donde pudiera encontrarlos; su disposición anímica y política fue el no guiarse por

ninguna regla general, sino por lo que las condiciones le ofrecían o exigían. Ese modo de gobernar no fue entonces simplemente resultado del temperamento de Luis Napoleón, sino de las condiciones cómo accedió al poder y del clima político de la época, aún desgarrado por la revolución de 1789.

Cuando dijimos —y seguimos diciendo— que el gobierno de Piñera sería bonapartista nos referíamos exactamente a lo mismo, no a que la personalidad de Sebastián Piñera le iba a dar el tono a su gestión, como muchos ingenuos creyeron y todavía creen; las condiciones como recibió el país no hacían posible otra forma de gobernar que la de la maniobra y el zigzag permanente. Acostumbrados, en Chile, a gobiernos operando como el brazo ejecutivo de una coalición, el actuar de Piñera, capaz de ir en contra de los principios de la suya, se tendió a percibir como fruto de su temperamento personal, de su caprichosa voluntad o afán de protagonismo. Aún no se entiende que llegó al poder en medio de condiciones políticas, sociales y mentales que no hacían posible un «régimen de la Alianza». No solo no tuvo mayoría en el Congreso, sino que la mentalidad imperante y los valores que ha ido adquiriendo «el imaginario colectivo» imponen situaciones absolutamente nuevas, planteando como uno de los grandes problemas el de la «gobernabilidad». En gran parte de eso trata este volumen.

El movimiento estudiantil

Ese estilo de hacer gobierno, asumido por Piñera como resultado de condiciones heredadas e incontrolables, fue testeado hasta el límite con el fenómeno de masas más representativo —pero para nada el único— del período, en verdad el espinazo del sentimiento y comportamiento de revuelta vivido en Chile desde el 2011: el movimiento estudiantil. Más adelante veremos que en realidad se trató y trata de un fenómeno mucho más amplio y profundo en el cual el aspecto estudiantil es solo uno de sus rostros, aunque sin duda el más glamoroso. El movimiento estuvo repleto —al comienzo solo de modo latente— de aspiraciones que de materializarse supondrían la demolición o profunda transformación del modelo social en el que vivimos. Y eso es una revolución o un intento de ella, una cuyo resultado está en suspenso. Hoy vemos más claramente su naturaleza porque ya ha recorrido un largo trecho, aunque todavía no termina su camino. Al contrario de lo que la imaginación popular se representa, una revolución no es simplemente una semana o dos de disturbios masivos seguidos por la caída del gobierno, sino un proceso de años y con muchas fases o lapsos en los que no pasa nada. Por eso a muchos les ha tomado meses detectar que el motivo originario, la educación, era solo parte de un movimiento que en el fondo apunta, hoy, a grandes propósitos de cambio de la sociedad. Lo de la educación fue la señal de partida, un tema real, pero simultáneamente una convocatoria tan eficaz que enseguida cobró fuerza y arrastró al país entero. Al comienzo no solo pareció un fin en sí mismo, sino además tan loable que de inmediato conquistó al público y a los medios de prensa. Posiblemente también prendió tan rápido e intensamente porque la ciudadanía presintió en su interior potenciales de protesta acerca de otros asuntos; estos, más o menos inconscientemente, sirvieron para ir sumando voluntades.

La atracción inicial de la convocatoria era inevitable. ¿Quién no querría sumarse a ese anhelo? ¿Quién no desearía una mejor

educación? Y además, ¿quién no siente simpatía por un movimiento protagonizado por jóvenes, por niños, por nuestros hijos? Nadie. Y por eso el movimiento contó con el apoyo, aunque solo fuera verbal, hasta de sus supuestos adversarios, las autoridades de gobierno. Contó además con esa frescura, con ese entusiasmo, con esa esperanza y con esa unidad que es propia de todo movimiento cuando recién ha comenzado y los obstáculos aún no aparecen, no se hacen evidentes las diferencias de criterio entre sus miembros y los equívocos y/o vaguedades conceptuales todavía no se manifiestan.

Esos equívocos están latentes desde un principio en toda acción de masas, lo cual sucede por la sola y suficiente razón de la difusa condición de los llamamientos, definibles o interpretables de muchas formas. Esa condición solo se va revelando con el tiempo a medida que las distintas facciones llevan a cabo sus propias interpretaciones y separan aguas unas de otras. Al comienzo, al contrario, reina un consenso masivo y entusiasta basado en la amplitud inherente a la ambigüedad. No lo olvide: la capacidad para convocar es directamente proporcional a la ambigüedad de la convocatoria. Tan amplia y ecuménica puede ser, tan convincente en su aspiración, tan épica en su vaguedad, que en medio del clima de entusiasmo que eso suscita quienquiera haga de aguafiestas dudando de su validez o coherencia, siquiera haciendo algunas preguntas molestas, pidiendo detalles y precisiones, de inmediato es calificado de saboteador y se convierte en enemigo público. Es esperable: un movimiento no puede detenerse para una discusión en serio; si lo hace ya no se mueve a ninguna parte. El movimiento supone simplificación para evitar demoras en el punto de partida. Por eso normalmente el pensamiento solo es posible en paraninfos, simposios, círculos académicos, aulas de clase, laboratorios, bibliotecas o el sofá de lectura, pero no en la calle ni en las asambleas.

De ahí que las ideas blandidas al nacer un movimiento adquieran velozmente la forma ultrasimplificada de lemas y eslóganes. En el caso del movimiento estudiantil, dicho eslogan fue «mejorar la calidad de la educación», atractivo en la misma proporción y medida que no se examine mucho. De hacerse, deja de ser tan atractivo porque se

destruye su poderosa simpleza. Preguntarse qué es realmente «educación» y por tanto en qué consiste «mejorarla» es un ejercicio paralizador, fastidioso. Toda pregunta previa a la acción supone una detención de esta, una «estasis» contraria a todo movimiento, pues en estos de lo que se trata en primer lugar es de que se inicie, de ponerse en marcha. No escrutar el fundamento o sustancia de la señal de partida es un imperativo categórico. Por eso los portavoces del movimiento nunca hicieron un análisis serio —salvo algunas vacuas generalizaciones— acerca de los mecanismos pedagógicos, organizacionales, curriculares, disciplinarios y culturales que hacen la diferencia entre una mala y una buena educación y sencillamente afirmaron que el modelo de propiedad y/o gestión de los establecimientos era completamente malo, la causa de todos los problemas. Tampoco se planteó nada en esos círculos acerca de las exigencias y prácticas pedagógicas concretas en la sala de clases, donde realmente se celebra el proceso educativo en una compleja interacción maestro-alumno-currículum-exigencias. Pero, para ser francos, ¿cuál hubiera sido el sentido de demorarse en eso cuando, consciente o inconscientemente, lo que se buscaba iba mucho más allá de sencillamente mejorar la calidad de las clases de castellano o de matemáticas? Y por eso de la «calidad» muy pronto se pasó a insistir en el aspecto financiero del asunto y comenzó a hablarse de dinero en todas sus encarnaciones: becas, gratuidad, fin al lucro, aportes basales, créditos. Al momento de escribirse estas líneas el énfasis es puesto, como idea, como lema y como convocatoria, en el «fin al lucro».

Aclaremos de inmediato un punto. No estamos señalando que se produjo esa «monetización» del movimiento y luego, como veremos, su ampliación a temas institucionales de dimensión nacional, con el propósito de deslegitimarlo o desprestigiarlo; queremos simplemente entender qué ocurrió y para eso es preciso no olvidar que su legitimidad residía y reside en muchos más ámbitos que el pura y simplemente estudiantil. En verdad, para ir al meollo del asunto, este movimiento solo puede calificarse de legítimo o ilegítimo en la medida en que se considere legítimo o ilegítimo su propósito final, que es modificar sustantivamente el modelo imperante. Además, en el

plano táctico, la simplificación programática es la condición de existencia de un movimiento. Señalarlo no es sino una observación empírica avalada por la entera historia de los movimientos sociales. No puede esperarse que el *rank and file* de los que protestan pueda ofrecer una maciza conferencia académica acerca de sus reflexiones políticas, filosóficas o, en este caso, pedagógicas. Lo único que es posible exigir a los miembros de fila de un movimiento es su disposición emocional, la cual, por lo demás, es la razón por la que participan. Quienes apoyan un movimiento normalmente ni siquiera comprenden bien de qué se trata todo el asunto más allá de lo que les dicen, simplificados al máximo, los lemas y los eslóganes.

A mediados de 2011 otra conocida ley sociológica se manifestó a plenitud cuando el movimiento estudiantil, ya legitimado ante la opinión pública, evolucionó hacia la clásica etapa en la que se disputan el liderazgo los grupos más moderados con las facciones más extremas. «Extremas» significa dispuestas a elevar la vara de las peticiones o reclamos originales. En este caso la todavía indefinida «mejoría de la educación» se transformó en exigencia de reformas constitucionales, un perentorio rechazo al lucro en la educación, salarios mínimos, modificación del presupuesto de la nación, nacionalización del cobre, reclamos por la injusticia social y la inequidad y demanda de cambios estructurales. En breve, fue cuando se reveló que su propósito estudiantil era o comenzaba a ser político, revolucionario.

Antes de examinar eso volvamos al propósito inicial que se voceó tanto y fue la señal de partida, la «mejoría de la educación», para ver de dónde y de qué fuentes extrajo su fuerza como convocatoria. Y para desentrañar eso lo primero por hacer es evaluar qué de sustantivo había y hay en algo que siempre se insinúa, se supone o se dice expresamente, a saber, que en Chile existe una urgencia colectiva apoyando dicha demanda, esto es, que la calidad de la educación es cuestión prioritaria en el espíritu de la gente.

Sostenemos que esa pretensión y suposición carece de fundamento. Para darse cuenta de eso basta mirar derechamente, por así decirlo, a los ojos del chileno corriente. Basta hacerlo para comprender que la

«calidad de la educación» nunca ha sido prioritaria y urgente ni en el espíritu de los dirigentes del movimiento ni en el de los escolares que forman parte de él ni en el de sus padres ni casi de nadie de quienes dicen apoyarlo. Hablo del promedio de esos grupos, no de excepciones. Urgencia por la «calidad de la educación» es lo último que hay en el alma de la sociedad chilena; lo que sí hay y en abundancia es urgencia por aliviarse del peso de las deudas y cargas financieras asociadas a la educación.

Examinemos esto un poco más. Examinemos qué significa tener «urgencia». ¿Quién está urgido, ansioso de algo? Respuesta: está «urgido» por obtener algo o por librarse de algo solo quien considera insuficiente lo que YA posee o excesivo e intolerable aquello que YA lo abruma. Quien está urgido se encuentra en una situación límite. Es quien, puesto en ese predicamento, necesita desesperadamente tener más o necesita desesperadamente tolerar menos. Por eso está urgido de dinero quien considera que no le alcanza el que YA tiene porque lo ha usado a fondo y necesita otro tanto, está urgido de tiempo quien ha hecho uso del que YA disponía y ve que necesitaría un lapso adicional, está urgido por obtener mejores calmantes quien es incapaz de aminorar el dolor con los anestésicos que YA está usando y está urgido por librarse de una parte de sus deudas quien YA está abrumado por ellas. En breve, uno se urge y está ansioso por más de algo —o menos— cuando YA no da abasto con lo que tenía a mano o le pesaba en exceso.

Y ahora observemos a nuestro alrededor. Observemos fría y objetivamente la conducta de nuestros hijos y de los amigos de nuestros hijos, de sus padres y de adultos de todas las edades, veamos qué hace transversalmente la sociedad chilena con su tiempo y sus recursos financieros, con su voluntad y con su ánimo. Veamos si hasta ahora los chilenos hemos hecho uso de todas las oportunidades, aun de las mediocres y de las malas, para incrementar la cultura y educación de Chile de modo que, habiendo ya llegado al límite de las posibilidades a la mano, sentimos con urgencia que se necesita más. ¿Es eso lo que ocurre?

NO. NO ES ESO LO QUE OCURRE. Esta es una sociedad urgida por

lo mucho que gasta en educación, lo mucho que cuesta tener a los hijos en el colegio o en la universidad, pero no tanto respecto a qué estudian en esos colegios y universidades, qué calidad tiene esa costosa educación y qué clase de alumnos son esos hijos. La nuestra es una sociedad urgida por los costos y urgida por el consumo. La calidad y/o la cultura es uno de esos temas que suenan bien en una sobremesa, pero en verdad no conmueve el alma de los chilenos. Desde luego no la del escolar promedio de nuestros días, quien está lejos de dedicar sus ocios a meditar acerca de lo insuficiente de lo que le ofrece hoy el sistema. Ese escolar promedio no está de cabeza en sus libros quejándose de «lo poco» que le dan y lo poco que le exigen. Tampoco lo hace ese inmenso contingente de universitarios de 450 puntos o menos en la prueba de «selección» y que están matriculados en una carrera menos que mediocre. A ese estudiante no le preocupa lo poco que va a aprender, sino lo mucho que le costará conseguir pega cuando egrese. Y a sus padres les preocupa el costo. No, no son ni ellos ni sus hijos personas muertas de ganas de elevar su cultura. Esos chilenos del promedio no tienen sus domicilios atiborrados de libros ni están encima de sus hijos para vigilar que cumplan sus obligaciones. No podrían hacerlo aun si quisieran. Y los profesores recién salidos de las escuelas pedagógicas callampas en las que muchos de ellos entraron para «estar en la universidad» y de las cuales salen, en más de un 90 por ciento de los casos, como lo han probado pruebas hechas para esos efectos, con insuficiente conocimiento para dictar clases, ¿me van a decir que estaban urgidos por la calidad de la educación?

Claro que no. Chile no era antes, ni mucho menos es hoy, una sociedad de esa clase. Es una sociedad «urgida» solo por la oportunidad de trepar socialmente y/o adquirir los buenos trabajos que presuntamente hace posible un cartón, una chapa o un título —incluyendo hoy los posgrados— y sin importar qué haya detrás de ellos. La manera como la gran masa de la ciudadanía gasta su dinero y su tiempo, los gustos prevalecientes, los tipos de consumo, las aspiraciones y valores, todo habla de cualquier cosa menos de interés por la educación ni la cultura en ninguno de sus sabores. Las actuales

generaciones, profesores incluidos, apenas leen, no entienden lo poco que leen —como se ha demostrado en muchas pruebas— y están entera y gozosamente sumidas en una cultura de imágenes, de iconos, en la idolatría del consumo, de los autos, de la ropa, de los viajes, del *fitness*, del carrete, incluso a veces de la droga. Es lo que tienen y les interesa tener más de eso, o es lo que no tienen y es lo único que les interesa tener.

Digámoslo una vez más, fuerte y claro:

ESTA NO ES UNA SOCIEDAD URGIDA POR LA CALIDAD DE LA EDUCACIÓN.

O dicho de otro modo:

ESTA ES UNA SOCIEDAD URGIDA SOLO POR GASTAR MENOS EN EDUCACIÓN.

Y entonces uno se pregunta: ¿cómo y por qué fue exactamente eso, la calidad de la educación, lo que operó como eficaz fulminante para iniciar la deflagración? ¿Cómo ocurrió que miles de chicos más dados a la consola del PC y la navegación en Internet que a los libros y con padres más preocupados del auto que de la cultura se sintieron, todos ellos, súbitamente «urgidos» por mejorar la calidad de la educación?

La razón del éxito de esa convocatoria casi con seguridad fue la siguiente: era capaz de sumar partidarios por la misma razón que aun el más rasca televidente, si es consultado, se queja de que hay demasiada vulgaridad en la televisión y pide más contenidos de cultura; además dicha legitimidad natural permitía darle excelente cobertura y expresión a otras quejas, otras rabias, otros rencores, otros reclamos, otras frustraciones.

Pensemos por un momento en el siguiente ejemplo, sin duda extremo pero quizás ilustrativo. Pensemos en las masas de cristianos que cierto día del siglo IV d.C. salieron a las calles de Alejandría para destrozar a la matemática pagana Hipatia. Dichas masas no hicieron tal cosa sobre la base de un llamado que francamente les dijera «vamos a ir a matar a esa pagana tan lista que se cree mejor que

nosotros y vamos a infligirle crueles dolores y una muerte atroz». Claro que no. Para darle salida a ese deseo feroz lo recubrieron de razones tales como «vamos a ir a darle una lección a esa mujer impía que no cree en Dios Todopoderoso».

Lo de la «mejoría de la educación» jugó un papel similar a eso de «vamos a ir a darle una lección a esa mujer impía». Lo que estamos diciendo entonces es que la «mejoría de la educación» NO fue el verdadero motor psicológico del movimiento en lo que este tuvo de masividad, NO fue el resorte anímico que sacó a la calle a tanta gente que hasta ese minuto jamás había pensado en la calidad de la educación, NO fue el mecanismo que le otorgó el apoyo enfervorizado del mundo adulto, especialmente del mundo adulto de izquierda, NO fue su raíz emocional ni visceral. Una cosa son las realidades y otra son las consignas que la mentan, visten y disfrazan. Y esa es la razón de ser de aquellas: darle un barniz de valor y legitimación, darles plausibilidad, darles atractivo.

Amén del comprensible deseo de abaratar la educación y terminar con cierta prácticas abusivas, ¿qué pulsiones, ambiciones, cálculos políticos, rencores, rabias e intereses en confusa mezcla fueron la verdadera materia prima y combustible de ese movimiento, como en verdad lo son de cualquier movimiento?

La hidra

Como todo movimiento social a gran escala, el protagonizado por los estudiantes y los demás sectores que esporádica o permanentemente se sumaron, fue y es una criatura de muchas cabezas, tal como ese monstruo mitológico de la Antigüedad, la hidra. Una de las cabezas del movimiento es la de quienes —no muchos— realmente tienen como propósito central mejorar la educación y no hacen nada que no apunte a eso, pero habían y hay muchas otras: la de los políticos oportunistas que se subieron o intentaron subirse al carro para sacar provecho personal o para sus colectividades, la de los jóvenes asociados a movimientos políticos extremos que buscaban y buscan echar abajo el «modelo» y usaron y usan el tema estudiantil por ser excelente instrumento para eso, a lo cual se sumó la fea cabeza de los tipos con instintos vandálicos que encontraron escenarios perfectos para darse en el gusto, las cabecitas de tantos estudiantes frívolos a quienes la educación les importa un huevo y aprovecharon el proceso como una interminable vacación de invierno o cimarra en gran escala, la cabeza de los adultos que encontraron en este movimiento otro mecanismo —como lo fueron también las protestas ambientales— para ponerle piedras en el camino al odiado gobierno de Piñera, en fin, la cabeza de los ciudadanos comunes que quisieron manifestar su repudio por otras cosas y encontraron allí una manera de hacerlo. Y vimos también la cabecita de comunicadores sociales ansiosos de aparecer una vez más como voceros del progreso de la humanidad.

¿Son todas cabezas de igual volumen, de igual importancia? No. Ni tampoco sus acciones tienen iguales consecuencias. Los actos de los vándalos mueren en el momento mismo de cometerse, dejando daños que pueden ser reparados; los oportunistas políticos van y vienen, haya o no movimiento al cual colgarse; los adultos que fueron por otras razones terminan por agotarse y desaparecen. Pero eso no significa que los elementos parasitarios sean solo anecdóticos, porque la energía psíquica de los movimientos de masas desborda siempre sus

propósitos explícitos y a la postre sus metas desbordan siempre sus eslóganes iniciales; en este caso la cuestión de la calidad se transformó en la cuestión del dinero, las deudas, oportunidades laborales, derechos sindicales y luego se convirtió, un paso más allá, en demandas de cambios legales y constitucionales, en odio al modelo, en odio al gobierno y en odio al presidente. El porqué de este desborde de odio o rechazo lo veremos un poco más adelante. En suma, ha habido y sigue habiendo un proceso revolucionario. Eso NO significa que el «tema de la educación» estuviera del todo ausente, pero importa mucho reconocer que NO fue el único motivo NI tampoco serán solo efectos educacionales los que veremos este año y los siguientes. Examinaremos más adelante esos otros elementos de la espesa cazuela que todo movimiento es o llega a ser. Antes de eso, volveremos al *big picture* en busca de sus otros componentes, de aquellos que generaron este desborde masivo.

PARTE IV

Nubes en el horizonte

> Cuando nuestros primeros padres fueron echados del paraíso, se cree que Adán le dijo a Eva: Querida, estamos viviendo una época de transición…
>
> W.R. Inge,
> *Assessments and Anticipations*

Así como cada evento importante es precedido por condiciones que preparan el escenario donde aquel se desencadenará, del mismo modo los tormentosos acontecimientos iniciados el 2011, en Chile, a los cuales ya echamos una rápida mirada y volveremos más adelante, tuvieron como antecedente ciertas nubes aparecidas con un quinquenio o algo más de anticipación. Por entonces aún no descargaban tormentas, sino solo aislados aguaceros. En esas formaciones nubosas se encerraban estados de ánimo, nuevos valores o proposiciones de valores, conflictos marginales en el ámbito de la cultura y de las costumbres y, por cierto, el «tema mapuche».

Temas valóricos

Antes de que el mundo explotara en un despliegue de protestas, movilizaciones, revoluciones, masacres —especialmente en Libia y Siria— y toda la parafernalia inaugurada con estrépito en 2011, Chile vivió, al menos desde la segunda mitad del régimen concertacionista, una suerte de ensayo general del alboroto. Fueron las primeras figuras del *big picture*. Ahora solo son elementos secundarios del cuadro, tal como esos brumosos y desvanecidos paisajes que están a las espaldas de la Gioconda. Alguna vez, sin embargo, los llamados «temas valóricos» tuvieron roles protagónicos en el escenario.

Temas valóricos; es de ese modo como siempre y primero se manifiestan los conflictos en una sociedad donde ya hay fricciones. Los temas de cultura, las discusiones sobre lo justo o injusto, lo lícito o ilícito, lo bello y lo feo, y los debates sobre costumbres y valores constituyen una zona relativamente blanda, porosa, casi siempre solo verbal y por tanto accesible a un enfrentamiento sin mayores o al menos sin inmediatas consecuencias y riesgos inusitados. Es así por la simple razón de que al celebrarse exclusivamente en un ámbito de palabras y símbolos, las quejas, reproches, novedades y críticas no se despliegan —o al menos no aún— en actos contrarios a lo que realmente importa a los estratos y clases superiores, esto es, al poder y sus mecanismos, el dinero, la propiedad y el privilegio en todas sus formas. Todo eso —y la legitimidad política— entran de inmediato en estado de ebullición si acaso se las toca frontalmente. La discusión sobre valores, en cambio, aunque se mueva en terreno resbaladizo, puede al comienzo resultar irritante, pero no tan peligrosa.

No, al menos, en sus comienzos. Es importante insistir en esto, porque a la larga es en ese terreno inmaterial donde se crean los conceptos, actitudes y valores que llevan, más tarde, a asaltos materiales contra el *establishment*. Ya lo estudiaremos con algo más de detalle. Pero antes, mucho antes de eso, incluso visto desde el punto de vista de los privilegiados, esa discusión puede resultar cosa

interesante e inocua al mismo tiempo. Un viejo director de *El Mercurio*, zorro contumaz, solía decir que un diario «debe ser de derecha en lo económico, de centro en política y de izquierda en la cultura». Cierto es que lo dijo en los aún amables años sesenta, cuando revoluciones y reformas parecían simplemente la moda y necedad de una chiquillería medio lesa que estaba entusiasmada con el Che. Ampliando un poco la generalización de ese fenecido director, podríamos decir que en sus tiempos de no desafiada autoridad y tranquila prosperidad una clase alta es feroz en la preservación de sus privilegios, se maneja con moderación en su conducta política, pero quizá se da el gusto de permitirse cierta liberalidad y tolerancia en materia de cultura.

Pero, de hecho, ni siquiera este modesto y precavido esquema es tan sencillo. Incluso en el terreno *soft* de la discusión de valores —o hasta respecto de las implicaciones o manifestaciones de las simples modas y comportamientos banales, que no pocas veces sirven de vehículo para un *statement*, como sucedió con el movimiento hippy— las clases privilegiadas suelen dar una batalla defensiva o al menos presentar alguna resistencia o siquiera disgusto antes las novedades, y solo algunos de sus miembros, sus excéntricos y originales, las ovejas negras de la familia, se suman alegremente a la Buena Nueva. Los que detentan el poder sospechan que cualquier novedad ideológica, por alejada que parezca del corazón de la legitimidad de sus posiciones de privilegio, ataca la línea de flotación de aquellas y podría ponerlos en situación difícil. Saben que a las ideas nada las detiene o contiene dentro del terreno en que fueron originadas; saben que se esparcen por doquier y poseen un efecto corrosivo también en otros terrenos; peor aún, tarde o temprano invaden los asociados a la propiedad y el poder. En otras palabras, intuyen que comienza usted aplaudiendo *El barbero de Sevilla*, como hizo la nobleza francesa poco antes de la revolución, pero se termina de obligado pasajero en un carretón camino hacia la guillotina.

El conflicto en el plano de las ideas, valores y costumbres es una sublimación de cosas de fondo, de lo cual no siempre están al tanto los participantes en dicha brega verbal y simbólica. A veces se dificulta

percibirlo porque, salvo excepciones contadas y por lapsos breves, no hay sociedad que no funcione con un importante grado de fricción; por esa razón las desavenencias ideológicas con un potencial de disrupción mayor se mezclan y confunden con el ruido de fondo de otras de menor envergadura.

Sexo y otros

¿De dónde viene esa conflictividad inevitable, ese permanente grado de fricción? Lo veremos en su momento. Por ahora vayamos al primer objeto valórico nuevo instalado en la era de la Concertación: los temas vinculados al sexo.

A primera vista eso puede parecer curioso, pero al contrario, no es inusitado; parte importantísima de la primera oleada de textos «subversivos» producidos en el siglo XVIII, en Francia, antes de la revolución, fueron novelas libertinas donde se explotó no solo una trama y un lenguaje altamente erótico, sino que a menudo ese contenido fue usado como vehículo para poner en tela de juicio o asaltar directamente el sistema moral de su época, los dogmas religiosos, la noción de pecado, la del deber y todo lo que entonces era considerado sagrado y parte constitutiva del orden social. Es el caso de toda la literatura desenfrenada del marqués de Sade. Un caso típico es su *Filosofía en el tocador*. En Chile dicho comienzo tuvo menos de literario que de farsa. Uno de sus episodios fue protagonizado por algunos sectores religiosos luego de anunciarse la exhibición de la película *La última tentación de Cristo*.

Muchos ya lo han olvidado quizá porque es vergonzoso. Se produjo un hecho digno de una puesta en escena surrealista: abogados anunciando acciones jurídicas para «proteger la dignidad de Jesús», como si el Hijo de Dios necesitara apoyo legal. Ese incidente fue solo el preludio, una escaramuza de la guerra de valores que se venía. Los homosexuales, quienes ya se agitaban desde antes con casos aislados y extremos de histrionismo mediático callejero —recuerden a las Yeguas del Apocalipsis— comenzaron a hacer sentir su presencia. Querían «salir del clóset». Se organizaron. Apareció el MOVILH, un movimiento de homosexuales con perfil público. Promovieron y realizaron «funas». En fin, poco a poco su presencia abierta, declarada, se hizo parte de la convivencia normal. Es más, contaron con apoyo. La prensa progresista estuvo siempre dispuesta a disparar sus más

profusas andanadas contra quienes consideraban «cavernarios» por no sumarse a la nueva onda.

No todo lo que hicieron, dijeron, propiciaron, emprendieron, escribieron, vociferaron, funaron, alardearon, acusaron y agredieron los homosexuales y sus amigos de la prensa fue razonable. Rara vez lo es lo dicho y hecho por cualquier movimiento. Cualesquiera sean la sensatez o necesidad de su propósito inicial, siempre sus desarrollos gatillan un incremento del contenido emocional y una paralela amortiguación y hasta desaparición de los elementos razonables; sucede tanto por la oposición que suscita en las ideas o intereses atrincherados que se sienten bajo amenaza, lo cual genera un ánimo belicoso, como también por el hecho mismo de que un movimiento, para tener éxito, debe ampliar su convocatoria y para eso son mucho más eficientes los eslogan en blanco y negro y la caricaturización de los adversarios.

Otra inmensa lucha y debate de esa época —que ahora parece tan lejana como la era de los dinosaurios— la encendió la proposición de contar con una ley de divorcio. Eso le puso la piel de gallina a la Iglesia y a prácticamente todos los sectores y ciudadanos de sensibilidad conservadora, católica y tradicional. Tal como sucedía con los homosexuales, la idea de legalizar el fin de un matrimonio les pareció pecado mortal. A los homosexuales se les toleraba —y a duras penas— siempre que disimularan su condición y ojalá fueran de buena familia, mientras que a quienes fracasaban en su matrimonio se les permitía respirar siempre que no hicieran público dicho final y, aunque separados, siguieran legalmente casados; también se permitía recurrir a un truco, la «nulidad». Lo que las instituciones conservadoras nunca aceptan es que las «trasgresiones» dejen de serlo, que se eliminen los principios de prohibición cuya violación puede ser perdonada, lo cual consolida las reglas en vez de debilitarlas; un pecado puede ser tolerado; un ataque al principio del pecado, no.

En la época —años cincuenta— en que este cronista era cabro chico, el número de matrimonios cuyos cónyuges estaban separados ya era bastante grande. La frase «están separados» o «fulanita de tal es una mujer separada» se oían a cada momento. Era la condición de mi

madre y la de varias otras de mis compañeros de colegio. Al mismo tiempo, sin embargo, corrían aires menos sectarios y el Liceo San Agustín, de curas, donde estudié, no ponía objeciones en aceptar hijos de esos matrimonios. Después y en la misma medida que las tensiones sociales y psicológicas del país fueron elevando la temperatura política, las reglas se fueron haciendo más exigentes; los colegios religiosos ya no exhibieron tanta manga ancha y consideraron necesario pedir catequesis, reuniones piadosas de padres y apoderados, ejercicios espirituales y, cómo se les ocurre, ¡nada de tolerar a los hijos de separados! Fue una especie de contrarreforma en miniatura para poner término a lo que muchos príncipes de la Iglesia evaluaban como un exceso de tolerancia y de mundanidad, lo cual, creyeron, amenazaba los fundamentos mismos de la religión. Cabe aquí insistir en un punto: lo que a las instituciones religiosas les preocupa NO ES que sus fieles cometan pecado, sino que dejen de considerarlos como tales. El pecado reconocido como tal justifica la misión de la Iglesia como medio de saldar la deuda contraída. Para eso están los rituales de confesión y perdón administrados por el señor cura, profesional del asunto; el pecado es lo que hace necesaria a la Iglesia. Lo que la sacude es que dicho pecado se convierta en costumbre abierta y hasta legal, perdiendo entonces total o parcialmente su condición pecaminosa y la razón de ser de los remedios espirituales que ella suministra.

Pero esos son tiempos pretéritos. El tema del divorcio y el de la homosexualidad terminaron por generar una presión irresistible a lo largo de una lucha que, dado el ritmo de los tiempos, parece ya lejana y de la cual cuesta recordar los detalles. No importa. «Se inscribe dentro del marco», como dirían los siúticos, «del paulatino proceso de empoderamiento de la ciudadanía…». La cuestión del divorcio y la aceptación de la homosexualidad en ambos sexos se instalaron y constituyen hoy parte del *big picture* que estamos describiendo.

Conectados

Fuimos siempre, los chilenos, miembros de una sociedad alejada de los grandes centros de poder, situada en el borde del mundo, encerrada por cordillera, mar y desierto, y por lo mismo y a lo largo de toda nuestra historia —casi quinientos años considerando también la Colonia—, paulatinamente los chilenos desarrollamos una mentalidad insular mayor que la usual. Digo usual pues, en verdad, apenas hay sociedad que no se ensimisme y pierda de vista el resto del mundo. Pero hay que hacer una importante salvedad: dicha insularidad nuestra para nada significaba falta de interés por lo que se hiciera o sucediera en otras partes. No era la actitud desdeñosa del ciudadano de una gran potencia que no cree necesario o digno de interés mirar al resto del planeta. ¡Todo lo contrario! En nuestra condición de vivir en el último rincón nos importaba mucho —y aún sucede— cómo nos ven y evalúan los demás, en especial los países del primer mundo. Rogamos por una buena opinión ajena. Es complejo típico de los inseguros de sí mismos por ser chicos, débiles y pobretones.

Ambas actitudes, el deseo de ser apreciados y el ensimismamiento, son las dos caras de la misma moneda provinciana. Es un comportamiento no muy distinto al de los habitantes de un pueblo cuando llegan los afuerinos de la gran ciudad. En ambos casos, el del país y el del pueblo, se observa el mismo fenómeno: por un lado una gran ansiedad por ser bien vistos y por otra parte ninguna intención de abrir la mente y sacar lección de nada, sino al contrario, una determinación feroz por preservar el comportamiento tribal, los idiotismos de siempre, una porfía contumaz por mantener vigentes las más estúpidas y cavernarias costumbres. Por eso estábamos —¡y estamos!— siempre dispuestos a estimar en mucho cualquier amable palabra de buena crianza que se nos otorgara mientras hacemos nuestro mejor esfuerzo por hacer grata la presencia del extranjero; simultáneamente, sin embargo, nunca nos ha angustiado estar muy por detrás en materias que en otras regiones del mundo han sido

enfrentadas y superadas hace mucho tiempo. Los caballeros de alta prosapia, quienes siempre se las arreglan para arrastrar a sus propiedades —fundos, resorts, palacetes, islas privadas, etc.— a quienquiera de alguna importancia que haya llegado a Chile, sea un actor o actriz de cine, cantante, artista o político, a quienes festejan con los más contundentes almuerzos, festines y amenidades varias, no por eso dejan de resistirse con dientes y uñas a cualquier idea tendiente a reformar sus actitudes de dueños de fundo, su rechazo a la movilidad social, su estatus de amos de tierras y almas.

Pero ¿qué le ha ido pasando a Chile en estos «tiempos modernos»? Llamamos así a los inaugurados con la masificación de la televisión de cobertura mundial, luego Internet, las redes sociales y todos los demás artificios y artefactos que han multiplicado en decenas de veces el alcance de las comunicaciones, el volumen de información y la rapidez con que se conocen y difunden ideas y modas globales. Y al país le pasó mucho y poco. Poco, porque su estructura básica, su calidad de fundo manejado por una casta vitalicia que ordeña a porfía a la peonada —nosotros— no se ha modificado mucho hasta el momento de escribirse estas líneas; se han visto, cuando más, superponerse sucesivas capas de nuevos allegados al poder, el arribo de sangre fresca al club de los elegidos, distintas y a veces exóticas etnias —últimamente coreanos y chinos— que se asociaron exitosamente a ciertas actividades empresariales y a las que se agregaron nuevos grupos —¡incluso de chilenos!— vinculándose a especialidades profesionales y comerciales nacidas de la mayor complejidad y división del trabajo, del desarrollo tecnológico y todo lo demás. De todos modos, por y a pesar y a través de dichos cambios étnicos, se preservó un grado de abuso y desigualdad extraordinarios haciendo posible que la élite chilena tenga uno de los estándares de vida y de abuso más elevados del mundo.

Pero también pasó mucho porque la paciencia de ese pueblo sufrido del cual, cuando yo era niño, se decía que «tenía más aguante que pisadera de micro», terminó por acabarse. De eso surge gran parte de lo que sucedió en 2011 y sucede hoy día, todo lo cual trataremos más adelante. Mientras tanto, digamos esto: gran parte de esa repentina

ruptura se debió a esta nueva condición, la de ser hoy Chile parte de la red mundial de comunicaciones y no depender, como hace años, de los viajeros llegados en el último vapor que surcó los océanos desde Europa. Hoy el mundo está encima y nos golpea en las narices, nos bombardea y transforma cada día con más fuerza, nos enseña o mal enseña, nos distorsiona, ilumina, apaga, excita y nunca adormece. Ya no vivimos en el aislamiento. Ya no estamos, como antes, tras esos muros de arena, agua o altas nieves; todo lo superan las corrientes invisibles del éter electrónico. Ser parte de eso es, hoy, ser nosotros mismos.

Todo nos afecta, no importa de dónde venga. La simple observación o conocimiento de ideas y sentimientos ajenos, si es repetida e insistente, termina por producir efectos. Los seres humanos somos imitativos, aprendemos de los demás, nos abrimos —aunque muy lentamente— a otros comportamientos a partir de lo que vemos hacer al prójimo. De ahí vienen las modas, los prejuicios, las corrientes de emoción y opinión que prevalecen en colectividades enteras. A veces muy rápido y en otras de manera indirecta, gradual e invisible, se van instalando nuevas actitudes y demoliéndose las viejas.

De ahí que cuando se nos ofreció el imprevisto espectáculo del casi entero mundo islámico y arábigo estallando furiosamente contra sus regímenes, ya no experimentamos eso como nuestros antepasados supieron del levantamiento zulú, por los diarios y el cable, de modo remoto, impersonal y con semanas de atraso. Hoy todo nos golpea directa, brutal e instantáneamente; vemos los rostros, vemos la sangre, oímos las palabras y los gritos del resto de la humanidad. Todo lo que ahora sucede, a todos nos sucede.

La súbita y furiosa revuelta de las masas, la primera del siglo XXI, esa que estalló no en Europa y ni siquiera en América Latina, territorio proverbial de pronunciamientos, revoluciones, manifestaciones, golpes de Estado y cuartelazos, sino en el área política y cultural más tradicional del globo, en medio del Islam, religión que no ha llevado a cabo su propia reforma ni contrarreforma y pretende y consigue dominar la totalidad de la vida religiosa Y CIVIL de sus fieles; esa revuelta celebrada en medio del paisaje de la Sharia, la áspera y

medieval ley musulmana, en medio de sultanes y jeques, de clérigos fanáticos, fundamentalistas y convocatorias oficiales para asesinar a escritores infieles que «insultan al profeta»; esa revolución popular estallando en medio de regímenes autocráticos que llevaban años de años imponiendo su férula y que, desde Túnez, se expandió por todo el norte de África y Medio Oriente en lo que ha sido una de las más vociferantes explosiones de fastidio, odio y hartazgo que la historia ha conocido contra regímenes que parecían capaces de perdurar sin otra amenaza que un cuartelazo poniendo a otro tirano en lugar del de turno, todo eso, todo, lo vimos en las pantallas como si estuviéramos ahí mismo, en un balcón: las masas de egipcios apelotonándose en la plaza principal de El Cairo exigiendo la salida de Hosni Mubarak, la lluvia de palos, bastonazos, lacrimógenas y finalmente de balas, las masas en Yemen, Siria, Baréin o Libia, donde el asunto terminó en guerra civil con la intervención a favor del bando rebelde —pero con pretextos humanitarios— de la aviación de la OTAN, el derrumbe del régimen de ya unos cuarenta años de Gadafi y su muerte como un perro rabioso, todo lo vimos y el poder verlo, estar encima de eso, es otro de los objetos protagónicos del *big picture*.

Pero hay aun más objetos importantes en el trasfondo de este dramático *big picture* en versión nacional. Y uno de estos es el tipo humano criado, aparecido y desarrollado en los últimos cuarenta años en Chile. Esos años son los veinte del gobierno militar seguidos de los veinte de la Concertación. En ese espacio de tiempo nacieron, se criaron y formaron dos generaciones de chilenos que desarrollaron una condición que denominaremos, por darle un nombre pintoresco, la de «los inflamables». Nos referimos a una transformación completa de la antropología nacional.

¡Dos generaciones enteras! Y a ellas podemos sumar las transformaciones que en tan largo período sufrieron también las generaciones anteriores, las de gente que hoy ronda los sesenta años o más. Pero ¿qué transformaciones? ¿En qué consiste esa inflamabilidad? Y además, ¿cómo períodos políticos tan distintos pudieran haber cooperado para producir el mismo efecto?

Dos regímenes tan contrarios produjeron y/o colaboraron en producir el mismo efecto, tal como los polos opuestos de un imán pueden llevar al mismo sitio a cierto objeto metálico, uno atrayéndolo hacia ese punto, el otro repulsándolo hacia el mismo. Los veinte años de Pinochet fueron los de repulsa: crearon una constelación de sentimientos muy viscerales que hoy se manifiestan como instintivo rechazo a todo lo que suene a autoridad porque inmediatamente es asociada al autoritarismo y la dictadura, instintivo rechazo a todo lo que suene a uso de fuerza pública porque al instante se asocia a represión violenta, instintivo rechazo a los meganegocios porque suenan a oscuras privatizaciones, instintivo rechazo a los reglamentos o leyes y aun a las para combatir el delito porque huele a asfixiar las libertades republicanas o como un paso hacia una nueva liquidación de la democracia, instintivo rechazo a la derecha porque en el imaginario colectivo es y será para siempre el sector que apoyó a Pinochet. Dos generaciones de al menos una parte sustantiva de los

chilenos nacieron y/o se criaron absorbiendo las historias de sus padres y madres, tíos y abuelos, esto es, empapados de dicha repulsa y preparando lo que son hoy esos rechazos.

Luego y en los veinte años de la Concertación nació otra generación —y se terminaron de desarrollar las anteriores—, en medio de la vigencia de una agenda democrática, de un fuerte discurso acerca del respeto a los derechos humanos y la diversidad, en fin, en una atmósfera política de centro-izquierda que fue escenario y a veces promotor de inmensos cambios sociales y culturales. En breve, una atmósfera progresista, al menos en el discurso.

Estos dos regímenes, entonces, aunque actuando desde y hacia direcciones contrarias, convergieron para mover el país hacia un estado anímico que transformó de pies a cabeza a todo el país, salvo a un segmento reacio a los cambios. La nación en la que predominaban valores, modales, convenciones y costumbres conservadoras, amén de un gran respeto por la Iglesia, la autoridad y los usos tradicionales, se transformó en una donde dicho paquete de creencias y costumbres pasó a ser solo de propiedad exclusiva de la élite y sus círculos más cercanos, aún más, ni siquiera de toda la élite, sino solo de su núcleo «duro». El paisaje cultural de Chile se viró en 180 grados: antes, la cultura de izquierda y su sucursal «alternativa» tenía cierto peso, pero era minoría; hoy pasó a ser el ethos predominante. Hay una suerte de impregnación universal de sentimientos y actitudes que incorporan algunos de los elementos de la vieja izquierda, en especial cierta raíz de resentimiento ante el statu quo que es su motor vital. Más aún, este paisaje es tan predominante que se asume como cosa natural.

En breve, Chile se convirtió masivamente en un país liberal y progresista con un remanente conservador en vez de ser, como antes, un país conservador con un reducto progresista. Su ADN dejó de ser el de la sociedad tradicional que siempre había sido. No se trata aquí de que haya «más gente de izquierda» en el sentido clásico del término, sino de que hoy los ideales y valores que se asocian a la derecha tienen muchísimo menos peso y gravitación. El conglomerado de ideas, creencias tácitas o expresas, actitudes, juicios, gustos y posturas que ahora predomina con avasalladora fuerza en la población menor

de treinta años, pero también con importante presencia en la gente de entre treinta y cincuenta, es ciento por ciento distinto al del pasado. No todos los ciudadanos lo comparten por entero y participan de igual modo de su espíritu, no todos creen exactamente lo mismo, pero se mueven dentro de un área con muchos barrios comunes y donde la diversidad, aun siendo grande, está dentro de ese escenario; de hecho, esa diversidad es el emblema de la pertenencia a este nuevo sistema de valores.

Un país cuya población se ha transformado de tan radical manera por el acumulativo efecto de esos cuarenta años de aprendizaje en sus dos últimas generaciones es, obviamente, uno cuyo paisaje cultural es refractario a gobiernos de la derecha. La derecha era en otros tiempos una proposición plausible de gobierno, si bien no muy posible, porque ya desde mediados de los cincuenta comenzó a predominar una política de centro. Esta, por lo demás, no era sino una suerte de derivación medio pelo de los valores y posturas de la derecha; ese es el meollo espiritual de la democracia cristiana. Hoy, en cambio, un gobierno de derecha no solo resulta improbable, sino lisa y llanamente inadmisible. El gobierno de Sebastián Piñera llegó a existir no por ser de derecha sino por ser de Piñera, esto es, por haber, dicho personaje, sacado provecho del repudio que en un momento dado se acumuló contra la Concertación y de la división fatal que esta última sufrió debido a la candidatura de Marco Enríquez-Ominami. Aun así, la administración Piñera y su gente hoy aparece para muchos chilenos como un objeto extraño, alienígena, una nave espacial llegada desde otra galaxia. No se entienden ni aceptan sus códigos y especialmente los códigos que se le suponen. Esto ha sido así desde el día uno de su mandato.

Entiéndase que este rechazo no entraña la existencia de una alternativa, de un modelo de sociedad al estilo de los preferidos y predicados en los años sesenta, cuando la izquierda aspiraba al socialismo. De hecho, el principal factor que explica la falta de espinazo —en Chile y el mundo— del rechazo al actual modelo es la ausencia de un referente creíble, de una alternativa, de una visión social y cultural de gran vuelo y atractivo; el rechazo tiende a

limitarse a elementos específicos de la esfera de los procedimientos, las prácticas culturales, de valores y normas. De ahí las incoherencias. De ahí que muchos busquen lucrar «como todo el mundo», pero rechazan «el lucro»; de ahí la inclinación a consumir lo más que se puede mientras al mismo tiempo se desprecia la «sociedad consumista».

Se trata, entonces, de una antropología humana en cuyo corazón pululan las contradicciones. ¿Acaso no fue una sección de ese mismo universo ciudadano el que eligió a Piñera? Hastiados de la Concertación, de sus veinte años de buen y mal gobierno, eligieron a Piñera y se hastiaron de él antes de los veinte días. Y hay muchas otras paradojas. El no sentirse cómodos con el modelo, pero al mismo tiempo percatarse de que son parte de él; rechazar sus parámetros, pero no tener a la vista ningún reemplazo creíble; echar de menos la Concertación, pero simultáneamente desconfiar de ella. Todo eso hace particularmente quisquilloso, sensible, susceptible, irascible e inflamable al ciudadano medio de hoy. De ahí el apelativo y su papel protagónico en este *big picture*.

Por esa razón un aspecto esencial del *big picture* nacional es que al fondo anímico de miedo y rabia en sordina, presente en toda la historia humana, se suma un progresismo inflamable y quisquilloso sin nombre específico ni postura definida, una iracundia informe y vocinglera apta para asociarse a cualquier blanco, a todo blanco de oportunidad, persona o episodio que en un momento parezca encarnar un Mal que tampoco tiene forma ni rostro muy definido, salvo el que ofrecen las caricaturas. Por eso este flamante país, hecho hoy de dos nuevas generaciones criadas durante el régimen militar y/o el de la Concertación, hastiado de muchas cosas pero sin saber a qué alternativa aspirar, se ha movido, estos dos últimos años, a lo largo de la vereda del rencor, la furia y la indignación, a los tumbos y entregado a menudo a la voluntad no menos informe de adolescentes y colegiales. Es el clima dentro del cual, posiblemente también a partir del cual, se originaron los movimientos.

El tema mapuche

Allá por el 2003, cuando este autor escribía una columna llamada «Tiro al blanco» en la revista *Qué Pasa*, lo que ahora llamamos «tema mapuche» era una nubecilla insignificante en el firmamento de la por entonces aún imperturbable felicidad nacional. Solo de vez en cuando el tema concitaba la atención del público debido a algún atentado incendiario o la áspera declaración de un lonco. Sabíamos que había un problema en esos pagos, pero parecía bastante lejano y marginal. Sin embargo, debido al tenor de las declaraciones de esos personajes y de la naturaleza de sus atentados y demandas, amén de lo que ya entonces conocíamos acerca de los procesos de nacionalismo vividos en Europa en el siglo XIX, este autor tuvo la súbita y fuerte impresión o intuición de que lo de la Araucanía era mucho más serio que una mera cuestión económica y jurídica de reclamo de tierras. Y entonces escribió una columna donde, entre otras consideraciones, caracterizó el movimiento mapuche como protonacionalista, esto es, dando ya señales de ser un movimiento cuya aspiración última era constituirse como nacionalidad y eventualmente como Estado.

Han pasado los años y la nubecilla insignificante se ha transformado en un nubarrón cargado de rayos y truenos. Lo que parecía «proto», solo un indicio, quizá solo una sospecha, se ha hecho ahora evidente: lo que pide el movimiento es autonomía en diversas formas, lo cual, si no es ya hablar de Estado, al menos se parece mucho.

En este momento bien puede el lector hacerse la siguiente serie de preguntas: ¿hasta qué punto puede calificarse como movimiento la acción de un grupo minoritario de activistas? ¿Cuánta gente de la etnia mapuche los respalda? Y esa mayoría de origen mapuche, ¿no estará solo interesada en recibir tierras y otra suerte de ayudas del Estado, pero no en ponerse contra él? Y la contestación tranquilizadora habitual es la siguiente: «No hay tal protonacionalismo o nacionalismo a secas en este caso, salvo en la cabeza de una docena de activistas desquiciados; la inmensa mayoría

del pueblo mapuche solo desea obtener ciertas ventajas y en ningún caso apoya a esos locos…».

Dicha aseveración, la de haber apenas un grupo casi microscópico de activistas, muy bien puede ser cierta, de hecho es cierta casi con seguridad, pero con eso no se demuele la tesis del protonacionalismo ni se exorcizan las implicaciones y consecuencias de un ánimo e ideario de ese tipo. Solo se demuelen y exorcizan las ideas cinematográficas que solemos tener del carácter de los movimientos sociales, donde estos aparecen siempre ligados a la presencia y acción de enfurecidas y masivas muchedumbres. Sin embargo, no todos los movimientos que tendrán resonancia y consecuencia se inician con demostraciones multitudinarias de apoyo y participación, así como no todos los que de ese modo comienzan, con tales muchedumbres, llegan a alguna parte. Más aún, hay movimientos que por su propia naturaleza deben y solo pueden iniciarse y desarrollarse en un ámbito de militancia restringida y a veces hasta clandestina. Un ideario radical que propone nada menos que la lucha contra el Estado no es cosa que el ciudadano común, incluyendo el mapuche común, esté preparado para aceptar y propalar abiertamente.

¿Qué hace, entonces, eficaz el accionar de unos pocos que sustentan ideas radicales y están decididos a materializarlas, incluso haciendo uso de la violencia? ¿Y qué, por ser un accionar duradero y eficaz, justifica el uso de la expresión movimiento? Respuesta: su organización y su fuerte y total compromiso con sus ideas. Un grupo organizado y convencido puede perfectamente imponerse a una inmensa mayoría desorganizada e incoherente. La mayoría no es sino un agregado estadístico, un número muy grande de individuos aislados e inermes. De ahí que la verdadera mayoría sea la minoría organizada; los últimos están fortificados por sus creencias y propósitos, mientras que el individuo normal, miembro de esa mayoría estadística, no sostiene con firmeza ninguna fe o creencia por la cual luchar para instaurarla o defenderla; su principal propósito es que lo dejen en paz, al margen, en su ámbito privado. Esa pasividad de la mayoría les permite fácilmente salirse con la suya a quienes sí están decididos y organizados para imponer su presencia a través, si es

necesario, de la coerción, de la amenaza y del uso de la fuerza. Bien podríamos decir que el temor de la población, su miedo a ser declarados «enemigos» y luego ser víctimas de actos coercitivos es la más sólida base de apoyo de un movimiento radical. Sin embargo este elemento, el temor y colaboración pasiva o activa pero en ambos casos forzada de las bases, rara vez recibe mucha publicidad, rara vez es puesto en evidencia y/o considerado como factor importante. Los partidarios cercanos y los simpatizantes lejanos del movimiento son ciegos a eso. A fin de cuentas su sentimiento de legitimidad se sustenta en la idea de ser representativos de los intereses de la mayoría.

Esta mecánica, la cual une en tándem la convicción de algunos con la coerción de muchos, es muy evidente cuando se estudian las operaciones de grupos paramilitares que se han apropiado o al menos dominado o siquiera influido en un territorio. Ejemplos de eso son las guerrillas de la FARC en Colombia, los maquis franceses durante la Segunda Guerra Mundial, los partisanos yugoslavos en el mismo conflicto, el IRA irlandés. En todos esos casos los grupos propiamente militares del movimiento han conseguido apoyo y/o han impedido delaciones y sabotajes a sus operaciones sobre la base del temor de quienes no se suman, no ayudan, no colaboran y por tanto temen ser considerados como colaboradores del enemigo. A veces los infractores a esa suerte de ley tácita impuesta por el grupo son ejecutados. Las amenazas y la probabilidad de sufrir un ataque obligan a un grado mayor o menor de obsecuencia.

A los controlados o neutralizados mediante esos medios se suman quienes apoyan positivamente el movimiento dándoles información, escondrijo y otros servicios logísticos. Son los ayudistas. Estos aceptan las metas del movimiento, pero no asumen el compromiso de una militancia plena. De ese modo, dentro de un espacio físico controlado o influido por un movimiento —sea este una guerrilla revolucionaria, un movimiento nacionalista, etc.— se encuentran tres capas de población de muy diversa cuantía y compromiso: una cúspide pequeña y activa de militantes apoyándose en una sección más amplia, pero aún discreta de ayudistas, y finalmente, una base amplísima de

población, casi toda ella aceptando pasivamente las cosas como están por miedo, oportunismo o desinterés. Entre estas tres capas hay un constante fluir de personal, ideas, valores, sentimientos y estados anímicos.

No es distinto en la Araucanía. No hay ni habrá en esos parajes una materialización de la ridícula imagen hollywoodense de muchedumbres armadas con antorchas y guadañas asaltando los palacios del poder. No hay ni ha habido tal cosa en ninguna parte, nunca. Lo de la Bastilla el 14 de julio de 1789 fue asunto episódico y menor dentro de la totalidad de la población parisina. Lo que hay siempre detrás de estas algaradas —incluyendo el caso de la Bastilla— es un grupo extremista en sus ideas, ciento por ciento dedicado a su faena político-militar, organizando acciones —incendios, emboscadas, amedrentamientos, etc.—, tejiendo lazos de cooperación con gente de los medios universitarios y periodísticos que pudieran convertirse en simpatizantes y reclutando jóvenes en busca de identidad y deseosos de evacuar sus rencores. Un grupo que haga todo eso y consiga cierto grado de organización eficaz, uno con membrecía de siquiera un par de centenares de «soldados» moviéndose en una zona donde obtenga al menos un apoyo a regañadientes de la población es ya de por sí lo suficientemente capaz de alterar el orden público y de mantener en los titulares su causa como para hablar de un movimiento.

Hasta el momento de escribirse estas líneas dicho movimiento, ya con varios años de existencia, estaba involucrado en más o menos el mismo nivel de acciones que ha mantenido en todo el período, esto es, reiterados ataques incendiarios a fundos y vehículos de las empresas madereras, algunas emboscadas, una de ellas con la muerte de un carabinero que regresaba de un allanamiento a la comunidad mapuche Wente Winkul Mapu, de la comuna de Ercilla, a lo que se suma el amedrentamiento y acoso constante de los huincas que residen en sus tierras ancestrales. Parte de la estabilidad del conflicto en un nivel de violencia áspera, pero rara vez letal y en todo caso aún no masiva, es producto de la moderada reacción del Estado central. Durante el régimen de la Concertación, tanto por razones ideológicas como prácticas, se siguió una política no confrontacional sino al

contrario, asistencialista, entregando vastos territorios a familias mapuches. Se socavaba —o se pretendió hacerlo— la base de sustentación del movimiento. A eso lo acompañó la política de no responder proporcionalmente a los actos ilegales, provocaciones y asaltos del grupo, salvo en unos pocos casos excepcionales que terminaron en detenciones y condenas. Fue una política de paños fríos, ya sea que se haya planeado o fuera resultado de consideraciones dispersas y/o más o menos inconscientes de las autoridades de la época. Y fue una buena política porque la experiencia mundial del presente y del pasado indica que reaccionar incluso justa y legalmente, en proporción a la ofensa, no hace sino alimentar las llamas de esta clase de incendios.

Eso no ha impedido a la intelectualidad criolla cacarear la consigna de que es el Estado opresor el que ha llevado la violencia a la zona. Buena parte de dicha intelectualidad justifica directa o indirectamente, o al menos condona parcialmente, la violencia del grupo extremista. ¿Por qué, cómo, de qué manera tiene tan poderosa vocación para ver el mundo de ese modo y puede llegar a influir, incluso, en el diseño de políticas públicas? Lo que sigue es en cierto sentido una larga digresión sobre ese punto.

PARTE V

Creadores y sembradores

Hay algo más que debe considerarse como agente activo en el *big picture* y de tanta importancia que merece un análisis detallado. Ese elemento extra son los intelectuales. La razón de su importancia es la siguiente: todo lo que sucede en una sociedad, los actos de sus miembros, grupos, clases y Estados, responden a propósitos y/o reacciones que directa o indirectamente han nacido de contenidos de conciencia, ya sean ideas y emociones, valores y prejuicios, deseos y apetencias. Estas tienen su origen en la realidad donde viven las personas, en su medio ambiente natural y social, pero no son mero reflejo pasivo de dichas condiciones, porque la mente humana transforma los estímulos exteriores con su propia dinámica elaboradora y en su interacción con otras mentes, lo que sucede a través de la imitación y del aprendizaje. No por casualidad parte importante de la tecnología de una sociedad es siempre resultado de la adaptación o simple importación de la usada en otras partes. Pero no solo la conducta tecnológica sino también los demás comportamientos, incluyendo los políticos, derivan de ideas, emociones y propósitos, en breve, de contenidos de conciencia nacidos de una realidad y transformados por el cerebro. Lo que «se dice», lo que se rumorea, los valores que en grados mayores o menores plasman la mente de las personas, con qué fuerza y en qué números, determinan la existencia y desarrollo de las conductas que cambian suavemente o con brusquedad el paisaje social.

De ahí el rol vital de la circulación de las ideas y por tanto de los intelectuales en sus dos sabores, los pocos que las han creado y los numerosos que las divulgan y llevan a círculos más y más amplios hasta, finalmente, hacerlas parte del sistema ideológico predominante. Cuando este sistema, nacido de ese modo, se establece en una sociedad y es muy distinto de las ideas oficiales, puede esperarse una época de conflictos y luchas.

Los sembradores de esas semillas son vitales. Primero las consumen

y luego las presentan —ya simplificadas— en sus círculos inmediatos; estos a su vez las usan para evaluar el mundo en que se mueven y así poco a poco, como en una lenta reacción en cadena, dichas ideas van expandiendo su ámbito de influencia. Sin la existencia de los sembradores o divulgadores, las ideas no serían capaces de escapar del sitio restringido donde han sido creadas. El cristianismo no hubiera llegado a ser lo que fue con solo los doce apóstoles.

El minúsculo grupo creador de ideas y el reducido grupo que las siembra son, entonces, quienes inician los procesos ideológicos y emocionales que originan o destruyen un modo de vida. Por eso los intelectuales, en cualquiera de esas versiones y cualquiera sea su calibre, son mucho más importantes de lo que el público supone en lo que toca a mantener o deteriorar la legitimidad de un régimen político y social. Esto puede parecer asombroso, una exageración. Se dirá si acaso no viven los artistas y los científicos en una torre de marfil. ¿Qué relación puede haber entre esa gente reclusa en sus altillos, laboratorios, cenáculos, universidades, camarillas, bares o manicomios y la «vida real»? ¿Qué puede importarles a los titulares del poder lo que digan o hagan esos seres solo armados de su boca y su pluma, ahora de su notebook o Ipad?

Pero la verdad es que a los poderosos les interesa mucho lo que hagan los intelectuales. Les importa porque, ya sean célebres o desconocidos, brillantes o solo unos majaderos, son las personas que en grado mayor que los demás manejan el lenguaje, los símbolos, las ideas, todo aquello con que los humanos interpretamos el mundo y con lo que creamos valores, motivos y razones para hacer o deshacer, para actuar o no actuar. Y en última instancia el poder se sostiene en eso. Se sostiene básicamente en su legitimidad, esto es, en el hecho de que toda la población, parte mayoritaria de esta o siquiera su fracción más poderosa considere que el régimen tiene derecho a existir y ser como es, debido a lo cual se obedecen sus órdenes, se acatan sus normas y se participa de sus valores. Incluso un monarca que ocupe su posición presuntamente por «derecho divino» depende de la elaboración mental que se hacen las personas, según la cual dicho derecho divino existe y es legítimo; esto a su vez depende de

determinada interpretación del mundo aprendida y conservada sobre la base de representaciones, ideas, conceptos e imágenes religiosas, esto es, contenidos psíquicos elaborados y puestos en circulación en cierto momento por algún autor imaginativo; en otras palabras, por divino que sea el «derecho divino», este no cae del cielo, sino que resulta de ideas que han recibido una expresión, una formulación y luego reformulaciones con el paso del tiempo. Y el autor de la primera formulación y los autores de las reformulaciones son o han sido intelectuales, tengan o no esa denominación, llámense teólogos, predicadores, chamanes, clérigos, etc. Las ideas son construcciones que tienen origen en un intelecto particular, aunque más tarde se apoyen en sentimientos compartidos por millones.

La legitimidad tiene también otras fuentes. La conveniencia o beneficio que cierto estado de cosas procure a un grupo le confiere legitimidad en la mirada de ese grupo. Esa conveniencia puede ser material y/o espiritual. El afán de gloria y prestigio de la corte que rodeaba, por ejemplo, al rey Filipo de Macedonia y a su famoso hijo Alejandro, llamado «el Grande», era una conveniencia o beneficio que dichos Filipo e hijo debían suministrar, lo cual explica en parte significativa el impulso permanente de esos monarcas por conquistar otros reinos y distribuir las riquezas así obtenidas, amén de títulos y honores. Todas las monarquías respondían a la misma necesidad. Para un monarca no era posible gobernar simplemente resguardando la paz.

Dichos bienes, aun los más terrenales y materiales, son en última instancia apreciados y anhelados a partir de cierta idea acerca de qué es conveniente y deseable, de qué es el honor y de qué es la gloria.

Esa es, entonces, la debilidad latente de todo poder: se basa no tanto en artefactos físicos y organizacionales —los instrumentos materiales del poder— como en contenidos psíquicos intrínsecamente cambiantes debido a la acción de estímulos externos y/o estímulos puramente mentales, simbólicos, por ideas y palabras, hasta por la acción de imágenes. Con palabras e ideas es como creamos los valores y conductas que aquellos estimulan; con palabras e ideas podemos también demolerlos.

Si las ideas importan, por lo mismo son relevantes quienes las manipulan. Lo que quizás importa algo menos es de qué naturaleza es la esfera donde dichas representaciones mentales son creadas y circulan, dónde son creídas o desechadas. En algunos períodos históricos esa esfera es puramente religiosa, en otras es completamente secular, pero el efecto final es el mismo. Cuando observamos las feroces disputas religiosas que se celebraban en el Imperio romano de Oriente, en Constantinopla y otras ciudades, no es difícil percatarse de que la enorme emocionalidad y pasión que las acompañaba y aun lo intrincado de las disputas mismas, referentes a oscuras cuestiones teológicas, reflejaban indirectamente cuestiones políticas, de legitimidad del emperador, de intereses contrapuestos, divisiones regionales, brechas étnicas y de clases.

No hay ni ha habido, entonces, régimen que haya prestado poca o ninguna atención a lo que hacen sus intelectuales, sus creadores y divulgadores de símbolos, palabras, creencias e interpretaciones. Es más; aun la difusa manipulación verbal que circula bajo la forma de rumor y cuya creación es obra de la anónima «opinión pública» reviste importancia y todos los regímenes le prestan oídos. Por eso hoy en día las encuestas de opinión son esenciales. Así el poder, a primera vista sólido como ninguna otra construcción del orden social, dueño o controlador de recursos de coerción o coacción, depende en su sostén de lo que «se dice», de lo que dice el público y de lo que, con aun más fuerza, si acaso más lentamente, «hacen decir» los intelectuales.

Hablábamos de Constantinopla y sus luchas religiosas por cuestiones acerca de la naturaleza del Hijo en relación con el Padre, todas cosas que hoy pueden parecernos absolutamente ajenas a la cuestión del poder —las llamamos, a veces, «discusiones bizantinas» dando a entender una complejidad caprichosa y estratosférica, ajena a la vida diaria— y sin embargo estaban íntimamente relacionadas con el orden social. Y tenemos ejemplos mucho más cercanos: el de la Rusia zarista y luego de la Unión Soviética. En ambos casos lo que hacían dramaturgos, novelistas, poetas y hasta científicos era monitoreado, examinado y a menudo censurado con la más prolija atención; en ambos casos estaba en juego, aunque fuera del modo más

indirecto, la legitimidad del régimen imperante.

Intelectuales en Chile

¿Y en Chile? El papel de la intelectualidad criolla ha sido siempre importante en la preparación así como también en el desencadenamiento y desarrollo de los movimientos sociales. Difícil entender los procesos políticos del siglo XIX sin considerar el influjo de quienes eran portavoces de las ideas que se ventilaban en Europa. Y más tarde, ¿cómo entender la gradual difusión de los ideales sindicalistas y socialistas sin la obra de los ideólogos europeos? La agitación política e ideológica de los intelectuales es además objeto del mayor interés por ser fenómeno atractivo, pintoresco casi siempre, a veces ruidoso, protagónico y mediático, lo cual deriva del hecho de que gran parte de su membresía, asociada a un campo al que otrora se llamaba «las humanidades», está inspirada por el sentimiento de ser concesionaria vitalicia de lo que en cada época suena como «progresista».

Una breve digresión: aunque los hombres de ciencia usan intensamente su intelecto —quizá más que los de cualquiera otra denominación— no suelen ser a quienes la sociedad cataloga como «intelectuales». La sociedad tiende a hacer un distingo entre científicos e intelectuales porque se presume que los primeros tratan solo de materias ajenas a la vida social y sus diversos aspectos. Y es el tratamiento de estos temas el que define al intelectual. Curiosamente se hace caer en el mismo casillero a quienes estudian más o menos científicamente dicha vida social, como los historiadores, sociólogos y cientistas políticos, mientras al economista, supuestamente más «científico», se le deja en una suerte de limbo. Este uso es el que también daremos a la expresión.

El intelectual es, por el campo de su interés, persona mucho más cercana a la experiencia del hombre común que los científicos. El intelectual trata de cosas propias de la experiencia y vivencia del ciudadano de a pie y además este último también tiene ideas al respecto y se siente pisando el mismo terreno, cosa que no le sucede

con el científico, cuyo campo y metodología le es muy ajeno y en verdad incomprensible. El científico es hombre de números, el intelectual, de palabras. Aun así, hay gran diferencia entre la opinión del lego y la tesis del intelectual aunque pisen el mismo suelo; el primero rara vez sobrepasa el nivel de la opinión superficial, ya sea propia o mera repetición, mientras el intelectual elabora algo más. De hecho, el intelectual es particularmente adepto a evaluar el mundo social a partir de modelos, teorías y principios complejos. A veces eso le da una visión mucho más profunda y certera, en otras lo conduce por pasos sucesivos a una notable distorsión de la realidad. A esta posible caída en el error colabora el hecho de que el intelectual rara vez es conservador, lo cual significa que hay en él una hebra de entusiasmo que se enciende con los temas que suenen a progreso, justicia, igualdad y liberación. Y es bueno que así sea porque los ciudadanos comunes no suelen dedicar energías a eso y se hunden en la rutina diaria sin levantar cabeza.

Es esa dedicación a cuestiones a las que normalmente, en la vida cotidiana, el ciudadano ni considera ni reflexiona mucho, al menos no con la debida persistencia y coherencia, lo que hace de la acción y presencia de los intelectuales un objeto importante del *big picture* de toda sociedad: son quienes definen situaciones, las bautizan, crean los llamamientos o al menos los difunden, producen las convocatorias, los lemas y las razones para actuar, ya sean buenas o malas. Por eso hay que considerarlos con tiento y delicadeza, por muy menores y hasta imperceptibles que muchos de ellos sean.

A propósito de calibres, ¿cómo se clasifican los intelectuales en especies y variedades?

Imaginemos una pirámide. En la cúspide, en un muy reducido número de acomodaciones de primera clase, encontraremos a los creadores de grueso calibre, los grandes ensayistas, artistas, músicos, filósofos, etc., que con sus obras han contribuido al progreso o disfrute de la humanidad. Hablamos del tipo de personas que en las revistas de divulgación de historia de las artes o las ciencias son llamados «los grandes genios».

En la sección siguiente, más amplia pero aún pequeña, hallaremos a

los creadores de segunda categoría, los talentos apreciables pero no descomunales que explotan, excavan la veta ya abierta y perfeccionan estilos y principios creados por los primeros; también forman parte de este muy decente grupo los científicos de línea que no generan grandes ideas, pero colaboran en el avance de sus especialidades.

Más abajo, a mitad de camino de esta pirámide, en zona mucho más amplia y poblada, se encuentran los «académicos». Son intelectuales de inclinación burocrática, talante más conservador que creador, gente de fuertes instintos corporativos y poco dispuesta a arriesgar; su auténtico horizonte y vocación no es golpear la cátedra, sino atornillarse en ella. Son, salvo excepciones, los grandes defensores del statu quo intelectual. Cierta mediocridad solemne y arrogante suelen ser atributos muy notorios en los estratos más bajos de esta especie.

Finalmente y en la base de esta pirámide están los simples mortales como nosotros, quizás como usted y desde luego como yo, meros consumidores de cultura, personas de inteligencia y sensibilidad suficientes para apreciar, entender —a veces a medias— y eventualmente divulgar en su círculo personal las ideas u obras de los creadores del primer grupo y/o del segundo.

En fin, tenemos un grupo muy particular, un *demi monde* intelectual al que a veces se ha denominado «bohemia», formado por multitud de gente con pretensiones y aspiraciones intelectuales pero difícil de ubicar en ese esquema piramidal, donde al parecer ya usamos todos los espacios. O acaso ese es precisamente su rasgo distintivo: no se ubica en ninguna parte de esa estructura. Se encuentra a un lado, al margen. Es como el puesto de salchichas y venta de recuerdos de plástico instalado a un costado de la pirámide de Cheops. Y está fuera de la pirámide porque sus miembros no pertenecen a ninguna de esas casillas, ya sea por no haber podido acceder a ellas todavía o simplemente por no querer hacerlo. Algunos son muy jóvenes para tener una obra reconocida y están en el limbo, a la espera de una oportunidad; otros nunca han producido nada ni hacen esfuerzos para producir nada, salvo hablar de sus grandiosos proyectos; hay quienes produjeron algo, pero sin ningún éxito; no pocos son meros discípulos, admiradores o miembros de algún círculo centrado en una figura de

más peso; hay también quienes aspiran a ser grandes poetas, novelistas, dramaturgos y filósofos, pero solo para un público ilustrado y progresista, no para los despreciables y conservadores «filisteos» que consumen los productos culturales convencionales.

Ese conjunto heterogéneo tiene en común dos cosas: no haber logrado reconocimiento «oficial» de sus talentos e invertir muchas horas de su vida en cenáculos y/o círculos. A veces dichas congregaciones sesionan en bares y restoranes. Sus miembros viven de oficios menores o hacen de su cesantía, a veces crónica y ambulatoria, una postura existencial. En el primer caso son «creativos» de agencias de publicidad, gacetilleros en medios de prensa alternativos, periodistas «progres», columnistas de blogs y sitios web, empleados de reparticiones públicas con olor a cultura o de empresas de comunicaciones, de casas editoras o de «centros de estudio» con color político progresista.

Hay, entre tan disímiles personajes que entran y salen de ese ámbito, algunos que pudieran describirse como bohemios residentes. Son los que nunca lograron despegarse de dicha condición. Es el poeta o el escritor eternamente empantanado en la postura del artista inédito, el filósofo de bar que nadie pesca fuera de ese recinto, el dramaturgo capaz de crear un solo personaje, él mismo en pose de dramaturgo. Quizá desearon crear caminos alternativos, hacer saltar la banca, ponerlo todo patas para arriba pero no pudieron, porque hacerlo es cosa muy difícil salvo que se sea un genio, lo cual es estadísticamente improbable. No pocos de los que no lo logran suelen pasar de la condición de candidatos a la gloria eterna a la de candidatos a la cirrosis crónica. Y caen también en la postura que a veces le da el tono a cualquier congregación de aspirantes a la grandeza alternativa: un amargo y profundo resentimiento repleto de desprecio a los consagrados y a los públicos que consumen lo producido por aquellos, un enorme y ácido desdén por la entera institucionalidad de la cultura.

Los bohemios que jamás se despegan de esa condición hacen de sus vidas una tragedia en cámara lenta. Experimentan día a día la brecha entre sus enormes ambiciones y sus reales posibilidades. Son víctimas

de un mal que por lo demás aqueja a los intelectuales de todas las categorías, salvo la más elevada: no tener el talento y/o la oportunidad y/o la formación suficientes para cumplir con sus más altas ambiciones. Las vías convencionales permiten avanzar aun al más mediocre si se esfuerza y persevera, pero el bohemio se niega a esa opción. Sus ambiciones se lo prohíben. Por eso, incluso si está ya en esa vía acomodaticia, no se «dedica» con suficiente celo. No siente que lo que allí hace esté a su altura. Se niega a «ser comprado por el sistema» y entonces no logra materializar nada y se queda en un perpetuo estado de «promesa».

En ocasiones, estas almas atormentadas por la contradicción entre sus deseos y sus a menudo escasos recursos, hartos ya de sus propias esperanzas, se suman tardía y resignadamente a la transitable vía de la mediocridad, a los batallones de jornaleros del intelecto que acarrean el material casi siempre insignificante perpetrado en todos los campos de la industria cultural, esto es, el 90 por ciento de la poesía, del melodrama y la literatura, los innumerables refritos artísticos, filosóficos y plásticos de lo dicho o creado con anterioridad por mentes originales. Las expresiones de tan abrumadora mazamorra son infinitas: millones de «tesis de grado» que nada aportan, las pinturas y retratos que se venden en las plazas, libros de versos que arrancan bostezos, novelas que nadie lee, artículos con poco o ningún contenido original pero muchas citas al pie de página, columnas periodísticas repletas de clichés ideológicos, la dramaturgia aburrida, los *papers* que discuten comentarios de comentarios de comentarios, en fin, el entero mundo de la pretensión intelectual fallida.

Es fácil ser miembro activo y hasta prolífico de este último y nutrido grupo, porque la medianía es estadísticamente lo más frecuente. Es un destino inexorable para casi todos nosotros. Sin embargo, para quienes tienen aspiraciones intelectuales, no es una simple y normal condición de la vida, sino una experiencia agónica y desesperante. Se puede uno conformar con ser mediocre pintor de brocha gorda, pero no un mediocre artista plástico.

Es en ese infierno, el de la mediocridad a medias consciente de sí misma y repleta de rencor, donde se crían los Salieri que miran con

envidia a los Mozart, la vasta población de intelectuales a medio camino entre las sombras y la luz, los sumidos en una suerte de eterno crepúsculo, los siempre al borde de la bancarrota intelectual y financiera, seres frenéticos y delirantes como los pintados por Dostoyevsky en *Los hermanos Karamazov*. De esta desafortunada raza de inteligencias lo suficientemente elevadas para aspirar a lo más alto, pero no lo bastante para llegar a la cumbre, de los Moisés que solo ven a lo lejos la Tierra Prometida, de ahí salen muchos de esos intelectos furiosos repletos de agravios, ávidos de cobrar venganza, los Marat, los Robespierre, los Stalin, los Hitler, los Mao Tse-Tung, gran parte de la nomenclatura nazi y de la comunista, todos los genocidas por amor al hombre, los que pretendieron ser grandes genios de la pintura —Hitler— o grandes genios de las ciencias sociales —Stalin— o grandes filósofos —Marat y Mao— y terminaron siendo grandes asesinos. Otros, los que no llegaron tan lejos, pueden convertirse en los funcionarios de la Gran Venganza, los que dirigen la patota linchadora del barrio, los redactores de columnas y blogs venenosos, los asesinos al por menor, los con vocación de ejecutores, verdugos, interrogadores y censores y luego, más tarde, si llega a existir, en la burocracia de la *intelligentzia*. En peloteras de menor calado estos rasgos o perfiles se diluyen considerablemente y solo dan lugar al tipo mala leche, suerte de perro callejero ladrando enfurecido en la madrugada, capaz, en ese momento, de despertar a medio mundo, pero del cual nadie se acuerda a la mañana siguiente.

Un caso clínico

Un caso clínico y muy representativo —no por ser estándar, sino por ser extremo— acerca de los efectos que produce entre los intelectuales una distancia demasiado grande entre sus ambiciones y los talentos que tienen para satisfacerlas, es el de Marat. Fue uno de los personajes más notorios y sangrientos de la Revolución francesa. Marat no nació con ambiciones revolucionarias, sino quería alcanzar la gloria en el campo de las letras y/o las ciencias. Lo confiesa en sus memorias, de franqueza brutal. Para conseguirlo escribió profusamente sobre toda clase de materias —óptica, electricidad, física, medicina, filosofía, etc. — y en todas no cosechó sino frustraciones. Sus escritos no impresionaron a nadie. Muy pronto desarrolló paranoia y se creyó víctima de una conspiración de las academias.

Solitario, enfermo, rabioso, dedicando veinte o más horas diarias a trabajar en sus experimentos y escritos sin obtener ningún reconocimiento, su paranoia evolucionó hacia un caso claro de sociopatía. Cuando estalló la revolución vio en ella un campo ideal para evacuar su furia. Fundó un diario, *L'Ami du peuple*, el amigo del pueblo, con el cual se dio el gusto de manifestar a borbotones todo el odio que se le había acumulado en el alma, dirigiéndolo, en este caso, no contra las academias sino contra quienes consideraba o tildaba de enemigos del pueblo, conspiradores, contrarrevolucionarios, saboteadores, aristócratas, espías. De acuerdo con algunos historiadores, es indudable que fue el alma inspiradora de las horribles masacres de septiembre de 1792, ejecutadas por una banda de asesinos a contrata para supuestamente eliminar a dichos enemigos de la revolución. En esa oportunidad alrededor de mil quinientas personas detenidas en diversas cárceles fueron asesinadas a lanzazos, hachazos, descuartizadas, destripadas. Los detenidos no eran grandes aristócratas y saboteadores, sino gente común y corriente, salvo veinte o treinta que pertenecían a la nobleza. En la masacre se incluyó a niños de entre diez y catorce años.

No por nada el propio Marat se definía a sí mismo como «la encarnación de la rabia del pueblo». Temido hasta por sus partidarios, Marat fue ultimado a puñaladas por Charlotte Corday.

Ladridos en la madrugada

En tiempos tranquilos, cuando nada o poco perturba al *establishment* y no han aparecido los Marat o solo existen en potencia, la parte más fracasada de la intelectualidad se comporta como ese perro fastidioso que ladra en la madrugada, molesto pero inocuo porque no puede mordernos; denuncia, repudia y jode, pero no materializa sus odios como lo hizo Marat, «el amigo del pueblo». Solo se cuece a fuego lento en su propia salsa de frustraciones. En épocas calmas estos intelectuales fallidos suelen a veces verse involuntaria y paradójicamente reducidos a darle colorido a la vida nocturna de las grandes ciudades. En el Santiago de los años sesenta esa función se cumplía en Il Bosco. En nocturnos cenáculos estos seres se ponen a resguardo de la ferocidad de las rutinas de la sociedad, en la cual aún no han ganado y quizá nunca ganen prestigio, fama ni reconocimiento. El cruel e injusto mundo que no les reconoce su valer se ha desvanecido en las sombras y es posible, entonces, construir uno artificial hecho de sueños y promesas, de juramentos y adulaciones mutuas con hermanos del alma.

Un poco de historia

Hasta aquí he usado varias veces esta expresión, bohemia, porque fue a un grupo como el que hemos descrito al que en Francia, en la tercera o cuarta década del siglo XIX, se le bautizó de ese modo. Clientes perpetuos de determinados bares y restoranes, le dieron el tono a la vida nocturna de su época. Ese bohemio decimonónico era parte de un espectáculo como el de la opereta *La vida parisina*, de Offenbach. La figura representativa era el poeta genial, tuberculoso y desconocido, muriendo en una buhardilla. En ese hervor a fuego lento, el de la desesperación apenas mantenida a raya, se originaron y fraguaron no pocas de las posturas rebeldes, revolucionarias o siquiera excéntricas que hicieron época. Los bohemios constituyeron buena parte del núcleo de la intelectualidad que animó los movimientos de 1830 y 1848 en Europa. No es extraño. Si bien la actitud beligerante de este segmento de la intelectualidad se traduce normalmente solo en palabras y gestos, al ser los más insistentes despreciadores de las jerarquías, los éxitos, las glorias y las notabilidades de la sociedad tal como es, entonces si acaso se da la oportunidad, hacen como Camille DeMoulin subiéndose a un piso para llamar a tomarse la Bastilla. Si los tiempos no han llegado, se conforman con usar la silla para sentarse y ejercitar una habladuría malévola. Tema favorito es el desprecio a los ciudadanos comunes y corrientes. En esa época los motejaban de «filisteos». Décadas después, cuando el marxismo se puso de moda, los filisteos se convirtieron en «pequeño-burgueses».

A estos vapores del alma tan negros y ácidos se agregaba a menudo, a guisa de envoltorio, una azucarada aura de sentimentalidad, un retorcido romanticismo asociado a la enfermedad y la muerte. Era romántico ser un artista y vivir en los márgenes de todo, en sótanos o en sórdidas pensiones. En los sesenta, en Chile, lo romántico para un joven intelectual progresista era «ser del Mir» e insinuar que dejaría la vida por la revolución. «Patria o Muerte.»

Es significativo, como lo anotaba la historiadora cultural Joanne

Richardson a propósito de la bohemia parisina decimonónica, que las figuras verdaderamente grandes de la intelectualidad francesa no fueron miembros de esos círculos. En ocasiones, algunos se daban una vuelta por esos lugares y uno o dos —el poeta Baudelaire, por ejemplo— eran parte del elenco, pero nadie más. ¿Para qué hubieran querido las figuras célebres ser parte de ese sórdido ambiente? No habrían encontrado ninguna de las cosas que buscan personas de ese calibre, la interacción con sus iguales y/o con admiradores. Esas estrellas iban a los salones literarios celebrados en mansiones de ricachones y/o nobles, gente poderosa e influyente. Las luminarias no gustan mezclarse con la chusma o solo por un breve momento. Mucho menos buscan rozarse con figuras menores deseosas de menoscabarlos.

¿Y en Chile? ¿Qué papel ha jugado esta intelectualidad menor y a veces bohemia, amén de sus «compañeros de ruta», el *demi monde* de los gacetilleros y panfleteros de menor calibre agazapados por lo general en la prensa? ¿Cuál fue su papel en el desencadenamiento de los airados y revueltos tiempos iniciados en 2011? ¿Y cuál es su relación con otros segmentos de la intelectualidad criolla?

Gasfíteres locales

Pocos son los contactos y relaciones de los intelectuales «sembradores» con otros segmentos de la intelectualidad criolla por una muy simple razón: esos otros segmentos apenas existen. Intelectuales creadores de gran calado son muy raros, fenómenos aislados y esporádicos, en ningún caso partes de un movimiento o corriente masiva de pensamiento como el que de vez en cuando le da el tono a épocas enteras de ciertas sociedades o civilizaciones. A esa carestía creativa se suma la pobreza consumidora, pues Chile no posee una masa crítica de la llamada «gente culta». Lo único abundante, en especial hoy, son académicos con posgrados recientemente adquiridos y que han agarrado pega en la institucionalidad universitaria, sobre todo en la privada, donde requieren con suma urgencia la mayor cantidad posible de cartones para empapelar su pobreza académica. También hay sobrada bohemia, pero ni aquella capa de posgraduados ni esta, la de los bebedores líricos, es una fuente de creatividad intelectual de alto vuelo. En consecuencia, la voz cantante en materia de tonos culturales y en la circulación de ideas políticas y sociales la tienen practicones de segunda clase.

Ese es el quid del asunto, cuya consecuencia es que en Chile la instalación de ideas y programas es un pastiche elaborado por gasfíteres locales. De ahí la facilidad con que todo debate público se convierte al instante en una gresca de gacetilleros. No hay verdadera elaboración, sino un discurso estridente con un barniz de dogmas y convocatorias ruidosas. ¿Cómo podría existir algo de más peso si no existen grandes figuras a la Foucault o a la Derrida o a la Sartre o a la Camus o a la Millas, de cuyas mentes surgieran ideas seminales a partir de las cuales se iniciara y desarrollara una discusión?

¿Y LOS AMATEURS?

¿Y qué hay de *amateurs* del intelecto como lo fue Francisco Antonio Encina, quien, sin ostentar título académico ninguno, perpetró una voluminosa e importante historia de Chile?

Lamentablemente, lo digo con pena y nostalgia, no vivimos ya esos buenos tiempos cuando un lego leído y decentemente inteligente podía atreverse a «hacer teoría» y coincidir con un académico profesional en la misma postura del oficio, a saber, en un sillón frente a un escritorio, una pluma y una resma de papel. Desde allí y sin otros utensilios era legítimo elucubrar sobre lo humano y lo divino sin otra base de apoyo que un cerebro alimentado con muchas lecturas, ejercitado en la reflexión y en la observación de la vida diaria, algunas dotes intuitivas y sobre todo capaz de vuelos de la imaginación, de esa «imaginación sociológica» que entrada la década de los sesenta del siglo XX todavía podía ser alabada y considerada clave del pensamiento en ciencias sociales, como lo hizo el brillante sociólogo norteamericano Wright Mills.

Ya no es así. No están los tiempos para esa loable categoría intermedia situada entre el bohemio químicamente puro que no produce nada y el académico cubierto de títulos, pero produciendo muy poco que valga la pena. Lo que hacía un Encina es visto ahora como propio de un estilo de trabajo prehistórico, digno del museo o de la clínica psiquiátrica si se persiste en ejercerlo. Podemos hasta imaginar una catalogación para dicho mal: catatonia teórica. Los practicantes de las llamadas ciencias sociales se afanan, hoy, por darle un formato o al menos un barniz científico a su oficio acercándolo lo más posible a los protocolos de las ciencias físico-matemáticas y por tanto hacen un énfasis obsesivo en los llamados —y presuntos— «datos duros», en la profusión de cuadros estadísticos, un poco de discreta elaboración matemática para impresionarse a sí mismos y a los legos y muchos alardes de especialización y rigor metodológico. Todo eso está muy bien. De ese modo avanza la ciencia. Lástima que a

la pasada dicho rigor da lugar a muchas pedanterías y a un énfasis empobrecedor en no arriesgar hipótesis que parezcan o especulativas o difíciles o hasta imposibles de probar con instrumental de laboratorio. Abre también espacio a un interés y codicia redoblados en la carrera académica según los cánones prevalecientes, lo que contribuye a la estitiquez intelectual tan propia de esos medios. *At last but not least*, hace del científico social un personaje particular y paradójicamente sensible a las voces del juicio público. No es posible, si se posee un cargo en una universidad, pensar y decir «cualquier cosa». Tanto la comunidad de los estudiantes como la de los académicos y hasta el público en general, cuando este llega a enterarse, se sienten con derecho a censurar y sancionar a quien se aparte del pensamiento convencional políticamente correcto. Recuerden lo que le sucedió al arquitecto Boza. Por todas esas razones el juicio cualitativo a la Encina se considera hoy una herejía, es rechazado con énfasis y se califica de especulativo o de sobregeneralización, en especial si lo hace alguien que no posee los certificados y estampillas del colegio profesional correspondiente.

La chispa

¿Y entonces qué? Entonces, no habiendo ni grandes mentes creadoras por un lado ni espacio para los aficionados inteligentes por el otro, es en una grisácea zona intermedia, en las manos del *demi monde* intelectual y en las de paralíticas burocracias universitarias del profesorado y de los estudiantes donde, en Chile, radica el centro de producción y difusión de los contenidos que originan los movimientos. Desde ahí brota la chispa encendiendo el combustible. No hay otra fuente porque no tenemos ni hemos tenido intelectuales como los que con alarma escudriñaban los servicios secretos del Zar o del Sóviet Supremo. La pirámide es, en nuestro país, ocupada casi por entero por los maestros chasquilla del intelecto, mamíferos menores entre los cuales sin duda se encuentra este autor. También abundan y son parte de la fauna aburridos académicos repitiendo eternamente «su» curso, divulgadores y discípulos que muy a menudo son malos alumnos de sus maestros, innumerables mistagogos de teóricos europeos de medio siglo atrás o aun más remotos. Lo que tenemos como chispa iniciadora es cualquier cosa menos producción intelectual de primera clase. No, al menos, en ciencias sociales y filosofía, áreas en las que ocurre lo mismo que hasta hace no mucho ocurría en las artes plásticas, donde por décadas la inmensa mayoría de nuestros artistas no iba más allá de lo que habían hecho los impresionistas franceses de mediados del siglo XIX.

Para decirlo gastronómicamente, los platillos de la dieta intelectual de nuestra vida política y sus derivados estudiantiles no se sirven en una mesa de banquete, sino en la del pellejo. El menú está patológicamente apegado a consignas confeccionadas hace mucho tiempo y en otras latitudes. Derechas e izquierdas rumian desde siempre pensamientos añejos y ajenos. Lo han hecho con economistas decimonónicos o con pensadores del siglo de las luces, con socialistas de antes de la Primera Guerra Mundial o con ideólogos europeos de entreguerras o hasta con mequetrefes como Régis Debray, quien

redactó un manual de guerrilla, fue a la selva a darse un baño de revolución, se asustó, pidió llorando a gritos que lo sacaran del enredo y al huir sus aterrados pasos revelaron la guarida del Che. La izquierda peca aun más, porque la derecha, simplemente apegada a la sencilla doctrina de conservar lo que tiene, piensa mucho menos. Incluso el modesto plano de la interpretación de los textos sagrados, el de esfuerzos con algún atisbo de seriedad a lo Marta Harnecker o de la clase de variantes teóricas con cierto interés, como lo fue la Teoría de la Dependencia, a la Gunder Frank, aun esto se ha desvanecido. De ahí la notable anemia disfrazada de abundancia —porque el panfleteo académico repleto de términos siúticos y pedantes, pero sin nuevas ideas, no escasea— del catecismo doctrinario que legitimó el alud de protestas de 2011.

Quizás usted piense que esta evaluación acerca del papel político del intelectual en Chile es subjetiva y sin otro propósito que deslegitimar el movimiento deslegitimando sus causas ideológicas. Nada más falso. No tenemos «agenda». En esto, como en todo, no nos interesa tomar partido, sino echar una mirada y anotar lo que vemos. Y es «subjetiva» solo en el sentido de que salió de la pluma de una persona con nombre y apellido, Vuestro Servidor, no en que esté cargada de malas intenciones. La anemia, entendida como pobreza de los principios y los argumentos, está a la vista de quienquiera se tome la molestia de examinar las razones que han sido esgrimidas a lo largo del proceso. Eran y son repetitivas, majaderas, una retahíla de «no» a esto y «no más» a aquello. ¿Podía ser de otro modo considerando la naturaleza del quehacer intelectual en Chile? Sería pedante hacer uso de un erudito y bibliográfico pie de página o un anexo más al final de este volumen para citar uno a uno los muchos libros de «historia de la cultura» o de «sociología del conocimiento» que tratan esta materia. No necesitamos argumentos de autoridad para apoyar lo que todos sabemos, esto es, que los conceptos, ya sea que tengan una ambición científica, puramente programática o siquiera se les requiera para uso en agendas puntuales, no se pueden preparar al vapor ni a la orden al modo como los creativos de las agencias de publicidad preparan eslóganes para un nuevo dentífrico. La «mejoría de la educación», si

en verdad es eso lo que se persigue, requiere una tradición de pensamiento, un personal que haya dedicado años a reflexionar sobre ese punto, una historia intelectual de verdad. Algo de eso ha habido en la institucionalidad oficial, en el Ministerio de Educación, pero este organismo no fue parte activa del movimiento. En cualquier caso, nada o muy poco de lo que allí hubiera se tomó en cuenta. Y esa carencia no podía ser subsanada por un aporte intelectual proveniente del liderazgo estudiantil.

De dicho liderazgo ha solido hablarse con los ojos en blanco. Nada de raro; es común que quienes están a la cabeza de un movimiento popular adquieran rasgos de luminarias y se les ponga en un pedestal. En los hechos solo un par de ellos, quizá con optimismo tres o cuatro de esos jóvenes, destacan un poco por sobre la inteligencia promedio de la población estudiantil. Todos los demás son miembros de la medianía de la tabla, estudiantes de carreras modestas, chicos y chicas comunes y corrientes que desde niños fueron pasto de la primera consigna que les pareció atractiva. Es fácil imaginarlos atrapados desde la infancia en ambientes familiares donde el papito o la mamita o el tío son de izquierda y quizás haya una completa tradición política de clan remontándose a los tiempos del abuelo sindicalista; en breve, venían «de un medio», son producto de un medio, de un ideario preservado con vendas, alfileres, formol y refrigeración, tal como se preserva la momia de Lenin.

Por todo eso no podíamos esperar que estos muchachos, por mucho que se empinaran para adoptar posturas de protagonistas de la historia, fueran capaces de contrarrestar el diccionario de frases hechas que les legaron las cohortes demográficas pertenecientes a la tercera edad de su mundo progresista, el peso de la atmósfera sectaria de sus conciliábulos y salas de reunión, el influjo pegajoso de los dogmas y epítetos tradicionales de dicho sector. A eso debe sumarse el gustito por el asambleísmo que se desarrolló en quienes encontraron en eso un grato sentimiento de identidad. Todavía más, en alguna parte o rincón de ese heterogéneo conjunto podríamos situar las maquinaciones del PC y el inmenso despliegue de su bella y mediática dirigente, convertida en la Juana de Arco de la revolución estudiantil.

Por todo eso y quizá por algo más, ante el impacto de esa mazamorra ideológica balbuceante y confusa, un columnista —académico de una universidad— calificó al movimiento, en un muy leído e-mail, como «la revuelta de los tarados».

Como resultado de esas circunstancias, de la falta de real inteligencia a un nivel superior y de la ausencia de un sincero deseo de profundizar en el asunto, la «calidad de la educación», esto es, la plataforma ideológica del comienzo del movimiento y de la que se habló y aun hoy se habla hasta por los codos, nunca fue objeto de un análisis acerca de su significado. Nunca sobrepasó una mera existencia verbal y aspiracional. Nunca abandonó su condición de frase imprecisa, de eslogan, de convocatoria. Lo único preciso fue lo del financiamiento, como siempre ocurre cuando la tarea se reduce a pedir plata y se mencionan cifras, porque al fin y al cabo nada es más preciso que un número. Ya se dijo: ni los escolares ni los universitarios ni los padres y apoderados de Chile han estado jamás tremendamente «urgidos» por una mejor educación, sino por una más barata.

Aun si aceptáramos o creyéramos que al principio hubo en verdad un motivo puramente educacional, muy rápidamente el movimiento se convirtió en lo que era realmente su vocación de fondo, en vehículo de transporte para otras quejas o sentimientos y finalmente como caballo de Troya para masivamente asaltarse y denunciarse políticamente al gobierno, al modelo y toda la estructura de poder y privilegio chilena. Y por tanto el movimiento fue, en el fondo, como ya lo hemos insinuado, el preámbulo de una revolución.

PARTE VI

¡Revolución!

Así es, de una revolución, la cual, el 2012, solo ha estado relativamente en suspenso. Calmas como estas se observan aun en los más poderosos procesos revolucionarios. Son engañosas porque dan la impresión de haberse terminado el jaleo. Engañosos suelen ser también los comienzos pues a menudo, en esa fase, las revoluciones no se revelan en su verdadera naturaleza. Una revolución no siempre se proclama como tal desde un principio ni se desarrolla en pocos días con pleno conocimiento o conciencia de sí misma. A veces ni siquiera lo hace cuando ya ha avanzado largo trecho en su camino. En sus comienzos a menudo parece solo un motín, una protesta o una intentona de reforma; luego, durante su desarrollo, puede haber momentos de aparente cesación de actividades, incluso de retroceso. Tampoco son todas iguales, pues dependen de las condiciones de su época. En un país con 15 mil dólares de ingresos per cápita y una población que ha logrado mejorar su nivel de vida, evidentemente no habrá un proceso como el que podría desencadenarse en una nación hundida en la miseria y el colapso institucional, como Haití. Pero, en cualquier caso, en todas las revoluciones los creadores o divulgadores de ideas, valores y juicios, esto es, los intelectuales, juegan un importante papel. En Chile lo han jugado quienes prácticamente siempre han sido a medias políticos y a medias gacetilleros.

En el caso del movimiento estudiantil, ¿quiénes fueron los sembradores de los lemas y temas ideológicos? Posiblemente uno de ellos fue el Partido Comunista. Hace tiempo está ensimismado en una estrategia de recuperación de espacios e influencia en sectores clave del país y la juventud universitaria ha sido siempre su coto de reclutamiento favorito. Posiblemente se agregó al caldo la agenda de otras agrupaciones juveniles de izquierda, en las que cunde un pensamiento más extremo. Notoriamente el objetivo de estos grupos es menos la mejoría de la educación que el fin del modelo. ¿Por qué lo reemplazarían? No se sabe. Ellos tampoco lo saben. No lo sabe nadie

de entre los muchos que llaman a irse hacia la izquierda.

Lo que sí es indudable, aunque no conozcamos los detalles, es que el movimiento no nació por generación espontánea, sino que fue concebido, diseñado, organizado, preparado y calendarizado durante meses hasta que el día señalado le dieron el «vamos» agentes vinculados directa o indirectamente a agrupaciones con objetivos políticos. Después, ya iniciado, se sumarían no solo estudiantes politizados, sino ciudadanos de toda edad hastiados, quizá, de la «mala educación» o más bien de su costo, pero también completamente hastiados de los abusos del comercio y la banca, de las desigualdades en la distribución del ingreso, del caso de la multitienda La Polar, del oscuro cobro de cuentas de tarjetas de crédito comercial, de las tasas de los bancos, de los cobros de las Isapres, del costo de las universidades, de las conspiraciones de las cadenas farmacéuticas y cien situaciones más en ningún caso episódicas, sino permanentes, insertas en el corazón del sistema económico chileno y del modo como lo maneja la élite.

En otras palabras, se trató de una revolución en su etapa preliminar y que aún está en marcha.

Lo decimos enfáticamente: es una revolución, cualquiera sea su grado térmico y ya sea que consiga o no sus objetivos. Lo es porque en su etapa madura el movimiento de 2011 no solo era masivo, sino que además exigía cambios institucionales a gran escala. ¿Y qué es eso sino el prólogo de una revolución? En el 2012 algunos ya pidieron una nueva Constitución, con asamblea constituyente y todo para crearla. En breve, no espere usted, para reconocer la existencia de una revolución, a unos tipos asaltando la Bastilla. Y considérese además esto: el propósito revolucionario emerge precisamente en el clima propio de los regímenes reformistas, como lo es o lo fue el de Piñera. Sucede así porque los regímenes reformistas enfrentan y resuelven solo en algún grado problemas insolutos por décadas, pero con eso despiertan más aspiraciones, necesidades y deseos y por lo mismo su destino suele ser el fracaso político, no dejan herencia y solo si tienen suerte son rehabilitados por los historiadores y mucho tiempo después. Fue la suerte de Luis XVI, de Kerensky, de Gorbachov, de Eduardo Frei

Montalva.

Es en estas fases reformistas, entonces, cuando nacen los impulsos revolucionarios. Al comienzo parecen otra cosa de lo que serán. La revolución más famosa de todas, la francesa de 1789, no se inició con mucha gente deseando de buenas a primeras sustituir la monarquía por la República —aunque sin duda había ya republicanos que pretendían eso desde un comienzo—, sino con súbditos convocados por la monarquía para arreglar el tema de los impuestos y las finanzas del Estado… y para mantener la monarquía, a la que se siguió celebrando y legitimando por largo tiempo.

¿Fuimos entonces testigos de un frío y calculado paso planeado con antelación por nuestros republicanos, o, al contrario, la convocatoria simplemente creció y maduró por su cuenta? Es la clase de preguntas que suelen hacerse los especialistas cuando examinan toda revuelta o revolución a gran escala: cuánto de ella fue espontáneo, cuánto el resultado de alguna conjura y/o coyuntura. Posiblemente hay una combinación de ambas cosas. Los movimientos sociales no parten por sí solos, pero una vez comenzados tampoco se desarrollan siguiendo exactamente una pauta planeada de antemano. Aún más, su base humana e histórica es una precondición que no ha sido creada por nadie. Esta presta su combustible, el cual, sin embargo, ha de ser encendido por alguien.

¿De dónde vienen?

¿Quién inicia las revoluciones? ¿Quién las enciende? Esa es solo una de las preguntas importantes; de dónde proviene el combustible es la otra. Esto último parece, a primera vista, no necesitar mucha indagación. El sentido común nos dice que sería sencillamente la acumulación de un estado de descontento masivo basado en las injusticias y/o desigualdades del régimen. Es explicación razonable pero incompleta, porque hay al menos dos clases de descontento con muy distinto significado: el de quienes nada tienen y el de quienes sienten faltarles algo para coronar el éxito de lo que ya tienen. Incluso podría intentarse una clasificación de las revoluciones de acuerdo a cuál de estos distintos tipos de descontento constituye su núcleo. Quizás a las primeras podríamos llamarlas «revoluciones proletarias» y a las segundas «revoluciones burguesas». En ambas situaciones lo que inicia y propulsa el proceso es el descontento, pero ¡cuán diferentes son en su sustancia! Las «revoluciones burguesas» las inician grupos de la población que, en fases relativamente tempranas del crecimiento de un nuevo orden social nacido en las entrañas del viejo, han adquirido algunos poderes y recursos a veces considerables y una gran aspiración a más, pero un último obstáculo les impide desplegar a fondo lo ya ganado y satisfacer esa aspiración; es un descontento acompañado por una sensación de poder y merecimiento y apunta a los elementos particulares que les impiden su pleno ascenso y éxito. El caso clásico es el de la pequeña y mediana burguesía francesa del siglo XVIII. En las «revoluciones proletarias», en cambio, la sustancia del fenómeno es completamente distinta; es la sacudida exasperada de los que nada tienen y para los cuales, entonces, la totalidad del sistema, y no solo algunas de sus estructuras, se les presenta como un peso odioso. De ahí que tiendan a desplegarse más bien como furiosas revueltas que como revoluciones propiamente tal.

Pero hay aun más: si bien esos descontentos son de distinta especie y tienden a alimentar comportamientos diferentes, se conectan a un

fondo muy profundo que subyace a ambos por igual. Es, dicho fondo, una desazón que nos perturba todo el tiempo o gran parte del tiempo no con tal o cual miseria nacida de nuestra posición en la vida, no con tal o cual obstáculo o agravio, sino por nuestra calidad de hombres. Lo describimos, al comienzo de este libro, como uno de los componentes del *big picture*: la rabia y/o el descontento, el desasosiego. Este desasosiego, que no es sino la rabia en su forma preliminar, está presente en todo orden social y afecta a todos sus miembros en algún grado, ya sean de la élite o de los estratos o clases más desposeídos. Reposa en la naturaleza del hombre como tal, en la perenne e insuperable contradicción entre los límites de su poder o capacidad y la escala muy superior de sus deseos y ambiciones, relación siempre asimétrica cualquiera sea la posición absoluta en que nos hallemos en ese continuo. Al contrario de lo que sucede en la restringida esfera de la conciencia animal, donde la existencia se presenta como una sucesión de problemas específicos como el hambre de ese día o minuto o el deseo sexual en otro, en la esfera mucho más vasta del espíritu humano el descontento se asocia a un espacio de rememoración e imaginación que amplía el ámbito del pasado y el del futuro posible. En ese territorio la apetencia alcanza dimensiones que sobrepasan en mucho nuestra capacidad de satisfacerla. La frustración, entonces, no es cosa de tal o cual obstáculo puntual que por un momento se nos opone, sino materia siempre presente, perpetua, oponiéndose porfiadamente a un desear y aspirar que no se restringe a un querer del momento, sino que apunta a una totalidad inalcanzable.

Esa contradicción entre la infinitud del querer y los límites del poder es la fuente más íntima del malestar o desazón que subyace en el alma humana. El orden social y la posición dentro de este solo provee las formas de esa contradicción, los objetos del «querer» y las barreras del «poder». De ahí que el descontento esté siempre presente; es intrínseco a la condición humana y no simple resultado de tales o cuales configuraciones sociales. La profundidad de ese malestar crónico, despertado y azuzado por los agravios y/o frustraciones sufridas en un momento en particular, explica los desproporcionados niveles de furor que son capaces de desencadenar aun los más nimios

obstáculos, pues, cuando estos se presentan, operan como detonadores de una enorme carga ya acumulada.

De la existencia de ese descontento nos ofrece evidencia un hecho que cada quien puede verificar por y en sí mismo: aun en los períodos de prosperidad subyace en todos nosotros un fondo irreductible de pesar, por difuso y velado que aparezca, a veces hasta inconsciente, debido a algo no logrado o que se nos ha sustraído. Nos lo revela también el testimonio dejado por todas las generaciones, tanto por sus miembros comunes como por filósofos y líderes religiosos. En todos los casos, ya sea cuando hablan de sus experiencias como cuando reflexionan en la naturaleza de la vida humana, lo que nos dicen manifiesta una apabullante presencia del descontento. ¿Es acaso resultado del azar que tantas religiones, si no todas, enfatizan el aspecto «salvación»? ¿Salvación de qué? De esta vida, por cierto.

La variedad de formas que puede adoptar el descontento tanto en sus grados como en sus causas y efectos oculta ese fondo común. Parece, en cada caso, brotar y depender solo de tal o cual problema, obstáculo o frustración que tenemos a la vista. Sin embargo, desaparecido dicho obstáculo o desaparecido o reprimido el deseo del que fue obstáculo, el descontento no hace sino revertir a su forma originaria, a ese brumoso pesar e insatisfacción y a ese mordiente y disimulado y reprimido rencor hacia quienes disfrutan mejores términos que los nuestros, a lo que se agrega el permanente e inútil impulso por huir del lugar y momento en que nos hallamos para cambiar nuestras circunstancias.

¡Cuántas manifestaciones asume el descontento, qué de diferentes escenarios en los que representa siempre el mismo libreto! Descontento experimenta el profesional sin clientes, el empleado que no progresa, el artista que no llega al éxito, los inadaptados clínicos, los desplazados en la lucha por el poder y el privilegio, los vencidos en la carrera por la fama. Y por cierto están descontentos los asfixiados o aplastados por una situación de inequidad de la que no tienen culpa y les resta toda posibilidad de surgir y a veces casi hasta de respirar. Estos últimos son los miembros de la casta despreciada o del grupo vencido en una guerra y sometido a presiones invencibles o los hijos,

nietos y biznietos de «los de abajo», los nacidos y criados en un medio social que ahoga toda posibilidad de crecimiento personal.

Descontento, descontento, descontento por todos lados, en todas las épocas, por todas las razones, en todos los grados y formas. Muy pocos son los que se libran de su pesado influjo. De esto no hay estadísticas, pero sí numerosos documentos de época, literatura, memorias, escritos religiosos y filosóficos. Todas esas fuentes reflejan, siempre, que ese estado de ánimo es predominante o al menos muy importante.

Es en dicho fondo de perenne malestar donde se encuentra el combustible primordial de los conflictos, el que los alimenta y les presta su gran capacidad explosiva, la cual y a menudo, para asombro de quien observa, es desproporcionadamente superior a la razón momentánea del conflicto. Los agravios propios de cada sociedad y momento histórico son solo el fulminante de esa enorme rabia al acecho.

Esta materia inflamable, presente en el fondo del corazón humano y lista para surgir a la menor oportunidad, es la que se adhiere a los motivos ofrecidos por los tiempos y circunstancias. ¿Y dónde y cuándo nos libramos de esa carga, de ese descontento? ¿Cómo sobrellevamos la vida? En gran parte a base de rutinas y resignaciones que llegan a ser como una segunda naturaleza; en parte aprovechando los breves momentos en que disfrutamos grandes placeres o una gran inconsciencia en el núcleo de una embriaguez a todo trapo, en la culminación exitosa del acto sexual, en el ensueño artificial de las drogas, en el momento huidizo de un gran éxito. Y si no tenemos acceso a esos arrebatos de placer y éxito y tampoco la rutina nos adormece lo suficiente, entonces intentamos procurarnos un alivio huyendo del reposo, agitándonos en el curso de una acción que nos sustrae del lugar presente y promete algo mejor en el destino final. El reposo es fatal para el hombre, por mucho que le guste engañarse proclamando su deseo de paz y tranquilidad; en efecto, mientras en una laguna en quietud el cieno, al asentarse en el fondo, deja que el agua se limpie y vea transparente, al contrario, es en el reposo, sin estar distraída por ninguna acción o propósito, cuando el alma humana agita sus peores lodos y los saca a la superficie. Se diga o no,

lo veamos claramente o más bien intentemos ocultarlo ante nuestros ojos, todos sabemos perfectamente de la futilidad de toda acción encaminada a conducirnos desde la insatisfacción a la felicidad; todos hemos despertado ya varias veces de ese engañoso sueño y sabemos bien de la persistencia porfiada de ese fondo de malestar, envenenado y aumentado por los tropiezos que la vida nos trae a cada instante. Y por eso la entera historia de la civilización humana en todas sus épocas y lugares está plagada de las más feroces luchas nacidas de toda clase de descontentos: el descontento de las clases populares con los aristócratas, el descontento y luchas entre los miembros de las élites por cuestiones de propiedad, riqueza, gloria y estatus, el descontento colectivo entre pueblos y naciones por las posiciones relativas de fortuna y gloria. Toda escena, acto o capítulo de la historia humana revela la existencia y agitación de ese fondo rencoroso y feroz. Es una llaga emocional supurando en un sótano cercano a la superficie. Es la más profunda fuente del malestar y desazón que alimenta las más diversas formas de protesta y revuelta.

Por eso la paz que por un lapso veamos regir dentro de una sociedad —entre sus grupos y clases—, como también la imperante entre las sociedades, es, siempre, una situación muy engañosa; proyecta la ilusión de ser la condición normal de la vida humana y por lo mismo los episodios de conflicto aparecen como interrupciones, anormalidades o patologías. Es un error. Es más bien a la inversa. En épocas sin conflicto a gran escala, cuando todo parece quieto, estable y consolidado, el fondo de descontento no deja de estar ahí, aunque hirviendo a fuego lento, manifestándose en comportamientos conflictivos locales, de grupos y/o individuos aislados cuyas conductas, evaluadas desde la «normalidad», se definen como «desadaptadas». Cuando se trata de individuos, son los sujetos a quienes su medio califica como locos o excéntricos, antisociales, amargados o fracasados, como enfermos o simplemente «raros», el «idiota de la familia» o el alcohólico al que no se le presta atención, el patán sin remedio, el loco del barrio o del pueblo, el flojo que culpa al mundo de sus problemas o el que integralmente no sirve para nada y clama ser víctima de su mala suerte.

Cuando el número de estos individuos es pequeño, marginal, no hay otra reacción que esa, pero cuando dichas conductas sobrepasan las capacidades de control directo del entorno y/o quiebran la ley, la sociedad las trata reprimiendo y encerrando a sus hechores. En otros casos se produce una acción «clínica»; se define la situación del transgresor como enfermedad y se le encierra en otro universo de muros y aislamiento, el del hospital o el manicomio. De esto hay extraordinarios análisis en *Historia de la locura*, de Foucault. En la URSS de los sesenta y setenta a los disidentes se los consideraba enfermos y encerraba en una clínica psiquiátrica. En ambos casos el individuo o grupo tratado de esa manera es visto como una enfermedad del cuerpo sano de la sociedad y se califica a dichos seres como «antisociales» o enfermos.

Más tarde puede suscitarse una situación cualitativamente distinta: el número de marginalizados y frustrados crece de manera exponencial y entonces la experiencia privada de rencor y desviación se convierte en asunto público y político, como hemos podido verlo con precisión matemática en el caso del tema mapuche. Ya no es cuestión de un fracaso, pérdida, frustración, descontento o rencor personal sufridos por un agregado de individuos aislados, sino el sentimiento compartido de miembros de un «movimiento», «corriente de opinión», «clase», «etnia» o «secta» luchando por una causa colectiva. Es en este período cuando simultáneamente se produce un fuerte debate y circulación de ideas alternativas, de contravalores, de utopías, de programas. Ha llegado la hora de la sublimación ideológica del descontento. Por eso son centrales en esta fase los intelectuales que no han logrado incorporarse a la institucionalidad.

Crane Brinton

Es el momento de recordar la obra de un especialista en el análisis de procesos revolucionarios y sus protagonistas, el historiador Crane Brinton, autor de *The Anatomy of Revolution*. Crane Brinton nació en Connecticut, 1898, y falleció en Cambridge, Massachusetts, en septiembre de 1968. Su obra más famosa fue precisamente esta, donde hace lo que su título anuncia, una anatomía de lo que pueda haber de regular o «de regla» en las revoluciones. Para eso comparó la inglesa de 1642, la estadounidense de 1776, la francesa de 1789 y la rusa de 1917. Buscó, haciendo esa comparación, las claves que señalan los tiempos que anuncian y/o preparan una convulsión revolucionaria, los mecanismos que la detonan y sus sucesivas fases de desarrollo.

La metáfora que Brinton usó —y muy consciente de que es solo una metáfora— es la de «fiebre». Una revolución es como una fiebre que se inicia con signos aun tan lejanos que ni siquiera son síntomas, sino pródromos. Es una palabra muy poco conocida. En los diccionarios de calidad hallarán la siguiente definición: pródromo = malestar que precede a una enfermedad. Precede, esto es, ni siquiera es un síntoma, el cual ya es la enfermedad revelándose en tal o cual parte del organismo, sino esa sensación previa que todos conocemos, molestia vaga que apenas se insinúa pero aun así nos hace darnos cuenta de que ya no estamos ciento por ciento bien, de que algo nos ha alterado la salud, pero no está claro aún de qué se trata.

Esos pródromos se revelan siempre cuando el *ancièn régime* se aproxima a su fase final. Es el modo como, usando esa expresión francesa que significa «antiguo régimen» y con la cual suele hacerse referencia a la monarquía y a la sociedad tal como era antes de la revolución de 1789, Brinton, generalizando, se la aplica a todos los regímenes que han precedido, en cualquier sociedad y por poco tiempo, un estallido revolucionario. Entre los pródromos que Brinton

señala como indicativos de que algo se viene, mencionó la transferencia de lealtad que practican los intelectuales desde los antiguos valores oficiales a otros contrarios al estado de cosas imperante.

NUNCA, precisa Brinton, sucede que los intelectuales sean muy adeptos al sistema oficial de ideas vigente; más bien es del talante y oficio de los intelectuales el mirarlo con dudas, a menudo con desdén y hasta con repulsión. Pero, agrega Brinton, en tiempos sólidos, «estables», no van más allá de eso. Se quedan en los rechazos individuales, en la reclusión, en el papel de críticos, de rezongantes profesionales que encuentran, aún así, su lugar en la sociedad e incluso en los salones y las academias. Cuando, al contrario, un número sustantivo de ellos no solo hace ostentación de su desprecio por las ideas vigentes, sino que además promueve nociones contrarias, opuestas o siquiera disolventes, hay en eso una clara muestra de descomposición del cemento ideológico y de legitimidad valórica, que es el sustento de todo orden social. La élite misma, agrega Brinton, esto es, los titulares del poder, del privilegio, del dinero, la fama y la notoriedad, empieza a mostrar el mismo descreimiento y a jugar con las ideas de los intelectuales. Literalmente, a jugar con fuego. ¡Los principales lectores de las obras de la llamada Ilustración francesa del siglo XVIII, tremendamente anticlerical y partidaria de la democracia a la americana, eran los nobles! En los salones literarios de la segunda mitad de ese siglo, a los que asistía la élite, no se hablaba de otra cosa. El efecto neto de ese descreimiento se revelaría más tarde, cuando vino el estallido revolucionario, por un rasgo de carácter y comportamiento que Brinton considera típico de una élite que ya no cree en sus valores y por tanto en sí misma, en sus derechos, en su rango, en la justicia de ser lo que son. Ese rasgo es una incapacidad visceral para hacer uso efectivo de la fuerza.

Hay otros pródromos. Brinton señala problemas económicos y/o financieros, aunque no en el sentido de que reine una miseria generalizada, sino de que —¡esto es importante!— llega a desarrollarse una brecha muy grande entre lo que se tiene y a lo que se aspira. Sucede cuando muchos ciudadanos o súbditos del régimen

sienten que no reciben todo lo que se merecen. De ahí que, continúa Brinton, las revoluciones no se producen en sociedades postradas por una pobreza fatal y absoluta, sino en sociedades progresivas que se están desarrollando. Es en sociedades en desarrollo donde, ya cubiertas sus necesidades básicas, la parte más dinámica de la población apunta hacia blancos situados más arriba y se frustra si no los logra; esto a su vez aumenta el natural rencor entre clases y estratos, siempre existente pero normalmente contenido. Y de entre estos grupos que quieren subir y no lo logran, quizás uno de los más importantes —excelente anuncio de que vienen tiempos tempestuosos— sea el de los intelectuales, otra vez los intelectuales, en especial los jóvenes que no han logrado «colocarse», obtener una ración de fama o reconocimiento, cargos y pitutos, aplauso o dinero o ambos; es en este estrato de intelectuales frustrados, entre estos jóvenes condenados a la pura y estéril vida de bohemia intelectual donde se reclutaría parte importante del futuro personal revolucionario.

Esos son algunos de los pródromos que menciona Brinton; si usted los observa en el seno de una sociedad cualquiera, ya puede adivinar que vendrán tiempos revueltos. Y agrego aquí un pródromo que Brinton no menciona: el «síndrome capilar y del vestuario». Es este: un poco antes, cinco años antes, quizá bastante más, en todo caso antes de que los jóvenes comiencen a salir en masa a las calles a manifestarse o a formar parte de grupos contrarios al sistema, algo antes que la juventud se muestre y demuestre ajena y contraria al modelo imperante, comienzan subconscientemente a manifestar su alejamiento mediante signos exteriores, visibles y superficiales pero de cero costo, tales como su vestuario y sus arreglos *de toilette*, en breve, en el despliegue de su postura física. Ese es su primer manifiesto. Por decirlo metafóricamente, los jóvenes primero asumen la fase hippie con el pantalón pata de elefante y luego la del combatiente con el uniforme verde oliva. O en estos días, con la cabeza cubierta con una capucha. Es así porque los seres humanos, sobre todo los jóvenes, no hacen ni casi pueden hacer nada sin un enorme afán por proyectarlo con notorios signos de identidad.

Empoderamiento

Esto nos lleva al empoderamiento, palabra y fenómeno que tiene mucho que ver con lo sucedido en 2011. Crane Brinton nunca la usó porque aún no se inventaba cuando escribió su libro. Sin embargo, en su análisis de las regularidades de los movimientos revolucionarios, tocó un tema que se acerca a lo que el actual término hace referencia. En efecto, Brinton nota que uno de los signos del inicio de un proceso revolucionario —y no simplemente una revuelta— es que, de a poco, los partícipes del movimiento crean sus propios órganos de poder. Brota, dice Brinton, un poder paralelo e improvisado. Y otro signo más: cuando por medio de ese poder paralelo el movimiento amenaza el orden imperante, la élite hace gala de notoria incapacidad para hacer uso de la fuerza y/o hacerlo efectivamente, un notorio disgusto a usarla, cierta vacilación interior, como si no estuviesen convencidos de que fuera legítimo hacerlo. ¿No hemos visto esbozos de todo ello en el movimiento regional que se celebró en Aysén?

La manera como ocurre ese fenómeno de debilitamiento de la voluntad de conservar el orden —podríamos llamar a eso «desempoderamiento»— es muy distinto en una revolución a gran escala, como fue la francesa de 1789, a como se manifiesta en un movimiento como el nuestro, por el momento con solo algunos rasgos revolucionarios. Sin embargo, si en vez de «verdadera revolución» hay un movimiento menor, una revolución de bolsillo, de todos modos se observa cierta renuencia del Estado a hacer uso de la fuerza pública. Un indicio de que un orden social está en verdadera crisis es precisamente que el uso de la fuerza, aun la legal y por lo mismo jurídicamente justificada, la llamada «fuerza pública», parezca excesiva, abusiva, injusta. Es cuando los protagonistas del movimiento, las masas que están en la calle y/o los líderes que la encabezan, aparecen revestidos de una legitimidad tal que los hace casi intocables; son, incluso a ojos de sus oponentes, encarnaciones de alguna forma de progreso, esclarecimiento, de Razón y de Justicia. A

este fenómeno se lo podría llamar «empoderamiento» simbólico.

Empoderamientos hay de muchos sabores. Lo fue crear los Sóviets, como sucedió en la Revolución rusa, suplantando desde el primer momento los engranajes del Estado zarista, pero también lo es, aunque de modo más tenue, plantarse frente a las instituciones con organizaciones ad-hoc y con la sensación de enfrentarse a un adversario debilitado, incapaz o renuente a usar sus recursos de poder, a medias convencido o a medias descreído de sus propias ideas, incómodo con ellas, dudoso, casi vencido de antemano. Otra vez, el caso Aysén.

¿Y quiénes son, qué perfil tienen esos líderes o cabecillas empoderados, según lo veía Brinton? ¿Y cómo se relaciona su análisis con los personajes que hemos visto en Chile en esos años preliminares, durante la Concertación, y con quienes vinieron después, a partir de 2011? De acuerdo con este historiador, los líderes de las revoluciones no son hijos de las clases más bajas. El propio Brinton, en otro libro dedicado a estudiar detalladamente las raíces sociales de los jacobinos, quienes protagonizaron la fase más extrema de la Revolución francesa, descubrió que casi todos eran personas de clase media, en ningún caso proletarios de los barrios más pobres de París. En cuanto a actitudes y posturas, hay un enorme abanico de variedades. Una de esas es la que describió Eric Hoffer en su libro *The True Believer*, donde examina la clase de persona más cercana al cliché del revolucionario totalmente absorbido por sus creencias y dispuesto a mentir, traicionar, matar, engañar, pontificar, seducir, escribir o declamar. Es el portador típico del doble estándar en virtud del cual los crímenes son solo atribuibles al enemigo de la doctrina que predica. Es, en su caso extremo, el fanático inhumano, intratable, inflexible, implacable. Es un Robespierre, un Lenin, un Mao o un amado y genial líder norcoreano. A este tipo polar de la fauna revolucionaria podemos sumar el relativamente moderado —y mucho más abundante—, que no pierde completamente su cable a tierra y está dispuesto a poner límites a sus ideales, transar algunas cosas, negociar otras. Estos son los Mirabeau, quienes muy pronto son desplazados y hasta ejecutados. Y a eso se suma la enorme masa de los temerosos, quienes dicen «sí» a todo por

miedo a convertirse en víctimas de la próxima purga de «elementos contrarrevolucionarios». Eran los miembros de la Convención que los jacobinos llamaban, con desprecio, «el llano».

Brinton pone énfasis en la clase de intelectualidad que suele militar en los rangos secundarios de estos movimientos, clase de la que un tipo como Robespierre o como Marat fueron miembros en plenitud. Es un grupo constituido por intelectuales definitivamente al margen de la institucionalidad imperante y sus recompensas; su membresía —al menos en su mayor parte— consiste en escritores inéditos, poetas anónimos, pintores sin exposiciones, ensayistas sin ensayos, académicos que no han hecho un nombre y/o no tienen cargo, estudiantes de ciencias sociales y humanidades con escasas perspectivas de trabajo, filósofos sin tesis conocida, dramaturgos sin obras puestas en escena y actores sin obra que representar, en fin, toda la inmensa variedad de la intelectualidad que no ha logrado hacerse de posición ninguna, de reconocimiento, fama ni prestigio.

Pero ni las bohemias ni los doctrinarios ni los profesionales de la revolución ni los políticos del día a día ni nadie, en verdad, puede iniciar una revolución o intentar el inicio de una si no hay combustible acumulado listo para encenderse, material inflamable a la espera del fósforo.

En parte ese combustible es el esperable —y convencionalmente citado— stock de agravios e injusticias que se han acumulado en una sociedad y han generado un proporcional fondo de frustración, rencor, resentimiento y rabia. Y como sustrato opera ese descontento basal que ya mencionamos, adhiriéndose a las quejas y agravios del momento y multiplicándolas en amplitud e intensidad. Pero junto a todo eso también es importante el grado de empoderamiento que una población ya ha adquirido y el poder adicional que desea sumar. Una revolución no parte del vacío, sino de un trampolín o al menos desde un punto de apoyo.

Uno de los primeros en examinar el fenómeno de la adquisición de poder dentro del sistema por parte de sectores ajenos a la élite fue el filósofo y ensayista José Ortega y Gasset. Lo hizo en una obra llamada *La rebelión de las masas* (*Revista de Occidente,* en 1931), en la que describió la irrupción de aquellas al escenario de la política y la cultura y el modo como transformaron ambos ámbitos.

Siendo hombre de instintos aristocráticos en el sentido intelectual y cultural del término, Ortega y Gasset no pudo reprimir su desprecio y desdén infinito ante la inundación de vulgaridad que dicha «rebelión de las masas» implicaba, la distorsión flagrante de las escalas de valores, la sustitución de las jerarquías acerca de lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, por los gustos primitivos y bastardos de los «filisteos».

El villano de Ortega y Gasset era lo que llamaba «el hombre masa», a quien describió del siguiente modo:

> … Delante de una sola persona podemos saber si es masa o no. Masa es todo aquel que no se valora a sí mismo —en bien o en mal— por razones especiales, sino que se siente «como todo el mundo», y, sin embargo, no se angustia, se siente a salvo al saberse idéntico a los demás…

A juicio de Ortega y Gasset, el hombre-masa hace valer sus deseos vitales sin restricciones porque se siente dotado de derechos inalienables y absolutos para hacerlo, mientras simultáneamente no reconoce lo que ha hecho posible tanto su propia existencia como la de esos derechos, a saber, la obra de los tipos superiores —superiores al hombre masa— que en las ciencias, las artes y todos los demás emprendimientos permitieron que él viviera en un medio civilizado. Al hombre-masa solo le preocupa su bienestar y al mismo tiempo le importan poco las causas de ese bienestar. Toma lo que lo rodea como si fuesen frutas colgando de un árbol. Es la psicología del niño mimado. El hombre-masa es el niño mimado o mal criado de la historia.

Cabe preguntarse cómo se hubiera sentido Ortega y Gasset de vivir hoy, cuando dicha masa no solo ha irrumpido al escenario de la historia en el rol de ruidosas y notorias comparsas, sino que se ha apoderado de muchos de los papeles protagónicos. Hasta la década de los treinta aún subsistían, en prácticamente todas las sociedades, élites que, si bien ya acosadas y amenazadas en la esfera política —piénsese en la llegada del fascismo y el comunismo— aún controlaban la producción y consumo de cultura, incluyendo la que comenzaba a confeccionarse en escala industrial —el cine hollywoodense— para consumo del público de masas. Aun esta última clase de producción, puramente comercial, tenía de vez en cuando ciertas pretensiones de calidad, de valores, de jerarquías. Eso ha terminado. El gusto del público masivo ES la ley y no admite ni las más mínimas concesiones al buen gusto. De hecho, no hay ya buen o mal gusto, sino mercados que ofrecen renta o que no lo hacen. No hay obstáculo estilístico o artístico que ponga freno. Es más, la invasión masiva y triunfal de ese producto lucrativo ha entrañado el desmoronamiento de las jerarquías; no se trata de que «lo popular» coexista junto a lo elevado y superior, sino que ya no se tolera siquiera la idea de la existencia de

algo superior.

Ese es el lado desagradable de dicha irrupción. Al «invadir» el escenario, las masas lo hacen con sus conocimientos y sentimientos, prejuicios e idiotismos, costumbres e inercias mentales, todo lo cual ni huele ni se ve bien desde la vereda de las élites. Peor aún: estas personas, quienes han llegado para echar abajo la puerta de la torre de marfil, no solo tienen ideas y gustos promedio en el sentido estadístico del término, sino que además los elevan a la condición de principios. Es la razón por la cual Ortega y Gasset describió el fenómeno como una «rebelión» y no simplemente una llegada; estas masas no solo creen lo que creen, sino que imponen dicha creencia o gusto en calidad de dogma y demuelen las jerarquías que las evaluaban como erróneas o vulgares.

La otra cara

Pero hay otra faceta de esta irrupción, una cuyo valor es menos claro, un ángulo más difuso y ambiguo en su significado, uno tal vez digno y honorable. Porque, después de todo, ¿acaso no es esa masa anónima, sin voz ni voto durante casi toda la historia humana, la que ha hecho posible la existencia de la torre de marfil donde moran los exquisitos? Hablamos de los artesanos, labradores, soldados, tejedores, marineros, pastores, obreros, profesores, pintores de brocha gorda, ebanistas, carpinteros o constructores, en fin, de las incontables variedades de vidas humildes que han edificado y mantenido el mundo, el escenario arriba del cual las élites se han disputado la primacía y los recursos. Esas humildes personas aparecen poco en los libros de historia. En las películas son solo los «miles de extras en acción».

Pues bien, estas gentes humildes se han cansado, en estos días, de representar únicamente ese invisible papel. Se hastiaron de ser usados como carne de cañón para las guerras y conquistas de otros y ya no les parece buena idea entregar todos los frutos de su trabajo para el goce y lujo de una clase privilegiada. Es como si cada uno de ellos hubiera mirado hacia sus espaldas y evaluado la vida que tuvieron sus padres, abuelos, bisabuelos, tatarabuelos y así sucesivamente en una cadena que se pierde en un inmenso abismo de tiempo. Y entonces, a la vista de sus sufrimientos, desazones, de sus desgracias y tragedias, del modo como fueron tratados desde el primer hasta el último día de sus vidas, siempre usados por otros, abusados, manipulados, engañados, explotados y asesinados, enviados a horribles carnicerías y condenados a toda clase de pesares, a la vista o imaginación de todo eso, repito, estos hombres-masa a los que tanto despreciaba Ortega y Gasset dijeron «hasta aquí nada más llegamos, no nos basta ya con que nos dejen cantar nuestras canciones terminada la jornada en los algodonares y contar nuestras historias junto al fuego y disfrutar cuando podemos las menudencias de la vida, no nos basta que nos dejen en paz cuando no nos necesitan, que de tanto en tanto nos

adulen y arenguen, nos convoquen a la plaza pública y nos prometan, nos reúnan en sus templos para ofrecernos un premio en la otra vida, no nos basta…».

No les basta. De eso, en gran parte, trata la historia mundial de los últimos años. ¿O decenios? Si examinamos el proceso con cuidado, tal vez encontremos, como afirmaba alguien, que esto comenzó —si bien solo parcialmente, de manera muy local— hace ya unos siglos, quizá cuatro o cinco. Quizás empezó con la reforma de Lutero. La gente, a partir de cierto momento imperceptible, comenzó a NO aceptar cualquier cosa. Al principio fueron solo unos pocos y sobre apenas algunos asuntos. Normalmente se redujo a temas religiosos, pues esa gente quería tener libertad para creer en un Ser Supremo tal como lo concebían y luego adorarlo como quisieran. De esa aspiración brotaron horribles conflictos internos y guerras salvajes en la Europa del siglo XVI y siguiente. Gran parte de la historia posterior del planeta brotó de dicho punto de partida y sin embargo…

… Sin embargo el mundo sigue siendo propiedad privada de las élites. ¿Por qué? Aquí sale del cuadro Ortega y Gasset y entra a la cancha J.M. Roberts.

J.M. Roberts es —era, pues ha fallecido— un historiador de gran calado. Su especialidad fue la historia en general, perdonen la paradoja. Nada de estudiar las vicisitudes del sacacorchos entre el siglo XVII y XVIII o tal cual Estado nacional entre este o ese siglo o acaso la historia de las costumbres de los tejedores lombardos durante el régimen del duque Perico de los Palotes; el sujeto histórico de Roberts siempre es extenso, omnímodo; o la historia de toda Europa o más aún, la de todo el mundo. No quedan ya historiadores de esa laya y calibre, salvo los amanuenses que humildemente escriben textos escolares o de divulgación y sin ninguna pretensión académica. Roberts es quizás el último historiador de gran calibre dedicado a la HISTORIA con mayúsculas. Su último libro, *History of the World*, es un clásico del género.

Es en esta obra donde aparece y se usa un concepto muy importante, la «inercia histórica». Lo que Roberts dice al respecto —y lo dice a propósito de los cientos de profecías que se hicieron acerca

de «cómo cambiaría el mundo» luego del atentado a las Torres Gemelas— es bastante obvio una vez que se lee, y es lo siguiente: los sistemas e instituciones sociales son de gran calado y no cambian de un día para otro y lo mismo ocurre con las costumbres y valores; por lo tanto, vean qué simple, NUNCA un cambio mayor sucede rápidamente AUN si hay una revolución política y una entera élite ha sido arrojada al cadalso; aun así, asentada la polvareda y acallado el estruendo, suele descubrirse que gran parte de lo que antes había, sobrevive y persevera. Es resultado de una inercia fundada en el peso de las costumbres, la pereza, la dificultad de cambiar grandes masas legales e institucionales, mil obstáculos, la actitud tan humana del «dejémoslo para mañana», los prejuicios y, por último, la resistencia porfiada de los intereses atornillada con el statu quo.

Y de ahí el siguiente, evidente resultado, totalmente a la vista de quienquiera eche una mirada a un libro de historia: la lentitud del progreso, si entendemos por esto último cambios que mejoren la condición humana en general. Es notorio que entre la elucubración de una nueva y mejor, más justa, eficiente y productiva idea acerca de cómo vivir en sociedad y su materialización siempre pasan décadas, a veces siglos. La nueva tecnología puede ser más rápida en su aplicación, pero aun esta se topa con innumerables obstáculos; siempre hay intereses creados asociados a la antigua forma de hacer las cosas. ¡Mucho más difícil aun cambiar modos de mirar el mundo, costumbres, valores!

De ahí entonces la enorme lentitud con que también ha procedido la rebelión del llamado hombre-masa en el ámbito del poder, los derechos y la justicia. Ha avanzado, pero solo a paso de tortuga y a lo largo de incontables luchas: derechos a voto primero limitados por sexo e ingreso, derechos sindicales, constituciones, habeas corpus, tribunales independientes, la misma ley para todos, etc. La historia romana es desde el principio una historia de enfrentamientos entre pobres y ricos, de patricios contra la plebe, de provinciales contra romanos. Es, este progreso, tarea larga y lenta y son rápidos y bruscos los retrocesos o recaídas. Pueden ser y han sido aplastados de un día para otro. Y a lo largo de casi toda la historia humana no ha habido,

además, ninguna sincronía en este asunto; lo que ganaban los ciudadanos de Roma podía no existir ni en sueños en una sociedad tribal de otro rincón del mundo y los derechos de la Carta Magna inglesa eran impensables en China y quizá todavía lo son. Es solo ahora que el mundo es en gran parte —pero no totalmente— una unidad y además una unidad que se ve a sí misma, que se contempla como tal, donde lo que buscan y aspiran los de este rincón es conocido y afecta a otros ubicados en las antípodas.

Pero atención: esta línea de pensamiento, que tácitamente asume estos procesos como parte de una épica batalla entre el Bien y el Mal, la Justicia y la Injusticia, Igualdad contra Desigualdad, Hombre Común versus despiadados miembros de la élite, no es toda la historia, quizá solo la mitad de ella. Verlo como si fuera TODA la historia es el estilo de la mirada «progresista», tan vieja como la historia misma, expresada una y otra vez en mil versiones distintas pero que siempre la concibe como un difícil ascenso desde la oscuridad a la luz. En dicho tránsito y en dicha visión la gente común y corriente juega el papel de los anónimos héroes que contra mil obstáculos van venciendo poco a poco el egoísmo, la injusticia, la violencia y lo demás.

Sin embargo, hay otra parte en este largo cuento de luchas y conquistas, una bastante menos luminosa, pero no es este lado sombrío el que tocaremos enseguida, sino que volveremos a nuestro país y a los resortes que desataron la revuelta de 2011 y siguientes.

Lava a la chilena

Debiera resultar obvio, entonces, que la lava surgida a borbotones en el movido 2011 tiene un origen mucho más profundo que las convocatorias y pretensiones estudiantiles iniciales. Las convocatorias llaman, no crean. Y tal como ocurre en un individuo, cuyos actos no responden simplemente a sus racionalizaciones y verbalizaciones, sino a pulsiones internas a menudo inconscientes y no siempre atractivas y saludables, así también el talante del movimiento adquirió su combustible de un descontento cuyas causas son la entera estructura e historia del país y de ese fondo recóndito, de ese malestar básico que ya hemos examinado y fundado en nuestra imposibilidad de lograr completamente lo que ambicionamos debido a nuestra debilidad absoluta y/o relativa en comparación con el poder, fuerza y talento ajenos. Esto último, este malestar básico, irremediable, mora en el más insondable de los sótanos de nuestra psiquis. Aquí nos limitaremos a echarle un vistazo a lo más inmediato, a ese primer sótano —en orden descendente— que es la sociedad y su historia.

Dicho sea de paso, no deja de ser significativo que esa lava furibunda recibiera en España un bautizo especial, inédito. Se habló de indignación y se calificó como «indignados» a quienes salieron a protestar. El uso del vocablo señaló un hecho nuevo: esa masa no era calificable y no podía nombrarse —como en otros tiempos— por la doctrina, el petitorio, demanda o ideario que enarbolaba, sino por la indignación misma, por el contenido emocional, por su estado de ánimo. En casi toda masa que protesta siempre ha habido una dosis de enojo y/o malestar, a veces salvaje, pero lo esencial de su identidad es o era aquello por lo cual protestaban. A un movimiento se lo calificaba conforme a eso. El hecho de que sus miembros estuvieran enojados o entusiasmados era accesorio.

La explicación de este rebautizo es simple: no hay un referente universal, una alternativa que pueda plantearse en un nivel ideológico y/o político, no hay una doctrina, petitorio, demanda o ideario que

pueda prestar su nombre e identidad. No hay una «construcción del socialismo» que pueda enarbolarse como alternativa. No hay una propuesta que canalice el malestar y lo transmute en esperanza y en la ilusión de un mundo mejor; no hay salvación, Tierra prometida, un Cielo al alcance de todas las almas, un horizonte hacia el cual avanzar, una utopía por construir. No hay nada salvo la molestia, incomodidad, rencor, rabia, la sensación de ser víctima de abusos e injusticias. Y por tanto, para darle nombre, no queda sino eso, la rabia…

Volviendo a Chile, hay aquí amplias razones para los sentimientos de malestar, de ira incluso. En un libro en dos volúmenes publicado por Felipe Portales, de esto hace ya unos años, se examina la historia de Chile casi exclusivamente desde el ángulo de la inequidad, del abuso y la injusticia, la manipulación y la violencia inferidas por la élite al pueblo llano. El libro se titula *Los mitos de la democracia chilena* y su lectura es recomendable porque, sesgada y todo como la mirada de Portales pueda calificarse, es precisamente por ese sesgo que ilumina con fuerza dramática un modo de ser de la nación que la ha marcado desde el origen mismo, desde la llegada de los conquistadores y de la sociedad que fundaron.

Los orígenes son siempre esenciales. Ahí está el ADN del cual todo lo demás emerge, no importa cuán alejado pueda parecer de dicho principio; el origen es el «fundamento». Y dicho fundamento aparece revelado en cada paso de nuestra historia «republicana». Es una historia de desigualdad brutal, abuso y hasta matanzas. Tal ha sido el carácter de la relación de la élite con el resto de la población. Se comprende entonces que la historia de nuestro país, desde el comienzo hasta el presente, es la historia del dominio de una clase sobre otra, de un estrato sobre el resto y de todos los mecanismos legales, estatales y culturales que han sido usados para dicho propósito. Eso no es TODA la historia de Chile, pero es GRAN parte de la historia de Chile. En muchos sentidos la nación sigue siendo un fundo decimonónico manejado por una casta de patrones en el estilo *Gran señor y rajadiablos*, que noveló Eduardo Barrios con ese título.

Es verdad que en las décadas que fueron sucediéndose, en especial en el siglo XX, ese esquema se fue haciendo más complejo y por lo mismo un poco menos visible; llegaron otras etnias con su cultura y costumbres, se desarrollaron nuevas actividades industriales y de servicios, creció la educación pública, hizo su aparición una creciente clase media, se poblaron más y más las ciudades, cobraron fuerza las

organizaciones gremiales y los sindicatos, la mujer ingresó —un poco — al mundo del trabajo, hicieron acto de presencia movimientos y partidos de izquierda, llegaron nuevas tecnologías de comunicación, se difundió la radio, la TV y mil cosas más que transformaron vigorosamente el país, pero AUN ASÍ, pese a eso, los rasgos básicos no desaparecieron. Todavía hoy, siglo XXI, Chile es en esencia propiedad de una élite que controla casi ciento por ciento la economía. Su dominio político, es cierto, no es el de antes; gobierna ahora por interpósitas personas, incluyendo en el cuadro de los interpuestos a la Concertación y sus veinte años de gobernar «en la medida de lo posible», medida que siempre coincidía con las necesidades de las élites. Tampoco domina del todo, como otrora, la vida cultural y comunicacional del país. Aun en los propios medios de prensa que posee se tropieza con el hecho de que en el día a día están manejados por una abrumadora mayoría de periodistas jóvenes con tendencias hacia la izquierda o a lo que llaman progresismo. Está claro que la élite no las tiene todas consigo, pero aún controla el nervio motor de toda sociedad, cual es la producción y distribución de la riqueza material. Aún se queda con la parte del león. Aún impone a la ciudadanía su estructura de empresas y negocios monopólicos o cuasimonopólicos, sus políticas de precios, sus políticas salariales, sus abusos laborales, sus letras chicas. Aún hace eso, pero lo hace en condiciones muy distintas y ese es el quid del problema: usted no puede ser groseramente abusivo con gente que ya no acepta, tolera ni legitima su superioridad social. El esqueleto de la opresión y el abuso, antes recubierto de carne, órganos, bálsamos y justificaciones, ha quedado al desnudo. ¿No es eso ya suficiente causa para una explosión de rencor, por razones actuales y por las pasadas, por todo lo que no se cobró antes? ¿No basta para que haya un deseo irresistible de pasar todas las facturas?

Modelo «correcto»

Nada de lo dicho es novedoso. No solo es un mecanismo muy bien explicado por Felipe Portales, sino también por otros historiadores y ensayistas de izquierda, de centro y hasta de derecha, si bien estos últimos lo han hecho con palabras más delicadas. Es un modelo de análisis que se ha estado usando abundantemente desde hace al menos doscientos años y hoy se hace con mucho énfasis porque no perturba el discurso moral y políticamente correcto, que tiene una irresistible tendencia a acentuar la explicación sociologista y desdeñar cualquiera otra que parezca indirectamente prestarle legitimidad a la desigualdad. Muy profundamente late la convicción moral de que las desigualdades tienen COMPLETAMENTE su origen en la acción de artefactos de poder que algunos, los opresores, usan contra otros, los oprimidos. De acuerdo con esa visión, las desigualdades serían intrínsecamente injustas porque no tendrían otra base que un acto de fuerza y abuso, posteriormente preservado por el orden social nacido de ese pecado original. Las diferencias en atributos tales como inteligencia, voluntad, fuerza, salud, belleza, resistencia, en fin, las capacidades individuales, son, para esa mirada, irrelevantes. Es casi un deber académico negarle protagonismo a toda explicación que NO tenga un origen social. Hablar o sugerir que otras jueguen un papel se considera «racista». Es tema tabú.

Oleadas o maremotos

Como sea, tanto por las condiciones sociales en que nos hallamos desde que nacemos como por los poderes mayores o menores que la naturaleza ha dado a nuestra mente y a nuestro cuerpo, casi siempre inferiores a lo que desearíamos y menores a las de otros que nos superan, por todo eso, insistimos, nunca estamos libres de la ansiedad y de la angustia por el futuro, como tampoco de sentir resentimiento o rencor hacia los individuos o grupos que representan, para nosotros, ese mundo enemigo y odioso que nos pisotea o al menos nos posterga. Por lo mismo, nunca ha existido una sociedad donde no hayan masivos componentes de conflicto y rabia, ya sea en forma abierta o escondida. Es más, tan enorme suele ser la cuantía de las frustraciones acumuladas que resulta increíble cómo los equilibrios y órdenes sociales puedan durar siquiera un minuto sin desplomarse estrepitosamente. Debemos, entonces, invertir la óptica: no es el equilibrio y la paz la condición habitual de la especie humana y solo rota de vez en cuando, sino al contrario, es el conflicto lo sustantivo, «roto» de vez en cuando por la paz; de lo que debemos sorprendernos, entonces, es de que haya fases de paz y estabilidad. Aun en la más simple de las sociedades, en la más cercana a un modelo utópico de perfección, ese reposado presente oculta a medias fuertes potenciales de conflicto.

La «paz social», entonces, no es un estado sólido asaltado solo de tanto en tanto por estremecimientos, revueltas y furores; al contrario, es solo la prolongación de una relativa tregua en medio de un estado larvado o abierto de conflicto, tregua nacida no del fin sino del agotamiento emocional del conflicto y/o por la inercia de la costumbre, la flojera de las fuerzas humanas, el impacto adormecedor de las rutinas, el peso de la ley y la policía, de la resignación y el adormecimiento que traen los años. Terriblemente equivocado estaría quien pensara que, al contrario, esa paz obedece a un estado de satisfacción. Tan equivocada percepción solo es posible si creemos que

es lo mismo el «contentamiento» y la «resignación», la felicidad y la fuerza de la costumbre.

Por esa razón, basta que se produzcan ciertas condiciones y coyunturas y de inmediato observaremos una súbita y furiosa salida de madre de ese caldeado río subterráneo repleto de furor, así como de sus eternos acompañantes, la envidia y el deseo de venganza. Es un abundante caudal de frustraciones y rencores, de resentimientos acumulados, el mal humor de todos quienes sienten haber sido engañados, despojados, humillados y postergados, así como el rencor de los pisoteados, de los que fracasaron, de los débiles e incapaces o de los hijos y de los nietos y tataranietos de quienes lo fueron y legaron bíblicamente su carga a sus descendientes.

Solo por momentos, siempre tan escasos y brillantes que solemos recordarlos toda la vida, los seres humanos nos sentimos libres de esa carga. Ese paraíso perdido suele ser la infancia, de la que normalmente apenas podemos fijar media docena de memorias. Es el paraje donde hemos disfrutado ese don porque es allí donde menos hemos sido presa de la ambición y el deseo. Sin embargo, aun de adultos no siempre estamos en ánimo de vendetta porque no siempre estamos midiendo nuestros logros con los del vecino. Disfrutamos, en contadas ocasiones, de paz y hasta contentamiento. Es condición fugaz y pronto el resentimiento hace su reaparición o en subsidio aparece ese sombrío caballero que es el aburrimiento. Por una u otra razón, entonces, somos víctimas de una recurrente incapacidad para vivir tranquilos. Por eso la literatura filosófica y religiosa de todos los tiempos, ya lo hemos señalado, ha sido unánime en evaluar la vida humana como miserable y muy necesitada de salvación. De tal destino no se escapan ni siquiera los «exitosos», quienes lo son solo a los ojos del prójimo, no ante los propios; por lo logrado solemos tener poca estima y mucho nos desalienta lo que no pudimos conseguir.

De ahí que aun en las sociedades aparentemente mas tranquilas, esas en las que no vuela ni una mosca ni se mueve una hoja, aun así y sobre la pura base existencial de la condición humana, de su incomodidad y de las frustraciones derivadas de sus limitaciones y de la desigualdad de dichas limitaciones —algunos son menos limitados

que nosotros—, puede detectarse bajo la superficie una reserva de animosidad que no hace sino acumularse hasta alcanzar tarde o temprano el punto de ebullición. Por eso la tranquilidad de una época es más una ilusión óptica que una palpable realidad. Solo visto desde la costa y a la distancia el mar puede parecer una superficie tersa, una «taza de leche». El pasado ofrece la misma ilusión. Salvo que miremos sus episodios más desaforados, el resto aparece engañosamente en reposo. Es como un álbum familiar, donde los fotografiados, tan sonrientes, unidos en el instante de la foto, proyectan una imagen que en su inmovilidad y artificialidad no refleja en absoluto lo que era el auténtico ritmo de sus vidas, las querellas que los enfrentaban, sus desacuerdos y conflictos. Sobre el terreno de la condición humana es donde se establecen los cimientos de la desigualdad y de las iniquidades adicionales que agregan los abusos, la explotación y las diferencias odiosas e injustificadas del orden social.

Por eso la pregunta es, en cada ocasión, la siguiente: por qué el 2011 —o cualquier otra fecha famosa por sus sacudidas— estallaron o se salieron de madre esos flujos ardientes y no antes, por qué la fase de «paz» hasta entonces carcomida solo en sus bordes cedió su lugar a la gran agitación que experimentamos y no antes. O viéndolo de otro modo: por qué los pesares y desazones y agravios particulares de personas o grupos aislados entraron en sincronía unos con otros en tal fecha y año y entonces, multiplicándose entre sí, generaron un escenario de gran conflicto y revuelta, la «tormenta perfecta»…

Coyunturas

Sobre el tema de las circunstancias que precipitan una crisis y quizás hasta una revolución hay una abundante literatura teórica y «práctica». Al momento crucial que detona o no una revolución según cómo se aproveche, Lenin lo llamaba la «coyuntura». Lenin fue en muchos sentido el mejor o más exitoso tratadista y tecnólogo acerca de tácticas revolucionarias, así como Machiavelli lo fue en cuanto a sugerirle a las élites medios para mantenerse en el poder. En su manual para revolucionarios profesionales —*¿Qué hacer*?— Lenin hacía ver que no bastan las «condiciones generales», sino que era preciso, como chispa o catalítico, hacer uso de un momento y oportunidad a menudo única.

¿Y cuán fuerte se hace una revuelta, cuán preñada de consecuencias o inconsecuencias, cuán destructiva o constructiva? Todo depende del volumen de problemas acumulados y sin resolver, del muro de firmeza o debilidad con que se enfrente a los «indignados» de turno, de si hay o no una convocatoria maciza, de si es radical o superficial, atractiva o no, y de la naturaleza de los agravios que se reclaman.

Pero ya sean simples algaradas, estallidos sociales que no llevan a ninguna parte o una revolución a todo trapo, no hay sociedad que no conozca la llegada de estos períodos convulsos. Del extremo de paz social a un período revolucionario se alarga un ciclo irregular por la duración de sus «ondas» y la intensidad de sus «picos». El ciclo que alterna paz con agitación no siempre recorre el mismo período ni alcanza las mismas intensidades; hay oleadas, marejadas, rara vez un tsunami. La mayor parte de las veces la fase de agitación se resuelve en un estallido menor que se apaga pronto. O es grande y brutal pero sin consecuencias de largo plazo, como cuando, de tanto en vez, los labriegos franceses de la Edad Media, hastiados de sus opresivos amos y de sus escandalosos abusos, los atacaban y mataban, quemaban los registros patronales de sus deudas y obligaciones, ponían fuego al castillo, destruían todo lo que se interponía en su camino y así se

desfogaban por varios días o semanas. Es lo que se llamaban las *jackeries*. Así pasaban las cosas hasta que el resto de Sus Señorías acudía desde otros lugares del reino y ponían término a la fiesta con la caballería pesada. O puede producirse una temporada de fuertes protestas bajo una vestimenta secular o religiosa por, a veces, los más nimios motivos. O sobrevenir una revolución que derriba el orden existente y desplaza a la vieja élite por otra nueva.

En ocasiones el proceso adquiere tal envergadura que marca una época entera. Es cuando el malestar básico de la condición humana, que sordamente nos predispone a cobrarnos alguna venganza del mundo, es multiplicado hasta un grado intolerable por los agravios, injusticias, desigualdades y abusos infligidos por el orden social donde vivimos. Y entonces dichos males ya no se toleran, la rabia primordial se enyunta con ellos, el fenómeno involucra un número sustantivo de gente, las muchedumbres ganan la calle, enseguida protestan, luego se enardecen, finalmente van a un asalto decidido y por la fuerza contra el régimen que no ha sido capaz de resolver los problemas y/o su manera de hacerlo ha perdido, en un largo proceso, su legitimidad. En esta etapa todas las furias se desatan.

El estallido siempre es inesperado. Lo es a pesar de la evidencia de las nubes que han estado acumulándose en el horizonte, a veces por muchos años. El asombro es aumentado por el hecho de que la explosión muchas veces es originada por un incidente menor, como sucedió con el caso del vendedor callejero en Túnez. El incidente, la chispa, la ocasión, siempre parece total y completamente accidental y por eso pasma a quienes ven la velocidad con que el fenómeno cobra amplitud y fuerza.

Las expresiones de mayor calado de este fenómeno, esas que ocupan capítulos enteros de los libros de historia, suelen coincidir con momentos cuando el orden imperante ha acumulado una enorme —aunque gran parte del tiempo invisible— carga de rencores. Entonces basta una chispa insignificante para inflamarlo todo en una grande y operática escala.

Zalagardas históricas

¿Es de esa clase la zalagarda que tuvimos el 2011 en Chile? Responder será más fácil si examinamos algunas oleadas de gran calibre que el mundo ha conocido. Una de ellas ocurrió en Europa entre 1830 y 1848, cuando en casi todas las capitales europeas parte de la población, una minoría sustancial y muy vociferante, se manifestó en protesta contra los regímenes monárquicos. En algunas de esas capitales adquirió la forma de lucha armada contra el régimen, como sucedió en París, en 1830, donde causó la caída de Carlos X y su sustitución por Felipe de Orleans, quien se revistió del hábito de monarca reformista. Y en 1848 ese mismo Luis Felipe debió jubilarse dejando espacio para la llamada Segunda República. La oleada revolucionaria acabó en buena parte con la Europa de la Restauración creada en el Congreso de Viena de 1814-1815. Las agendas eran liberales y nacionalistas y se difundieron por prácticamente toda Europa central (Alemania, Austria, Hungría) y por Italia. En esa oleada fue importante la disponibilidad de nuevos medios de comunicación, como el telégrafo y el ferrocarril.

Ese tsunami, pese a su amplitud y violencia, tuvo poco éxito inmediato. Todas las revueltas fueron reprimidas o reconducidas a situaciones políticas conservadoras, como sucedió de manera disfrazada en Francia, donde la deposición de Luis Felipe abrió paso a una República de corte burgués que duraría, por lo demás, muy poco. Su historia en miniatura y las fuerzas que la derrumbaron están magistralmente expuestas en *El 18 brumario de Luis Napoleón Bonaparte*, de Karl Marx. En otras partes el movimiento fue reprimido sin más trámite, pero aun así quedó en claro una cosa: la imposibilidad de mantener intacto el Antiguo Régimen.

¿Por qué en ese momento y no en otro se produjo esa enorme ola de repudio a la monarquía, régimen que duraba por los siglos de los siglos amén? ¿No había habido, durante ese interminable período, gran pobreza, injusticias, hambrunas, masacres, atropellos,

indignidades? ¿Y además no alentaba en el corazón de los súbditos de esas interminables monarquías todo el malestar y amargura propio de nuestra naturaleza, ese fondo inevitable presente en toda circunstancia y del cual ya hemos hablado? Todo eso existía y por eso hubo revueltas campesinas, terribles guerras religiosas —esto es, guerras donde los furores se envolvieron en textos de catecismo cristiano de una u otra versión—, rebeliones de comarcas y ciudades, un enorme bandidaje, pogromos, etc. Pero las de 1830 en adelante fueron más radicales, no meros estertores de rabia. ¿Y por qué? ¿Cuál era la diferencia?

Simple y obvia: para esas fechas los sostenes ideológicos de la monarquía, la idea de ser un régimen de «derecho divino» cuyo monarca era un hombre escogido por Dios, ya no tenía peso suficiente. La imprenta de tipos móviles, inventada y desarrollada a partir de mitad del siglo XV (1440 aproximadamente, Johannes Gutenberg) multiplicó por cien o por mil la capacidad de difusión del pensamiento disidente asociado al movimiento de reforma protestante, dio vuelo a la filosofía crítica del llamado «siglo de las Luces», erosionó de mil maneras los dogmas de la iglesia y del régimen político y mientras esto sucedía en la esfera de las ideas, las transformaciones de la economía y del entero paisaje social demolían uno a uno los presupuestos del sistema de economía y sociedad agrarias del que la monarquía era, literalmente, su coronación. En 1820 y siguientes la revolución industrial lo cambiaba ya todo y en especial creaba el gran escenario que hace posible los estallidos sociales más fuertes, más radicales, como de sobra lo sabemos hoy: el paisaje urbano.

Ciudades y revueltas

No se requieren las dotes de un observador genial ni un posgrado en sociología urbana para percatarse que tanto en el presente como en el pasado la agitación social está en mayor grado asociada a las ciudades, al espacio físico donde se concentran los centros de poder, los templos o símbolos de autoridad y masas de personas apiñadas en condiciones que hacen posible una rápida comunicación y reunión, una acción conjunta y blancos simbólicos a la mano para atacar. Las rebeliones campesinas han existido, pero aun en esos casos los involucrados necesitaron reunirse en un sitio y atacar lugares determinados. Una revuelta de gente dispersa y sin un objetivo común asociado a una localidad específica es inconcebible.

En 1820 y siguientes el paisaje social en Europa era inmensamente distinto al que había prevalecido durante siglos. Quien quiera enterarse de los detalles y de cómo eso preparó los movimientos nacionalistas y liberales de la primera mitad del siglo XIX debe leer *La era de las revoluciones*, de Eric Hobsbawm. Baste aquí decir que las masas fabriles que comenzaban a repletar las ciudades, las emergentes clases medias formadas por pequeños comerciantes o empleados de la corona, artesanos y operarios calificados, etc., no eran ya el material humano adecuado para ajustarse con la debida humildad, obediencia y paciencia al gobierno de las cabezas coronadas. Bajo la superficie, pero a menudo también muy a la vista, el clima ideológico preparado por ya tres o cuatro siglos de imprentas inundando Europa con el pensamiento de *les philosophes* había erosionado enormemente las actitudes y dogmas que legitimaban el sistema imperante. Esos ciudadanos urbanos, lejos de la tierra y de su condición de labradores, de las tradiciones que los subyugaban al estado de cosas vigente, sometidos a las nuevas disciplinas fabriles y del comercio, a los ritmos de la ciudad, a la prensa que pululaba con cientos de publicaciones, alfabetos en una proporción bajísima para nuestros actuales estándares, pero altísima en comparación con el pasado feudal, no era

lo que se precisaba para sostener el edificio de la monarquía. Y habían muchos otros factores: una acrecentada y en ocasiones exaltada percepción de la existencia y valor de «la nación» como entidad cultural, idiomática y racial, la sensación de que la esencia del vivir en conjunto era el ser parte de una comunidad política voluntaria y no miembros de un reino, no como súbditos de una dinastía propietaria del suelo y del cielo, como si fuese una propiedad inmobiliaria.

Todas esas cosas, las cuales se habían estado acumulando por decenios, llegaron a un punto crítico en esos años del siglo XIX, los posteriores a las guerras napoleónicas que desquiciaron Europa y aceleraron la demolición del antiguo régimen. Y llegaron a su punto de hervor en esas nuevas ciudades basadas en la artesanía, la industria y el comercio, y no ya en la agricultura en la que habían reposado las monarquías. La ciudad hace posible estrechos contactos, interacciones frecuentes e intensas, ofrece ciertos grados de anonimato, un cierto escondite a la mirada del poder; el ciudadano no enfrenta, como el campesino, la mirada personal del amo, del señor feudal, sino la mirada lejana y abstracta de la policía y la ley. En la ciudad la masa se congrega con facilidad, el poder social se convoca al instante, con una fuerza a veces aplastante. Es lo que enfrentaron las monarquías europeas en esos revueltos años. Y puesto que en todas ellas alentaban parecidas condiciones y ya había medios de comunicación suficientemente veloces, la agitación fue casi simultánea y vasta en su extensión, haciendo posible que Hobsbawm, muchos años después, hablara de la «era de las revoluciones». Y esas revoluciones, esa emergencia de nuevos sentimientos y nuevos repudios necesariamente involucró toda clase de diferentes ideas y valores; no solo se trataba de reemplazar a la monarquía por repúblicas, sino de erradicar la noción de súbdito por la de ciudadano, de habitante de una comarca a miembro y parte de un *Volk* o pueblo, de usuario inconsciente de un lenguaje a partidario y promotor de una lengua y cultura nacionales; las demandas y aspiraciones fueron muchas, mezcladas unas con otras y agregadas al fondo irredimible de fastidio causado por generaciones de opresión y malestar. En resumen, dichos movimientos repletos de elementos nacionales, liberales y culturales movilizaron una enorme

suma de presiones que no podían ser adecuadamente procesadas por el sistema tal como era; en otras palabras, dicha «era de revoluciones» marcó el momento histórico, al menos para Europa y su civilización, cuando diversas tensiones latentes o ya presentes se unen y actúan de consuno y prueban la necesidad de un nuevo orden.

Y las ciudades fueron el escenario de ese proceso.

El caso de las revoluciones nacionales y liberales europeas de 1820, 1830, 1848 y la interminable lucha de los patriotas —Garibaldi y otros— por crear una Italia nacional bajo la forma de una República o siquiera de un reino unitario, reemplazando así los pedazos sueltos pertenecientes a reinos locales y/o al imperio austrohúngaro, podría describirse, siguiendo con las metáforas marinas, como una tormenta perfecta. Toda suerte de tensiones acumuladas a lo largo de décadas entraron en sincronía y emergieron a la superficie.

Otro evento similar, pero aun mayor en su escala, ocurrió —aunque manejada desde arriba y no desde abajo— con el fin de la Primera Guerra Mundial. En el encuentro celebrado en París en 1919, llamado «Conferencia de Paz», evento que reunió la totalidad del poder mundial, los jefes de Estado de las naciones beligerantes y políticos de pueblos aún sin Estado, intelectuales, economistas, ensayistas, cabezas coronadas, periodistas, geógrafos, historiadores, escritores, gaceteros, científicos, artistas y a quienquiera se considerase digno de ser tenido en cuenta o con algo por decir, sin contar a las numerosas damas de compañía que se dieron cita para asistir en sus desvelos a tantas ilustres cabezas, en ese multitudinario encuentro, digo, se tuvo como propósito no solo sancionar a los países derrotados que habían iniciado la guerra, Alemania y Austria, sino también nada menos que reordenar la baraja del casi entero sistema político mundial. Por eso hemos incluido dicho evento en este capítulo, pese a no ser resultado de un proceso de manifestaciones globales de las masas ciudadanas del planeta.

¿O tal vez sí? Los jóvenes reclutados para ir al campo de batalla y que tuvieron la suerte de salir físicamente indemnes pero espiritualmente baldados de por vida, amén de los veinte millones que no tuvieron tanta fortuna y murieron o quedaron mutilados, tal vez fueron parte involuntaria de una forma distorsionada y gigantesca de movilización social, una con uniformes y banderas y manipulada

desde arriba, una cuyo propósito secreto y quizás inconsciente era destruir el enorme malestar que existía a finales de la llamada *Belle Époque* liquidando a quienes se sentían molestos. Porque, ¿no estaba Europa a punto de saltar en pedazos? ¿No predominaba a tal grado en Alemania el partido socialdemócrata que hacía insostenible la preservación del káiser y su régimen? ¿No era la escena política francesa un lío descomunal? ¿No se tambaleaba el imperio austrohúngaro por la acción de presiones socialistas y nacionalistas? ¿No crecía el peso e influencia del marxismo y del anarquismo? ¿No era el régimen zarista una nave medio hundida, desacreditada incluso en las esferas de la alta burguesía y la nobleza?

Y entonces, aunque fuera resultado de procesos mentales inconscientes velados a los mismos protagonistas, ¿no podríamos considerar la Primera Guerra Mundial como un artefacto monstruoso diseñado para dar salida a ese malestar enviando a esas masas, potencialmente desestabilizadoras, a masacrarse mutuamente en el campo de batalla en una monumental sangría? Mediante esa movilización militar, ¿no se impidió la civil y política que amenazaba destruir muchos regímenes? Y si fue así, ¿no podríamos considerar la Conferencia por la Paz como la fase siguiente a dicha sangría, los arreglos necesarios para taponar la hemorragia y mantener el cuerpo institucional del viejo régimen, ya debidamente sangrado, pero aún con vida?

Pero aunque la guerra no haya tenido como origen —ni siquiera involuntariamente— tan siniestro propósito por sangrar a esa generación en estado de revuelta, una cosa es indudable: el orden mundial que predominaba hasta 1914, cuando rugieron *Los cañones de agosto*, como inmortalmente lo expresó la brillante historiadora Barbara Tuchman, ya no daba para más. En esa Belle Époque, como se ha denominado engañosamente a la predominante en Europa antes de la Primera Guerra Mundial, se habían acumulado enormes contradicciones y conflictos que enfrentaban a clases y etnias, monarquías y nacionalismos, imperios y colonias, intereses comerciales, disputas geopolíticas y grandes temores mutuos entre las grandes potencias de entonces —Alemania, Inglaterra, Francia— como

resultado de la enorme carrera armamentista de las dos o tres décadas previas. Europa estaba armada hasta los dientes, manejaba planes de guerra preparados hasta el más mínimo detalle, las desconfianzas eran enormes, los deseos de revancha —por parte de Francia, derrotada en 1870— irresistibles, las presiones internas casi intolerables en todas partes. De ese mundo al borde del precipicio es otra vez Barbara Tuchman, quien nos ofrece un riquísimo fresco en *La torre del orgullo*. Ese es el mundo enormemente desestabilizado que estalló en la forma no de una revuelta o revolución, sino de una guerra en escala inaudita.

Lo mismo, pero hoy

Todo eso, sin embargo, colosal como es, palidece ante el cuadro que nos ofrece el planeta en esta primera década del siglo XXI. Convertido casi en su totalidad en una sola entidad económica y comunicacional, poblado ahora por siete mil millones de seres humanos y no por los 1.777.000.000 que —aproximadamente— vivían en 1913, con decenas de países nacidos a mediados del siglo XX, que dejaron de ser poblaciones pasivamente sometidas a dominio colonial pues ahora son independientes y sus habitantes están ansiosos por acceder a los mismos bienes políticos y materiales que disfruta el mundo desarrollado, con un enormemente más elevado nivel de alfabetismo y difusión de ideas, lemas, convocatorias, creencias y credos, con una difusión planetaria de la ideología de la democracia y las libertades individuales, con la sensación ahora universal de ser, cada persona, portadora de derechos, de derecho a la justicia y a la equidad en la distribución de los bienes de esta Tierra, con una situación como esta no es ya posible, como lo fue durante casi toda la historia humana, someter a las mayorías sobre la base de la costumbre, las tradiciones, el consuelo y el mandato de la religión, la superioridad militar y la simple ausencia de la idea de que se puede aspirar a algo distinto a la formas de vida que, como destino inevitable, pesaba sobre dichas poblaciones.

¿Cuándo se inició esta historia dentro de la historia universal?, ¿cuándo comenzó a despertar ese sujeto adormecido por milenios de explotación y consuelos solo cobrables después de esta vida? ¿Cuándo fue que esta Historia de sumisión, explotación y opresión empezó a hacerse inviable? ¿Es, esta historia dentro de la Historia, la verdadera Historia desarrollándose en la historia? ¿La historia de la libertad y el derecho naciendo dolorosamente en medio de guerras, injusticias, muerte y desolación? Algunos filósofos e historiadores han desarrollado complejas teorías en busca de leyes o fases de desarrollo de las civilizaciones, tomadas, cada una, como entidades

independientes con su propia identidad, pero ¿no será la entera sucesión de dichas civilizaciones u órdenes sociales o formaciones sociales o sistemas o como se quiera llamarlos una sola historia o proceso, el del paulatino despertar de esas masas adormecidas? Civilización tras civilización, desde aquellas que se establecieron a la orilla del Nilo o del Éufrates y el Tigris hasta la actual globalización, bien pudieran ser vistas como fases de un solo proceso de paulatino despertar y toma de conciencia en un nivel más elevado no ya de ínfimas élites, sino de la masa principal de la raza humana hasta llegarse hoy a un punto en el cual ya no es posible fundar el orden social a base de una descarada desigualdad.

Si es así, la sincronía de los estallidos que vimos en 2011 tiene una explicación común. Algunos observadores, como lo hizo el prematuramente desaparecido y brillante analista Armen Kouyoumdjian, armenio radicado en Chile, han rechazado toda relación o similitud entre estos sucesos señalando sus diferencias, los distintos propósitos que han sido perseguidos, las diversas situaciones sociales y culturales de los protagonistas. Eso es muy cierto, pero también lo es que cualquiera sea la forma específica que en las diferentes sociedades o culturas haya tomado y tome la opresión, esta resulta hoy universalmente inaceptable. Una mujer saudí reclamando por su derecho a NO usar velo y a conducir un taxi es entidad viviente muy diferente a una mujer chilena reclamando por tener, al fin, un salario similar al de sus colegas masculinos, pero ambas, por igual, están rechazando, cada cual en su medio, una práctica social que duraba décadas, siglos o incluso milenios, pero que ahora ya no toleran más. Cambia lo no tolerado, cambia el lenguaje con que se expresa esa intolerancia, cambia el modo como se manifiesta, pero es común el afán por acabar con lo que ya no se tolera.

Hay algo más que reúne en un solo cuerpo de agitación estas diversas luchas, reclamos, revueltas, protestas y manifestaciones en todo el mundo: es el hecho de que saben unas de otras por medio del novísimo fenómeno de las comunicaciones planetarias. Los sirios veían lo que hacían los tunecinos, los egipcios vieron también a aquellos, los españoles los vieron a todos, el mundo vio a Chile, Chile vio al mundo

y aun en Estados Unidos, Tierra Prometida de la somnolencia política, lo que se veía en la televisión sirvió de incitación al movimiento de la segunda mitad de 2011 que volcó a las calles a miles de manifestantes hastiados con los abusos de Wall Street y las iniquidades en general que ha ido desarrollando la sociedad norteamericana. En breve, se sirven de ejemplo mutuo, de estímulo, de apoyo. El fenómeno se vio con absoluta claridad en el caso de los países del norte de África —Túnez, Argelia, Libia, Egipto— y del Medio Oriente.

Es a lo que puede llamarse con razón una «tormenta perfecta» porque todo, aun lo más disímil, se junta ahora en un solo movimiento, en una sola furia, en un solo impulso por librarse de cadenas viejas o nuevas. En el nivel local, en Chile, dicho fenómeno comenzó a manifestarse con los distintos grupos que intentaron coordinar en un solo cuerpo lo que eran protestas y reclamos distintos. Estamos viviendo un momento único e inédito en la historia humana, al cual podríamos llamar la «revolución por la justicia». Hasta ahora el 99 por ciento de la humanidad vivió el 99 por ciento del tiempo sometido de buena o mala gana a su destino. Que ya no sea así cambia completamente el suelo mismo donde se apoyan y erigen las sociedades. Ya no será posible, como antaño, planear, determinar, ordenar, ordeñar, reclutar, oprimir y aplastar. No así como así. No ahora, al menos. ¿Se desarrollarán en el futuro nuevos y aun más siniestros mecanismos de control social, que pondrán una vez más la manija en manos de alguna nueva, implacable élite?

Pero demos ahora un paso atrás y démosle otra mirada a eso que hemos llamado «tiempos normales», referente de los tiempos agitados como los que ahora vivimos.

Tiempos normales

Difícil hallar una expresión más ambigua que «normal» o cualquiera de sus derivados. Y, al mismo tiempo, cargada de significaciones tan equívocas. Suele asociarse normalidad con algo que está bien, lo que corresponde a lo sano, lo ajeno a la agitación porque se encuentra reposando en su ser, como debe ser. Es, se cree, la norma a la que debe uno acercarse y de la cual es pésimo alejarse. También se asocia el término a un estado de cosas duradero porque solo dura aquello que se comporta conforme a su naturaleza.

Todo eso es ilusorio. Normal es un término estadístico que no entraña nada en absoluto acerca de la naturaleza íntima de aquello que es «normal». Solo indica que, en una población dada de objetos —por ejemplo, la producción anual de manzanas— tal o cual agregado de características es lo más frecuente, lo más abundante. En un manicomio lo «normal» es la presencia de dementes; en una cárcel, de delincuentes.

Por consiguiente, si deseamos detectar en el transcurso de la historia lo que es normal, debemos buscar la clase de lapsos que se dan con más abundancia, no los que nos parecen mejores o buenos. Si es la calma, la paz y estabilidad lo que anhelamos, no debemos asumir que son necesariamente más frecuentes que los lapsos de agitación, como tampoco que constituyen la «naturaleza de la sociedad», el estado correcto del cual toda desviación es una patología.

Los llamados «tiempos normales» o de estabilidad son a menudo un espejismo que resulta de una ilusión de la memoria. Sencillamente no recordamos el nivel de conflictividad latente o presente.

Desde luego hay que considerar una cosa muy simple: todos los factores que conducen a la aparición brutal del conflicto tenían que estar ya presentes, madurando, en esas supuestas «épocas normales». Tienen que haberlo estado para que llegaran las etapas agitadas. Pero si es así, ¿en qué consiste entonces esa etapa de «estabilidad», o «normal»? O dicho de otro modo, ¿cómo es que la sociedad procesa

dichas fuerzas disruptivas, esos resentimientos y rencores, para que el grado de conflicto social aparezca a la posteridad como definitivamente menor al de las épocas revueltas? Porque en verdad la situación «normal» de una sociedad no es de puro reposo, sino de constante agitación, conflicto y enfrentamiento, pero mantenidos dentro de límites a menudo bastante precarios. Es la razón de ser de la política. Por tanto, un estallido no es sino la expresión más poderosa de factores constantes, el resultado de la reunión de las condiciones específicas que convierten una sustancia ya inflamable en una sustancia explosiva.

En los «tiempos normales», entonces, no hay revoluciones, no hay motines en gran escala, no hay asaltos al poder, no hay guerra civil, no hay partidos exigiendo transformaciones radicales ni hay desmoronamientos masivos de las ideas y los valores tradicionales, pero el conflicto político, las luchas de intereses, los resentimientos de las capas sociales menos favorecidas, la alienación de los inmigrantes, los prejuicios raciales y religiosos, un grado mayor o menor de actividad delictual y el rencor y la rabia en todos sus sabores están igualmente presentes, aunque se expresen por otros caminos y/o con menor intensidad; más aún, los caminos con los cuales la sociedad procesa esas «energías negativas» para que no lleguen a una explosión bordean a menudo un rompimiento mayor. Ya vimos cómo el fondo de rencor hirviendo a fuego lento es, en tiempos de paz, procesado y anulado mediante diversos artilugios conceptuales y operacionales que desvían gran parte de ese malestar al «área privada», donde se manifiesta en la forma de conductas desviadas y ajustes individuales que, si bien costosos y destructivos, no tienen efecto social más allá del círculo del afectado.

¿Cómo lo logra, la sociedad? Lo hace controlando o aislando a dichos sujetos «desviados» por medios formales o informales. Como ya lo vimos, cuando la perturbación es mayor y/o más dañina, cuando la familia o círculo inmediato ya no pueden hacerse cargo, las sociedades han desarrollado formas de confinamiento. Una de ellas es el manicomio o alguna institución parecida. La raíz de la idea del manicomio e instituciones semejantes —clínicas psiquiátricas durante

la era soviética— es que nada de lo que el «enfermo» manifiesta tiene una relación con los desperfectos del universo social en que se mueve, sino todo lo contrario, es él el estropeado, criatura extraña que debe ser tratada como se trata a un error de la naturaleza.

La delincuencia es otro modo de reacción o comportamiento desviado, muy destructivo pero alejado del núcleo institucional de la sociedad. El delito es acción un peldaño por encima en la escala que va de lo puramente individual a lo colectivo; es conducta perpetrada por un número sustantivo de individuos y además cometida asociadamente dando lugar a comunidades activas y pasivas del delito, incluso a espacios territoriales poblados o controlados por delincuentes. En el delito se recurre a conductas que, violando la ley, forzando derechos ajenos, usando violencia, abren un atajo para la adquisición de bienes que de otro modo serían inalcanzables. Su acción es entonces un ataque indirecto al orden social. En cualquier caso el fenómeno es cuestión grave y la sociedad reacciona desarrollando un vasto aparato de órganos policiales y de justicia.

El delito, entonces, por su carácter de conducta cometida por grupos significativos, es un comportamiento «antisocial» de un peso enorme por el grado de daño a personas y propiedad que inflige, así como por el costo considerable de combatirlo. En ciertas épocas y lugares el «bandidismo» fue tan intenso, expandido y omnipresente que literalmente salir de casa y en especial salir de la ciudad, en coche o caballo, era una apuesta 50/50 de resultar no solo asaltado, sino muerto o herido. Las ciudades, los caminos, los bosques y las montañas estaban plagados de asaltantes, contrabandistas, monederos falsos, mendigos, ladrones, asesinos a contrata, vagabundos, mutilados de guerra, huérfanos listos para enrolarse en todas esas profesiones, prostitutas de todas las edades y procedencias, estudiantes tronados y toda una inmensa variedad de marginales actual o potencialmente peligrosos que eran hijos de períodos especialmente traumáticos de cambio y desquiciamiento de las estructuras sociales tradicionales.

No es raro, entonces, que siempre hayan existido vasos comunicantes entre la actividad delictual y la actividad «revolucionaria». El libro *Bandidos*, de Eric Hobsbawm, examina esa

relación. La historia legendaria y fantasiosa de Robin Hood se basa precisamente en eso. En momentos de derrota los grupos armados que han perseguido la revolución devienen en bandas de delincuentes; en otras fases, bandas de delincuentes son vistas y parcialmente actúan como «liberadoras» de territorios, como rudimentarios combatientes contra la opresión. Tampoco es extraño que un fenómeno tan difundido y presente en la vida de muchas sociedades, a menudo a lo largo de decenios, a veces incluso de siglos, haya tomado cuerpo en buena parte de la literatura picaresca.

Una tercera vía «no revolucionaria» por medio de la cual se adaptan al orden imperante las personas que sufren incapacidades de cualquier tipo es un ajuste que podríamos catalogar como retraimiento, la retirada a un mundo interior ya sea sublimado —contadas veces— como arte o religiosidad, pero mayormente como simple apatía, disminución del compromiso con el mundo exterior, un estado depresivo permanente pero de bajo espectro y debido al cual el sujeto apenas se asocia a las actividades que le aseguren un sustento; es un vivir a media máquina cuyo coste para la sociedad es lateral, la pérdida tácita de capacidades, de energía, de aportes. En las llamadas «culturas de la pobreza», que han sido profusamente estudiadas por los antropólogos, dicho modo pasivo de ajuste es muy notorio y contribuye en grado fundamental a la preservación de la pobreza misma porque alienta conductas ajustadas a la escasez, la frustración y la resignación.

Las maneras como se mezclan esos diferentes niveles y modalidades de expresión de ese fondo común de resentimiento y rencor, de frustración y rabia, de derrota y desesperanza, son tan variables como lo son sus intensidades. A menudo han sido representados por la literatura. *Crimen y castigo* de Dostoyevsky es el cuadro más intenso, como un aguafuerte, de la respuesta individual y sin efecto social colateral a la frustración, la pobreza y el resentimiento. En el mismo nivel de reacciones individuales se mueven los personajes de la picaresca española, como *El Buscón* de Quevedo o el *Lazarillo de Tormes*. Lo mismo cabe decir de los pillos que aparecen en los cuentos y novelas de Mark Twain. A menudo los personajes son retratados con

tal predominio de la comedia que el aspecto sórdido de esas modalidades de vida, el encono feroz que subyace a ellas, se desvanece tras la mera presentación de la pobreza genérica de la cual emergen. Las leyendas e historias populares del sur de Italia dramatizaron, por su parte, al bandido heroico que en parte es simple ladrón y en parte vengador de los pobres, a medias un luchador político y a medias simple delincuente.

Considerando todo eso, la existencia de ese fondo de rencor y frustración que excreta casi toda sociedad donde sus miembros estén compitiendo abierta o tácitamente por bienes escasos —territorio, recursos, éxito, poder, fama, etc.— y el hecho de que ese monto de energía oscura deba expresarse de alguna de las maneras que hemos visto, es obvio entonces que la imagen de períodos en paz, estables y calmos debe ser sustituida por una visión algo menos grata, una en la que los órdenes sociales aparecen ahora como lo que son, sistemas en equilibrios muy inestables, muy frágiles, bajo permanente amenaza de disolución por obra de fuerzas y conflictos internos mantenidos a raya penosamente, sistemas con grandes potenciales destructivos internos, amenazados por lavas o magmas que duermen o solo echan algunas humaredas, pero pueden erupcionar en cualquier momento.

PARTE VII

¿Cómo gobernar?

Déjenlos que odien en tanto teman.
Diálogos, Séneca

El lector de este libro puede preguntarse ahora cómo, a la luz de todo lo visto hasta aquí acerca de esta revuelta universal de los oprimidos y de los indignados, de los efectos de los pesares y de los furores de una condición humana, que a veces es incluso víctima del hartazgo, en fin, cómo es que pese a eso es aún posible y cómo será posible gobernar este mundo. O para decirlo en el lenguaje de los politólogos, cómo se resolverá el problema de la gobernabilidad y/o legitimidad. Lo tenemos ya encima, aquí, en Chile, donde ni la policía ni la ley de seguridad interior del Estado ni ninguna amenaza logra apaciguar los ánimos. ¿De qué manera se conseguirá algún grado de orden y concordia y adónde vamos a llegar? Mi abuelita Leonides hubiera exclamado, sin duda alguna, «¡esto es el acabóse!». Lo mismo deben estar diciendo miles de abuelitas en Egipto, en Siria, en Europa. Pronto lo dirán en China. Es un tema universal.

Panem et circenses

Aceptado el hecho de que la sociedad es cosa frágil moviéndose como un bamboleante trompo que amenaza a cada instante salirse de su ruta, perder el equilibrio y saltar para cualquier lado; aceptando también que la mayoría de la población NO forma parte de la élite dueña del poder económico, político y los privilegios de la notoriedad y el éxito, debido a lo cual es preciso mantenerla bajo control para que no brinque como tigre al cuello de los privilegiados; aceptando todo eso, la clave para entender la mecánica social es entonces la siguiente: ¿cómo es que impera siquiera por un lapso, a veces bastante largo, un grado decente de normalidad aunque esté amenazada por todas partes? ¿Cómo se controlan a esas hordas de frustrados, dolidos, enojados, indignados, explotados, subordinados, hastiados? ¿Cómo se pone coto a sus protestas o revueltas? ¿Cómo, a fin de cuentas, se gobierna…?

De los tiempos que precedieron a esta agitada época actual ya tenemos una respuesta aproximada; esa inmensa multitud de subordinados y explotados fueron mantenidos a raya esencialmente porque se los hacía creer que así debían ser las cosas. Por decreto divino se vivía en tal o cual posición y los de arriba habían sido elegidos y puestos allí por los dioses o por el destino o por merecimientos en una vida anterior, todo lo cual no tenía remedio. Y no siendo eso suficiente, la casta gobernante contaba con los cuentos de hadas de la religión —siempre asociada al poder terrenal—, con las fuerzas armadas y con *panem et circenses*, pan y circo.

«Pan y circo» significa otorgar diversión y además hacer posible la satisfacción de algunas o siquiera las más básicas necesidades del pueblo llano. Con eso y con «legitimidad», la creencia tácita o expresa de que el estado de cosas era lo que debía ser, el orden social se mantenía más o menos en pie con solo unas cuantas revueltas de tanto en tanto. Así era hasta ahora. En tiempos de Imperio romano, donde y cuando se acuñó la frase *panem et circenses*, la expresión significaba

literalmente distribuciones gratuitas de algunos alimentos y muchos espectáculos en el Coliseo. En las sucesivas civilizaciones o culturas los términos han significado cosas distintas. En la Edad Media no significaba pan gratis, pero sí grandes celebraciones religiosas, obras de caridad de las congregaciones, desfiles de gremios, torneos de caballería, oropel, festividades, pompa y circunstancias. En el siglo XVIII significaba alcohol a raudales, juegos de cartas, espectáculos callejeros, gacetas, guerras patrióticas o dinásticas, teatro popular. En el siglo XIX se agregó el opio, las glorias del imperialismo, una mejor policía y los deportes de masas.

¿Y ahora qué? Aunque el *panem et circenses* —este último es básicamente la televisión— opera hoy en escala cien veces ampliada, por mil se han multiplicado las ambiciones y demandas de la masa. Eso es un gran problema. Peor aún, esa masa ya no cree en el «destino» ni que Dios en persona haya decretado la posición de cada cual en la vida. La masa cree, al contrario, en la «Justicia». Y cree que esa justicia no es aquella a la que se refieren los filósofos, la equitativa repartición de los premios y castigos según corresponda, la que de modo natural separa, sanciona o recompensa desigualmente de acuerdo con los desiguales méritos de cada quien, sino que la define como «justicia social», la cual tácitamente se hace coincidir con la igualdad y elimina de un plumazo toda diferencia; si un criterio de distribución hace diferencias, en el acto es acusado de criterio «aristocratizante» o «elitista». Ambas expresiones son obscenas para el honesto pensar de las actuales masas y sus voceros. La justicia que reclaman los ciudadanos del mundo, hoy, no es la sanción o retribución por el Mal y la recompensa por el Bien, sino darle lo mismo a todos. ¿No somos por igual hermanos en Cristo o idénticos fieles de Mahoma? Siendo así, tenemos los mismos derechos y nacimos por igual de padre y madre y nadie tiene razón para creerse mejor y digno de más merecimientos. Es una justicia redistributiva, la justicia beligerante y recelosa con que los hermanos cuentan las uvas servidas en el plato del otro para asegurarse de que no tiene algunas de sobra.

Viene entonces la segunda pregunta: ¿cómo es que las sociedades de

hoy y mañana van a manejar la inmensa oleada de demandas que nace de tal concepto igualitario? Ya no se trata solo de pan y solo de circo; se trata de mucho pan y de mucho circo por igual y para todos; más aún, se trata también de «participación» en el poder para todos y por igual. ¿Cómo se va a fundar la gobernabilidad en presencia, por primera vez en la historia, no de un grupo o una minoría de enojados o exaltados haciendo esas demandas, sino de la entera concurrencia humana clamando a las puertas del templo y del palacio?

Ante esta pregunta hay ya, con grados mayores o menores de rigor y elaboración, dos respuestas o hipótesis. La optimista, la cual a lo largo de los siglos ha tenido toda clase de formulaciones utópicas, es que llegará un momento cuando la abundancia, la libertad y la democracia imperarán en el mundo a tal grado que esas masas ciudadanas no necesitarán ser controladas desde arriba, sino que se autorregularán en un ambiente de gran riqueza material y espiritual, en un mundo sin clases ni castas dominantes imponiendo a otra su arbitrio y capricho. No habrá entonces «una oleada de demandas» que sea necesario reprimir y/o manejar de alguna manera. Es o era el sueño comunista y quizás el anarquista.

La respuesta pesimista avizora un futuro controlado por una tecnocracia implacable haciendo uso de medios policiales, de vigilancia, de manipulación psicológica y de una represión jamás antes vistos. En la pesadilla *Un mundo feliz*, Aldous Huxley plantea una sociedad donde, incluso, las capacidades mentales y rasgos de personalidad de quienes nacerán son manipuladas *in vitro* de modo de producir el número y calidad de gente precisas para mantener estable el orden social. El género de la novela de ciencia-ficción está repleto de variantes de lo mismo, así como la cinematografía. Las predicciones optimistas y en especial las utopías son cosa del pasado; el presente suele tener una visión abrumadoramente negra del futuro de la humanidad. Y en esta visión negra, amén de presentársenos un mundo horriblemente contaminado, la cuestión central es la opresión de la gente común por medios tecnológicos manejados por una casta burocrática implacable. A ese género se agregan muchos *thrillers* cinematográficos ambientados en el presente, en los cuales el

ciudadano aparece inerme ante las agencias de inteligencia y vigilancia capaces de llegar a extremos de represión y abuso, incluyendo el asesinato. Satélites de espionaje, micrófonos ocultos, cámaras, agentes encubiertos, omnímodas bases de datos, organizaciones siniestras, raptos al margen de la justicia, interrogatorios, amenazas, etc., la parafernalia con que los productores de estas películas imaginan que se controla a este pobre sujeto es infinita e invencible. O casi…

Imposible escoger, entre esas alternativas, la que nos parece más probable. Con los cambios brutales y acelerados que vivimos, ¿cómo saber lo que es «probable»? Cálculos de probabilidades suponen un mínimo de estabilidad en los datos y situaciones y no demasiadas variables en la ecuación. Solo así pueden trazarse algunas líneas. Nada de eso parece factible hoy. Sin embargo, a la vista de lo que vemos como resultado de la llamada «guerra contra el terror» y de lo que nos señala la historia universal, podemos aventurar tímidamente lo siguiente: las élites no resignarán sus privilegios y poderes, porque nunca lo han hecho.

¡Qué obvia es esa razón! No se rendirán porque ya tienen poder y privilegios, desean preservarlos y poseen los medios para hacerlo. Otrosí: los miembros de toda élite pueden ser los tipos más abusivos, arrogantes, explotadores y desagradables del mundo, pero en promedio son personas de más elevadas capacidades que la población común y es por eso que son parte de la élite, han llegado a ella y saben mantenerse en ella, saben cómo hacer funcionar las cosas y en especial las que los mantienen en la cumbre. Por eso toda revolución, aun la más radical, ha sido no el fin de las élites, sino un cambio de élite; aún más, muchos de los miembros de la antigua son «readmitidos» por su *know-how*.

Hay más: la idea de que es posible una suerte de manejo ciento por ciento democrático de los asuntos, una especie de asamblea permanente, un «poder popular» crónico, en suma, el ideal anarquista o algo parecido, es ni más ni menos que la receta para la guerra de todos contra todos. Es sencillamente inviable. No nos engañemos; dejado cada quien a su arbitrio, o cada grupo al suyo, lo que

inevitablemente sucede es que cada individuo busca maximizar su beneficio sin considerar derechos ajenos, consecuencias ni costos. Asumir de esa masa una sabiduría superior, filantrópica, que la haga capaz de autorregularse es una quimera.

¿Qué es lo más probable, entonces?

Los van a controlar. Nos van a controlar. Seremos controlados. Vaya a saber uno cómo. La utopía anarquista no será jamás. Si es necesario nos injertarán un micrófono y/o un dispositivo USB en el poto. Si lo creen conveniente intervendrán con pócimas químicas el agua que bebemos para de ese modo adormecernos, apaciguarnos. Cualquier cosa.

Dicho sea de paso, todo lo expuesto acerca de la ahora inmensamente crecida presencia del pueblo llano en los asuntos del Estado, su exigencia a ser parte de eso y recibir los frutos de este mundo, no es otra cosa, si se medita en ello, que una aproximación, cercana ya al límite del máximo posible, al ideal democrático y en última instancia al de la «soberanía popular». La democracia se legitima a base de dicha soberanía y presuntamente esta se expresa con más autenticidad en el seno de una democracia directa, pero, se suele agregar, la dificultad de implementar tal cosa en el seno de sociedades modernas con gran número de ciudadanos hace obligatorio las creación de mecanismos que expresen indirectamente dicha voluntad. Sin embargo, lo cierto es que dichos mecanismos indirectos hacen mucho más que simplemente alargar la ruta que va desde la voluntad del ciudadano hasta su decisión en los asuntos de Estado; esos mecanismos la distorsionan en diferentes grados, la filtran y reacomodan; lo hacen no solo o simplemente para favorecer una facción o interés sobre otros, lo que sin duda puede suceder, sino más esencialmente aun, lo hacen para que se pueda gobernar porque la expresión directa y sin intermedios de la voluntad popular haría eso imposible. No se puede gobernar si en efecto se toma en consideración toda la variedad infinita de voluntades distintas, opuestas, contradictorias. Por eso el primer —y más legítimo— mecanismo de filtración de la soberanía popular es la regla del voto mayoritario; la decisión tomada, se afirma, será la que cuente con más votos. Esto, sin embargo, es solo la apariencia visible del asunto, porque dicha regla de mayoría solo resulta eficaz si previa a dicha votación decidida por mayoría ha habido una selección y limitación de las opciones ofrecidas a la ciudadanía. Si dicha selección de candidatos, mociones, leyes, alternativas y otros asuntos entregados a la voluntad popular no se produjera, la variedad de posturas distintas y opuestas haría imposible decidir nada, aun si una mayoría se inclinara por alguna

opción. Pero ese problema normalmente no se hace manifiesto porque en la selección y poda previa de las opciones opera otro mecanismo para modelar «razonablemente» la voluntad popular. Se hace principalmente limitando el rango posible de ideas o personas candidatas a dicha elección y también el número y características de los ciudadanos con la franquicia para votar. Se la modela además con la clase de definiciones, discursos, textos y mensajes que dan un perfil determinado a los «problemas» que deben ser resueltos. Todo eso, agregado, conlleva una distorsión de la voluntad de los individuos tal como esta era originalmente porque esos filtros amputan alternativas y se alejan así de esa voluntad originaria, cambiándolas por voluntades colectivas acotadas en las opciones, lo que finalmente abra lugar a una «voluntad popular» que resulte gobernable. La verdad es simple y algo escandalosa: la democracia y soberanía popular solo son viables si algunas «impurezas» contaminan su definición ideal.

«Los de abajo»

Por eso siempre sucede que alguien, a fin de cuentas, deberá ser «controlado». «Alguien» o más bien muchos deberán serlo si se pretende gobernar. ¿Y quiénes serán los controlados? ¿Cuál es su textura anímica? Son, grados más o grados menos, «los de abajo». De hecho, casi todo lo que hemos examinado hasta aquí tiene que ver con lo que hacen o no hacen «los de abajo». Los «de arriba» ya sabemos qué hacen y es lo que han hecho siempre: quedarse con los mejores bocados de la mesa y repetirse el plato; luego, sacudir las migajas para saciar la voracidad de sus sirvientes. Los de abajo, en cambio, enfrentan dos cursos de acción: aceptar las cosas como están o revolverse con furia intentando sacarse el arnés de encima.

Para dilucidar cuál de esos caminos escogen —si acaso es un tema de elección y no de inevitable destino— debemos conocer a esos «de abajo», escudriñar por qué llegaron a estar ahí, por qué siguen estando ahí, quiénes son los que escapan de esa posición y quiénes no. Sabiendo eso podemos tener una mirada más certera acerca de qué reales capacidades tiene esa masa popular para liberarse del yugo.

Hay dos posibles caminos polares, extremos, que generan la separación de las élites y del pueblo común, esa brecha que en la visión marxista consiste en dos clases ubicadas en campos opuestos en el sistema de relaciones productivas. En este libro nos basamos en una visión menos específica: no asociamos necesariamente a los de abajo a una posición de clase en términos de su relación con el «aparato productivo».

Uno de los caminos que conduce a la creación de esa brecha —de «clases», según Marx— es cuando ligeras diferencias de poder, capacidad, recursos y oportunidades existentes en la fase originaria de un grupo o sociedad producen, con el tiempo, diferencias aun mayores, multiplicando y reforzando la distancia en cada sucesiva generación hasta que emerge un orden institucional sancionado y legitimado por la costumbre, la tradición, la religión y/o simplemente

por el poder mismo de quienes poseen un monto extra de recursos. Existen, en la historia, multitud de ocasiones en que se ha desarrollado una estructura desigual a partir de un comienzo bastante igualitario.

El camino del otro extremo es más brusco y bastante frecuente: tiene como origen una dominación instalada por medios militares. Por la conquista. Un grupo se enfrenta a otro con medios materiales y/u organizacionales superiores y lo avasalla; de ahí en adelante la población del grupo vencido deviene en esclavos, sirvientes, trabajadores, siervos de la gleba, ciudadanos de segunda clase, campesinos sujetos a toda laya de gravámenes, etc. Fue el caso en Hispanoamérica, en África y muchos más en el curso de la historia.

En el desarrollo posterior al origen, en el «de ahí en adelante», se despliegan mecánicas que los estudiosos de finales del siglo XIX y comienzos del XX, como Wilfredo Pareto, llamaron la «circulación de élites». Con esa mecánica circulatoria la sociedad parcialmente resuelve un problema que se expresa con la pregunta siguiente: ¿cómo se sostiene en el tiempo la dominación y/o desigualdad?

Lo que según esos estudiosos logra una relativa estabilidad de la desigualdad es el proceso de «circulación de las élites». Lo que nos dicen es que la élite no es siempre la misma. No despliega un elenco invariable a lo largo del tiempo o sin otro cambio que el reemplazo generacional. Al contrario, suele recibir y cooptar nuevos miembros provenientes de las clases inferiores, a gente que ha destacado, adquirido algún poder y/o muestra talentos útiles para preservar los privilegios de la élite y/o adornar y enriquecer su dominio. Son los que «han llegado». Al mismo tiempo, en un movimiento contrario, los miembros ya establecidos pero menos capaces de la élite van paulatinamente perdiendo sus posiciones hasta desaparecer en el fondo común de los de abajo o en alguna mediocre posición intermedia. Esto último toma la forma de las familias que se empobrecieron y desaparecieron del ranking, los viejos apellidos que ya no suenan tanto, los que perdieron sus fortunas. Y viceversa, es frecuente el fenómeno de la plata nueva, los arribistas, los «recién llegados que no tienen modales», etc. Cuando dicha circulación de la élite no funciona el orden social tal como es pierde su capacidad para adaptarse a nuevas situaciones, se momifica, se embalsama en sus actuales esquemas y se encamina a la muerte.

En general, sin embargo, siempre hay siquiera un grado módico de ascenso social y alguna gente de los sectores menos privilegiados asciende a posiciones más altas, aunque no necesariamente alcanzan la cumbre. En breve, los procesos de ascenso o descenso social pueden ser disminuidos, pero no eliminados. El ascenso se mantiene aunque sea por goteo porque es de directa conveniencia de las élites. Individuos enérgicos y capaces son recibidos no por un afán de justicia, sino porque son útiles. Son los que, por sus méritos y actos, ascienden los escalafones de las instituciones militares y religiosas, de los servicios del Estado, los que idean nuevas formas de producir y/u ofrecen nuevos bienes, los grandes *entertainers*, artistas, etc.

¿Cuál es la implicación? Simple: que en una sociedad donde dicha circulación funciona con vigorosa energía, por la misma razón y con proporcional intensidad ese ascenso social empobrece a «los de abajo» porque los lleva a perder a sus mejores elementos, al talento, incluso la belleza, a sus miembros más ambiciosos y enérgicos, a los más «aspiracionales». Es despojada, dicha clase, de parte de su potencial social y biológico.

En una sociedad en proceso de crecimiento, con vitalidad, la clase oprimida o siquiera menoscabada es paulatinamente descremada de sus mejores miembros. Eso agrega un factor más a la consolidación de un orden desigual.

Mayorías al fin y al cabo

Pero al fin y al cabo, lo cual es una de las claves más importantes de la dinámica social y política de toda sociedad, estas clases ahora llamadas desposeídas, antes denominadas los explotados o las clases bajas, el estado llano, las masas, los súbditos, etc., aunque permanentemente descremadas y desprovistas de los medios de poder, sujetas a leyes o restricciones fácticas, a la policía y a su pobreza relativa o absoluta, poseen al menos la siguiente ventaja o potencial instrumento de poder que también es parte natural de su condición: son mucho más abundantes que las élites. Son «las mayorías». Es inimaginable y contrario a toda lógica suponer una élite que sea más numerosa que el pueblo común, salvo en los casos cuando individuos que no poseen recursos de poder pero pertenecen a la misma etnia u otro atributo importante del grupo superior son considerados, legal y/o deferencialmente, por encima del resto de la población. Fue el caso, en la Francia prerrevolucionaria, de la muy pequeña y empobrecida nobleza de provincia que estatutariamente podía considerarse parte de la clase gobernante, pero no lo era. Hay otros similares. Don Quijote era uno de esos «hijodalgos» —hijos de algo, no de mucho— de provincia sin nada que los diferenciara o favoreciera en términos económicos de cualquier pequeño comerciante o molinero.

Esta mayoría, sobre la cual reposa el bienestar de la élite, esa mayoría «silenciosa» que no parece protagonizar ni un solo acto de la historia, esa masa entregada a las intrigas y decisiones de los de arriba, es el enorme y opaco tejido y depósito donde la mayor parte del resentimiento, supurando por todos los entresijos y resquicios de la sociedad, se genera y se acumula. Este resentimiento y rencor es creado todo el tiempo, pues del mismo modo permanente es como la élite se lleva los mejores frutos del esfuerzo colectivo. Es también un hecho constante que a la élite pertenecen los vencedores de todas las lides y por tanto, complementariamente, a ese opaco depósito de abajo pertenecen los perdedores de todas las lides. En otras palabras,

la sombra que las élites proyectan desde la altura de sus méritos, reales o solo derivados de su posición, oscurecen y disminuyen y reducen todo el tiempo al resto de la población.

Insistimos en este punto por enésima vez: de este fondo psíquico surgen las energías que encienden conflicto y fricción en el cuerpo de las sociedades y que en ocasiones se resuelven en grandes protestas, motines, revueltas o hasta revoluciones.

¿Equivale esto a decir que las revueltas, protestas, revoluciones, etc., son ilegítimas, que nunca tienen una causa justa tras ellas, que se reducen a un mero estallido de rabias y rencores reprimidos? Lo examinaremos en el próximo punto.

Emoción y pensamiento

Tiende a decirse —se han escrito voluminosos y famosos libros sobre eso— que las masas solo obedecen a la emoción. Un clásico en esa línea es *Sicología de las multitudes*, de Gustave Le Bon. *Masa y poder*, de Elias Canetti, es otro volumen básico y clásico sobre este tema, más filosófico, literario y misceláneo que el de Le Bon. La emoción, ya lo sabemos, es una reacción orgánica y mental muy básica. Lo es el miedo, la ira, el pánico, la angustia. No dependen mucho de la voluntad de quien la experimenta y una vez desatadas son capaces de dirigirse a cualquier objeto e iniciar distintas conductas. El pánico puede helarnos o ponernos frenéticamente en acción. La pasión, a veces confundida con la emoción, está, al contrario, asociada a la voluntad de quien la manifiesta. Es dirigida y canalizada hacia un objeto determinado. Es una emoción invertida en un objeto, la energía con que realizamos una acción cuyo propósito es nuestro. Tampoco brota de súbito sino gradualmente y durante muchas etapas de su desarrollo depende enteramente de nuestros designios. La emoción llega al individuo sin que este la haya pedido; la pasión va desde el individuo hacia un objeto de su elección.

Con el mismo raciocinio que se atribuye a una masa una existencia puramente emocional, también se la despoja de todo asidero racional. No tendría propósito consciente, sino una causa externa que la llevó a formarse. Hablamos de causa refiriéndonos a una relación generativa o secuencial entre dos o más objetos; decimos que A produce B o viene antes que B. La masa tendría emociones, pero no una razón consciente para seguir cierta acción.

En resumen, suele decirse que la masa actúa en un nivel de conciencia mucho más bajo que el de un individuo, solo con emociones y no necesariamente las más elevadas de aquellas. Pero ese es un análisis incompleto que se centra solo en la fase callejera de la masa, en su existencia física en el espacio público. El comportamiento inmediato y visible de una masa es una cosa, pero el porqué llegó a

congregarse es otra muy distinta. Una masa llega a existir sobre la base de múltiples decisiones individuales de personas que han prestado oídos a una convocatoria y se han ido juntando en un espacio común; esta convocatoria puede ser una razón simplificada, un lema o eslogan, pero resume, sintetiza o caricaturiza razones más complejas. Al decidir congregarse, esas personas han puesto en acción un motivo individual; es solo estando allí y al convertirse en parte de la masa que el factor emocional y grupal cobra primacía. En la masa ya constituida salen a relucir otras emociones y el motivo inicial pierde perfil y presencia, pero sin dicha razón no se hubiera constituido. El protagonismo callejero pasa a las emociones: alegría y entusiasmo a veces, rabias, rencores y odios de diverso tipo con más frecuencia. Esas energías sienten llegada la hora de emerger porque la masa y el anonimato lo hacen posible; el efecto multiplicado de la presencia física de la gente, los sones voceados estrepitosamente, la sensación de poder nacida de dicha muchedumbre elimina o disminuye el poder de los controles personales; de súbito se abre una compuerta que nos permite dejarlo salir todo.

Por eso el comportamiento de la masa es frecuentemente irracional, muy agresivo, a veces brutal, capaz de los peores crímenes y de toda clase de salvajadas. Es la turba linchadora en escala mayor o menor. Y en la medida en que las revueltas y revoluciones son puestas en escena por masas callejeras, dichos procesos pueden aparecer como no mucho más que una expresión de los rencores y rabias de una multitud que encuentra, al fin, ocasión de cobrar venganza.

Pero aunque dicho aspecto es real y produce efectos muy reales, es más, aunque no pudiera haber revolución sin darse rienda suelta a esas pulsiones salvajes, eso no altera el quid del asunto: el propósito por el cual esa masa llegó a formarse puede ser racional aunque el modus operandi de ella, una vez formada, no lo sea. La fuerza bruta, la emocionalidad rencorosa y hasta despreciable que surge en la condición o situación de masas posiblemente acompañará siempre las situaciones de revuelta, pero NO deslegitima necesariamente la convocatoria misma, así como a su vez la simpleza de la convocatoria no deslegitima automáticamente las razones que puedan estar en el

origen.

La Revolución francesa es un caso ejemplar, como lo es de casi de todo aspecto de un proceso revolucionario. Si se concentra la mirada en las jornadas más sangrientas, en el bosque de guillotinas, en la brutalidad y hasta necedad de muchos de sus líderes emborrachados de jacobinismo, la Revolución francesa aparece como un arrebato de lo peor que se encierra en el alma humana, un festival de sangre, violencia y odio; si luego se concentra la atención en los folletos, proclamas, publicaciones y consignas que circulaban en inmensas cantidades en el París que va de 1789 a 1793, las razones de dicha revolución aparecen como una antología de necedades abismales, frases vacías desprovistas de significado, delirantes y despreciables clichés. Y eso eran, sin duda alguna. Pero, por otra parte, dicha revolución con su aspecto de brutalidad y necedad no hubiera sido posible —con sus perjuicios y sus beneficios— sin décadas previas de serio y profundo análisis de todo el sistema de ideas que legitimaba la monarquía; en otras palabras, la Revolución francesa no habría acaecido sin la declaración de los derechos de Jefferson, sin Voltaire, sin la Enciclopedia de Diderot y D'Alembert, sin los raciocinios de pensadores de peso.

Así entonces, los movimientos de masas y sus actos, la parte visible y desagradable de una revolución, no son sino la materialización simplificada, distorsionada y brutalizada de un largo proceso previo sin el cual ni dichas masas ni dichos eslogan simplistas habrían existido y no se habría producido una revolución.

Por lo tanto, no es cosa de decidir si una revolución tenía o tiene una causa justa o si sus motivos, los de sus participantes, eran ni más ni menos que desfogar sus bajas pasiones. Es, a menudo, ambas cosas desplegándose en sus diversos aspectos según el momento y las circunstancias.

PARTE VIII

Cisma

Puede examinarse el mundo o podemos examinarnos a nosotros mismos de dos maneras muy distintas: una es la que tiene el prestigio y credibilidad del método científico y hace pleno uso de lo que ofrece la observación guiada por sus protocolos, esto es, datos obtenidos de la observación directa del mundo o de documentos y otros rastros, testimonios de terceros, mediciones a base de instrumentos, elaboración estadística y matemática; la otra tiene muy poca credibilidad o ninguna y es la que usa gente irresponsable que confía más en sus instintos e intuición que en todas las cifras y evidencias materiales del mundo. Es, me temo, el método de los escritores, como lo soy yo mismo. Para un tipo así la explicación de la conducta humana parte y termina en el examen o más bien aprehensión de lo que ocurre en el alma de la gente, el motivo o pasión profunda dominante de una época materializándose en actos, en reglas, en instituciones, normas y valores. Sabemos que un «marco de referencia» institucional juega un tremendo papel, pero preferimos preguntarnos qué pasión o interés velado sostiene ese comportamiento y ese edificio, qué lleva a que se le preste obediencia, se deja conducir por ella, la crea o la demuele.

Con el problema educacional que dio inicio a mucho de lo sucedido en Chile en los últimos años y que estimuló escribir este libro, podemos hacer la misma cosa. El tema puede mirarse rigurosamente haciendo uso de ese primer y mucho más creíble o al menos aceptable enfoque y concentrarse en disposiciones institucionales, en las reglas creadas en tal o cual régimen, en los episodios históricos concretos que dieron lugar a ciertas decisiones, en estadísticas relativas a la calidad medida por resultados de pruebas rendidas por alumnos y/o profesores. De esta clase de examen, el estudio más recomendable es el de Elizabeth Simonsen, *Mala educación*.

Nuestro método, si así puede llamarse, es el opuesto. Pretendemos mirar por debajo de ese plano de factores o «causas» que interactúan

en las dimensiones que corresponden a su naturaleza. Pretendemos evaluar el material con que se construyó ese edificio. Nos interesan las pasiones o emociones o hábitos o estilos de vida a partir de los cuales se organizan y llegan a existir esos factores visibles y mensurables. Esto significa un intento de captar el alma del movimiento estudiantil más que los movimientos de su cuerpo. Y para hacer eso es necesario desechar las visiones simplistas. Primero, la mirada épica y panfletaria, especialidad de cierta sexagenaria intelectualidad de izquierda cuando ya está viviendo su segunda infancia. Me refiero a tipos que tienen el velador con más medicamentos que libros. Ansiosos por bañarse en esa milagrosa Fuente de Juvencia que resulta de codearse con los jóvenes, creyeron, en esta ocasión, encarar la maravillosa epopeya de las nuevas generaciones dándole una lección al mundo adulto.

La segunda mirada es la esclerótica y embalsamada de los sectores sociales más conservadores y/o biológicamente más viejos, todos por igual visceralmente adversarios del cambio —ni siquiera gustan cambiar de lugar las porcelanas que están en la repisa— y paranoicamente obsesos por evitar lo que amenace o perturbe el impecable almidonado de sus nanas. Esta gente solo ve los actos de pillaje y violencia, y nada más.

La tercera mirada por descartar, parecida a la primera, es la que vio al movimiento estudiantil como únicamente henchido de idealismo y progresismo. No fue así. Como todo movimiento fue un fenómeno heteróclito, hidra de muchas cabezas, enorme mazamorra de fuerzas muy distintas e impulsos diversos, una marejada arrastrando toda clase de objetos, dignos e indignos, detritus y cieno. En medio de esa confusión hubo llamados razonables y otros erróneos, frases de un simplismo abrumador y otras con sentido, clichés simplemente imbéciles y otros que no, consignas ruidosas, listas de amigos por adorar y enemigos por linchar y un gran elenco de heroínas y de villanos; por momentos predominó en las marchas un aire de alegre carnaval y en otros, lamentablemente más frecuentes, de turba linchadora y vandalizadora. Vimos y oímos quejas y rabias justificadas como resultado de abusos intolerables y también vimos brotar el pus

de rencores de antigua data; no faltó un nutrido stock de ferocidades nacidas de instintos destructivos que no tienen otra agenda sino estallar en cualquier situación que preste el escenario adecuado. Es inevitable que los légamos del lado más siniestro de la naturaleza humana estén siempre listos para hacerse presentes allí donde la oscuridad o el anonimato de la masa lo hace posible. En resumen, el movimiento fue una mezcla casi indescriptible y la razón no estuvo entre los ingredientes más abundantes, como nunca lo está cuando el protagonismo se va a la calle. Pero a fin de cuentas lo que más importa son los resultados y eso, evaluarlos, es lo que haremos en el próximo capítulo.

EVALUANDO RESULTADOS

Crear escenarios de protesta y convocar a las masas es siempre un ejercicio ambivalente o, más bien, polivalente. Un movimiento importante, cualquiera sea su propósito, siempre tiene como efecto el quebrar la delgada costra que separa la superficie de la vida social del magma de furor acumulado en el sótano, de ese depósito de frustraciones del que hemos hablado en otros capítulos. Dicho magma, visto abundantemente en acción durante el 2011 en la forma de los «encapuchados», tiene como origen resentimientos que se remontan muy lejos en la historia personal y grupal de los protagonistas, como sucede con el caso mapuche; hablamos de odios nacidos de descontentos propios y/o heredados de generación en generación y de instintos destructivos amamantados en el resentimiento nacido de vivir en un estado de permanente inferioridad social y personal. Eso fluye en espesa y voluminosa corriente de rencor bajo la superficie. Cuando llega a hacerse visible lo hace en la forma mediáticamente legitimada de «ira ante la injusticia». En este caso, como en todos, la mezcla brotó, muy revuelta, a borbotones y en una sola masa ígnea.

Entre los componentes de esa mezcla estuvieron la violencia y el vandalismo. La presencia de turbas vandálicas es siempre de esperarse. Cuando se rompe la costra de esa cotidianeidad hecha de rutina, miedo, costumbre, pereza, resignación, cobardía y olvido, la materia ardiente siempre sale a la superficie.

Es eso lo que hace dificultoso evaluar el sentido y valor de los grandes movimientos sociales y la razón de por qué los historiadores y críticos de todos los tiempos tienden a dividirse una y otra vez en dos facciones muy claras: los que los rescatan por sus efectos a largo plazo en términos de progreso social, económico, político y cultural, y los que los lamentan porque, arguyen, dichos progresos eventualmente se iban a conseguir de todas maneras y de hecho se estaban ya

consiguiendo, de modo que el costo humano y material de la revuelta habría sido innecesario.

No hay una respuesta contundente acerca de este punto; un movimiento es un fenómeno histórico único, irrepetible en su singularidad y por lo mismo sus resultados no están sometidos a leyes universales. No puede establecerse una regla que afirme que, luego de pagados los costos, todo movimiento termina en una situación con saldo positivo. A veces un movimiento a gran escala, ya sea revuelta, motín o revolución, puede ser la única manera de permitir cambios necesarios o siquiera acelerarlos, mientras en otras ocasiones los resultados pueden ser un caso del «remedio peor que la enfermedad». No hay regla ni siquiera para evaluar a posteriori si se trató de un caso o del otro o de una confusa mezcla de ambos. ¿Cómo medir hoy los beneficios obtenidos por el mundo socialista contra los colosales costos que impuso a sus poblaciones a lo largo de tres generaciones? ¿Y estamos seguros sobre qué puede considerarse un beneficio? ¿O si hubiera podido o no lograrse de otro modo? Los parámetros de evaluación también son históricos, singulares, transformables. Los grandes historiadores lo son en la medida en que ofrecen grandes revisiones de evaluaciones anteriores. De la Edad Media se han escrito muchos volúmenes con puntos de vista del todo opuestos. Una y otra vez el mismo período es visto bajo una luz distinta.

Solo hay la siguiente certeza: parte importante de la energía que inicia y despliega estos movimientos tiene su origen en resentimientos fundados en desigualdades particulares cuya superación es posible, pero no así la desigualdad en general. Pueden destruirse instituciones que articulan de cierto modo la desigualdad, pero apenas destruidas emergen y se consolidan otras que la organizan de otro modo. No hay reparación o transformación institucional que haga desaparecer la mecánica que inevitablemente, una y otra vez, diferencia y separa a los seres humanos en estratos de poder, riqueza y privilegio. El llamado «mundo socialista» dio sobrada prueba de eso. ¿No se creó un estamento o casta de miembros del Apparatchik, una nomenclatura con privilegios, incluyendo tiendas exclusivas? ¿Es distinto en China? Por lo mismo es utópico todo movimiento o doctrina que aspire ir más

allá de eliminar las injusticias y abusos evidentes del sistema social tal como es en un momento dado. Intentar ir más lejos casi inevitablemente lleva a caer en las peores salvajadas. La inequidad, injusticia, abuso y expoliación propias del sistema social donde el movimiento se produce son reparables, pero no el mecanismo que las produjo y que, con el tiempo, generará otras manifestaciones de la desigualdad. En este sentido —y solo en este— un movimiento importante es benéfico si destruye situaciones, instituciones, prácticas, costumbres y valores que ya eran completamente inadecuados e imposibles de modificar desde y por el sistema mismo. Esta acción, si se produce, constituye la «fase racional» del movimiento. Ocurre, sin embargo, que los movimientos, dotados de su propio impulso e inercia, habitualmente tienden a ir aun más lejos en pos de esa igualdad absoluta —u otra meta absoluta— inalcanzable; es entonces cuando caen en la etapa del terror, la violencia y el fracaso, a la cual se responde con alguna clase de reacción conservadora, llámese *Thermidor* o Nueva Política Económica.

Está además el problema de si las instituciones de reemplazo significan en verdad una mejoría. Véase lo ocurrido en la URSS. El régimen soviético reemplazó las obsoletas e ineficientes instituciones del zarismo, pero las sustituyó con otras que difícilmente podrían ser consideradas «superiores» desde el punto de vista de la felicidad humana. La policía secreta zarista —la Ojrana— y sus métodos represivos palidecen en comparación con los desarrollados por Lenin y luego Stalin; el régimen del zar ejecutó a terroristas y otros disidentes en el orden de las decenas; la Cheka y luego la NKVD y enseguida la KGB se las arreglaron para liquidar a categorías sociales completas en el orden de los millones. Millones. Y la censura y represión del zar eran cosa de niños comparada con la del sistema soviético. La industrialización fue conseguida, pero sobre la base de una extraordinaria represión y compulsión, un sufrimiento humano inmensamente más grande y terrible que las condiciones salariales o la explotación de la empresa privada de la era zarista.

Podríamos acumular página tras página con estas comparaciones y no habría lugar donde pudiera establecerse sin duda alguna que los

cambios creados por el régimen soviético valieron los cerros de cadáveres. Pero, a la vez, ¿cómo demostrar que la perpetuación del zarismo o, más probablemente, su gradual conversión en alguna clase de monarquía bajo cierto grado de control parlamentario, hubiera sido más conveniente para el pueblo ruso? Tampoco se puede hacer eso. Salvo casos extremos de horrible fracaso o estruendoso éxito, en general no se pueden hacer evaluaciones convincentes ni para un movimiento social ni, de hecho, siquiera para la vida de una persona en particular. ¿Qué era mejor? ¿Qué hubiera sido mejor? Casi siempre son vanas preguntas….

Terribles adivinanzas

Se abre, entonces, en vista de tantas incertidumbres, un gran espacio para las adivinanzas, para la fe, la esperanza, para todas aquellas funciones del alma que sustituyen el conocimiento frío y preciso y que en sustituto nos ofrecen algún alivio porque, desde luego, es menos desesperante creer que algo va a suceder a no saber nada de nada y solo esperar. Y para creer, el futuro, siempre a la mano, presta un escenario insuperable; es un espacio de tiempo sin fecha de vencimiento donde caben y pueden depositarse todas las esperanzas. El futuro aún no ha llegado y por tanto no ha dado pruebas de lo que era posible o imposible. Es la base del negocio de los profetas, astrólogos, tarotistas y futurólogos. Y de los estadistas y los revolucionarios.

Podemos, entonces, acá en Chile, decirnos con impunidad cosas tan agradables como estas: «En cinco años veremos los frutos de las luchas estudiantiles de 2011». O acaso esta otra, llena de espíritu de sacrificio: «La próxima generación será la beneficiada». O una con sabor sociológico: «Estas luchas crearon el piso para otras aún más importantes». ¿Y qué sucederá cuando esos plazos se cumplan? ¿Podremos realmente medir, hacer una comparación, decir que las metas se cumplieron o no? Podríamos solo en casos extremos de cumplimiento o de fracaso, los cuales, por serlo, rara vez ocurren. Probablemente reinará la ambigüedad y el deseo de creer que valió la pena. Haremos énfasis en los puntos positivos sin dirimir si estos hubieran podido lograrse de otro modo. Los apologistas tendrán su gran día. Y posiblemente como sociedad estaremos preocupados de otra cosa.

Respecto de los resultados del movimiento estudiantil en lo que toca a su demanda educativa, me permitiré aquí mi propia adivinanza. Está fundada, hasta donde las adivinanzas pueden fundarse en algo, en un diagnóstico distinto al que se ha hecho en relación con este tema. Mi diagnóstico es muy simple: la educación es de baja calidad porque son

de baja calidad —en promedio— los profesores, son de poca exigencia los currículum y son de muy baja calidad —también en promedio— los alumnos. ¿Y por qué suceden esas tres cosas? Suceden no, como se cree, porque tantos colegios dependan del municipio o haya otros cuyos dueños obtienen «lucro», sino porque desde al menos mediados de los sesenta, esto es, desde hace medio siglo, ha ido imperando con velocidad cada vez más acelerada una cultura —valores, costumbres, gustos, actitudes, etc.— crecientemente ajena a las condiciones sobre las cuales se asienta la posibilidad de una educación de calidad tal como la definimos y entendemos ahora, esto es, como una que entrega ciertas bases mínimas e indispensables de conocimientos y en especial las disposiciones anímicas para seguir aprendiendo.

Las condiciones para materializar ese concepto de lo que es educación siempre han sido más o menos las mismas desde el momento mismo en que ese tipo de educación, basada en el aprendizaje lineal y textual de contenidos, se instauró en el mundo occidental: un ambiente temprano —familia y colegio— donde se hacen exigencias y se imponen disciplinas. Sin eso, nadie puede desarrollar adecuadamente facultades propias de ese concepto, tales como la memoria, la comprensión, la concentración y la perseverancia en el desempeño de las tareas. De hecho, son condiciones tan básicas para el desempeño intelectual de esa especie que aun los más grandes talentos no dejan día a día de ejercer una disciplina intensa para preservar sus habilidades. Y estas condiciones suponen una cultura donde predomine el VERBO. La palabra es vital para un proceso educativo de este tipo; ella encierra la idea, el concepto, el juicio, el raciocinio, en fin, todas las funciones superiores del intelecto formado dentro de ese paradigma.

Ninguna de las condiciones para desarrollar tales facultades sigue imperando hoy en día. La de hoy, cultura hecha de imágenes ofreciendo una multiplicidad infinita de estímulos, ha ido reemplazando a la tradicional, basada en palabras y un discurso coherente o que trata de serlo. Ni la coherencia ni la lógica ni la claridad de expresión son metas que hoy se busquen y aprecien o tengan relevancia en el nuevo paisaje cultural. Consciente o

inconscientemente se busca una transmisión sensorial y directa de los estados de ánimo, una comunicación visceral basada en íconos, imágenes y gestos. Esto constituye una transformación tal vez mayor que la operada cuando la humanidad pasó de la cultura oral a la escritura. Es un cambio en la esencia de la naturaleza humana, de su estructura más íntima. El sentido general de ese cambio podríamos describirlo como una inmersión acelerada desde lo que el sociólogo y pensador ruso Pitirim Sorokin llamaba una civilización «ideacional» hacia otra «sensorial», en la que el hedonismo impera como valor central. En breve, es crecientemente, la nuestra, una cultura donde la comunicación es menos equivalente a una transmisión de conceptos que a una participación común de experiencias. El placer es tema central de esa experiencia común, a la cual se asocian con fuerza aumentada sus habituales acompañantes, a saber, el relajo, la despreocupación, el cortoplacismo, la indolencia, el capricho y el imperio absoluto de la ley del mínimo esfuerzo. Es la clase de acomodo natural de toda criatura viviente cuando las condiciones ambientales son más hospitalarias. Se está creando un tipo humano reacio al esfuerzo y que, además, lo cual es nuevo, considera tener derechos adquiridos y sagrados para esa postura de «No al esfuerzo».

Lo que está entonces en la raíz de los malos resultados educativos es la clase de mentalidad que surge de una atmósfera cultural donde el relajo y el placer no solo son hegemónicos, sino que además aparecen como derechos. La idea de la disciplina, el esfuerzo y por ende el dolor como cosa necesaria y hasta deseable para alcanzar resultados aparece, hoy, como una obscena nostalgia por el fascismo. La escuela ya no se ve como el medio institucional requerido para, si es necesario, forzar esas conductas, sino como sitio de encuentro social, lugar donde los jóvenes puedan pasarla bien, el aprendizaje sea un juego divertido, el dolor esté ausente y las disciplinas parezcan gratuitos gestos autoritarios. Las nuevas generaciones, formadas de esa manera desde el primer día de sus vidas, primero aletargadas y adormecidas por la televisión, ahora también lo están por Internet, mimados por una mayor abundancia o amargados por su ausencia, pero sobre todo convencidos de ser titulares de infinitos derechos y en

especial del derecho de pasarla bien. ¿Qué esfuerzos les podemos pedir? ¿De qué se alimentaría el mecanismo de la concentración que requiere toda tarea intelectual? Pedir un esfuerzo en ese clima cultural suena a cosa extraña, monstruosa, reaccionaria incluso. La disciplina es cosa del pasado. Por eso, cuando hoy los jóvenes hablan de mejor educación, hacen inconscientemente referencia a una que pudiera absorberse sin esfuerzo, con píldoras y un vaso de agua. Por ahora, en los colegios, a falta de esas píldoras el credo es que debe imperar una educación entretenida. De ahí la poca capacidad del alumno promedio de emprender los trabajos necesarios para, por ejemplo, una lectura prolongada y entenderla.

Entiéndase que ese clima mental no es algo propio de un departamento estanco poblado solo por los escolares; de ese clima están imbuidos todos los actores del sistema educacional. Los profesores se han formado en él, los expertos que redactan programas se han formado en él, los documentos y políticas que producen han sido influenciados por él.

Ese es el diagnóstico, vamos ahora al pronóstico: los cambios institucionales que se han propuesto, aun si producen algunos beneficios, en lo principal NO modificarán ese cuadro y por tanto solo lograrán resultados superficiales y/o en la esfera económica. Se aliviará la carga financiera de muchos padres y más jóvenes podrán completar o iniciar estudios universitarios, pero es de dudarse que dichos «estudios universitarios» superen el significado dudoso que muchas veces hoy tienen. Los cambios estatutarios del sistema de enseñanza primaria y media tampoco, por sí mismos, van a alterar la atmósfera cansina que envuelve a alumnos y a profesores por igual —los profesores, recordemos, también fueron niños criados en esa atmósfera— sumergidos como están en esa corriente enorme y poderosa que lo arrastra todo hacia la cómoda planicie del mínimo esfuerzo.

Si dejamos de concentrarnos exclusivamente en lo que sucede en nuestro país y echamos una mirada a los temas y problemas educacionales que se discuten en Estados Unidos y Europa, nos encontraremos con muchos sentimientos parecidos, con una

preocupación INMENSA por el deterioro de la calidad entregada y recibida, por el creciente analfabetismo y desinterés de los educandos, por la brecha creciente entre la élite que obtiene resultados de excelencia y luego se educa en las mejores universidades y la masa del medio, el estudiantado del montón. Y los preocupa también que la mayor parte de esos estudiantes de élite viene de otras culturas, normalmente asiáticas, donde, dicho sea de paso, imperan altos niveles de exigencia y disciplina en la familia y el colegio. Nada de raro; en Estados Unidos y Europa, de modo más profundo que en Chile, predomina la misma cultura hedonista, relajada, ajena al esfuerzo, a la concentración, a la lectura, a la ambición académica o siquiera profesional.

Resultado: al crecimiento de la desigualdad en riqueza, poder y privilegio se suma también hoy el crecimiento de la desigualdad en el acceso y manejo del conocimiento. Con el desarrollo de las ciencias aquella se ha convertido en una brecha pavorosa. Infinitamente más separa hoy a un joven de medianas aptitudes del chico brillante estudiando una carrera ardua que la distancia que separaba a un obtuso labriego de la Edad Media de su Señor. Además, en esa sociedad basada en la agricultura, ese labriego ignorante era esencial: cultivaba la tierra. Hoy el estudiante sin muchas capacidades, el que nunca las desarrolló ni en su casa ni en el colegio, no tiene ya dónde ejercer. En una economía basada en alta tecnología, lisa y llanamente ese fulano se hace crecientemente innecesario.

Diremos ahora algo que podría parecer salido de una obra de ciencia-ficción negra: esa brecha en capacidades derivadas de la presencia o ausencia de disciplinas pedagógicas tempranas —desde los tres a los dieciocho años— tendrá en el futuro inmediato más efecto y contundencia en la historia humana que ninguna otra diferencia conocida entre los seres humanos hasta la fecha; literalmente ese abismo creará y consolidará dos castas distintas, casi dos especies distintas: los que saben y gobiernan y los que no saben y solo existen en calidad de inútiles buenos para casi ninguna tarea. Serán como ese perezoso y mantenido proletariado de Roma en su era imperial, pero cien veces, mil veces más grande y al mismo tiempo, un millón de

veces más exigente.

En una sociedad «de clase media» como Estados Unidos, donde hasta hace un par de décadas reinaba una prosperidad bastante extendida, primaban las oportunidades para todos; conseguir un trabajo aceptable no era difícil y estaba al alcance de quienquiera quisiera tomarlo. Por eso aún estaba vigente la idea de que no había obstáculos para llegar a la cima. Hoy vemos, en cambio, un fenómeno inédito, sorprendente, inexplicable; siendo Estados Unidos una sociedad aun más rica que en ese pasado de oportunidades, estas están disminuyendo y las avenidas de acceso a la cima se cierran mientras la pobreza crece, los buenos trabajos desaparecen, la cesantía aumenta y además se hace crónica. ¿Y por qué? Porque ese mismo desarrollo económico y tecnológico que ha hecho a Estados Unidos una sociedad más rica ha entrañado simultáneamente una pérdida masiva de los empleos en el sector servicios e industriales, antes de relativamente fácil acceso y que ofrecían decentes salarios: se han trasladado a Asia o fueron sustituidos por tecnologías informáticas y robóticas. Esos empleos eran los que estaban disponibles en abundancia para individuos sin formación educacional elevada, para el americano común y corriente sin dotes especiales, el americano de a pie sin educación superior o solo educación superior en especialidades sin demasiada exigencia. Y la otra cara de la moneda de este extraño, paradojal presente, es esta: para los más brillantes, los mejor educados, los más talentosos, los entrenados con disciplinas y ambiciones académicas o intelectuales, en fin, para el material humano que desde siempre ha formado parte y/o ha llegado rápidamente a la élite, las oportunidades son mucho mayores y abren avenidas aun más amplias hacia la riqueza, el poder y la fama. Resultado neto de ambos procesos de dirección contraria: una diferenciación creciente de dos bloques de población con muy distintas oportunidades y, por tanto, una consolidación creciente de estructuras de clases mucho más rígidas y una élite mucho más pequeña en términos relativos.

¿No anuncia todo esto la clase de mundo descrito en no poca literatura de anticipación? ¿Un mundo donde aparecen nuevamente

las jerarquías rígidas, de casta, pero esta vez basadas en objetivas diferencias de capacidad? ¿Un mundo gobernado por una élite altamente inteligente, calculadora, implacable? ¿Un «mundo feliz» a la Huxley?

Un mundo feliz

En 1932 Aldous Huxley, ya entonces establecido como un escritor de importancia, publicó *A brave new world*, título normalmente traducido al castellano como *Un mundo feliz*. El género al que pertenece es llamado distopía, lo contrario de utopía, en la cual se describe un mundo perfecto, ideal. Huxley escribió su obra como parodia de una utopía escrita por H.G. Wells en la que pronosticaba un futuro en el que los humanos seríamos «como dioses».

El mundo feliz de Huxley es más bien aterrador. El autor extrapoló las tendencias y realidades que ya eran notorias en las segunda y tercera décadas del siglo XX, las mismas que impulsaron a Ortega y Gasset a escribir su *Rebelión de las masas*, pero que en el caso de Huxley lo llevaron a concentrar su atención menos en el perfil de los habitantes del mundo presente que en los mecanismos de dominación que los controlarían en el futuro. Es, ese mundo feliz, uno de espanto. Ni siquiera se nace libremente; los óvulos fecundados por medios artificiales son puestos en distintas cubetas ya sea para permitirles un pleno desarrollo físico e intelectual, los «alfa», o para que dicho desarrollo sea interferido en distinto grado dando lugar a los estratos inferiores, los «beta», «delta», etc.

Esta horrible fantasía de Huxley pudiera ser hoy —y sobre todo mañana— mucho más factible, dado el inmenso desarrollo de la genética. Al menos las tecnologías de vigilancia e información ya están a la altura de esa pesadilla. No es imposible que ya hoy cada e-mail enviado por quienquiera en el entero planeta sea o pueda ser escudriñado por un sistema computacional cuyo programa está diseñado para detectar palabras y estructuras sintácticas que arrojen luz acerca de las comunicaciones de grupos terroristas. Lo mismo con las conversaciones telefónicas, las conductas de compra, de residencia, el ir y venir de la gente. ¿Y por qué limitarlo a las «conversaciones que pudieran ser terroristas»? Para las élites toda forma de disidencia guarda en sí, lo sepa o no, la semilla de algo peor.

Si a esas disponibilidades técnicas agregamos el hecho de que las masas han sido «adiestradas» ya por más de medio siglo —al menos dos generaciones— para NO desarrollar sus habilidades cognitivas, sino adormecerlas con el hipnótico fluir de las imágenes de la televisión y últimamente con la distracción mental en estado puro que significa para el 99 por ciento de la gente el navegar por Internet y/o transferir su capacidad cerebral NO al procesamiento de ideas y conceptos, sino al manejo de imágenes, de dispositivos electrónicos y pericias psicomotrices básicas, ¿no tenemos prefigurado ese mundo feliz anticipado por Huxley? ¿No es el prólogo o ensayo general de una sociedad de castas, con una élite dominadora dueña de todas las herramientas de poder y conocimiento y una masa desprovista, desposeída de todo salvo de los analgésicos y los somníferos que les suministre dicha élite?

Hablamos en ese caso de un desenlace muy distinto, en verdad opuesto, al que parece insinuar el actual estado de revuelta e indignación de las masas en buena parte del mundo, la cual ilusiona a las almas optimistas con la esperanza de que el proceso histórico de la humanidad se aproxima hacia un estado de más, no de menos democracia e igualdad. Es una opción que no puede descartarse aunque la sostengan dichas almas piadosas. No hay nada férreamente determinado. Podría suceder que ni todos los sistemas de supervisión y control imaginables sean suficientes. Los sistemas, cualesquiera sean, los manejan seres humanos que bien pueden perder, en un momento dado, la voluntad de colaborar en la tarea de operarlos. No es otro el mecanismo que suele botar las más feroces tiranías. A veces llega un momento cuando el «personal» del tirano se harta, se desmoraliza, pierde la voluntad de seguir ejerciendo como instrumento de dominio, deja caer los brazos y el jerarca, hasta ese instante todopoderoso, se revela como lo que es: un pobre individuo y/o una lastimosa camarilla de individuos. Sucedió con Nicolás II, zar de todas las Rusias, sucedió con los conspiradores que intentaron darle un golpe a Gorbachov, sucedió con muchos emperadores romanos asesinados por su propia guardia pretoriana.

Y no es solo el sabotaje interno lo que puede poner límites a los

eventuales poderes de esa élite feroz y tan dotada de todo. Entre ella y esa masa «excedente» —expresión que es más una metáfora para aclarar un punto que una realidad sociológica absoluta— hay numerosos estratos intermedios cuyas funciones son indispensables. Son estratos que, además, se ubican en posiciones dentro de una maquinaria social increíblemente compleja y por lo mismo, increíblemente frágil. Una sociedad agraria simple no deja mucho flanco al sabotaje. Incendiar un campo no impide que otros campos operen y produzcan. En una sociedad altamente tecnologizada, al contrario, una sola ruedecilla puede detener la máquina entera. Un dominio total y seguro requeriría, de dicha élite, el decidirse nada menos que a exterminar a todos quienes no necesitan y/o rodearse de una guardia pretoriana de robots.

Por tanto, el modelo distópico de Huxley señala más bien un extremo teórico. El modelo contrario, el democrático, es también un extremo inalcanzable. Cuesta imaginar como factible un orden social que aminore en grado sustantivo la existencia, privilegios y poder de una élite, cualquiera élite, incluyendo aquellas nacidas con el propósito de terminar con las élites. Y cuesta imaginar que una élite, una vez establecida, no hará uso de su posición para acrecentar sus privilegios.

¿Entonces qué?

PARTE IX

Lo que viene

Contestar ese «¿entonces qué?» puede quizás —QUIZÁS— hacerse empresa más llevadera si para encararla no perdemos de vista ni por un instante que la realidad NO es como una mesa de comedor, un plano de dos dimensiones sobre el cual se muevan factores chocando unos con otros en relaciones de causa-efecto como las bolitas del cabro chico. Es más bien una construcción laberíntica de varios pisos que se apoyan unos sobre otros, pero se mueven y operan bajo leyes, ritmos, velocidades, manifestaciones y cualidades diferentes. Para decirlo filosóficamente, la realidad tiene «niveles del Ser». Esto que parece misterioso y complicado es algo que todos sabemos, apreciamos y manipulamos aunque sea inconscientemente en nuestra vida diaria. Por ejemplo, todos sabemos que hay un «nivel macro» operando con grandes números y otro «micro» que opera con decimales; sabemos que un hecho estadístico no nos permite hacer imputaciones sobre cómo se comporta UN individuo; sabemos que tales y cuales cosas serán así o asá en general, pero no podemos determinar el detalle de cómo esa generalidad se va a materializar.

Pensemos en nuestro planeta. En su plano más básico —en el sótano del edificio— es una masa de materia inerte que forma parte del sistema solar y sus leyes de comportamiento son mecánicas y se miden en escalas inmensas; su órbita alrededor del Sol, la química y física de su núcleo, las oscilaciones de su eje, los cambios de su polo magnético. Un poco más arriba está el nivel y el tiempo geológico medido en milenios y millardos; aparición y desaparición de cadenas montañosas, glaciaciones o calentamientos globales, cambios en la composición de la atmósfera, desplazamiento de las masas continentales, etc. Este nivel geológico se sustenta en el primero, pero sus comportamientos no están determinados por aquel. No hay una relación del tipo «A entonces B», sino más bien «A entonces B o C o D o E o F… etc.». Y por encima del nivel geológico tenemos la biosfera, los reinos animal y vegetal, la vida en sus infinitas variedades, cada

una sujeta a su propios ritmos y transformaciones de acuerdo con las leyes de la genética y de la selección natural; ciertamente no habría vida sin el piso anterior, sin continentes, agua, atmósfera, etc., pero sus formas y ritmos no dependen en sí mismos de dicho nivel.

Igual sucede y del mismo modo debe verse la dinámica social. Hay un plano básico que hace posible pisos superiores y pone límites a lo posible, pero, en esos pisos superiores hay infinitas posibilidades para hacer posible lo posible. Hay pisos o niveles de la historia humana que son predecibles en su propio plano, pero eso no nos sirve de nada para prever los fenómenos que puedan suceder en uno por encima, por ejemplo en el plano de singularidad en que nos toca vivir nuestras vidas.

Así, cuando queremos responder ese «¿entonces qué?» acerca de tantas cosas, acerca de si acaso los procesos que estamos viviendo en Chile y el resto del mundo conducirán a una situación progresiva o no, acerca de si acaso habrá mejor educación o no, más democracia o no, más poder popular o no, más equidad o no, en suma, acerca de si este Apokalypsis que hemos estado examinando desde todos los lados posibles traerá un orden social superior o no, todo eso solo tiene cierta probabilidad de encontrar una respuesta si previamente determinamos el qué de la pregunta, el marco temporal al que hacemos referencia, el piso al que nos referimos. La misma necesidad rige si pretendemos solo entender lo sucedido, no pronosticar lo que viene. Es lo que intentaremos ahora.

Crujideras en el sótano

Cuando hablamos de orden social hacemos referencia a una estructura abstracta que puede manifestarse en muchas sociedades distintas. El feudalismo era un orden social en términos de cómo generalmente se distribuía la propiedad de la tierra, las formas básicas de sus relaciones políticas internas, la clase de débil Estado que le era propia, la estructura e ideología aristocrática o de castas, la tecnología militar, etc., pero dentro de esos parámetros había sociedades feudales muy distintas en sus particularidades. Lo mismo sucede con el tipo de sociedad occidental de economía capitalista, orden social que se caracteriza por un Estado fuerte y a menudo generado democráticamente, por valores basados en el consumo y la adquisición, por la preservación y aumento de la propiedad privada, por la persecución del lucro como motivo de la actividad económica y por una separación de clases entre propietarios y trabajadores, aunque dentro de ese marco no todas las sociedades capitalistas son idénticas, sino que solo participan en un grado mayor o menor de esas características.

Por tanto, como un orden social no se identifica con esta o aquella sociedad en particular y no está sometido a los azares de la historia, las guerras, los desastres o plagas, en cierto sentido es eterno como lo es todo concepto, aunque al mismo tiempo, en tanto encarna en sociedades reales, en la práctica su duración tiene límites y condiciones de existencia. No hay ni ha habido una serie infinita de sociedades que sean feudales. No hay orden social que no esté condenado a la obsolescencia por mucho que, para quienes viven inmersos en una de sus manifestaciones, parezca eterno, intocable, la manera natural y para siempre jamás como se desarrolla y puede desarrollar la vida humana. En su libro *Vanished Kingdoms*, el historiador británico Norman Davies insiste en la necesidad de mantener siempre presente cuán distinta es la realidad del hechizo de esa ilusión.

Lo dice así:

> Quienes estudian la historia deben constantemente recordar lo pasajero del poder, porque la transitoriedad es una de las características fundamentales tanto de la condición humana como de los órdenes políticos. Tarde o temprano, todas las cosas llegan a su fin; tarde o temprano el centro no puede sostenerse. Todos los estados y naciones, no importa cuán grandes sean, florecen durante una estación y luego son reemplazados…

Dicha aseveración no es en absoluto original, pero eso no le quita ni un átomo de validez; si la advertencia acerca de la fragilidad y transitoriedad de los asuntos humanos ha sido expresada millones de veces es precisamente porque es importante y cierta y quizá también porque suele olvidarse. Lo han hecho —recordar y olvidar— cientos de filósofos, poetas y artistas. Aún así, el hombre común, sumergido en la época que le tocó vivir, tiene la falsa impresión de que el escenario donde se mueve es de una duración indeterminada como si respondiera a la naturaleza de las cosas, a veces incluso a la culminación de la historia humana, lo que hasta una mente del calibre de la del filósofo Hegel llegó a creer o al menos decir creer.

Pese a Hegel, el cementerio de la historia está repleto no solo de sociedades particulares, sino también de órdenes sociales que perdieron vigencia y ya no pudieron encarnarse más. El orden feudal se convirtió en una mera categoría histórica y lo mismo el orden agrario-esclavista y el orden recolector. ¿Por qué el actual orden capitalista, también llamado «sociedad de libre mercado», podría evadir ese destino? Como los demás, está condenado a ser sustituido. Esto, sin embargo, no significa que sucederá hoy o mañana ni tampoco que su reemplazante vaya a ser la sociedad socialista o cualquier otro modelo que tengamos en mente o nos parezca preferible en este momento. El fin de un orden social no es un evento puntual, visible y audible, que ocurra cierto día o siquiera en cierto año. En ese sentido, no existe una caída de telón. El capitalismo no se va a derrumbar en una especie de cataclismo, o para decirlo con la palabra que justifica este libro, en un estruendoso Apokalypsis. Los órdenes sociales se desmoronan en cámara lenta. Muy lenta. Se hacen progresiva y acumulativamente incapaces de resolver ciertos problemas, pierden capacidad para transformarse, se rigidizan y poco

a poco comienzan a depender más y más del poder militar para su preservación. Luego, el proceso toma la forma de un paulatino proceso de desintegración y transformación.

Nada de todo esto es muy novedoso. En este libro casi nada lo es; me limito a recordarles algunas cosas y miradas que en algunos casos se han olvidado y/o han sido sepultadas por el discurso políticamente correcto. Ya los más antiguos cronistas e historiadores asumieron que las sociedades, como los organismos, tienen una fase de crecimiento, esplendor juvenil, maduración, vejez y muerte. Las variantes antiguas y modernas relativas a esa visión se cuentan por docenas, sino por cientos. Destaco aquí un estudio masivo, de amplio rango y extraordinariamente sustancioso —a pesar de las críticas, las objeciones y hasta los desdenes que esta clase de trabajos suele despertar en los medios académicos convencionales— sobre precisamente ese proceso, el de Arnold Toynbee en su monumental *Estudio de la Historia*. Toynbee no usó como sujeto de estudio categorías generales como es la de orden social, sino presuntos sujetos históricos concretos, las «civilizaciones», que él identificó y cuyos desarrollos siguió minuciosamente en busca del hilo conductor que explica y muestra su trayectoria vital.

El orden social que ahora domina casi todo el planeta y nuestro país está, como esas civilizaciones, como esos reinos y como cualquier otra cosa que haya llegado a existir, condenado al derrumbe. Ya muestra grandes fisuras. Las condiciones materiales, sociales, políticas y psicológicas que lo hacían y aún hacen posible han comenzado a crujir. Y la esencia de esa crujidera es esta: las masas poseen hoy mucho más poder que antes y mucha menos resignación. Más aún, están convencidas de ser titulares de derechos: derecho al disfrute de la riqueza, derecho a una participación más efectiva en la conducción de los asuntos, derecho a prestaciones de salud totales, derecho a la educación, en breve, derecho a ser consideradas en verdad tan iguales en sus derechos al más encumbrado miembro de la más altiva élite. El ascenso de la masa a este nivel de demanda se sintetiza en esto: una poderosa demanda por JUSTICIA. Y eso es inédito, nuevo, sorprendente y decisivo. Se ha requerido la entera trayectoria de la

historia humana para llegar a este punto. Por gradual y lentísima acumulación —aunque con toda clase de retrocesos— de una suerte de aprendizaje ideológico, el cual se ha estado acumulando a lo largo de las generaciones, enormemente acelerado por los medios de comunicación modernos y de condiciones materiales y tecnológicas que de hecho otorgan más poder, sucede entonces hoy lo que nunca había sucedido en el pasado: NADIE SE RESIGNA A SU SUERTE.

Digámoslo fuerte y claro:

¡Qué inmensa revolución es esa!

Es una revolución que lo cambia absolutamente todo. Cambia las condiciones más elementales de la gobernabilidad. Gobernar nunca ha sido fácil ni aun si el gobernante es un autócrata que tiene en sus manos —al menos esa es la ilusión— la totalidad del poder, incluyendo el uso o amenaza de uso de la fuerza física. La más somera lectura de la historia así lo demuestra. Nuevas ideas, opiniones poco ortodoxas, rumores, descontentos vagos o precisos, rencores, desigualdades enojosas, etc., todo conspira o puede conspirar para debilitar un régimen. No por nada los emperadores romanos se cuidaban de mantener adormilado al populacho de Roma con la mayor cantidad posible de festividades, juegos, luchas de gladiadores, carreras de aurigas, etc. El poder es frágil porque en última instancia se sustenta en la voluntad positiva o negativa de quienes lo sostienen, lo toleran, lo aceptan, le son indiferentes o lo ambicionan, lo resisten o lo combaten. Todo sistema de poder es manejado o sostenido por seres humanos cuyas voluntades y disposiciones pueden cambiar en 180 grados. La entera historia política de todo sistema social es la de la acumulación y preservación del poder contra fuerzas potenciales o actualmente disolventes.

Después de todo, ¿cuál es la raíz del poder? Es esta: hay quienes están dispuestos a obedecer a alguien dispuesto y/o deseoso de dar órdenes. Es esa obediencia la que otorga poder, no simplemente quien enarbola frente al prójimo recursos materiales, incluso si estos lo dotan de fuerza letal. No es titular de poder quien sostiene un arma y amenaza a quienes están desarmados; solo posee fuerza. Se tiene

poder cuando se es capaz de persuadir a un grupo de personas a obedecer nuestras órdenes. ¿Y por qué están dispuestas a obedecerlas? Por razones personales: se convencen de que dicha orden es de su inmediata conveniencia, se convencen de que es de su beneficio que alguien guíe la conducta del grupo, creen en alguna clase de derecho supernatural de quien da las órdenes, son fieles a alguna disposición legal o consuetudinaria de esa persona. En breve, por razones subjetivas vinculadas al beneficio o creencias de quien está dispuesto a obedecer. Consecuencia de eso es que la disposición a obedecer, que es la base del poder, se sustenta, a su vez, en el de por sí transitorio estado de ánimo y cálculo de los que obedecen.

Aun el más feroz autócrata nada puede sin el círculo íntimo que le presta asesoría y maneja los diversos asuntos; estos, a su vez, dependen de la disposición de quienes, como sus subordinados, les otorgan su apoyo. Finalmente todos ellos dependen de la disposición a obedecer de su aparato armado. Es esta variable, la disposición a obedecer, la que puede evaporarse, lo que visto desde otro ángulo se denomina la legitimidad de un régimen. De esto ya hemos hablado, pero insistiremos porque es importante: un régimen legítimo no es tal porque cumpla con condiciones metafísicas de validez y/o representatividad abstractas, sino en tanto aparece como conveniente y digno de obediencia para los miembros de instituciones vitales para su subsistencia, para sus fuerzas armadas, su policía, su aparato administrativo y los estratos superiores, en fin, para la élite de la sociedad.

El asunto es algo más complicado por el hecho de que dicha disposición a obedecer no es simplemente resultado de un frío cálculo acerca de la conveniencia de hacerlo y/o de una inclinación emocional clara y contundente a ser leal a un principio, una ley, constitución o juramento personal. Juega también un papel, a veces el más importante, un viejo conocido nuestro, EL MIEDO. Es, ya lo vimos, el antecedente de la entera historia y de la vida humana con o sin historia, color básico del *big picture*, del panorama completo. De hecho, no solo a veces sino la mayor parte de las veces se obedece no solo porque convenga o por lealtad, sino por miedo a los daños o

peligros de no hacerlo; de ahí que se siga obedeciendo aun cuando ya no convenga ni se tenga lealtad, pero por miedo a que los demás sigan asociados al líder, por miedo a que los demás sí obedezcan, por miedo a que las órdenes del líder sean obedecidas todavía a nuestra costa. Por increíble que parezca, un autócrata puede seguir teniendo poder —gente que lo obedece— hasta muy tarde, aun cuando ya su causa esté claramente perdida, por el solo, simple y poderoso efecto de ese miedo, de la ilusión de que los demás aún están bajo el influjo hipnótico del líder, por miedo a que, de ser así, seamos castigados. El caso más extremo de esta hipnosis del poder, de este miedo basado en la ilusión de que los otros siguen siendo fieles, es el que ofrece el régimen hitleriano, con Hitler siendo obedecido aun cuando ya estaba recluido en su búnker, carecía de fuerzas y el enemigo estaba dentro de Berlín. El miedo suele ser el principal instrumento de poder de las autocracias dictatoriales, pero eso no cambia la esencial fragilidad del poder. El miedo que ata a los subordinados es también un fenómeno subjetivo: el miedo puede desvanecerse.

Si el poder, entonces, es frágil aun en la más férrea dictadura por depender de los cambiantes estados de ánimo y decisiones de sus subordinados, ¡cuánto más frágil es si dicho miedo, conveniencia o lealtad debe extraerse no de un círculo íntimo o siquiera del personal de una determinada institución, sino de la entera masa de la población! Y eso es exactamente lo que sucede ahora. Un emperador romano se mantenía en el poder aplacando al populacho de Roma con donativos y juegos y a la guardia pretoriana con oportunas alzas de salarios y bonos; hecho eso, podía dormir más o menos tranquilo. Hoy es insuficiente; hoy no basta contentar al populacho romano y la guardia pretoriana o sus respectivos equivalentes; debe satisfacerse a TODA o casi toda la población. Y ese cambio en cantidad cambia la calidad y complejidad del problema. Lo hemos visto durante 2011 y 2012 en las revueltas que se han vivido en Siria, lugar donde tan masiva es —o era— la protesta que las muertes infligidas por el ejército sirio no hacen —o hicieron— sino estimular aún más la rebelión.

La masividad de una revuelta lo cambia todo porque al cambiar las

matemáticas del conflicto cambian radicalmente las percepciones de los antagonistas. Veamos dos casos extremos para hacer el punto. Si a una manifestación asisten solo cien personas, la probabilidad para cada una de ellas de sufrir las consecuencias de la acción represiva y de la ley es muy grande; si asisten cien mil personas —los casos de las revueltas contra Mubarak en El Cairo, en 2011—, cada participante individual es reconfortado por la sensación de que la probabilidad de ser golpeado o hasta baleado es muy pequeña; aún más, la sola presencia de tan gran multitud lo envalentona con una sensación extra de poder e inmunidad; al contrario, para quienes están al otro lado, el de la represión, la tarea se hace no solo más difícil sino crecientemente peligrosa y hasta ilegítima. En la historia de las revueltas rara vez un régimen ha soportado por mucho tiempo una oleada de protestas tan masivas, persistentes.

Resistencia multimedia

Pero hay otras formas de resistencia además del viejo e ilustre procedimiento de copar los espacios públicos con masas de manifestantes y eventualmente ejercer violencia contra instalaciones y personal del Estado. Si el «empoderamiento» significa algo es precisamente el que esa masa disponga hoy de más poder que el de la mera presencia física en una calle. El paro o huelga, viejísima invención, es uno de esos instrumentos, uno cuya eficacia es limitada y nunca ha logrado el desiderátum de algunos teóricos como Julien Sorel, quienes pretendían cambiar una sociedad sobre la base de un paro general indefinido. Aun así, sumado a otros medios, puede ser importante y agregar una dosis de presión contra el régimen bajo asalto. A eso se agregan ahora, esa es la gran novedad, los medios de comunicación personales capaces de saltarse los mecanismos oficiales, a la televisión y la radio controlables por el jerarca. La Internet, se ha dicho, fue esencial en la detención del intento de golpe contra Gorbachov y luego el que se intentó contra Yeltsin. Las redes sociales son capaces de crear e iniciar movimientos con increíble velocidad. Todo esto multiplica sustantivamente, aunque no decisivamente como algunos creen, la capacidad de la gente común para poner en jaque un régimen.

Aun más: las redes de comunicación mundiales ponen en la vitrina las revueltas, convierten a sus líderes en héroes o estrellas de rock, denuncian las «brutalidades» del régimen, generan presión política y de todos los modos posibles dificultan la acción represiva del régimen bajo asalto. En resumen, los regímenes que pierden legitimidad ante su población se enfrentan, hoy, a dificultades inéditas. Los encara una población más educada —en promedio— que en el pasado, más dotada de medios de presión, más capaz de comunicarse y organizarse, más masiva y persistente. Aun los regímenes policiales más duros han sido incapaces de controlar situaciones de revuelta y desafección masiva.

Pero todo eso, aunque importante, es de mucho menor peso que el hecho decisivo de ser, estas masas de hoy, muchísimo más conscientes de lo que quieren y exigen, de sus derechos y sus capacidades. Toda masa ha sido siempre potencialmente violenta y esencialmente emocional, pero las de hoy, sin perder esos atributos, tiene un mayor componente de racionalidad, lo cual las hace mucho más poderosas.

La gran pregunta es esta: ¿persistirán las protestas que en sus diversas formas hacen hincapié en las situaciones de injusticia, desigualdad y a veces opresión que se viven dentro del actual orden social, la economía globalizada, esto es, el capitalismo planetario? ¿Persistirán y mantendrán una fuerza suficiente como para impulsar cambios? ¿Se verá más o menos obligado, el orden existente, a modificar siquiera algunas de sus prácticas? ¿Veremos un Estado más fuerte retomando el control de las muchas áreas que ha dejado al arbitrio del capital local e internacional?

NUEVO ORDEN

Es probable que veamos cambios de alguna importancia. No será solo y simplemente por la resistencia de las masas ciudadanas, aunque es un factor; es también la lógica misma del sistema la que revela tendencias que, de no ser controladas, lo precipitarán a la ruina. Su maquinaria financiera hace tiempo ya se mueve merced a prácticas perversas y las burbujas que crea son cada vez más grandes y sus estallidos más difíciles de reparar. La tecnología, que convierte casi de inmediato cualquier producto en un *commodity* capaz de producirse en cualquier parte del mundo, disminuye aceleradamente la tasa de beneficio y carcome las condiciones mismas de la economía capitalista tal como, en su momento, la monetización del intercambio, el crecimiento de los burgos y el aumento del poder del monarca erosionó irremediablemente el orden feudal.

¿Cómo ocurrirá la transformación de este orden que abarca, hoy, casi la totalidad del globo? La historia se ha acelerado y sus procesos de transformación son mucho más rápidos, pero siguen siendo procesos y no saltos instantáneos. No tomará siglos, como le tomó al régimen feudal perder su vigencia abriendo espacio para la economía mercantilista, desde el siglo XVI en adelante, pero tomará décadas. Contrariamente a lo que creen y aspiran los jóvenes —cada nueva generación repite los mismos errores, cae en las mismas ilusiones y comete los mismos disparates— la historia no procede con súbitos golpes de efecto. Veremos cambios en sus instituciones de control y con eso un movimiento opuesto al que era usual en términos de la injerencia e intervención del Estado; veremos la reactivación y/o creación de mecanismos para aminorar o morigerar los efectos del desempleo masivo que la nueva economía produce; veremos reajustes del equilibrio de poder económico, político y militar y la preponderancia y papel de Europa y Estados Unidos en el mundo variará en grados importantes. En resumen, en diez años más o menos, cuando mucho veinte, se nos ofrecerá un paisaje diferente y aun más

en los próximos treinta y cincuenta, pues debemos sumar los efectos enormes que producirán tecnologías que ahora están en estado embrionario o solo temprano, como las biotecnologías, la nanotecnología, nuevas fuentes de energía —¿energía de fusión?—, nuevos avances en inteligencia artificial, robótica, en la ciencia de materiales, medicina, etc. Los efectos sociales que producirán estas tecnologías pueden ser, por sí solos, de gran consecuencia.

¿Significará todo eso, los reajustes institucionales y el efecto de tecnologías asombrosas, que amanecerá la era de la sociedad igualitaria que tantas generaciones de idealistas y soñadores han deseado? ¿Se cumplirán o empezarán a cumplirse todas las promesas que la humanidad se ha hecho a sí misma acerca de un orden justo y bueno y veremos las espadas convertirse en arados y los corderos jugar al naipe con los leones? ¿Vendrá el socialismo o el anarquismo o el comunitarismo a poner las cosas en su lugar? ¿O se desarrollará un esquema de «pan y circo» mucho más efectivo y adormecedor de lo que se ha visto hasta ahora, algo cercano quizás a las horribles distopías de Huxley y otros, una suerte de Estado policial disfrazado de benevolencia, con mucho uso de analgésicos, hipnóticos y aturdimiento?

Hay una cosa que parece definitiva: la desigualdad NO va a desaparecer porque así lo deseemos. Quienes fantasean con un mundo feliz poblado por gentes participando por igual en los asuntos colectivos se van a llevar, por igual, una enorme desilusión. Todavía más: si el desarrollo científico y tecnológico sigue produciendo los efectos que ya se hacen presentes hoy, el abismo entre quienes saben y no saben será más grande que nunca y tendrá más consecuencias de clase que nunca. La razón es simple: el éxito o siquiera un grado de decente competencia en el manejo de tecnologías tiene ciento por ciento que ver con capacidades intelectuales y de temperamento, con disciplinas, voluntad, dedicación, en fin, con virtudes personales que tanto son fruto de la crianza como de la dotación genética. Y por poco agradable que sea decirlo, hay una desigualdad natural de talentos, fuerza y carácter entre los seres humanos. ¡Y cuán enormes pueden ser esas diferencias! Nos gusta fantasear, en estos tiempos actuales dados

a vociferar insistentemente el devocionario de la igualdad, que la desigualdad se debe solo a desiguales condiciones de crianza y educación, a fin de cuentas, a la riqueza por un lado y la pobreza por el otro. Y sin duda eso ejerce un efecto importante. No es lo mismo criarse y educarse en las mejores condiciones que en las peores. Aun así —¿cómo podría ser de otro modo?—, la distinta dotación genética de las personas tiene un efecto que no se puede obviar por el afán de seguir los lineamientos del discurso políticamente correcto. Es absurdo creer que la estructura genética solo determina las obvias diferencias físicas que están a la vista y son innegables, pero ninguna referente a las capacidades intelectuales y temperamentales.

En relación con el tema de la inteligencia, una de las más encumbradas eminencias de la genética, biología molecular y zoología, el doctor James D. Watson, dijo en una entrevista —por Charlotte Hunt-Grubbe en el *Sunday Times Magazine*— lo siguiente: «No hay una razón firme para anticipar que las capacidades intelectuales de pueblos geográficamente separados en su evolución habrían de ser iguales. El que deseemos creer que la inteligencia es un legado universal de la humanidad en general no es suficiente para lograr que sea así…».

No se trata solo de inteligencia, talento, genio; hay también rasgos de personalidad que hacen una inmensa diferencia en el destino de las personas. Todos conocemos hermanos criados en exactamente el mismo ambiente y con las mismas ventajas o desventajas, pero luego tuvieron vidas completamente diferentes. Es verdad: eso del «mismo ambiente» puede ser un juicio equívoco ocultando pequeñas o no tan pequeñas diferencias en las experiencias vitales durante la infancia y capaces de enrielar por un camino u otro, pero aun así parece imposible dejar de lado lo que la naturaleza ha dado o quitado a cada quien en la más íntima parte de nuestro ser.

Consideremos además el efecto acumulativo, a lo largo de las generaciones, de la selección sexual. Así como las clases no privilegiadas tienden a ir «descremándose» en la medida en que sus miembros más capaces tienden a subir y encaramarse en la élite, por la misma razón y en el mismo grado la élite se enriquece cultural y

biológicamente. Los seres humanos somos como cualquier otra especie animal en términos de los efectos poblacionales de la cruza sexual cuando se produce en ciertas condiciones, en este caso, entre especímenes con similares dotaciones genéticas; la repetición del fenómeno a lo largo del tiempo crea registros genéticos específicos que se hacen más y más distintos unos de otros.

En resumen: para establecer el reino de la igualdad tendrían que existir mecanismos que estuvieran permanentemente borrando las diferencias apenas aparecieran y reenviando a todos los miembros de la sociedad, una y otra vez, a la casilla de partida. Eso se hizo parcialmente en la Atenas clásica con el «ostracismo». El pueblo ciudadano tenía el derecho, una vez al año, de enviar por un tiempo al exilio a quien le pareciera conveniente, lo que normalmente hacían con figuras políticas cuyo poder, fama y brillo excesivos molestaban al ciudadano común. Y nosotros, en el presente, compensamos la excesiva fama, riqueza, gloria o superioridad del prójimo con mecanismos informales tales como la difamación. Pero ni el ostracismo institucional de los atenienses ni la difamación nuestra son capaces de evitar la formación de jerarquías, como tampoco lo logra un sistema tributario que redistribuya fuertemente la riqueza; la desigualdad no solo levanta cabeza a cada instante a medida que las distintas capacidades producen su efecto, sino que además nosotros mismos, la gente de a pie, la creamos. Aunque sea a regañadientes, la sociedad acepta o tolera y hasta recompensa la desigualdad, porque es necesaria. ¿Acaso la conocida perpetuación de casi la misma gente en los asuntos del Estado y la política ocurre por mero azar? ¿No son elegidos? ¿No se prefiere a quienes destacan? ¿Va, un electorado cualquiera, a preferir a un tipo del montón sin rasgo alguno que lo haga visible? ¿Serán los artistas aclamados y pagados en tanto sean aburridos, sin talento y rutinarios o lo serán si ofrecen originalidad y gracia? ¿Contratarán las empresas, para sus más altas funciones, a los menos inteligentes? ¿Serán, las cabezas de los laboratorios, los científicos menos ocurrentes? ¿Son los tontos, los feos y los sin gracia quienes llegan al estrellato? ¿Llegan a ser deportistas de excepción los inválidos y los mutilados? ¿Laureamos como poetas de excepción a los

versificadores aburridos? Los ejemplos de estos hechos tan obvios podrían llenar páginas y páginas. Sencillamente, complazca o no a la gente sin rasgos notables, la sociedad funciona en un nivel siquiera modesto de eficacia sobre la base de hacer uso del talento disponible. Es un hecho muy simple y contundente y que deja de ser individual a poco andar porque, a partir de eso, es inevitable la aparición y desarrollo de grupos mayores, clanes familiares, trenzas entre clanes, jerarquías en términos de ingreso, aprobación, fama, gloria, notoriedad, etc., las cuales eventualmente se convierten en diferencias sustanciales y grupales de poder y riqueza. Es, en breve, la desigualdad y posterior aparición de élites, un proceso intrínseco a toda agrupación humana.

Esto NO significa que este segmento de personas de alto rendimiento coincida por entero con la clase dominante, con el conjunto de individuos que ocupan posiciones de poder y privilegio. Ciertamente no es el caso que TODOS los miembros de la élite tengan superioridad intelectual respecto a la masa promedio. Como grupo, parte importante de su membresía sencillamente pertenece a las generaciones que nacen y se crían en condiciones de privilegio; son los herederos de quienes llegaron arriba en una fase anterior. Y aunque muchos de esos herederos muestran en algún grado las condiciones originales de los fundadores, mientras hay otros que las crean a partir de la crianza, educación y formación obtenidas en su medio, no es menos cierto que una parte de los miembros de dicha generación heredera pueden perfectamente no poseer ni llegar a adquirir ninguna de las virtudes, capacidades o rasgos especiales que se asocian al uso y privilegio del poder que disfrutan. Su pertenencia a la élite es entonces equívoca, mero resultado de la inercia implícita en los mecanismos de traspaso de los medios de poder y los recursos. Pero, a la larga, la ausencia de reales capacidades disipa esos recursos. Un clan familiar poderoso puede disiparse en la irrelevancia en dos generaciones si ninguno de los nuevos miembros posee los rasgos necesarios para conservar o acrecentar la fortuna o estatus familiar.

Dicho sea de paso, aun así, pese a numerosas excepciones, la presencia de capacidades es importante en la constitución y formación

de las élites. De hecho, en los casos de ausencia, ese efecto se muestra por *default*. En la atmósfera ideológica hoy prevaleciente nos negamos a reconocer estos hechos. No se reconoce ni siquiera la obvia existencia de una capa de gente especialmente inteligente y talentosa ocupando posiciones destacadas en las artes y las ciencias, incluso en el espectáculo. Decirlo suena a discurso reaccionario, fascista, neodarwinista, miserable e indigno de existir. Lo que en tiempos pretéritos se aceptaba como parte de la vida, incluso resultado de un decreto divino o de los méritos o desméritos de vidas anteriores, es ahora cosa inaceptable. No se trata del resentimiento que casi automáticamente provoca la superioridad del prójimo —¿lo van a negar?—, oscura emoción que aparece ante quien la experimenta como cosa despreciable y baja que debe ser reprimida y ocultada; hoy dicho rencor se reviste y se esconde tras un épico afán por la justicia y de ese modo se ha convertido en «santa indignación» y la envidia y los celos han adquirido ribetes de amor por la humanidad y de valores progresistas en su más elevada expresión. No vemos ni queremos enterarnos de las posibles superioridades personales que fundamentan en ciertos casos la desigualdad, sino que preferimos concentrar la mirada en el aspecto institucional, en los aparatos sociales y en la masa común y corriente de sus beneficiarios. De ahí que las luchas revolucionarias tengan siempre un doble carácter: son una justa y razonable brega por eliminar iniquidades sociales intolerables y al mismo tiempo un esfuerzo rabioso —e inútil— por destruir desigualdades inevitables, un acceso de energía emocional concentrado en la justicia y otra porción dando rienda suelta al afán de venganza, destrucción y nivelación.

En resumen, hay razones para creer que cualquier orden social del futuro cercano se enfrentará a la siguiente doble y combinada dificultad: por un lado una creciente y mayoritaria proporción de sus miembros dispuestos a rechazar en las calles y en todo lugar cualquier forma de desigualdad, mientras al mismo tiempo la dinámica de la tecnología y sus requerimientos incrementarán las desigualdades. Es posible que se observe, multiplicada por diez o por cien, la clase de sociedad que se manifestaba en las etapas tardías de la Antigüedad

clásica, esto es, una élite extremadamente pequeña y de exquisita cultura coexistiendo con una masa popular barbarizada de muy difícil control.

Barbarización

Acabamos de usar la palabra «barbarización» hablando de las etapas maduras y terminales de la Antigüedad clásica, donde sucedió lo contrario de lo que suponen quienes dan por sentado que, con el tiempo, la sociedad no puede sino evolucionar hacia una mejor calidad de vida, cultura, civilización y refinamiento y por lo mismo las conductas contrarias son solo residuos o reliquias eventualmente superadas. Sin embargo no necesariamente se sigue ese curso ascendente hacia el progreso. A menudo es al contrario. Traspuesto cierto umbral de tamaño y complejidad, hay evidencia de que los mecanismos de socialización se hacen insuficientes; a partir de ese momento cada nueva generación muestra un marcado deterioro en su asimilación de los valores del grupo, un vacío normativo y por tanto una ausencia de regulación que guíe la conducta y camino desde sus apetencias a la satisfacción de estas. Apuntando a algo parecido se habla, en los textos de sociología, de «anomia». La vieja observación que normalmente hace cada generación adulta, la majadera queja de que los «buenos tiempos» se han evaporado y los jóvenes son de menor valía, no es siempre solo un cliché de ancianos; junto al elemento subjetivo que origina esa observación hay en ocasiones uno objetivo pues, en efecto, a partir de cierto punto las sociedades, aunque más sofisticadas y complejas, al mismo tiempo se hacen más rústicas; el aspecto refinado queda en manos de un grupo muy pequeño que coexiste con una mayoría que se interesa primordialmente en los beneficios que puedan obtener, no en las maneras, los modales, las condiciones.

¿Qué es «barbarie» exactamente? El término señala la actitud y modo de ser y hacer de quien se hace presente en la esfera de actividad de un grupo desconociendo y/o no interesándose en sus normas y atendiendo solo a los beneficios materiales alcanzables de inmediato y haciendo uso de cualquier medio que le permita hacerlo. En breve, el bárbaro es quien quiere lo mismo que nosotros, pero se

salta las etapas, las reglas, las maneras aceptadas de conseguirlo. En el caso extremo su conducta puede manifestarse con actos de violencia si estos son un atajo para eso, pero la barbarie se manifiesta también en la amplia gama de conductas intermedias que no llegando a la violencia toman la forma de un total desinterés en las reglas que el sistema exige, una incomprensión y/o desconocimiento o simple indiferencia respecto de los significados valóricos que rigen la vida del grupo. La barbarie es entonces relativa y así puede ocurrir que un individuo refinado en un contexto aparezca como bárbaro en otro. Para los antiguos helenos, todos quienes no lo eran, por refinados que fueran en su propia esfera cultural, pasaban por «bárbaros». Para la corte imperial china, el resto de mundo era en su totalidad un antro de barbarie. Lo mismo sucedía en la corte bizantina cuando eran visitados por aristócratas europeos.

El bárbaro supone un polo opuesto del refinamiento en términos conceptuales, pero en la vida real son complementarios por una simple razón: el bárbaro no podría subsistir sin el estado social de refinamiento que le aporta bases de sustentación. El caso extremo, el del bárbaro que vive del saqueo, solo es factible si hay una sociedad más avanzada a la cual pueda saquear, pues ha producido ya los objetos de deseo que saqueará. Del mismo modo, la nueva generación que no asimila los valores, refinamientos, conocimientos y disciplinas del sistema en el que nace y se cría no podría subsistir sin los prerrequisitos materiales e institucionales creados por la generación —o generaciones— que la precedieron; es sobre esa base, fruto de un esfuerzo previo, que a los recién llegados les es posible disfrutar como cosa natural de ciertos beneficios. El bárbaro es también entonces quien asume los bienes y servicios de la civilización o grupo en el que se mueve como un producto de la naturaleza que siempre ha estado ahí y no necesita cuidado ni labor para mantenerse a disposición de su mano. Es simplemente un fruto al cual arrancar del árbol.

¿No es exactamente eso lo que las generaciones adultas reprochan a sus hijos y nietos? ¿Qué han sido «malcriados» porque no han requerido ningún esfuerzo para producir o mantener nada, pero lo exigen todo? Esto, a primera vista de valor solo anecdótico, refleja una

contradicción típica de toda agrupación que haya alcanzado un grado sofisticado de desarrollo; por una parte crea las condiciones que hacen posible, para esa nueva generación, sostenerse dentro del sistema sin un equivalente a los esfuerzos de formación personal y disciplina que se requirieron para erigirlo; al mismo tiempo el sistema exige, siendo más complejo, todavía más esfuerzos para permanecer y crecer. ¿Cómo se resuelve esa contradicción? ¿Cómo un sistema que crea sus propios bárbaros puede sostenerse en el tiempo? ¿Quién se hace cargo de su mantención?

La élite. Una élite intelectual que en los más diversos ámbitos maneja, controla y está a la altura de los requerimientos institucionales. Una élite que, en las condiciones ya descritas, ensancha el abismo que la separa del resto de la población. Y de ahí entonces el siguiente curioso y paradojal resultado, observable en grados más o menos claros en toda sociedad a lo largo de su trayectoria: mientras más compleja y exquisita su estructura, más bárbara o barbarizada una creciente fracción de su membresía.

Hesíodo y las edades

Hesíodo fue un poeta griego que vivió en el siglo VIII a.C., posiblemente en un período algo posterior al de Homero, si acaso este último, como ahora se cree, fue una persona real y no de ficción. De las dos obras que indudablemente escribió —posteriormente se le endosaron otras—, en una de ellas, *Los trabajos y los días*, Hesíodo desplegó un viejo esquema sobre las «edades» o épocas de la vida humana en sociedad que aparece como una primera descripción de esta intuición o impresión, tan repetitiva por lo demás, de que el paso de las generaciones no es un simple reemplazo de una cohorte demográfica por otra igual a las que la precedieron. Para Hesíodo ese tránsito sucede del siguiente, alegórico modo.

Primero —cuenta Hesíodo— hay una «edad de oro» cuando la gente no envejecía, no sufría problemas y se pasaba la vida en fiesta alegremente. Esta época sería sucedida por una «edad de plata», en la que los hombres comenzaban a actuar presuntuosamente y desdeñaban a los dioses. A esta le seguía la «edad de bronce», poblada por hombres violentos que perecen por mutua destrucción. Y luego, la peor de todas, la «edad de hierro», de extremo decaimiento moral.

Todo esto, el modo de concebirlo y expresarlo, es puramente mítico, místico, mitológico y hasta poético y obviamente nada científico, pero revela, aunque sea bajo ese ropaje alegórico, una sensación que no pocos a lo largo de la historia han experimentado. En todos los casos el principio, homogéneo y fuertemente influido por los valores, parece una edad de oro en comparación con los períodos posteriores, más poblados y complejos, cuando ya las nuevas generaciones actúan como los fulanos de la edad de bronce o de hierro.

En otro modo de verlo y decirlo ha sido usual explicar la trayectoria de la fortuna de las grandes familias de la élite como un paulatino deterioro a partir del padre fundador, a quien siguieron hijos que en el mejor de los casos conservan o aumentan dicha fortuna, pero sin aportar actos creadores o innovadores y a los que suceden nietos que

definitivamente la malgastan y disipan.

Todas ellas, incluyendo la de Hesíodo, son miradas anecdóticas que aparecen, a primera vista, totalmente desprovistas de fundamento científico, observaciones «de viejas» que no conducen a ninguna parte. Sin embargo, hay un núcleo de verdad y es el simple hecho de que la vida de las sociedades es una trayectoria histórica y no un estático conjunto de estructuras «tripulado» por sucesivas pero idénticas generaciones. De hecho, cada nueva generación asume el relevo de manera radicalmente diferente a sus antecesores porque nació y se crió en otras condiciones; por eso su actitud puede ser insuficiente o hasta contraria a los requerimientos funcionales del sistema.

El fenómeno no ocurre tal como en la sucesión de «edades» de Hesíodo, pero sí hay diferencias importantes en las actitudes y condición anímica de cada generación. Resulta inconcebible que fueran volúmenes abstractos de energía humana, pizarrones vacíos donde simplemente la sociedad inscribiría cualquier cosa que se necesite. Si se siguen las observaciones de intelectuales como Séneca o Cicerón respecto a los jóvenes de su tiempo, si se siguen las de Aristóteles o Platón acerca de sus propias nuevas generaciones y si leemos u oímos a filósofos u observadores chinos o japoneses, europeos o americanos, siempre se oye la misma canción; en todos los casos esos intelectuales que observan su medio social desde la cumbre misma de su civilización evalúan con pesimismo el talante de quienes se asoman ya en el horizonte para reemplazarlos.

¿Es eso simplemente un mohín de ancianos crepusculares? ¿Estaban «gagá» Aristóteles y Cicerón?

Gemeinschaft y Gesellschaft

Quizá lo estaban un poco, pero no tanto. Y como prueba de que esos caballeros no eran sociológicamente tan gagás, recurriremos, a modo de prueba, a una obra escrita más de dos milenios más tarde, en 1887. Se trata de *Comunidad y sociedad*, del sociólogo alemán Ferdinand Tönnies. Este alemán andaba en el examen de otros problemas, pero su obra presta apoyo a quienes ven dramáticos cambios no solo en las estructuras sociales, sino también en las estructuras de personalidad de quienes van ocupando sus lugares.

Tönnies ideó dos tipos ideales de organización social a los que llamó Gemeinschaft y Gesellschaft, comunidad y sociedad. Según Tönnies, constituirían formas polares de agrupación humana a las que caracterizó así: en la comunidad las relaciones personales serían definidas y reguladas a base de reglas tradicionales y en un contacto cara a cara, directo, mientras en la sociedad predominarían intereses racionalmente determinados y las relaciones personales, directas y emocionales, estarían debilitadas. Como ejemplo de las comunidades Tönnies mencionó las pequeñas sociedades rurales; como ejemplo de las segundas, las grandes sociedades industriales y burocráticas.

Esta clasificación puede parecer pasada de moda y hasta obsoleta; además no se ve cómo prestaría soporte a los aristóteles o cicerones que miran con desconfianza a las generaciones que van a sucederlos. Ítem más: las comunidades rurales que conoció y estudió Tönnies han sido, más de cien años después, infiltradas en un grado considerable por la racionalidad económica y los valores —o falta de ellos— urbanos, mientras la sociedad industrial y burocrática clásica que el autor conoció en su tiempo, en Alemania, ha desarrollado, en sus intersticios, una pléyade de formas «comunitarias» tales como las «tribus urbanas», pandillas juveniles y grupos primarios de toda laya.

Aun con todo eso, en la idea central de Tönnies de que el desarrollo de una sociedad genera relaciones distintas entre sus miembros sugiere el siguiente hecho: esos dos polos opuestos no solo son,

simplemente, dos estructuras distintas, sino que además están pobladas por dos contingentes demográficos o generacionales diferentes. Una comunidad no se convierte en sociedad con y en la misma generación, sino con una sucesora, la cual, con un pie en el pasado y otro en el presente, vive una situación muy especial; en este caso los recién llegados heredan un aparato institucional que no han creado y en el cual tampoco han sido formados. En cambio, cuando no ha habido tal cambio de comunidad a sociedad, cuando las generaciones criadas dentro de formas tradicionales conocen el mismo terreno en el que han vivido sus padres y abuelos y lo hacen, además, en el marco más intenso de su textura social, la situación es completamente diferente y no hay conflicto, pues los recién llegados solo se hacen cargo de los mismos roles y funciones de los que se retiran o se mueren. Al contrario, a la generación a la que le toca pasar de un «modo» a otro de vida —como las masas agrícolas que emigraron del campo a la ciudad— se enfrenta con un medio del todo nuevo. No es solo eso: el nuevo marco social afloja esa intensidad de textura de la relación social que permitía, precisamente, la fuerte influencia y formación paternas. Esta generación de transición se encuentra entonces en una situación muy peculiar: no conoció las formas comunitarias, pero tampoco creó las nuevas, la Gesellschaft. Y he aquí lo que sucede: para quien no ha creado ciertos procedimientos ni se ha criado y socializado en ellos, la actitud racional para obtener lo que se desea no es el seguir los protocolos organizacionales burocráticos, como esos pintados por Tönnies, sino el batírselas lo mejor posible sin tomar en cuenta ningún protocolo, moverse, por así decirlo, en un terreno lo más vacío posible de obstáculos, normas, valores, etc., entre su voluntad de alcanzar un fin y la satisfacción de este. Después de todo lo racional en sí mismo no es tal o cual regla, sino lo que asegura la obtención de la meta con el mínimo de esfuerzo y del modo más directo posible. Desde el punto de vista de la nueva generación son racionales conductas que desde el punto de vista de los valores de la sociedad aparecen como barbáricas, amorales, depredadoras y violentas. Para quien no está socializado en términos de la cultura y valores imperantes, al contrario, sería irracional

interponer entre su deseo y el objeto que lo satisface una consideración que limitara dicho acceso, lo demorara o negara del todo.

Aquí encaja, entonces, el proceso de barbarización del que ya hemos hablado. No es simplemente cuestión de ser, el bárbaro, alguna clase de salvaje desprovisto de razón, sino que es quien, en vista de sus fines, solo usa la razón. El bárbaro, por así decirlo, despliega una mirada puramente «técnica» del entorno. Redondeando el argumento: en el paso de la Gemeinschaft a la Gesellschaft las sucesivas generaciones NO reemplazan los valores comunitarios por la racionalidad burocrática de la sociedad industrializada, sino, al margen de las normas pero no de los objetos de deseo, de hecho enfrentando un medio más complejo que multiplica los deseos, se comportan a base de consideraciones racionales basadas solo en los esfuerzos y tiempos requeridos para conseguir lo deseado.

Por todo esto el bárbaro no es menos, sino más racional en un sentido desnudo y crudo de la palabra, pues aparta todo criterio ajeno al simple costo-beneficio. El bárbaro deja de lado la red de normas y matices, valores y reglas que organiza el deseo y su consecución y va hacia él por el camino más directo. El caso extremo es el vándalo de las invasiones del Imperio romano deseoso de adquirir los esplendores de la civilización que tenía al frente, pero, formado fuera de ella, de sus valores y saberes, no tenía ni concebía otra forma más directa y eficaz de adquirirlos que el saqueo.

LAS CARAS DE JANO

Volvamos a las revoluciones, el centro de este libro, fenómenos cuya existencia, aunque la tengamos frente a nuestras narices, es tan difícil reconocer y/o aceptar. Una razón de eso es que presentan tantas caras como el dios romano Jano presentaba a sus devotos. Uno es el rostro bello, el alabado, el que alimenta las épicas y los optimismos y refleja el aspecto progresivo de toda modesta protesta y toda gran revolución, el que encarna ideales de justicia y denuncia los abusos o defectos del *ancièn régime*, en fin, el que expresa la ambición de un orden social más justo. Otro rostro, no menos visible, es el del instinto desencadenado, el que lleva a la violencia y la venganza, al despojo, al vandalismo ciego y al despotismo doctrinario donde el odio y la arrogancia se disfrazan de amor a la humanidad o a los ideales. Hay un tercer rostro, el de las poses encubriendo ambición, oportunismo, codicia y vanagloria, un rostro falso, doble e hipócrita, cubriendo los peores rasgos de la bajeza.

Todo movimiento social revela esas tres caras. ¡Y cuán poderosa y fea es la segunda, cuán repulsiva la tercera y cuán atractiva —en especial para los jóvenes— la primera! La tercera es repulsiva por sus propios méritos que no requieren explicación; la segunda es fea porque participa en gran medida de lo real; la primera es bella porque participa casi enteramente de lo ideal y en verdad es apenas algo más que una ilusión.

Mientras el «lado malo» salta a la vista porque muchos de sus horrores ocurren durante el proceso mismo, el lado «bueno» es menos visible o tangible porque su bondad está constituida mucho más de promesas que de realidades. La justicia, la igualdad, la prosperidad y la hermandad esperan siempre el advenimiento del futuro, el triunfo de la revolución. Y antes de que eso suceda siempre se requiere una tarea previa: en el caso de las revoluciones políticas, dicha tarea preliminar consiste en destruir a los «enemigos objetivos» de la causa, quienes permanentemente están apareciendo o se están inventando

como explicación de las demoras y fracasos; con ello, además, se infunde renovadas energías en las ya vacilantes filas de los seguidores, amén de disciplina a base de coerción.

De ahí que apenas superada la «primavera revolucionaria», donde siempre parece que todo podrá conseguirse en «buena onda», casi con un consenso universal, el aspecto negro y feo se hace presente. Y no podemos saber cuál de ellos dominará. Nada garantiza que en la contabilidad de costos y beneficios, estos últimos superarán los primeros. Como dijimos a propósito del movimiento estudiantil y sus resultados a cinco o diez años plazo, resulta imposible determinar si una costosa revolución tuvo justificación o no. ¿La tuvo la revolución bolchevique? ¿No habría progresado de ninguna manera, sin ella, la sociedad rusa? ¿No progresaba ya, pese al inmenso peso del obsoleto sistema zarista? ¿Cómo comparar lo que ocurrió con lo que pudo ocurrir, pero no ocurrió? ¿Cómo poner en la misma balanza los millones de muertos que trajo consigo el régimen con los logros del sistema soviético? Y aun si pudiéramos determinar con absoluta certeza que los progresos logrados por el sistema soviético no habrían podido ser igualados por una sociedad distinta, un zarismo reformado o una democracia burguesa, ¿cómo saber si ese extra de eficacia industrial o tecnológica era suficiente para compensar el costo humano en muertes, opresión, infelicidad, asfixia intelectual, represión política y todas las enormes deficiencias del sistema que eventualmente trajeron consigo su desplome?

Entonces ante cada espasmo revolucionario, la humanidad se pregunta: ¿Valió la pena?

Es una pregunta radical que a fin de cuentas pone en duda no solo las revoluciones, sino toda empresa humana muy ambiciosa. Es indudable que muchas de esas convulsiones, quizá la mayoría, resultan contraproducentes y ruinosas. La historia suele ser en buena parte una interminable crónica de desastres nacidos de proyectos faraónicos. No por nada el filósofo Blaise Pascal afirmaba que la fuente principal de las desdichas humanas es la incapacidad de la gente de quedarse en su casa. Eso de quedarse en casa es otra manera de decir «no emprender nada innecesario». Pero no es posible tal cosa;

lo impide la naturaleza humana, inquieta, incapaz de acomodarse a lo que Pascal recomendaba. Para el ser humano corriente el quedarse en paz resulta casi imposible; de un modo u otro se las arregla para meterse en problemas apenas salido de su casa en vez de limitarse a las tareas de la vida cuya necesidad le es impostergable. Hay además unos pocos individuos que vienen cableados de nacimiento con una disposición muy activa, incluso activista, a quienes carcome un afán permanente por revolver el gallinero, inclinación que se manifiesta desde la niñez. Hay otras que son conflictivas desde el nacimiento, siempre a la busca de peleas, siempre con ganas de atacar a alguien o romper algo. Y hay un enorme contingente de personas más bien pasivas que atraviesan el umbral de la puerta de su casa sin saber para qué, pero, por lo mismo, suelen ser arrastradas a aventuras delirantes no bien aparece un líder carismático ofreciéndoles una oportunidad de redimirse de sus tediosas vidas.

En el caso de esa variedad específica del activista que deviene en revolucionario o algo similar, se agrega una psiquis con una sensibilidad extrema a los reveses y postergaciones, a las humillaciones y a todo lo que entraña vivir en sociedad, una inclinación pertinaz por recordar y barruntar sobre esos tropiezos, amasarlos en la forma de duradero resentimiento, transmutarlos en doctrina o en consigna y luego pasarse la vida buscando el modo de meter un palito entre los engranajes del sistema.

Viendo todo eso es cuando ciertos sujetos cometen el error, como se mofaba Hegel, de «intentar darle lecciones a la historia» y explicarle a la humanidad «cómo deben ser y hacerse las cosas». Uno de ellos podría afirmar algo parecido a lo que dijo un político francés, quien señaló: «La guerra es un asunto demasiado serio para dejárselo a los militares». Este otro fulano podría decir que «la revolución o las reformas son algo demasiado delicado para dejárselas a esa turba de desquiciados que son los revolucionarios». O podría decir que debiera ser la gente moderada, con criterio, cautelosa y sabedora de lo fácil que es perder el tino en los grandes emprendimientos, los personajes a cargo de las revoluciones.

En un mundo ideal podría ser así, pero en un mundo ideal no se

necesitan revoluciones. En un mundo ideal los allegados al poder, las élites a cargo del tinglado, pondrían con tiempo remedio a los problemas en vez de permitir que se acumulen; un mundo ideal sería equitativo, decente, justo y reposado. Las revoluciones ocurren precisamente porque no hay élites de esa clase. Y una vez que las revoluciones suceden, los moderados, quienes intentan llevar las cosas por senderos razonables, posibles solo en un mundo ideal, son de los primeros en desfilar en carreta hacia la guillotina. Los moderados siempre se quedan a medio camino y se les derrota en sus pretensiones no porque ese camino sea el equivocado, sino porque los que quieren ir más lejos son, por lo mismo, más fuertes, más extremos, más decididos, más brutales e implacables.

Por otra parte, si sacáramos del cuadro a los «extremistas» y dejáramos todo el espacio a los moderados, ¿qué ocurriría? Ocurriría, muy probablemente, que no habría revolución de ninguna clase porque los extremistas también pululan en el lado del *establishment*. Nos referimos al extremismo del conservadurismo extremo, el del rechazo visceral de todo cambio. Los moderados, si estuvieran solos frente a estos extremistas de derecha, no conseguirían nada. Y si se pusieran demasiado hostigosos se les llevaría a otra guillotina o su equivalente. En muy pocas oportunidades sucede que las élites cedan algo de espacio. Perciben que ceder en algo es preparar el derrumbe de todo. Tampoco los moderados están muy convencidos de sus propios principios; los acecha la sospecha muy bien fundada de que posiblemente las cosas, una vez puestas en movimiento, se saldrán de madre e irán más allá de lo conveniente. Tienden a vacilar, a asustarse de los procesos que se desencadenan y en eso no dejan de tener razón, pues muy pronto se deja ver el feo rostro del sótano hirviente de odios y rencores.

De ahí que los moderados suelen perder la iniciativa y a poco andar son considerados «enemigos objetivos» del proceso. Lo hemos visto incluso en nuestra revolución estudiantil en miniatura. Y para combatir, echar a un lado y quizás hasta masacrar a estos moderados, la dirigencia de la vanguardia cuenta entre sus filas precisamente con las fieras salidas del sótano, con los jacobinos de barriada, con los

furiosos y desquiciados, siempre útiles como ariete para derribar toda oposición. De ahí el archiconocido fenómeno: la revolución comienza con las grandes mayorías tomadas de la mano y termina con una reducidísima minoría armada de esbirros imponiendo su idea de la revolución a enemigos y expartidarios, a tibios y a adversarios, a los dudosos y a los indiferentes.

Marcha de la locura

Un extraordinariamente bien escrito ejemplo de varios de los fenómenos de los que hemos hablado lo ofrece Barbara Tuchman en su libro *La marcha de la locura*. Es, este libro, una suerte de antología de grandes fracasos políticos nacidos de la incapacidad contumaz de los poderes establecidos para llevar a cabo las reformas necesarias para resolver males que ellos mismos reconocen que existen.

El mejor ejemplo de esta contumacia suicida lo ofrece Tuchman con su examen de la conducta de la Iglesia católica desde al menos el siglo XIV. Ya entonces se acumulaban prácticas poco recomendables. Las sedes episcopales y el propio Vaticano se habían convertido en cortes principescas; la Iglesia era la más grande propietaria de tierras de Europa; la venta de indulgencias y otras actividades mitad comerciales y mitad espirituales comenzaban a ser vistas como escandalosas; la vida privada de los prelados era en nada distinta a la relajada de príncipes y señores seglares; las órdenes monásticas se convertían en nidos de perezosos y rentistas. Y como floración de ese humus de descontento emergieron figuras reformistas poniendo en duda no solo esas prácticas, sino puntos dogmáticos esenciales para la Iglesia. El primero de esos personajes fue John Wycliffe, nacido en 1328 y fallecido en 1384, un filósofo escolástico, teólogo y predicador. Sus seguidores fueron conocidos como los Lollards, quienes predicaban reformas anticlericales basadas en la Biblia. Este movimiento fue el precursor en casi dos siglos del movimiento de reforma iniciado por Lutero y por eso a Wycliffe se le llama «la estrella matutina de la reforma».

¿Qué provecho sacó la Iglesia de dichas críticas? Ninguno. En 1417, en Constanza, durante un cónclave que tenía como objeto superar la división del papado entre tres papas competidores que reclamaban el cargo, además de estudiar el tema de la reforma de los males de la Iglesia, esta asamblea de «reformistas» quemó en la hoguera a Jan Hus, otro crítico notable de la época.

En breve, no importa cuán evidentes sean las fallas e inequidades de un sistema institucional, sus sostenedores no harán nada al respecto, salvo debatir sobre el problema. La razón es simple: tienen intereses creados en la situación tal como es. Y entiéndase «intereses creados» de todas las formas posibles y no solo como una cuestión de evidente conveniencia pecuniaria y/o política. En una situación que haya durado largo tiempo se crea espacio aun para la consolidación de intereses que, para el observador, no merecerían ese nombre. Los mendigos, leprosos, escrofulosos, baldados de guerra y simples delincuentes que se apilaban en la escalinata de acceso de las iglesias para pedir limosna en los templos de la Edad Media difícilmente podrían aparecer como «un grupo de interés» o «sostenedores del sistema», sin embargo era gente que se había acomodado a un modo de vida asociado a la Iglesia, sus liturgias, las costumbres de sus feligreses, el efecto de las prédicas, la frecuencia de las ceremonias, etc. En su miseria, eran parte del sistema y no podían serlo de nada más.

Este es un caso extremo que ponemos como ejemplo o metáfora; en la realidad, los estratos, grupos e individuos que encuentran algún acomodo a un sistema son, literalmente, la mayoría. En ciertos casos es un acomodo inconveniente, pero aun así ofrece la seguridad de la permanencia, de lo que ya es así, es a lo que se han acostumbrado y no requiere ningún esfuerzo extra. Es este factor de acomodo, cuya membresía sobrepasa en mucho los límites de la élite que obtiene los máximos privilegios, lo que en parte explica la enorme inercia de las sociedades y las instituciones, su feroz resistencia al cambio.

En el caso que estudió Tuchman, el de la Iglesia católica, esa resistencia a encarar con reformas auténticas los más evidentes y escandalosos abusos se prolongó durante más de un siglo hasta que, al fin, la oposición a sus modos de ser y de hacer explotó a gran escala con el movimiento reformista inaugurado por Lutero. Aún entonces la Iglesia, haciendo uso de su brazo ejecutivo, luchó ferozmente contra la reforma y solo al cabo de un lapso inició su propia reforma, la llamada Contrarreforma; debió pues la Iglesia estar al borde del abismo para tomar acción.

Esta porfía de una institución religiosa por no emprender reformas evidentes hasta para ella misma no es un caso aislado, sino un ejemplo de una regla casi absoluta en virtud de la cual las instituciones no se reforman por sí mismas, sino que deben ser empujadas desde fuera de modo directo o indirecto, más aún, encontrarse al borde de la extinción. Es esta «marcha de la locura» hacia el abismo lo que hace posible y hasta necesarias las revoluciones; es esta resistencia feroz la que instiga la aparición, tarde o temprano, de la vehemencia con que se empuja el cambio; es la resistencia final aun a esto último lo que al fin desencadena las ferocidades revolucionarias.

La «marcha de la locura» tiene entonces dos fases: la primera es la resistencia del *establishment*, la segunda el desencadenamiento de la pasión revolucionaria. ¿Es de extrañarse entonces que allí donde por contrarios motivos la locura prevalece, la tibia razón, enarbolada por los moderados, sea arrinconada y acallada y ridiculizada y perseguida y, en cualquier caso, dejada sin efecto?

En fin, ¿qué viene?

Entre la escritura de un libro, su publicación y su eventual lectura transcurren, como mínimo, dos o tres meses, normalmente más. Por consiguiente, quien intente desentrañar los sucesos del presente y del pasado reciente se condena a la probabilidad de que, durante ese elástico lapso entre escritura y lectura, sucedan hechos brutales, masivos, que conviertan su texto en una reliquia. Caso notable de ese riesgo es el de Norman Angell, un político y escritor británico que en 1909 publicó un panfleto llamado *La ilusión óptica de Europa*, en el que intentó probar que la integración de las economías europeas hacía que la posibilidad de una guerra entre ellas fuera una empresa fútil, por lo cual el militarismo estaba obsoleto. En 1913 publicó una sinopsis de dichas ideas y en 1914 estalló la entonces llamada Gran Guerra, para nosotros la Primera Guerra Mundial. Todo libro de futurología sufre o puede sufrir ese destino. No hay ejercicio más triste y divertido que leer las futurologías de hace treinta o más años. No es que sus autores sean necios y no ofrezcan argumentos razonables, sino que la realidad se encarga una y otra vez de demostrar cuánto más compleja es que cualquier modelo teórico.

A propósito, ¿podría estallar o haber estallado solo hace poco una guerra entre Israel e Irán, con los masivos efectos que eso tendría? ¿Podría haber caído, cuando este libro ya estaba en prensa, un devastador meteoro sobre la Tierra? ¿O sufrido Chile otro terremoto a gran escala al día siguiente de llegar a las vitrinas? ¿O iniciarse una guerra con uno o dos vecinos? ¿U ocurrido un grave asesinato político? ¿O un cataclismo ambiental planetario? ¿O arribado los extraterrestres? ¿O advenido el Mesías?

La lista de eventualidades de ese calibre podría alargarse mucho más, pero salvo algunas cuya naturaleza es tal que no pueden producir problema ninguno, como lo sería un meteoro que devaste la Tierra y entonces nadie va a leer este libro de todos modos, ese problema no es nuestro por una simple razón: NO hemos intentado una futurología ni

hemos hecho pronósticos ni anuncios. Solo se ha pretendido dar una visión del presente que es y del pasado que ya fue; no nos hemos metido en la camisa de once varas de anunciar lo que vendrá. A lo más hemos explorado de modo muy general y especulativo algunos posibles escenarios. Por eso, como no se pretende augurar un curso histórico particular sino solo describir las condiciones más o menos constantes con que se construyen esos cursos, entonces este autor quizá pueda atreverse a plantear las siguientes disquisiciones o conclusiones:

Primera observación

Sea lo que sea que ocurra como «curso histórico particular» —salvo una devastación planetaria que acabe con la especie y toda forma de civilización— es útil tener en cuenta que nunca ha habido un período desprovisto de un grado apreciable y a veces muy intenso de conflicto, amenaza al orden social, sedimentos de rencor apenas unos centímetros bajo la costra de normalidad, guerras, pestes, hambrunas, muertes en masa, cambios políticos y sucesos inesperados. Desechada así la ilusión de que vivimos tiempos extraordinariamente catastróficos y/o que los anteriores fueron mucho más reposados, podemos calibrar lo que se presente con más mesura y sin pánico, como episodios quizá muy marcados e intensos pero aun así propios de la dinámica social de siempre y alimentada por los factores humanos de costumbre. En verdad gran parte de este libro ha intentado iluminar —con solo mis pobres luces, ya lo sé— precisamente el qué y el cómo de los miedos, los conflictos, las revoluciones, los movimientos, las desigualdades y sus respectivas lógicas y efectos; entendido y aceptado eso, vistos como fenómenos naturales e inevitables, se gana un grado de paz y no se anda, como mi abuela Leonides, proclamando el «acabo de mundo».

Segunda observación

Lo anterior NO significa que estos tiempos, los actuales, son como los anteriores, como lo que ocurría en Chile y el mundo veinte, treinta o doscientos años atrás. Es un tiempo especial porque asistimos a la crisis de un sistema de alcance y cobertura global, no local. Por eso, gran parte de lo que hemos examinado ha tenido como propósito mostrar el cómo y el porqué de las fases históricas en las que un orden comienza a crujir a medida que se acumulan problemas y conflictos no resueltos, lo que eventualmente trae su reemplazo en un proceso que puede durar décadas. El orden que ahora domina el planeta es el sistema capitalista y sus instituciones muestran ya problemas muy severos; estos han agudizado de modo inédito las tensiones entre ricos y pobres, ganadores y perdedores, élites y masas. Estas tensiones siempre han dificultado las relaciones de los grupos humanos, pero ahora han llegado a un punto en el cual la cuestión de la gobernabilidad misma, no solo tal o cual específica forma de gobernar, es lo que está en juego. Esto es un hecho nuevo, inédito, lo cual hace nuestra época muy especial. Hoy no podemos entender la realidad en ninguna parte del mundo si no tenemos en cuenta que, por primera vez en la historia, la mayor parte del género humano, y no solo una fracción, aspira y demanda justicia, prosperidad e igualdad en un grado que pone en jaque las premisas de desigualdad que por su propia naturaleza impone un orden social —todos hasta la fecha— basado en jerarquías, clases, estratos y élites del poder.

Tercera observación

El hecho inédito que acabamos de mencionar, esta masiva revolución de las aspiraciones, no es el primer «hecho inédito» de la historia. La historia no está hecha solo de continuidades interrumpidas de vez en cuando por sobresaltos políticos; no siempre, tampoco, hay una trayectoria más o menos coherente y lineal de progreso acumulativo. Ha habido invenciones, revoluciones, desarrollos o accidentes de tal extraordinaria magnitud que literalmente han puesto la historia humana en otro carril, a veces regresivo, como sucedió en Europa, en el siglo XIV, con la peste negra, que mató entre un tercio y la mitad de

la población. Ejemplos positivos: el descubrimiento de cómo hacer fuego mediante el roce, el hecho de que semillas enterradas florecen como plantas comestibles, la invención de la escritura, la metalurgia a partir del cobre, el alfabeto, el monoteísmo, la imprenta, la fuerza del vapor, etc. Cada uno de esos —y otros no considerados en esta breve lista— han sido capaces de poner la historia en otro riel, de propulsar un salto cualitativo hacia adelante, iniciar una nueva y más acelerada trayectoria o abortar la que ya había comenzado. Lo que sucede ahora con las expectativas de justicia es uno de esos hechos.

Este punto demanda mucho énfasis porque, aun comparado no con la historia de todos los días sino solo con una selección de grandes eventos como los enlistados, este en particular destaca de manera muy sobresaliente. Piénsese que se trata de una expectativa y demanda de la humanidad en masa, no de tal o cual grupo dentro de una nación, ni siquiera de una nación o de varias; es un hecho global que lo permea todo, desde naciones enteras a grupos pequeños. La humanidad en masa aspira hoy a muchos más beneficios, a la prosperidad, al acceso inmediato a los bienes de este mundo y no solo a los del otro mundo. Es una humanidad que presiona masivamente en los pasillos del poder, antes privados y exclusivos. Ya no se conforma con mejorar su situación en un indeterminado futuro ni cree en derechos divinos y/o establecidos tradicionalmente a favor de ninguna élite. Capaz de comunicarse globalmente, no está aislada en su aldea, condado, barrio o nación. Es, en fin, una humanidad exigente que se siente todopoderosa, invencible por su número y sus medios, apoyada en un fuerte sentimiento de su propio valor como resultado de sus experiencias vitales y por el entero desarrollo histórico de las nociones filosóficas, políticas y jurídicas que se han propalado y acumulado a lo largo de los siglos acerca de los derechos del pueblo.

Cuarta observación

El tremendo hecho que acabamos de describir pone en el primer puesto de la lista de problemas para los poderes que son —que aún son—, el de la «gobernabilidad». Gobernar ha sido siempre difícil.

Pese a la apariencia en contrario, aun los poderes que aparecen como más absolutos y sólidos, las monarquías de derecho divino, los imperios que han durado siglos, el poder de los autócratas orientales, la fuerza de los dictadores y de sus Estados policiales, la majestad cuasidivina del papado, la ferocidad de los kanes de las hordas mongólicas, etc., todos ellos por igual se sostienen o han sostenido sobre una base inestable, corriendo riesgos todo el tiempo, a menudo puestos en entredicho, amenazados por golpes de Estado o conspiraciones de palacio, rebeliones provinciales o metropolitanas, revueltas callejeras, atentados, doctrinas subversivas, crisis militares y/o económicas y mil eventualidades más. Y por lo mismo la historia política mundial está repleta de dictadores asesinados en su cama, monarcas depuestos, papas sacados a tirones de su trono y luego arrastrados y acuchillados o arrojados a un cadalso, así como de emperadores perseguidos por las turbas. ¡Y eso ha sucedido en tiempos históricos en los que el grado de participación y aspiración política era mínimo! ¡Ha ocurrido cuando la inmensa mayoría de la población veía a sus gobernantes o déspotas como ungidos por la divinidad o al menos con un derecho milenario a estar donde estaban!

Por eso dedicamos mucho espacio al tema de la fragilidad del poder. Y de ahí también las preguntas que nos hemos hecho: ¿cómo va a gobernarse en el futuro cercano? ¿Veremos la aparición de un Estado dotado de medios aun más represivos para contener a la gente, como se describe en las distopías más oscuras? ¿O al contrario, se impondrá un orden social de justicia y equidad nunca visto antes? ¿Reinará un grado mucho mayor de igualdad? ¿O se dividirá aun más el género humano entre los de arriba y los de abajo, ganadores y perdedores, todo a tal punto que casi comiencen a separarse como especies o variedades zoológicas distintas?

Quinta observación

La quinta observación es que no podemos responder lo anterior a ciencia cierta porque todo es muy incierto. No podemos saber qué clase de mundo y qué clase de Chile tendremos ni siquiera en un

futuro cercano —el lejano está completamente fuera de toda predicción sociológica, no así quizá tecnológica— pero sí sabemos que predominarán condiciones muy distintas a las que han prevalecido a lo largo de la historia humana. Y sobre esa distinta base es difícil imaginar que no se vaya a construir un orden social bastante diferente. Como mínimo podemos suponer que una buena porción de las injusticias, penalidades y desigualdades más brutales serán corregidas, aunque no por amor a la humanidad y la justicia, sino por amor al orden social, que ya no podrá sostenerse de otra forma.

¿Es eso posible desde un punto de vista material? ¿Hay o habrá bienes suficientes para distribuirlos de modo algo más equitativo?

Creemos que sí. Es un hecho que a lo largo de toda la historia, cualesquiera sean los zig zag y hasta los retrocesos, la humanidad se ha ido enriqueciendo a medida que la tecnología progresaba, lo cual sucede independientemente del hecho de que el significado de ser rico o pobre sea, en cada sucesiva etapa histórica, cosa muy distinta. En 2012, datos obtenidos por las Naciones Unidas ya señalaban que la meta de disminuir a la mitad la extrema pobreza en el mundo estaba cumplida; en todas partes, incluyendo los peores agujeros de miseria de África, se advertía un desarrollo económico promisorio pese a la crisis. Eso no equivale al fin de la pobreza y tampoco que haya un progreso notable en equidad porque la parte del león se la han llevado siempre las élites, pues, como decía un personero chileno, «nunca sueltan la teta», pero aun así inevitablemente ha habido un mejoramiento del nivel de vida de capas más y más ampliadas de la población mundial.

Es verdad que la riqueza y la pobreza son relativas. No es ni se siente menos desposeído el pobre de hoy que el de la era de los emperadores romanos por el hecho de contar, el primero, con mucha mejor alimentación, vestuario, vivienda, educación, etc., que el de esa lejana época. Sin embargo, el efecto de dicha relatividad también es relativo; no opera igual en toda condición. No es lo mismo 10 a 1 que 100 a 10. Hay ciertas constantes o límites que modifican la relación. Un pobre que literalmente desfallece de hambre y se adapta a casi un estado de letargia biológica y social no es lo mismo que uno con

buena salud y vigoroso, capaz de alzarse por sus derechos. Ciertas necesidades o apetencias tienen límites naturales que, como mínimo, disminuyen la necesidad y ansiedad por obtener más de lo mismo. Hay, en el acceso y consumo de todo bien, una utilidad marginal que decrece con cada aumento y por eso paralelamente disminuye la energía con que se demanda una porción extra. Hay un momento de saciedad que no deja lugar para más de lo mismo. Y hay también a veces el efecto inverso —que ha estado rondando en gran parte del combustible psicológico de las protestas de 2011— y entonces la mayor saciedad o acceso a ciertos bienes aumenta el deseo de otros que se hacen visibles y parecen también al alcance. Y la razón de esa complejidad es que existe una relación de vasos comunicantes entre las distintas clases de apetencia, de modo que saciar o no una de ellas afecta la sensación que se tiene respecto de otra. Puede suceder que un pueblo subordinado a una élite, sin verdaderos derechos y sin mucho pito que tocar en asuntos de vida o muerte, esto es, completamente insatisfecho y en realidad sumido en la miseria en lo que toca a sus aspiraciones políticas, a veces repose en cierta indolente pasividad si sus condiciones materiales son muy satisfactorias. Pero, así mismo, puede suceder que un pueblo que ha vivido en la más absoluta carencia material y al mismo tiempo bajo un régimen de opresión, una vez alcanzado cierto mínimo bienestar o siquiera supervivencia económica no tolere ya la opresión y se alce con violencia.

Hay ejemplos históricos contundentes de cómo las variables se entrecruzan de complejos e imprevisibles modos. Algunos casos los examinamos en el capítulo dedicado a las protestas en las sociedades del norte de África y el Medio Oriente. En el polo opuesto, podemos mencionar lo ocurrido con la ciudadanía alemana —al menos con gran parte de ella— cuando se resignó a la casi total pérdida de capacidad política luego de la llegada al poder de Hitler porque este, con el rearme, logró mejorar sustancialmente la situación económica, ofreció empleos y salarios y de este modo satisfizo a un pueblo que había sufrido peor que nadie las consecuencias de la depresión de 1929. El pueblo alemán dejó que se instalara un régimen opresivo, que la

Iglesia católica y sus organizaciones civiles fueran sometidas, así como la educación, las universidades, etc. La represión jugó un papel, pero no menos la saciedad económica.

¿Es posible que el actual orden social logre satisfacer la clase de aspiraciones que mundialmente —y en Chile— han desatado protestas, revueltas, incluso, como en algunas regiones de África y el Medio Oriente, la guerra civil? ¿O veremos un estado de revuelta crónico, una revolución permanente que termine llevando al caos o a la instauración de alguna clase de «democracia popular»? ¿O incluso serán inevitables regímenes militares, hoy en apariencia condenados al Museo Histórico Nacional? ¿Será, el nuevo modelo de orden social, algo similar al de Putin en Rusia, suerte de dictadura semidemocrática, semimonárquica y tres cuartos policial?

Todo es posible en diversos grados y por eso es imposible prever un curso histórico específico, ni para Chile ni para el mundo. Es cuestión de probabilidades. No me lo reprochen; ¿acaso son más certeros los economistas, con sus aparatosas matemáticas, para prever cosas infinitamente más simples como lo es el IPC del próximo mes? El futuro es caótico en lo contingente, el ámbito que nos atañe, siendo como somos criaturas minúsculas viviendo en la particularidad, no en la estratosfera de las grandes leyes de la psicohistoria, como en la saga *Fundación*, de Isaac Asimov.

Dicho todo eso a título de precauciones *ex ante*, ¿qué avizora este autor para el futuro próximo de Chile? ¿Qué surgirá de nuevo y de bueno o malo de este período de Apokalypsis ? ¿Hay alguna conclusión global y sintética que nos permita hacernos un cuadro de cómo será nuestro país en cinco, diez o veinte años más?

Lo que viene ahora no es una observación, sino una adivinanza fundada un poco en la realidad y quizás otro poco en la esperanza.

PARTE X

¿Un chile mejor?

Es muy poco recomendable concluir un libro de esta naturaleza sin que el autor haga dos cosas: primero, concentrarse en el país donde va a publicarse y ojalá leerse; segundo, ofrecer una mirada redentora y optimista aunque sea en un modesto grado. No es buena idea dejar al lector con mal gusto en la boca.

Por fortuna en este caso no se requiere una maquiavélica intención editorial para llegar a un final relativamente feliz o al menos no tan infeliz. Para ser medianamente optimistas nos avala la entera tendencia histórica. Diciéndolo muy en grueso, la tendencia, en Chile y en la mayor parte del mundo, ha ido de menos a más en términos de la prosperidad y satisfacción de las necesidades humanas, no al contrario pese a las guerras, pese a las revoluciones, pese a las matanzas, pese a los retrocesos, pese a todo. Chile no es una excepción y por eso no es menos sino más rico, no está menos sino mejor alimentado, mejor cobijado, mejor vestido que en el pasado. Y aunque se ha observado un evidente retroceso en cuanto a la sofisticación cultural de las élites, así como un deterioro del refinamiento cultural incluso en las clases medias, absorbidas más y más por una cultura de imágenes y escapes electrónicos, la incorporación de las masas al sistema educacional, por mediocre que este sea, a menudo hasta malo, es de todos modos un avance.

Lo que observamos en el presente no es una regresión de dicha tendencia o siquiera una momentánea detención, sino una aceleración. La diferencia —en Chile— es que esta vez ocurre no solo en el campo del crecimiento económico, que por cierto continúa, sino en uno mucho más difícil, conflictivo y áspero, cual es el político, ideológico y social. Ya no se trata tan solo, para la mayoría de la población, de adquirir bienes de consumo que eran inalcanzables para sus padres, sino de obtener calidad en los servicios que recibe del Estado y de los proveedores privados, a lo que se agrega un acceso a las decisiones locales y nacionales, equidad en el trato, respeto por sus derechos,

respeto por sus personas, justicia oportuna y un fin a los abusos cometidos por una élite que ha controlado el país desde tiempos inmemoriales, de hecho, desde tiempos fundacionales.

Por todas las razones que hemos visto a lo largo de este libro, principalmente por la obstinada porfía de las élites, quienes se atrincheran en sus privilegios, más la inevitabilidad con que junto a las demandas razonables se asocie la ira y resentimiento que hierve a fuego lento en el sótano de toda sociedad, el proceso que llevará o está llevando a esos reacomodos no es ni será muy estético ni placentero. Los movimientos sociales, cualquiera sea su composición y legitimidad original, terminan convertidos en espesa mezcla donde abundan toda clase de oportunismos, ambiciones, odiosidades y violencias; debido a eso dichos períodos de transformación son especialmente desagradables y chocantes —dignos de la exclamación «¡esto es acabo de mundo!»—, en especial para las generaciones más maduras, para la gente formada en otras condiciones sociales y culturales y acomodada en un grado u otro al statu quo. A todos ellos la conmoción les resulta abrumadora e intolerable.

Sin embargo apenas menos intolerables y abrumadoras son estas fases de cambio incluso para los estratos y grupos de gente joven y entusiasta y aun de los que son parte de ellas. También los rebeldes y revolucionarios, pese a estar inmersos en la excitación y entusiasmo de ser parte de la historia o creer que lo son, terminan agobiados por el costo emocional, las exigencias, las consecuencias y las responsabilidades. En fin, para todas las partes involucradas son tiempos de aflicción, conmoción y agotamiento. ¿Podría ser de otro modo? Si de algo ha servido la lectura de este libro es precisamente para asimilar la simple y brutal idea central de que la vida en sociedad es siempre «peligrosa», que su orden es frágil, está todo el tiempo amenazado y los cambios nunca se hacen conforme a la razón y el tranquilo cálculo sino por medio de salvajes presiones emocionales y viscerales; finalmente, que la presión de «los de abajo» no siempre es tan elevada y heroica como la pintan los idealistas. En breve, hay costos inmensos y pérdidas irremediables y en medio de la transformación misma se hace difícil tener la sensación de que del

caos emergerá algo mejor.

Sin embargo, ¿qué nos enseña la historia? La nuestra y la de todo el mundo enseña que, pese a la confusión y a los costos inmensos de estas conmociones, más temprano que tarde hay una posibilidad de que emerja un orden algo más progresivo y justo o siquiera un poco más decente que el anterior. Hablamos de «posibilidad» porque en la historia humana nada está garantizado y aun más, es difícil evaluar si se cumple tal ganancia o no debido a las razones que examinamos varios capítulos atrás. Pero al menos esa posibilidad existe gracias al efecto acumulativo de las tecnologías, la desaparición o disminución de abusos de antigua data, por la necesidad de acomodar nuevas ideas o sentimientos, por los egoísmos mismos que obligan a cooperar y llegar a acuerdos e incluso por el peso de la historia, la cual no solo ha creado nuevas condiciones, sino que además ha enseñado acerca de lo que funciona y de lo que no.

Esto último puede ser o parecer discutible. El filósofo alemán Hegel dijo alguna vez que «la única lección que enseña la historia es que nadie aprende las lecciones de la historia», pero aunque es una frase ingeniosa y a primera vista irrefutable si se considera el modo como se repiten porfiadamente tantos desastres, de todos modos tal vez necesite alguna revisión. Es cierto que seguramente ninguno de los actores sociales a quienes les toca participar en un drama histórico aprende «las lecciones de la historia» en un sentido académico y luego decide aplicarlas, pero también es cierto que hay un aprendizaje, si no de los individuos, sí de las generaciones, lo cual sucede con los lentos pero poderosos latidos de su aparición y desaparición. Esa lección no se aprende, entonces, del modo intelectual como se comprende un teorema de Euclides, porque las generaciones no son dueñas de una mente colectiva, sino que se produce una asimilación gradual e inconsciente de conductas y actitudes, las cuales van depositándose en la memoria histórica como si fueran sedimentos y cambiando poco a poco la naturaleza del terreno sobre el cual cada nueva generación construye su vida. El aprendizaje histórico ocurre tal como un niño aprende el manejo de un idioma, en pasos imperceptibles e instintivos. Cada nueva hornada humana aparece en condiciones distintas y al

acomodarse a ellas implícitamente lo hace con los sistemas de ideas, actitudes, valores y sentimientos que les son adecuadas y las soportan. El aprendizaje sin duda no es resultado de una «lección de historia» dada en una conferencia. De este aprendizaje generacional brota esa posibilidad de un mundo mejor.

Sociedad de masas

A propósito de un mundo mejor, hay un cambio que ya se está produciendo en nuestro país: la corrección lenta pero progresiva de las inequidades y abusos más flagrantes, el avance económico de más y más estratos, la disponibilidad de nuevos bienes de consumo, un más barato acceso a la educación y alguna atención a las demandas regionales. Sin embargo, eso no es suficiente para pontificar de buenas a primeras acerca del advenimiento del «progreso», sin calificativos ni acotaciones, en el estilo con que los economistas se complacen en creer y predicar que lo hay solo porque aumentó el PGB. Esos crecimientos son apenas una parte del pleno y acelerado despliegue de las características, valores y consecuencias de una sociedad de masas, la cual tiene facetas bastante menos felices. Una sociedad de masas supone un gran surtido de bemoles. Trae consigo el fin de las ventajas —quizá pocas para muchos, pero muchas para pocos— que en Chile implicaba la sociedad tradicional hasta posiblemente principios de los sesenta, cuando las masas populares comenzaron una irrupción masiva bajo el impulso de la «Patria Joven» y la «Promoción Popular» de la administración de Eduardo Frei Montalva.

Esa sociedad tradicional bajo asalto era, para la élite, el Paraíso aquí en la Tierra. También ofrecía algunos módicos encantos a las reducidas clases medias de entonces. La élite disfrutaba el país como si hubiera sido su fundo. Suyas eran las bellezas escénicas, las riquezas del mar y la tierra, el espacio, el tiempo, los servicios. Gozaban el lujo supremo de quien se mueve sin afrontar la incesante competencia y compañía de una masa infinita. Más aún, recibían de parte de sus empleados, sirvientes, mucamas, trabajadores, peones o pequeños profesionales a su servicio más respeto y deferencia y experimentaban pocos desafíos a sus posiciones. Sus vidas y privilegios eran más estables y gozaban el beneficio adicional de que el entero sistema institucional se plegaba a sus necesidades y gustos. Como coronación de todo eso, paladeaban las finezas y refinamientos con que adornan

su vida las élites en los modos y costumbres de la vida cotidiana.

Esos encantos desaparecen con la sociedad de masas porque esta implica exactamente lo que su nombre menciona, un acceso masivo de la población a los bienes que antes disfrutaban unos pocos. La consecuencia es una proporcional e inevitable pérdida de exclusividad, identidad, libertad y abundancia. Todos y no solo los miembros de la élite lo experimentamos en la vida cotidiana: la sociedad de masas es una de aglomeraciones, de demoras en los servicios, colas infinitas, saturación del territorio, ocupación de cada metro cuadrado, congestión, contaminación, ruina de los espacios naturales, ruido a destajo, predominio creciente de un mínimo común denominador en materia de gustos y cultura, y presión sostenida sobre el aparato político e institucional. La política se torna conflictiva y áspera y del mismo modo evolucionan las relaciones antes paternalistas o de simple subordinación silenciosa de «los de abajo». Alguna vez dueña del territorio social y material, la élite, ya en huida, comienza a enclaustrarse en sus propios guetos de riqueza y exclusividad. El mundo aún le pertenece en su calidad de propietaria de valores, pero ya no tanto como bien inmobiliario.

Este mundo masivo donde infinidad de gentes compiten por espacio en calles y carreteras, en consultorios o salas de cine, en oportunidades de trabajo y de promoción laboral, en los negocios, la industria y la academia, este mundo ruidoso, atestado e irritante por el mero hecho de la excesiva proximidad física del prójimo, contaminado por las excretas y desperdicios de inmensas multitudes, repleto de frustrados que no lograron lo que aspiraban, de vencidos en la competencia universal por todos los bienes materiales e inmateriales, opacados por la fama o notoriedad de otros, este mundo lleno de envidiosos, de enfermos, de neurasténicos, de frustrados, de enrabiados, de quienes en sordina o de modo abierto, en fin, esta sociedad repleta de barrios deteriorados, harapientos, abandonados a la negligencia pública y privada, a veces enteramente dedicados al comercio de drogas y la criminalidad, este caos, en suma, que es la sociedad de masas y su expresión física suprema, la gran metrópolis o megalópolis, rápidamente se está convirtiendo en un infierno y no solo

para esa élite a la que se le arrebató el Paraíso, sino casi para todos, salvo para una minoría de merodeadores y de delincuentes.

Una sociedad así, masiva, asfixiante y demandante, empoderada e indignada, la sociedad en la que Chile se transforma día a día, no es entonces el paradigma impoluto de un progreso feliz y de la Tierra Prometida; aunque puede ofrecer más bienestar económico para las mayorías, este modelo tiene una cara oscura que impone condiciones de vida abrumadoras y a veces casi insufribles siendo, como es, muy lesiva de los mínimos que requiere la naturaleza humana en su aspecto más básico, incluso animal. Los ciudadanos de una sociedad de masas son como ratas encerradas en un espacio demasiado pequeño. En él nos revolvemos unos contra otros y entonces el bienestar material que hemos conseguido comienza a hacerse irrelevante, casi una burlesca estafa en medio de esa atmósfera universal de hastío, frustración y rabia mantenida a raya y a duras penas por miedo —en disminución— a la ley y la policía.

Por encima de ese tumulto asfixiante es que flotará, si no flota ya, el espectro permanente de la ingobernabilidad. Hemos visto el porqué en varios puntos de este libro. Inquieta, irritada, impaciente, vocinglera, reclamadora, protestataria salvo durante los lapsos requeridos para recuperar fuerzas, nunca satisfecha consigo misma, azotada una y otra vez por oleadas emocionales como «la Ola» que se descargó el 2011, esta sociedad de masas en que se convierte la chilena se distinguirá de modelos conocidos —como el de Estados Unidos de los cincuenta y sesenta— por el elemento agregado de su gran conflictividad política; estas masas no serán simplemente puestas a dormir con una relativa prosperidad material, sino que probablemente vivirán afiebradamente intranquilas, descontentas, pidiendo más, indignadas con «el modelo», nunca satisfechas, siempre ansiosas y todo el tiempo resentidas.

Es lo que muy probablemente ocurrirá en el curso de los próximos años. Después —¿en diez años?— será otro cantar. Con el tiempo las personas, cualquiera sea la situación en la que se encuentran, agotan sus energías y tienden a acomodarse del mejor modo posible para hacer soportable su situación; con el tiempo, además, una generación criada en otras circunstancias y por tanto alambrada internamente de

otro modo, reemplaza a la que ocupaba protagónicamente el escenario. A la vez hay conductas y actitudes que poco a poco, por la fuerza de la necesidad, se van aprendiendo como medio para adaptarse y minimizar el dolor y la incomodidad; se imponen ciertas disciplinas, ciertas costumbres y reglas de un modus vivendi por sobre la línea de flotación. También se producen algunas resignaciones y cambios de los valores, una diferente percepción de las cosas. Además de eso es muy posible que nuevos métodos de control social «desde arriba» se desarrollen aquí y en todo el planeta.

En esto, como en tantas otras cosas, seguro que la literatura ya se nos ha adelantado. No pocas veces los novelistas ven mucho más lejos de lo que suelen hacer los expertos, los académicos, en fin, todos los inmovilizados por las restricciones del protocolo científico. Es probable que ya los autores de ciencia-ficción nos hayan descrito demasiado bien los horrores que puede traernos el futuro. ¿Verterán las autoridades, en las fuentes de agua potable o hasta en el aire, poderosos sedantes de amplio espectro? ¿Se transmitirán ondas electromagnéticas «tranquilizantes»? ¿Seremos condicionados con métodos subliminales irradiando sobre nosotros en todas partes?

Quién sabe. Puede ser solo una fantasía o quizá no. No es tan aventurado presumir que se desarrollarán masivos sistemas de vigilancia electrónica no dejando espacio sin supervisar y asfixiando *in vitro* toda conmoción, arrebato, perturbación del orden, protestas o movimientos, conductas desviadas, siquiera indicios de desviación. O puede también ocurrir que simplemente llegue un momento en que el disfrute universal de bienestar y medios de entretención absorbentes aquieten la sociedad en un largo lapso de hipnótica calma.

Pero aun si se dan todos esos factores, los realistas y los fantasiosos, estos no van a ser suficientes para garantizar el advenimiento del Paraíso o al menos de la paz. Nuestro país no es el único del mundo, no disfruta el planeta entero, es solo uno entre muchos disputando recursos naturales limitados y desigualmente distribuidos. Y ciertamente no es garantía de paz eterna el que Chile, país pequeño y relativamente débil, tenga muchos de esos recursos en abundancia mientras otras naciones, poderosas y enormemente pobladas, carezcan

de los mismos. ¿No se habla ya de las guerras que podría suscitar la necesidad de asegurar fuentes de agua potable? ¿Quién nos dice hasta dónde puede llegar en el futuro nuestro actual y congelado «diferendo» con Argentina a propósito de Campos de Hielo? ¿O nuestro problema con Perú y Bolivia? ¿Podemos estar seguros de que nuestros inmensos espacios costeros no serán codiciados por naciones que no los tienen y/o cuyas poblaciones se atestan en sus propios territorios? ¿Y nuestros espacios marítimos? En casos de necesidad extrema de recursos, ¿creemos realmente que los tratados, protocolos jurídicos, leyes internacionales, amistades eternas y otras cosas que ahora parecen inviolables seguirían en ese estado?

No, no viene la Edad Dorada de la especie, la paz universal. Las sociedades seguirán compitiendo por los recursos, como siempre lo han hecho; además lo harán no solo por incrementar su poder y beneficios, sino para sobrevivir. Eso agrega una dimensión adicional al posible enfrentamiento.

¿Les parece, todo esto, una exageración? En ese caso les pregunto: ¿en qué creen ha consistido gran parte de la historia humana hasta la fecha? Se los resumo en medio párrafo: lucha por los recursos, por preservarlos o aumentarlos, por impedir que el vecino se haga demasiado fuerte y pueda quitárnoslos algún día, por territorio, por tierras de cultivo, salares, petróleo, salitreras, bosques, espacios marítimos y oportunidades de comercio. La paz, cuando ha existido, ha sido muy poco más que una tregua en el curso de esta lucha permanente y universal, el interludio entre un conflicto y el siguiente, la fase preparatoria para la próxima guerra o la incapacidad para luchar que resulta de haber ya un claro dominador que no deja levantar cabeza a nadie. Las ciudades griegas solo conocieron la paz después de siglos de guerras, cuando Roma les puso la pata encima a todas por igual.

Aun así, pese a esta evidencia de que todo el tiempo se producen conflictos, guerras o revueltas a gran escala, estos choques siempre parecen, cuando la posibilidad es examinada desde tiempos «normales», algo tan absurdo que sencillamente no puede suceder y «por lo tanto» no sucederá. Tal como nos decimos «no puede pasar» si

se nos dice que de un día para otro puede morir uno de nuestros hijos, lo cual negamos porque la sola idea es insoportable, la de la guerra y el conflicto nos asalta también como algo monstruoso e imposible.

Por eso, aunque el país se mueva en una casi inevitable trayectoria de progreso de las condiciones materiales de existencia y aunque, posiblemente, también veamos un grado modesto pero sustantivo de mejoría en la distribución del ingreso y de la justicia en todos los sentidos de la palabra, aun así Chile distará de convertirse en la promesa cumplida del futuro esplendor. Será quizás, en dicha distribución del ingreso y oportunidades, como lo eran las sociedades desarrolladas hace treinta años atrás, pero en las condiciones enormemente más complejas del siglo XXI, con más conflictos actuales o potenciales, más enconos, más ambiciones no aminoradas o controladas por religiones, credos o promesas del Más Allá, sino al contrario, incentivadas y multiplicadas por credos secularistas que instalan en el ahora y en el mundo real las pretensiones a la prosperidad y felicidad.

ALGO DE CAOS

En resumen: cualesquiera sean los desarrollos positivos y negativos que se produzcan en Chile por obra y gracia de factores internos, el país seguirá en el mundo y este será lugar muy distinto a lo que es hoy, ya distinto a lo que era apenas hace una década. Los años de la guerra fría, de 1946 a principios de los noventa, fueron lúgubres, oscuros y peligrosos, pero más o menos previsibles porque solo había dos *players* importantes en la escena, la URSS y EE.UU. Esa situación es hoy diferente. No hay ya superpotencias que puedan dictar su voluntad aquí en la Tierra como en el Cielo. Estados Unidos, al momento de desvanecerse la URSS a comienzos de los noventa, pareció, por un momento, ser la única superpotencia sobre la Tierra. Los acontecimientos probaron que no era así. Oportunidades diplomáticas perdidas, guerras que no resolvieron nada, el ataque a las Torres Gemelas, la emergencia como potencia económica planetaria de China y su creciente poder militar, el empantanamiento de la guerra en Afganistán, la crisis financiera del sistema capitalista, la debilidad de la economía norteamericana y europea, el oscurecimiento del consenso social, político y cultural dentro de Estados Unidos y posiblemente otros desarrollos más han tenido como efecto desarmar a esa nación de esa capacidad cuasimonopólica para establecer su hegemonía, torcer la historia o acomodarla a sus intereses. La retirada relativa de Estados Unidos del escenario en su papel de gendarme planetario, resultado casi inevitable de todo lo anterior, entrañará que aumenten las fuerzas del caos. Potencias de segunda clase —Brasil, India— pero con ambiciones regionales levantan cabeza; países sometidos a regímenes delirantes —como Corea del Norte— se sienten más libres para emprender aventuras; superpotencias que decayeron, como la URSS, podrán querer reconquistar sus viejas esferas de influencia; potencias en alza, como China, creerán llegado el momento de «ocupar su lugar» en el mundo. Y en zonas más locales, como Sudamérica, podrían despertarse y

envalentonarse, sin sentir la tutela de nadie, las fuerzas del revanchismo nacionalista.

En un mundo así, repleto de naciones con capacidad suficiente para considerarse con derecho a dar zarpazos descarados en procura de sus beneficios, cada país que desee sobrevivir con su identidad y no ser avasallada deberá batirse con sus propias uñas y dientes. Chile no podrá ya confiar, como ha confiado tantas veces y a menudo ilusoriamente, en la validez y fuerza de los tratados, las cortes internacionales y la jurisprudencia universal. Menos aún en organismos tan impotentes como la OEA o la ONU. Tampoco podrá poner su fe en los «tradicionales lazos de amistad» que nos unen a este o a aquel otro. Si consideramos además nuestra posición en el mapa, las riquezas de espacio terrestre y marítimo que son de beneficio nuestro, de apenas diecisiete millones de habitantes en un mundo saturado de naciones donde ya no cabe la gente y alguna de estas sin siquiera acceso al agua, rodeados como estamos de países que en un momento u otro han manifestado pretensiones sobre pedazos mayores o menores de nuestro territorio, en fin, tomando en cuenta todo eso se entenderá que el futuro de Chile va a jugarse en un medio internacional repleto de peligros y amenazas, algunas quizá tan graves que por sí solas podrían cambiar el escenario interno de nuestra patria. Serán tiempos revueltos como lo son todos aquellos en los que se celebra una transición entre un orden social y el siguiente, en este caso, un orden mundial y el que sea le siga. Tal vez, en un futuro más o menos lejano, se tildará a la época que acaba de inaugurarse como una «edad oscura», una especie de Edad Media vivida en un nivel de tecnología, armas, ciencia y demandas sociales un millón de veces más elevadas, intensas y poderosas que las de «esa» Edad Media.

Llega entonces el momento de hacernos cargo del título de este libro, en cuyo mismísimo primer párrafo nos hacíamos la siguiente pregunta: ¿Por qué Apokalypsis en vez de Apocalipsis? Y cualquiera sea su ortografía, ¿por qué hemos titulado de modo tan espeluznante sin ofrecer todavía ni la más mínima razón para hacerlo? ¿No es exagerado, un poco bíblico, incluso algo ridículo? ¿Qué es eso del «fin de los tiempos»? ¿Se acaba el mundo acaso? ¿No estaremos

perpetrando solo un vergonzoso y estridente ejercicio de marketing?

Y entonces dijimos que no, que el mundo no se acaba así de apocalípticamente, pero sí se acaba de a poco cada día, a veces incluso bastante rápido y muy a menudo sin que siquiera veamos cómo socava el suelo bajo nuestros pies. Todo el libro, a partir de ese prólogo, fue un intento de entender cómo se producen esos cambios y respondiendo a qué fuerzas, cuáles son los resultados y también cuáles no pueden alcanzarse, como sucede con esa anhelada igualdad que ha estado en la agenda desde la época de las cavernas. No siendo este un tratado ni un sistema que proponga una gran teoría acerca de cómo funciona el universo, su grado de orden y sistematicidad ha sido problemático; tampoco ha pretendido, en medio del desorden, dar luces al mundo con alguna intuición deslumbrante que estalle y fulgure como fuego pirotécnico. Mi propósito ha sido mucho más modesto; recoger lo que sé o creo saber —porque lo he bebido de otros— para ofrecerlo a quienes no han tenido tiempo para hacer lo mismo. He tenido la suerte y privilegio de que aun las malas temporadas me han servido para celebrar lo que otros no han podido ni siquiera en sus mejores tiempos de prosperidad: leer y estudiar casi todo lo que ha caído frente a mis ojos. Espero que este esfuerzo sirva de algo.

Santiago, octubre del 2012 o
a poco de acabarse el mundo según
mi abuela Leonides

ANEXOS

Anexo 1

Nostradamus

Nostradamus fue otro gran apocalíptico y creador de pavores como lo fue ese anónimo Juan que escribió el Apokalypsis bíblico, aunque en este caso se trata de un fulano perfectamente conocido. Nostradamus se llamaba en realidad Michel de NôtreDame y nació el 14 de diciembre de 1503, falleciendo el 2 de julio de 1566, en Francia. Fue médico y consultor astrológico y se le considera uno de los más renombrados autores de profecías y eventos futuros. Su obra profética, *Las verdaderas centurias astrológicas y profecías*, fue publicada por primera vez en 1555.

Sus *Cuartetas* hacen predicciones acerca de la historia mundial hasta el año 3797, cuando teóricamente, según Nostradamus, se produciría el fin del mundo. Sus seguidores le dan mucho crédito porque afirman que predijo todas las catástrofes hasta el presente. Y es verdad que algunas predicciones resultaron asombrosamente exactas, como aquellas cuartetas en las que predijo la muerte —y casi el cómo— del rey francés Enrique II.

Esta es la cuarteta:

> El león joven vencerá al viejo
> El campo de batalla, en duelo singular
> En su jaula de oro le vaciará los ojos
> Dos ejércitos en uno, después morir, muerte cruel.

Advertido de esto, el rey se guardó de participar en ninguna batalla, pero en 1559 entró en un torneo de justas —ambos contendientes a caballo, con lanzas, corriendo uno contra otro: se ha visto en cientos de películas— en el que tanto el rey Enrique II como su joven adversario, el conde de Montgomery, capitán de su guardia escocesa, tenían leones tallados en relieve en sus escudos. Como el torneo terminó en empate, el rey insistió en una nueva puja, en la cual la

lanza de Montgomery se astilló y uno de los fragmentos perforó la visera del casco del rey y lo hirió en la cara y en la garganta, lo que le produjo una terrible agonía que se prolongó por diez días, hasta su muerte.

Hay otras cuartetas —o *quatrains*, su denominación original— que parecen muy exactas.

De Napoleón, que nacería unos dos siglos después, Nostradamus dijo:

> Un emperador nacerá cerca de Italia.
> De simple soldado llegará al Imperio.
> Mantendrá el control absoluto sobre la Iglesia.
> Los catorce años que mantenga el mando...

Y del rey, durante la Revolución francesa:

> Entrarán en las Tullerías donde quinientos lo coronarán con una mitra.
> Será traicionado por uno con título (de nobleza) de apellido Narbone
> y por otro llamado Saulce, que tendrá aceite por barriles.

Tal cual: en una oportunidad unos quinientos parisinos entraron en las Tullerías, le encasquetaron el gorro frigio —símbolo de la revolución— y más tarde, cuando el rey intentó huir con su familia, fue arrestado en Varennes por un fulano de apellido Saulce que comerciaba en aceite.

Hay muchas otras, algunas que se refieren a tiempos modernos, donde los intérpretes creen ver alusiones a Hitler, a las bombas atómicas, al fin del mundo.

Un ejemplo:

> Un astro largo tiempo hundido en las profundas tinieblas, de color de hierro oxidado.
> Vendrá a oscurecer la Luna,
> a la que herirá con llaga sangrienta.

¿Se refiere tal vez a nuestros ya conocidos *Apophis* y/o a *Toutatis*? Esperemos que no.

Todo esto de las profecías es un asunto muy discutible. Filosófica, físicamente discutible. La idea misma de que algo pueda preverse o predecirse supone que ya existe —¿cómo, dónde?— ese futuro del que se hacen predicciones, pero solo aquel capaz de verlo podría profetizarlo. Eso presupondría que nuestra noción del tiempo es incorrecta. El sentido común hoy prevaleciente lo imagina como lo que los físicos clásicos llamaban «la flecha del tiempo», una suerte de movimiento hacia delante formado por infinitos procesos de toda índole desenvolviéndose desde el pasado que ya no existe hacia un futuro que aún no existe. No habría otra existencia que el ahora, el instantáneo y fugaz presente de la flecha en movimiento. ¿Cómo podría existir el futuro de antemano? ¿Cómo podrían estar ocurriendo en alguna parte cosas que aún no han llegado a existir? Pero no sería la primera vez que una noción física evidente —«la Tierra tiene que ser plana»— a nuestros sentidos, incluyendo el sentido común, resulta completamente falsa. Y si usted echa una mirada a las formulaciones de la física actual, muy difíciles de entender si no se es un físico teórico, al menos uno comprende que la imagen simple que tenemos del cosmos, la newtoniana, incluso la einsteiniana con relatividad y todo eso, es un juego de niños en comparación con lo que sostienen los expertos en física cuántica. Y entonces, vaya uno a saberlo, bien pueden haber millones de universos paralelos, vidas paralelas, laberintos del tiempo, etc.

Y por lo demás no es necesario ser físico teórico para haber experimentado, al menos una vez en la vida, premoniciones tan vívidas y exactas que la idea de ser simple resultado del azar nos parece ridículamente improbable. ¿Quién no ha tenido sueños anunciando un episodio del futuro, banal o importante, pero muy detallado? ¿Cómo explicar ese conocido fenómeno?

Hay tres posibles explicaciones:

1. De entre los miles y miles de sueños que tenemos, casi todos absurdos o en todo caso ajenos al curso de nuestras vidas, sería una simple cuestión de probabilidades que uno o más se parecieran a sucesos posteriores.
2. La mente humana es capaz de hacer cálculos de enorme complejidad y por tanto predicciones de lo que viene a base

de lo que ya ha sucedido.
3. Verdaderamente podemos, de vez en cuando, echar un vistazo al futuro.

Una cuarta posibilidad es que esas tres posibilidades anteriores sean, todas ellas, ciertas. A veces un tema o situación que nos tiene muy absorbidos da lugar a cálculos inconscientes más precisos que los que hacemos durante la vigilia y sus resultados se revelarían, enmascarados, en el sueño; otras veces operaría la simple casualidad o coincidencia, algo no tan raro si asumimos que por lo general nuestras vidas siguen cursos más o menos estables, rutinarios, al menos durante largos períodos. Sueños construidos a base de experiencias pasadas podrían perfectamente adelantar el guión de sucesos futuros, los cuales, dada esa estabilidad, se construirán sobre la misma base de hechos.

La tercera posibilidad es, por cierto, la más interesante e intrigante. ¡Qué cantidad de preguntas y posibles respuestas implica! Nuestra completa percepción y comprensión —incluyendo las más científicas — de lo que es el mundo, el tiempo, el ser, etc., tendrían que alterarse radicalmente. Con mayor o menor elaboración, el cosmos, tal como habitualmente lo suponemos, es un infinito montón de materia y/o partículas y fuerzas desenvolviendo su trayectoria desde un principio —el Big Bang— hacia un final, hacia la muerte térmica, el enfriamiento de todo, para luego, quizá, reanudarse más o menos del mismo modo, con otra trayectoria de principio a fin. Ser creyente o ateo no cambia ese cuadro, solo que en uno de esos casos se supone una divinidad dándole cuerda a toda la maquinaria.

Pues bien, dicho escenario «natural» y que nos parece obvio podría ser una ilusión como la que describía Platón en su metáfora de la caverna, donde unos tipos que viven en su interior solo conocen del mundo las sombras que ven pasar por los muros. Podría ser una ilusión aun nuestra amada, idolatrada identidad como tales o cuales «personas». Cuando soñamos y nos encarnamos como un personaje del sueño y lo vivimos como real, ¿no deja por eso de ser sueño, ilusión, irrealidad pura de la cual salimos abruptamente al despertar? Y el tiempo que transcurre dentro del sueño, ¿cómo se relaciona con el

tiempo de «nosotros» mientras dormimos? Ese tiempo onírico ciertamente no corre a la misma velocidad que el del soñador ni tampoco se somete enteramente a la «flecha del tiempo». A menudo opera a saltos y pasa de una escena a otra sin solución de continuidad. ¿Recuerdan a Calderón de la Barca? Uno de sus personajes, Segismundo, recita en una de las secciones de la *La vida es sueño*:

> ¿Qué es la vida? Un frenesí.
> ¿Qué es la vida? Una ilusión,
> una sombra, una ficción,
> y el mayor bien es pequeño;
> que toda la vida es sueño,
> y los sueños, sueños son.

Esto de que la vida es un espejismo está presente en mucha literatura de todos los tiempos. En *Macbeth*, de Shakespeare, acto 5, escena 5, Macbeth dice:

> Life's but a walking shadow, a poor player
> That struts and frets his hour upon the stage
> And then is heard no more: it is a tale
> Told by an idiot, full of sound and fury,
> Signifying nothing….

Es decir:

> La vida es una sombra vagabunda,
> un pobre actor que se mueve y parlotea en el escenario
> y luego no se le escucha más. Es un cuento
> contado por un idiota, lleno de ruido y furia
> y que no significa nada….

En la filosofía budista el mismo pensamiento deambula por todas partes. La vida tal como la conocemos no sería sino «el velo de Maya», una fantasmagoría.

Volvamos a Nostradamus, quien tiene seguidores y detractores. Los primeros se esfuerzan por ajustar sus cuartetas a eventos que, según su convicción, fueron previstos por el profeta; los detractores se mofan y señalan los pronósticos que fueron del todo falsos y/o la manera como están construidas dichas cuartetas, las cuales se prestan, por su

vaguedad, para cualquier interpretación.

¿Ha de escogerse entre una u otra postura? Creo que no. En esto, como en tantas cosas y en especial en el campo de los comportamientos humanos, más bien imperan la confusión y la ambigüedad. No es necesario asumir que Nostradamus fue enteramente un charlatán o un adivino; no es preciso aceptar que TODO lo que escribió es falso o que es completamente verdadero. En cuanto a la vaguedad o imprecisión de las cuartetas, no es necesario, tampoco, afirmar que fueron hechas de ese modo para tender una cortina de humo y engañarnos con un seudolibro de adivinanzas.

Les propongo la siguiente mirada para entender el asunto: si acaso Nostradamus tenía ciertas dotes parasicológicas y realmente pudo ver algunos acontecimientos del futuro, resulta evidente que, en la medida de ser acontecimientos lejanos y ajenos, no pudo precisar su naturaleza porque eran incomprensibles para su experiencia de hombre de ese siglo y/o no tenía otro código para expresarlos que el lenguaje, conocimientos y presuposiciones de su propia época. ¿Cómo puede un hombre del siglo XVI percibir y comprender en sus exactos términos una imagen proveniente de trescientos o cuatrocientos años en el futuro?

Recordemos a Freud: según su teoría, los deseos reprimidos que no podemos pensar o ver a la cara los elaboramos como fantasías oníricas, en las que aparecen disfrazados. ¿No sucedería lo mismo si nuestra percepción es arrojada hacia el futuro y ve espectáculos completamente inconcebibles para nuestro conocer y experiencia? ¿No sucedería que los traduciríamos a nuestro código, con lo cual quedarían, esos hechos, transmutados, distorsionados, confundidos? Si Nostradamus vio el bombardeo nuclear de Hiroshima, ¿cómo podría expresarlo? Ciertamente no en nuestro código: no podría reconocer y describir ese fenómeno como «el bombardeo aéreo de una ciudad japonesa con un dispositivo nuclear». Para Nostradamus sería una bola de fuego, muerte, destrucción, un evento apocalíptico para el cual usaría el lenguaje de su época.

No solo eso: si acaso Nostradamus realmente tenía capacidades de adivinación, no por ello hemos de suponer que siempre debían operar

al ciento por ciento como para que, si detectamos uno o muchos errores, entonces podamos taxativamente afirmar que tales poderes no existían. No me parece una conclusión correcta. Si dichos poderes eran reales, no por ello, como otros poderes o facultades humanas, dejaban de ser falibles. Por eso y a fin de cuentas la cuestión de Nostradamus, como la de cualquier persona que haya hecho una afirmación sobre el futuro, es esta: ¿ha tenido siquiera UN acierto cuya precisión y detalles sean tales que no cabe acusar al visionario de simplemente redactar una vaga y obvia predicción? Si afirmo que moriré un día de estos, no hay allí profecía alguna: es obvio que la muerte la sufriré tarde o temprano; si en cambio afirmo que en tal hora de tal fecha de tal año me caerá un piano en la cabeza y así sucede, ya podrían ustedes, póstumamente y legítimamente, considerarme un auténtico pitoniso.

¿Hay algo equivalente en los muchos *quatrains* de Nostradamus? ¿Tal vez los que hemos citado aquí, al comienzo de este capítulo? Y en todo caso: ¿podía darse el lujo, Nostradamus, de ser completamente claro y preciso? Nostradamus no vivía en la estratosfera, sino en la Francia de mediados del siglo XVI, desgarrada por las guerras religiosas entre católicos y hugonotes, estos últimos la encarnación francesa del protestantismo. Por muy poco podía uno terminar en una mazmorra, quemado vivo o acuchillado por asesinos de una u otra facción. Era, además, su negocio, el vender cartas astrológicas a la gente linda capaz de adquirirlas. Y en esta línea de negocios lo que se vende no son predicciones sino buenas noticias. Aun un auténtico visionario, uno capaz de ver perfectamente lo que será la vida de un cliente, se cuida bien de no decirlo si lo que ve son malas noticias. Ya se sabe lo que le sucede a los mensajeros de esa clase.

Nostradamus es hoy más popular que en su época, cuando suplía de agradables pronósticos a gente de la corte y los altos círculos y solo en esos ámbitos se sabía de su existencia. Hoy, en cambio, es personaje popular en vastas esferas de la Internet, en toda clase de sitios místicos, herméticos, metafísicos, astrológicos, sectarios, religiosos y apocalípticos. Y en casi todos ellos la atención se concentra en si acaso profetizó un inminente Apokalypsis o no. Las señales son oscuras. Ya

sea por lo mucho que puede distorsionar una visión auténtica el traducirla a un código que no se presta para su correcta descripción, como por la necesidad de cuidar el pellejo y tener cuidado de no decir —en esa época— algo que pudiera sobresaltar a la Iglesia y conservar, además, la confianza y estima de la clientela, bien pudo voluntariamente confundir y enredar sus predicciones al punto como hoy las conocemos, pero también pudo suceder que, para él, su código repleto de metáforas fuese transparente.

No me siento capaz de dirimir el asunto y declarar a Nostradamus como otro vendedor de pomadas o un auténtico visionario, afirmar que el futuro es imposible adivinarlo o suspender el juicio en ese punto, decidir si sus aciertos son solo fruto de forzadas interpretaciones o hay algo en ellos que no puede desecharse de buenas a primeras. No puedo, por lo mismo, aceptar o rechazar de plano la apocalíptica visión de un acabo de mundo para tal o cual fecha.

Una sola cosa es indudable: hoy, como siempre, los tiempos revueltos —que son casi todos— se prestan para agudizar aún más la vieja tendencia humana a temer el futuro, a esperar catástrofes indescriptibles. La angustia y la ansiedad de la especie nunca cesan. Es la fuente inagotable de la que beben los Nostradamus.

Anexo 2

Los «pisos» de la causalidad

Las transformaciones y los conflictos que entraña una revolución —o intento de ella— son cosa muy distinta a como a menudo se los describe en la prensa, en los folletones políticos, en la conversación diaria o de sobremesa y a veces también en los estudios posteriores. En esas descripciones todo suele aparecer muy simplificado, en blanco y negro; la revolución aparece básicamente como un conflicto entre los buenos y los malos, entre las fuerzas del progreso y las de la reacción, entre el idealismo y el egoísmo. En la realidad es un conflicto mucho más complejo que el enfrentamiento entre dos bandos claramente particularizados, el de los defensores del statu quo y el de los rebeldes que luchan por sustituirlo por otro «más justo». Ni hay solo idealistas batiéndose por amor a la humanidad ni hay solo monstruos sedientos de sangre ocultándose bajo un pretexto humanista ni hay oscuras fuerzas reaccionarias luchando por preservar sus privilegios. Tampoco es solo cuestión del enfrentamiento de dos sistemas ideológicos y emocionales claramente distinguibles, dos miradas del mundo en dramática oposición; eso solo constituye el piso más elevado, visible e icónico del proceso. En este piso superior se celebra el debate de ideas y el choque de valores, conceptos, axiomas, posturas y sentimientos enfrentándose unos a otros en los medios de comunicación, los círculos de intelectuales y la opinión pública común y corriente. Esta actividad es regulada por las exigencias que ha de tener todo discurso para ofrecer algún grado de verosimilitud y capacidad de convicción. Su eficacia —si acaso la tiene— en un proceso de cambio social radica en su efecto gradual en la erosión de los principios legitimadores del régimen imperante. De ahí la importancia del quehacer de los intelectuales.

Ese elevado piso basado en la actividad mental, gestual y emocional se apoya en otro, un piso inferior donde se producen los procesos de

distribución de poder y privilegio; es la esfera institucional de la sociedad, la de su estructura de clases y su organización económica. La lógica de este «piso» es la de la competencia por los recursos, la búsqueda de maximización, la concentración y la exclusión. Salvo casos aislados y muy simples, no hay asociación humana que no revele esa lucha por recursos y que no manifieste una tendencia a la concentración del poder. El aumento de la temperatura verbal y emocional del conflicto en el piso superior tiene su origen en que está ocurriendo en el piso inferior, allí donde aumentan las desigualdades, disminuyen las oportunidades, se cierran los caminos —son cerrados por la élite y sus intereses creados—, se hacen más complejas las exigencias y tareas del sistema y por tanto se requieren grados más elevados de competencia para alcanzar el éxito.

Hasta este punto o piso, el del conflicto económico y político en el plano institucional, llega el análisis convencional de los procesos de conflicto. Y se presume que la causación es en una sola dirección, esto es, que los contenidos de conciencia no son sino «epifenómenos», floraciones artificiales, mera expresión verbal, solo una señal de lo que sucede en el segundo piso. *La ética protestante y el espíritu*, de Max Weber, es una masiva, maciza y contundente demostración de que la relación entre ambas esferas o pisos es en realidad en las dos direcciones.

Pero hay más: todo, lo que pasa en esos dos pisos entraña una creciente fricción, una pérdida acelerada de la solidaridad, un sentimiento de inequidad, la sensación de que aumentan las injusticias, el abuso y la desigualdad y con ello aumenta el rencor, el resentimiento, la envidia, la indignación por injusticias y/o los abusos. Todo esto sucede en el tercer piso, el más profundo, en el inconsciente de la mente colectiva. Es el piso donde radica el descontento basal de la naturaleza humana, su maldición originaria, esa incapacidad insuperable para dar plena satisfacción a sus apetencias materiales y espirituales. En dicho plano absoluto, allí donde el individuo se enfrenta desnudamente a sus limitaciones y a los obstáculos que impiden su satisfacción, la esencia de su ánimo es el rencor, la rabia, el dolor y el resentimiento. Y a menudo la distancia que separa el

deseo de la satisfacción es la obstrucción y obstáculo que supone la presencia del prójimo. No es concebible ninguna clase de agrupamiento humano en que sus miembros estén libres de esa condición fundamental. No hay sociedad, por simple que sea, donde una parte de la población no ocupe lugares secundarios y/o subordinados que los pongan brutalmente en esa condición de menoscabo. Es literalmente impensable una situación en la que el ser humano esté libre de esa carga. Para librarse debiera ser o menos o más que humano. En otras palabras, para ser inmune a ese dolor la especie debiera alcanzar las cumbres de espiritualidad y desprendimiento de un Buda. Debiéramos reposar en el simple contentamiento o indiferencia con lo que se es y se tiene, lo que evidentemente no es el caso.

Este piso básico alimenta con su combustible el que le sigue porque es de esos rencores básicos de los que fluye la energía activando y dando su agudeza a la percepción y experiencia de las inequidades. La sensación casi animal de estar oprimido, asfixiado, se encarna en la particularidad de la forma de opresión que sufrimos en la sociedad de la que somos parte. Sin dicha sustancia primera, sin ese fundamento, la mera percepción de las diversas suertes que le caben a los hombres no daría lugar a los sentimientos que en pasos sucesivos dan lugar a la producción de representaciones mentales que desafían y rechazan la expresión ideológica del sistema, su doctrina y fundamento, para luego abrir paso a los actos.

Por eso las luchas sociales manifiestan una naturaleza tan compleja y por eso sus fases se manifiestan con tan diferentes ritmos y velocidades. El hervor de los rencores provenientes de los más bajos fondos de la psiquis humana, articulados de modo específico y único en una sociedad en particular, dan lugar, primero, a una fase «ideológica» de debate y progresiva y creciente erosión de las legitimaciones oficiales del sistema; cuando eso llega a su culminación se abre espacio a la fase política clásica, a la lucha por apoderarse de las estructuras de poder y/o destruir las antiguas dando lugar a otras nuevas; en este piso y momento las reivindicaciones sociales aparecen claramente expresadas y el clima prevaleciente es ciento por ciento

político, siendo su legitimación un afán por la justicia. Por eso, en su primera fase, en las llamadas «primaveras revolucionarias», predomina una atmósfera de entusiasmo, optimismo y buena voluntad. Luego viene una segunda fase, de endurecimiento de los conflictos, a medida que demandas y aspiraciones comienzan a materializarse. Y es eso lo que finalmente rompe la costra que separa el ánimo de todos los días de ese tercer piso, del fondo de resentimiento y rabia que mora en el corazón humano; es entonces cuando la revolución pierde ese aire festivo y toma uno sombrío, violento, rabioso y brutal; hace su irrupción la lava ardiente.

Por mucho que resulte desagradable aceptarlo, ese fondo de rencor que sale a borbotones toda vez que se rompen los delicados equilibrios del orden social no es solo un fenómeno inevitable, sino además condición indispensable de todo proceso de reforma o revolucionario. Es la energía que los moviliza y los lleva más allá de los límites de la emocionalidad común y corriente, la cual se extingue o agota con rapidez y revierte al estado anímico cotidiano, incapaz de sostener un proceso intenso de conflicto y sus exigencias.

De ahí que todo conflicto sustituya de modo bastante rápido la fase de entusiasmo y buena disposición por una de violencia, venganza, vandalismo y destrucción, pues esos comportamientos van asociados al resentimiento; es haciendo uso de esos impulsos, al menos hasta donde pueden ser controlados o redirigidos, que los dirigentes del movimiento lo mantienen vivo y pueden hacer uso de él para perforar la resistencia del régimen.

Anexo 3

Lecturas recomendadas

Este libro es el resultado de reflexiones elaboradas a partir de lo que me ha tocado vivir y observar y también a partir de lecturas de toda una vida; esto último me ha alimentado, como le sucede a todo lector, con las experiencias de innumerables personas de todas las épocas y lugares y con las opiniones, doctrinas, teorías y filosofías que algunas de ellas plasmaron como fruto de aquellas. Respecto a estas lecturas, nos resulta imposible determinar todas y cada una de las que fueron importantes para la formación de mis ideas. Quienquiera no sea un especialista sino, como yo, simplemente un lector interesado en muchos campos, probablemente experimenta la misma y compleja situación: la imposibilidad de trazar exactamente la bibliografía de su currículum mental, cosa que el especialista académico hace con facilidad porque su campo es restringido y los protocolos de su actividad le imponen la obligación de registrar constantemente el material en que se basa su trabajo. El académico debe citar sus fuentes, hacer referencias; es parte del método científico. El lector común, con mucha menos disciplina, no registra siempre, cada vez y escrupulosamente aquello que le hace sentido, sino que a lo más lo deja depositado en el fondo común, muy susceptible de deterioro, de su memoria; otra parte de lo que ha influido su pensamiento ha sido digerido a tal punto que ya no puede recordarlo como algo ajeno. En este último caso simplemente se ha desvanecido en ese fructífero olvido de lo verdaderamente asimilado. Pero, en compensación de todo eso, el lector sin método ni protocolos está abierto a influencias provenientes de los más diversos campos. Es el caso de este autor, cuyas ideas sobre la dinámica de los movimientos sociales y de la vida en sociedad no se ha nutrido pura y simplemente de su propia observación más o menos «científica» y de los textos de la especialidad, sino muy posiblemente también de obras de ficción, del

cine, de todo aquello que aun siquiera en un párrafo le iluminó un aspecto de la vida en sociedad.

Por todo eso aquí solo mencionaremos y recomendaremos un puñado mínimo de esas lecturas hechas a lo largo de años, las muy pocas cuya influencia recuerdo bien, aquellas cuyo efecto puedo discriminar y que son también las que considero más relevantes o al menos más interesantes para ustedes, los lectores de este libro, aunque no necesariamente serían aprobadas por el Consejo de Rectores. Seguro que varias —o todas— serían consideradas «obsoletas» o pasadas de moda por los especialistas, incluso quizá como ya refutadas. Eso harán si acaso se dignan leer un libro como este. Si lo hacen dirán que estoy suministrando un recetario de yerbatero o alquimista aficionado. No importa. Siempre he sostenido y practicado la doctrina de que, para un mero aficionado a un campo del saber, lo esencial es leer y estudiar sus clásicos, allí donde está el ABC de la cuestión, dejando las derivaciones y elaboraciones posteriores a los especialistas. Creo más fructífero leer y releer a Platón que la tesis de doctorado de algún pergenio elaborando refritos sobre Platón. Me atrevo a recomendarlas, además, porque, en las ciencias sociales, a veces más que teorías o doctrinas refutadas hay doctrinas y teorías que pasaron de moda o se hicieron molestas o simplemente se olvidaron o fueron sepultadas por versiones modernas de lo mismo, a menudo atiborradas menos con novedades teóricas de verdad que con una dosis de alambicada siutiquería y pedantería matemática y/o semántica. ¡Es extraordinario cuánto de lo que se escribe en este campo no es sino una regurgitación de cosas dichas y redichas por los clásicos, Aristóteles incluido!

CRANE BRINTON es el hombre con quien entrar en materia. Considero que para entender las revoluciones, sus procesos, etapas y la sicología y perfil de sus actores, nada mejor que leerlo a él. Lo hemos citado y mencionado y explicado largamente en este libro, pero se los recuerdo aquí nuevamente. Brinton, historiador norteamericano de gran fama en su tiempo, terminó convirtiéndose en un especialista magistral del tema y por tanto, más de medio siglo luego de su muerte y aun mucho

más desde la publicación de su *Anatomía de la Revolución* —y de *Los Jacobinos*—, su trabajo sigue siendo enormemente iluminador. Es la obra fundamental que debe leerse para tener de inmediato una idea central acerca de cómo funcionan estos cataclismos sociales.

Con GUSTAVE LE BON me sucedió algo muy curioso. Sabía de su existencia y alguna vez leí o siquiera hojeé su obra más famosa, *Sicología de las muchedumbres*, pero luego de eso lo sepulté ignominiosamente en esa fosa común donde arrojamos el cuerpo teórico y/o literario de autores a quienes consideramos «ya superados» y/o de menor calibre. Con *Sicología de la Revolución*, que casi cayó casualmente en mis manos en el curso de la segunda mitad de 2012 —es uno de esos libros de Kindle que cuestan $00.00 e incentivan la tentación de «bajarlos»— comprendí la liviandad de mi acto de sepultación. Cualquiera sea el grado de antigüedad que revele su prosa, su manera de ver los problemas, su obsesión por aplicar principios psicológicos al examen de todo, el hombre, en esta materia, fue tremendamente perspicaz y vio fenómenos que otros autores, en especial historiadores profesionales de la revolución, no vieron ni por asomo o muy veladamente. Más aún, el libro me hizo mucho sentido porque, leído cuando ya había terminado prácticamente en su totalidad el libro que tiene Ud. en sus manos, me encontré con un hermano de leche en muchas cosas, con alguien de gran calibre haciendo análisis y llegando a conclusiones similares a las mías, aunque con la gran diferencia, a favor de Le Bon, que dedicó un entero trabajo a examinarlas en detalle, cosa que en este volumen no podemos hacer. Esa cercanía con otras mentes fortifica mucho a un autor.

A ALDOUS HUXLEY, a quien se le reconoce como novelista y ensayista, no como experto en ciencias sociales, le debo muchas percepciones acerca de qué pasa en el presente a pesar de que la obra aquí recomendada, *Un mundo feliz*, escrita hace más de medio siglo, hacía referencia más bien a su propia época. Pero casi con seguridad debo mucho más a ese autor pues, como sucede con todo literato de genio, su obra está repleta de observaciones de gran profundidad sobre la

conducta humana.

Arnold Toynbee es autor de una obra inmensa, *Estudio de la Historia*, que puede parecer igual de inmensamente alejada de los tópicos que aquí tocamos, pero no lo está. Entre muchas otras cosas, sus análisis acerca de los «bárbaros internos», que termina por crear toda civilización, son iluminadores.

A Wright Mills lo leí de cabro en la universidad y nunca he olvidado su lección central: la capacidad para penetrar con la mente los mecanismos casi siempre ocultos de una sociedad radica menos en los hechos brutos y su posterior tratamiento estadístico que en la perspicacia de la imaginación cualitativa, capaz de enfocar las cosas desde varios ángulos y penetrar su sentido. La obra donde aprendí eso se llama precisamente *La imaginación sociológica* y creo que es un clásico, así como su *Élite del poder*.

Karl Marx es menos conocido por su *El 18 de Brumario de Luis Napoleón Bonaparte* que por su *Manifiesto comunista* o *Das Kapital*, pero se trata de una pequeña obra maestra acerca del reinado de un personaje cuya estrategia y táctica política resulta, a cientocincuenta años de su muerte, ocurrida en 1873, ilustrativa de varias características de nuestro presente.

Edward Gibbon es un historiador tan antiguo —siglo XVIII— que se considerará un chiste que lo incluya. Su *Decline and Fall of The Roman Empire* es considerado un clásico, pero menos por su contenido y análisis que por su magnífico estilo. ¿Por qué, entonces, lo agrego aquí en relación con el tema de este libro? Por una razón muy personal pero que deseo compartir con ustedes: una historia recorriendo tan vasto ciclo lleno de acontecimientos, de personalidades, de tragedias, derrotas, victorias, matanzas, etc., inevitablemente alimenta el espíritu y lo entrena en el arte o habilidad de palpar la mecánica de las sociedades y los actos y reacciones de sus protagonistas. Es además ilustrativo de cómo un sistema de creencias y sentimientos, racionalmente insostenible, puede apoderarse del alma de la sociedad

e influir dramáticamente en su desarrollo.

SIGMUND FREUD es un gigante. Su obra acerca de las profundidades y vericuetos del alma humana es descomunal. Nada de lo que examinó ha dejado de influir en el pensamiento de sus contemporáneos y de las generaciones sucesivas, lo cual a la pasada me incluye. Sin embargo, lo suyo más directamente asociado al desarrollo de este libro es su *El malestar de la civilización*. Allí su pesimismo acerca de los resortes que impulsan al hombre y cómo eso se asocia a su vida en sociedad permiten entender muchas de las explosiones sociales de todos los tiempos y desde luego del nuestro.

La bibliografía acerca de la Revolución francesa ha sido vital para nosotros. Es la revolución mejor documentada, analizada, evaluada, ensalzada, denostada y estudiada de todos los tiempos y con toda razón, pues en su dramático ciclo, en su obra gruesa y sus detalles, ofrece un completo y colorido cuadro acerca de esta clase de fenómenos sociales. De esa bibliografía casi inagotable puedo recomendar solo una parte de las obras que hemos leído a lo largo de los años, cada una ofreciendo un ángulo ligera o completamente distinto. Es una lista infinitesimal comparada con lo disponible en las bibliotecas.

Citizens, de SIMON SCHAMA, publicada en Chile hace ya algunos años y disponible en Amazon. Extraordinariamente bien escrita, ofrece una mirada escéptica acerca de escenas y protagonistas.

Reflections on the French Revolution, por EDMUND BURKE. Escrita en simultaneidad a los acontecimientos, es el primer libro crítico sobre la revolución. Burke, en esencia, rechaza la idea de que pueda construirse una sociedad sobre la base de abstracciones fanáticamente sostenidas por un grupo de iluminados.

Paris in the Terror, de STANLEY LOOMIS. Sobre esta obra y autor, sobre lo que ofrece y entrega, escribí abundantemente en mi libro *El banquete*,

y no lo repetiré aquí.

La Revolution Francaise, de ALBERT SOBOUL. Un texto básico con los hechos básicos usado en la enseñanza del tema en Francia.

La Revolución Francesa, de ALBERT MATHIEZ, un clásico del pensamiento marxista acerca de esta revolución.

L' Ancien Regime et la Revoluction, de TOCQUEVILLE. Otro imperdible. Pocos pensadores han sido o son tan fríos, precisos y objetivos como este francés.

Echoes of the Marsellaise, DE ERIC HOBSBAWM, el eminente historiador marxista británico, quien acaba de morir, examina la vigencia del cataclismo francés.

Memorias, de TALLEYRAND, disponible gratis en Kindle. Monsieur Talleyrand fue uno de los grandes protagonistas de la Revolución francesa y de mucho de lo que vino después, un testigo y actor de primera fila. Imprescindible.

Fuera de eso, podemos agregar los siguientes libros:

La Política, de ARISTÓTELES. Recomendar esto puede parecer el colmo de lo reaccionario, pero mucho de lo que sucedía en las polis griegas no es muy diferente de lo que sucede hoy en día en los Estados-naciones. La ambición, las asonadas, las revueltas, etc., todo eso ocurría como ocurre hoy y por acción de similares mecanismos.

The Tower of Pride y *The March of Folly* son dos de los libros de BARBARA TUCHMAN que cabe recomendar a propósito del tema que hemos tratado aquí. Sus observaciones sobre el carácter y comportamiento de las élites, en especial en situaciones de crisis, son iluminadoras.

Los mitos de la democracia chilena, de FELIPE PORTALES, ya citado en este

libro, es otra de esas lecturas recomendables. De gran utilidad para entender, aunque sea refractado por la mirada ideológica del autor, el fondo de ferocidad y resentimiento que está casi a la vista en el conjunto de la historia política y social de Chile.

Edición en formato digital: noviembre de 2012

Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

ISBN:

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.



Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Desde 2001 forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:
Travessera de Gràcia, 47–49
08021 BARCELONA
España
Tel.: +34 93 366 03 00
Fax: +34 93 200 22 19

Sede Chile:
Merced 280, piso 6, SANTIAGO DE CHILE
Teléfono: 782 8200 / Fax: 782 8210
E-mail: editorial@rhm.cl
www.rhm.cl



